



ARIES

— ♦ CINCO FAMILIAS 2 ♦ —

PENELOPE BLACK

ARIES

DARK ROMANCE MAFIA EN
ESPAÑOL

CINCO FAMILIAS
LIBRO 2

PENELOPE BLACK

ÍNDICE

[Playlist](#)

[Nota de la autora](#)

1. [Maddie](#)
2. [Leo](#)
3. [Maddie](#)
4. [Maddie](#)
5. [Maddie](#)
6. [Maddie](#)
7. [Maddie](#)
8. [Aries](#)
9. [Maddie](#)
10. [Maddie](#)
11. [Maddie](#)
12. [Dante](#)
13. [Maddie](#)
14. [Maddie](#)
15. [Leo](#)
16. [Maddie](#)
17. [Maddie](#)
18. [Maddie](#)
19. [Matteo](#)
20. [Maddie](#)
21. [Maddie](#)
22. [Maddie](#)
23. [Maddie](#)
24. [Maddie](#)
25. [Maddie](#)
26. [Maddie](#)
27. [Maddie](#)
28. [Maddie](#)
29. [Maddie](#)
30. [Matteo](#)

31. [Maddie](#)

32. [Maddie](#)

33. [Maddie](#)

34. [Maddie](#)

[¿Listo para más?](#)

[Dante](#)

[Nota para los lectores](#)

*para eleanor
que se sentó a mi lado
mientras escribía la mayor parte de este libro*

PLAYLIST

«Dome» de Firewoodisland
«Holocene» de Bon Iver
«Make it Holy» de The Staves
«you broke me first» de Tate McRae
«Riverside» de Agnes Obel
«Colors» de Black Pumas
«You There» de Aquilo
«Rain» grandson, Jessie Reyez
«Hush» de The Marias
«Take Me to Church» de MILCK
«High Enough» de K.Flay
«I Feel Like I'm Drowning» de Two Feet
«As the World Caves In—Wuki Remix» de Sarah Cothran, Wuki

NOTA DE LA AUTORA

Por favor, tened en cuenta que Twisted Queen es un romance oscuro de harén inverso y contiene algunos temas de gran dureza que algunos lectores podrían encontrar perturbadores.
¡Feliz lectura!

UNO

MADDIE

EL SOL me calienta la piel; los brillantes rayos se ven rojos contra mis párpados cerrados. El cálido viento de verano nos envuelve, robándome mechones de pelo para que me hagan cosquillas en la mejilla. Las cigarras cantan, puntuando la tarde perfecta mientras me permito hundirme en una sensación de plenitud.

—Abre los ojos, estrellita.

El retumbar de la voz de mi padre se desliza sobre mí como la colcha que más me gusta y sobre la que estamos tumbados, cálida y reconfortante.

Tuerzo los labios hacia un lado. —El sol brilla demasiado. Tengo que esperar a que pase una nube.

La brisa se arremolina sobre nosotros en un patrón perezoso, agitando las hojas del sauce llorón cercano. Es uno de mis árboles favoritos y, aunque Mary se escaquea alegando alergias, mi padre y yo siempre hacemos el picnic justo a su lado.

Mantengo los ojos cerrados y disfruto de la sensación del suelo irregular bajo la colcha, con nuestra merienda ya guardada en la cesta de picnic.

—No puedes ir por la vida con los ojos cerrados, esperando a que pasen las nubes antes de estar lista.

Frunzo el ceño mientras entreabro un párpado. El pelo se me engancha en la colcha al girar la cabeza para mirar a mi padre. Está tumbado con los brazos tras la nuca, con los ojos abiertos y mirando al sol sin parpadear. Pero eso no es lo que me llama la atención. Es el hecho de que va vestido con un traje negro. Mi padre siempre estaba muy elegante con traje, pero odiaba ponérselos; decía que sentía que lo estrangulaban.

—¿Te has cambiado? Juraría que no llevabas eso antes. —Mi voz se apaga.

Se gira para mirarme; sus ojos son tan parecidos a los míos. Su sonrisa decae un poco en el lado izquierdo, como si le pesara la tristeza.

Me está sonriendo de la misma forma que cuando me dijo que mi tía Kathleen estaba en el hospital. Era mi tía favorita, aunque no fuera mi tía de verdad. La tía Kathleen era la prima de mi padre. Crecieron juntos y mantuvieron el contacto a lo largo de los años. Mi corazón se encoge dentro del pecho; es una sensación dolorosa y violenta.

Me incorporo de golpe hasta quedar sentada. —¿Qué pasa? ¿Es mamá? ¿Mary?

Papá no se incorpora; se limita a mirarme desde su posición relajada en el suelo, con la tristeza grabada en cada línea de su rostro.

—¡Dime qué pasa!

—Ya lo sabes, mi inteligente estrellita.

Me paso los dedos por el pelo, apartándolo de la cara. —No, no lo sé. No entiendo por qué vas vestido así ni por qué me miras de la misma forma que cuando me hablaste de la tía Kathleen o... —Me interrumpo y me pongo de rodillas. El hilo de los cuadrados de la colcha se me clava en las rodillas, y el impulso de huir, de averiguar qué está pasando, me mantiene prisionera. La determinación fluye por mis venas y me pongo en pie.

Antes de que pueda avanzar ni un centímetro, papá me sujeta el brazo. Su agarre no es firme ni brusco, pero la familiar conexión hace que mi corazón dé un vuelco. Siento que se me frunce el ceño mientras bajo la vista hacia su mano bronceada sobre mi brazo. Algo

dentro de mi pecho se aprieta dolorosamente y los ojos se me llenan de unas lágrimas que no comprendo.

—No es tu momento, Madison. No deberías estar aquí.

Al oír su voz, una sola lágrima se desliza por mi mejilla. Alzo la cabeza y recorro sus rasgos con la mirada mientras vuelvo a dejarme caer sobre la colcha.

—¿Papá? —Mi voz se quiebra en la última sílaba y la comprensión inunda mi cuerpo. El labio me tiembla y los ojos se me empañan. —Papá, ¿eres tú?

Me aprieta el brazo en un gesto de afecto familiar que me oprime el corazón. El amor brilla en su mirada, con un destello que reluce bajo la luz del sol. —No puedes estar aquí ahora, cariño. Tienes que volver. Estaré aquí cuando estés lista.

—¿Qué? No, quiero quedarme contigo. —Avanzo sobre mis rodillas, desesperada por abrazarlo.

Él me detiene con manos suaves en mis brazos. —Despierta, Madison.

Aunque sacudo la cabeza con una súplica desesperada en los labios, los bordes de la imagen que me rodea se desvanecen a negro, como si alguien hubiera prendido fuego al papel sobre el que se plasmó esta escena. Observo con horror cómo la mirada de mi padre permanece fija en la mía, inalterable en su atención y su amor.

DOS

LEO

EL INCESANTE pitido me crispa los nervios, pero me obligo a quedarme quieto. A soportar la tortura que es la inacción. No hay nada que *hacer*. No tengo ninguna respuesta, solo una habitación llena de preguntas. Y hasta que mi hermano se despierte y nos diga qué cojones pasó en el tiempo que estuvimos separados, no puedo hacer nada.

La expresión *en un abrir y cerrar de ojos* no es nueva, ni mucho menos. Y con una familia como la mía, estoy demasiado familiarizado con la rapidez con la que las cosas pueden escalar. Cómo la vida puede convertirse en muerte con un chasquido de dedos. Si a eso le sumamos un capullo como padre que se expresa con violencia, se podría decir que estoy más que acostumbrado a estas situaciones.

Pero esta vez es diferente.

Porque, por primera vez, no tengo a mi hermano a quien mirar. No me avergüenza decir que suelo delegar en él en situaciones *familiares*. Es un puto miembro de la mafia. Por supuesto que sabe más sobre esta vida que yo. Esa fue una opción que no se me permitió. No todavía, al menos.

Estoy totalmente fuera de mi elemento, y no soy tan orgulloso como para no admitirlo. No sé ni por dónde cojones empezar a

buscar a la persona responsable, pero sé una cosa con seguridad: preferiría arrancarme un ojo que acudir a Angelo en busca de ayuda.

Ese hombre no hace nada gratis, y aunque Matteo me ha mantenido al margen de los negocios familiares, no me aisló por completo. Hubo momentos en los que me enfrenté a la marca personal de *ayuda* de Angelo anteriormente, y no volveré a cometer ese error jamás.

Así que hasta que descifre qué cojones hacer, me quedo aquí sentado, en esta habitación de hospital estéril que huele a desinfectante y a café pasado.

Y espero.

Dante merodea por los pasillos, ocupándose presumiblemente de las cosas de la única forma que sabe.

Matteo estuvo en quirófano unas cuantas horas y, menos mal, repararon lo peor del daño. Su chaleco de Kevlar le salvó la vida. Tiene una suerte de la hostia por haber empezado a usar el nuevo prototipo ultrafino de su amigo de la Hermandad. Ahora, solo es cuestión de esperar a ver cuándo decide su cuerpo que está listo para despertar.

Mientras tanto, cada segundo que pasa es otro en nuestra contra. Es otro minuto que mi chica está desaparecida.

He visto la grabación cien veces y sigo sin encontrar nada nuevo. Dos hombres muertos que caminan, con pasamontañas, disparan a Matteo y se llevan a Madison, pero no sin antes golpearla en la cabeza con una pistola.

La forma en que su cuerpo se desplomó es una imagen que no creo que pueda borrarle nunca de la cabeza. Es como si alguien la hubiera desenchufado y su electricidad simplemente se hubiera detenido. El modo en que su cuerpo se desmoronó sobre el suelo me perseguirá en sueños durante años.

Me crujen las tripas, recordándome que no recuerdo cuándo fue la última vez que comí. Tomé un café con Madison, pero eso fue hace horas. Dante se fue hace como una hora con la excusa de buscar comida, ropa limpia y cualquier otra cosa que tenga que hacer para asegurar esta zona del hospital. Imaginarlo merodeando por los pasillos blancos con el ceño fruncido y salpicaduras de

sangre, sobresaltando a cada enfermera desprevenida, me arranca una sonrisa.

La sonrisa se desvanece cuando la sensación de la sangre de Matteo, fría y pegajosa en mi camisa, me roza la piel. La sangre no me asusta. Uno no crece siendo hijo de Angelo Rossi sin familiarizarse mucho con la sangre. Y, joder, ni siquiera es la primera vez que tengo sangre de Matteo encima. Hace años, le rompí la nariz en un intento equivocado de demostrarle que estaba listo para entrar en el negocio familiar.

Apoyo la cabeza en las manos y me quedo mirando el suelo de linóleo blanquecino, trazando distraídamente patrones en el diseño moteado de marrón mientras mi mente se aleja de mi jodida infancia. No puedo evitar pensar de nuevo en ella, preguntándome dónde estará y esperando que esté bien.

El extraño encuentro de Madison en el baño, el apartamento, el piso franco. Aunque normalmente podría ignorar el incidente de la cafetería, leí en alguna parte que las cosas malas vienen de tres en tres. Y tengo que creer que eso cuenta como la tercera, de lo contrario, hay otro golpe esperando a caer sobre nosotros.

Y no sé qué cojones hacer ahora.

Todo en mis entrañas me insta a actuar. La necesidad de buscarla late al compás de mi corazón, pero la última vez que me levanté para irme, Dante bloqueó la puerta. Dijo que no puede buscarla, proteger a Matteo y rescatarme a mí, todo al mismo tiempo.

Capullo.

Llegamos a un acuerdo: yo me quedo aquí y él puede centrar más energía en encontrarla.

Realmente necesito que Matteo despierte y me diga qué hacer. Siempre ha sido él el de los grandes planes, las ideas grandiosas. Nunca me dejó participar en ninguno de ellos, siempre intentando protegerme.

Tal vez sea hora de no darle más esa opción. Tal vez sea mi momento de dar un paso al frente y ayudar.

—¿Leo?

El sonido de la voz de Matteo hace que salte de la silla y corra a su lado. —Mierda, Matteo. Me has dado un susto de muerte. Deja

que llame a una enfermera.

Me agarra el brazo con poca fuerza, deteniendo mi movimiento.
—¿Maddie?

Niego con la cabeza. —Deja que traiga a una enfermera.

Aprieta más el brazo. —¿Dónde está Maddie?

Miro alternativamente su mano y sus ojos. A pesar de su palidez, el fuego reina en su mirada. Qué más da. Necesita saberlo, y cuanto antes pueda ayudarnos a reconstruir los hechos, mejor.

—Se ha ido. Quienquiera que te disparara se la llevó. Tenemos a algunos hombres en ello, solo en los que Dante confía. Necesitamos tu ayuda para averiguar qué ha pasado.

Asiente con una mueca, soltándome el brazo. Me apresuro a pulsar el botón de llamada para la enfermera. Llega un minuto después y le toma las constantes, explicando brevemente lo que sucedió. Los párpados de Matteo se cierran tras unos minutos, y la enfermera termina de comprobar todo prometiendo volver pronto. Resisto el impulso de recriminarle que se mantenga despierto para poder obtener respuestas. No es justo, pero la creciente necesidad de encontrar a mi chica me tamborilea en las venas.

Le doy una palmadita en el brazo. —Descansa ahora, hermano. Yo te cuidaré.

HAN PASADO horas desde que Matteo despertó. Ha estado dormitando de forma intermitente, y actualmente está despierto y quejándose de cualquier película de terror que Dante haya podido encontrar. La pantalla del televisor es pequeña y está al otro lado de la habitación, así que no sé ni por qué se queja. Probablemente es solo para sentirse mejor, productivo.

—¿Cuánto tiempo más tengo que estar aquí sentado? Odio los putos hospitales —refunfuña Matteo. Es una variante de lo mismo que ha estado diciendo desde que despertó, como si un médico no hubiera estado hurgando en su hombro hoy mismo. Ni Dante ni yo le respondemos.

La puerta chirría, pero no me molesto en mirar quién es. Las enfermeras han estado entrando y saliendo para revisar una cosa u otra, y cada vez, Matteo se pone un poco más cascarrabias. Así que esta vez, voy a ignorarlo todo.

—Sorpresa —dice una voz demasiado grave para ser la de nuestra enfermera actual.

Salto de la silla y camino hacia él, con el alivio bombeando por mi cuerpo con cada latido de mi corazón. —Cielo santo, Rafe. ¿Cómo nos has encontrado? —Le estrecho la mano y lo atraigo para darle un abrazo con un brazo—. Qué alegría verte. Ha pasado demasiado tiempo desde que estuvimos todos en la misma habitación. —Miro a Rafe y a Matteo con una sonrisa que me cruza la cara—. Joder, había olvidado lo mucho que os parecéis.

—Es lo que pasa con los gemelos —suelta Dante con sorna mientras se levanta y cruza la habitación.

—No son idénticos, capullo. —Es una frase vieja que usamos desde que eran niños. Es verdad, no son idénticos, pero al menos parecen hermanos. Es más de lo que puedo decir de mí mismo.

—Tú también, tú también. ¿Alguien quiere decirme qué cojones está pasando? —Me da dos palmadas en la espalda y se dirige hacia la cama del hospital.

Dante se detiene junto a Rafe, lo abraza con un brazo y le pone una mano en el hombro. —Me alegro de verte, tío.

—Yo también. Aunque ojalá fuera en mejores circunstancias. —Rafe pone los ojos en blanco antes de fijar la mirada en nuestro hermano en la cama.

—¿Te han seguido? —pregunta Dante, siempre pragmático. Camina hacia la ventana y levanta una persiana para mirar al pasillo.

—Qué va. Pero si lo hubieran hecho, los habría llevado de paseo por toda la ciudad. ¿Cómo estás, hermano?

—Estoy bien. ¿Pero qué haces aquí? No es seguro...

Rafe arquea las cejas hasta el nacimiento del pelo. —¿Seguro? Creo que ese barco zarpó cuando acabaste en urgencias con una herida de bala. Ahora todo el mundo sabrá que al esquivo Matteo Rossi se le puede atrapar, aunque sea con una bala.

—Me refería a seguro para ti, imbécil. Ahora lárgate de aquí. Si papá te pillá...

—Ya, ya, ya. No le tengo miedo al querido papá —lo interrumpe Rafe.

Matteo aprieta los dientes. —Ya, bueno, no eres tú el hermano con el que se desquitaría.

Tres pares de ojos se clavan en mí con una mirada tan pesada que cuadro los hombros para aguantarla. Levanto la barbilla y arqueo una ceja, lanzándoles a cada uno una mirada inquisitiva. —No os preocupéis por mí. Yo no soy el hermano al que han disparado. Y tampoco soy el que ha estado fuera durante años.

El rostro de Rafe pierde su aire despreocupado y se endurece. —Bien. Ahora que eso está aclarado, que alguien empiece a hablar. ¿Qué es exactamente lo que vi en mis cámaras de seguridad? ¿Y dónde cojones está Raven?

Matteo levanta una mano y nos mira alternativamente. —Espera. Un momento. ¿Cómo nos has encontrado siquiera?

—¿Raven? —pregunto yo al mismo tiempo, apoyándome contra la pared. La confusión nubla mi cerebro falto de cafeína y comida. ¿Había alguien más allí?

—¿Quién crees que llamó a los paramédicos? —Rafe sonríe con arrogancia mientras mira a nuestro hermano.

La mirada de Matteo pasa de Rafe a Dante para posarse en mí. Frunce el ceño al decir: —Pensé que habías sido tú.

Niego con la cabeza repetidamente. —No, llegamos un minuto después que los paramédicos. —Mi mente da vueltas con esta nueva información, y mi ritmo cardíaco se acelera como si supiera algo que yo no.

Rafe se cruza de brazos y nos mira a los tres. —Ahora que eso está aclarado, sigamos. Porque el tiempo se nos agota con Raven.

—Hijo de puta —jura Matteo entre dientes—. ¿Cómo?

Rafe se encoge de hombros. —¿Cómo ocurre cualquier cosa? Chico conoce a chica, chico salva a chica, chica se lo agradece al chico *generosamente*, chico lleva semanas buscando a la chica.

La cabeza me da vueltas con su conversación esquiva en clave. Bien podrían estar hablando en francés, por lo poco que entiendo.

Uno de ellos siempre cede, solo que con los años ha ido cambiando cuál es.

¿Y quién cojones es Raven?

Intercambian un par de pullas más, pero no hay verdadera agresividad en ellas, y de todos modos estoy demasiado preocupado para seguir su conversación. Hay un momento de silencio, y entonces es como si una explosión de sonido ondulara en el aire cuando la comprensión me golpea en la cara.

—Te lo diré de esta forma, hermano. Si has hecho que maten a Raven, te pegaré un tiro yo mismo. Y esta vez, me aseguraré de que no lleves chaleco —continúa Rafe sin perder el ritmo, mostrándole a nuestro hermano una sonrisa con más dientes que corazón.

—¿Qué cojones me has dicho? —gruñe Matteo mientras se incorpora en la cama sin hacer un solo gesto de dolor.

—Ha sonado mucho a amenaza. —Dante se separa de la pared y cruza la habitación para plantarse junto a la cama del hospital.

—Un momento. ¿Raven? —Aprieto los puños y me quedo en mi lado de la habitación con la espalda contra la pared.

Rafe nos mira a los tres, con una mueca cruel dibujada en la cara. —Oh, ¿es que no lo sabíais? Esa chica es mía.

TRES

MADDIE

RECUPERO EL CONOCIMIENTO DE GOLPE, con el cuerpo sacudiéndose y los ojos abriéndose de par en par. A mi alrededor todo está oscuro, pero no en tinieblas. Percibo un zumbido bajo debajo de mí y noto un sabor metálico en la lengua: sangre.

Me duele el pecho por un duelo tan profundo que, inconscientemente, busco a mi padre antes de darme cuenta de nada. Contengo un sollozo cuando la realidad me golpea con la fuerza de un tráiler. Como sal en una herida abierta, el sentimiento demoledor de estar sola se apodera de mí. Y sé en mi alma que, sea donde sea que acabo de estar, realmente lo he visto. No recuerdo mucho más que unos instantes, pero es suficiente para que el dolor de su ausencia pase al primer plano de mi mente.

Parpadeo varias veces, soltando un suspiro que aplaca un poco el dolor lo suficiente como para examinar mi entorno. Es el tipo de oscuridad tenue que no llega a robarte el sentido de la vista. El pánico me oprime el corazón y me consuela saber que soy yo, y no mi hermana, quien está en este aprieto. Mary tiene miedo a la oscuridad desde los seis años. Esto sería su pesadilla.

Mientras no acabe en una de esas jaulas bajo el agua, con tiburones nadando a mi alrededor, podré superar esto. Sea lo que sea *esto*.

Tengo que hacerlo. No hay alternativa, o al menos eso me digo mientras el miedo amenaza con tomar las riendas.

Mi cuerpo se balancea y se sacude de una forma inconfundible, y el material áspero de una manta que me cubre me roza la piel. Debo de estar en un coche.

Oh, mierda. ¿Estoy en otra furgoneta?

Reprimo el impulso de quitarme la manta de un tirón y delatarme. Si estoy en una furgoneta, probablemente solo tenga una oportunidad de salir de aquí sin resultar gravemente herida... o morir.

Recurro a mis técnicas de respiración calmantes y meditativas durante unos instantes preciosos. Murmullos bajos de voces irreconocibles llegan a mis oídos justo cuando el dolor de cabeza se hace notar con una punzada feroz.

Me llevo la mano a la sien por instinto, pero eso solo me arranca un jadeo. El lado de mi cara está húmedo y pegajoso con lo que supongo que es sangre. Los detalles son algo borrosos, y el cómo no es tan importante como la necesidad de escapar, así que lo dejo a un lado para lidiar con ello en otro momento.

La sangre se me pega a las yemas de los dedos y, como si se activara un interruptor mágico, ráfagas de recuerdos golpean mi cerebro. Es como uno de esos cuadernos de dibujos animados que teníamos de niños, e imágenes sueltas de lo ocurrido aparecen ante mis ojos, tan rápido que parece que estoy viendo cómo sucede todo de nuevo desde una vista de pájaro.

¡Oh, Dios mío! ¡*Matteo!*

¡Le han disparado y ellos... simplemente lo han dejado allí! La impotencia me sube por la garganta y ahogo el sollozo que amenaza con estallar. Envío una plegaria a las estrellas para que cuiden de él hasta que reciba ayuda. No tengo ni idea de cuánto tiempo ha pasado, pero solo espero que Leo y Dante hayan vuelto a tiempo.

La idea de que muera es incomprensible. Siendo realistas, recibir un disparo a tan corta distancia por lo que parece ser un *asesinato por encargo* significa la muerte. Y eso puede ser cierto para algunas personas, pero no para él.

No para Matteo Rossi.

Más grande que la vida misma y lo suficientemente poderoso como para dominar una sala con una sola mirada.

No, ese hombre no puede morir. Todavía no he terminado con él.

Me niego a creer que haya muerto. Y sé perfectamente que lo sabría, que de alguna manera lo *sentiría* si hubiera muerto. Está vivo. Tiene que estarlo.

Me aferro a esa creencia y la repito como un mantra durante los siguientes treinta segundos. Luego, retiro lentamente la manta, con cuidado de no hacer movimientos bruscos que atraigan la atención de nadie.

El material de lana me pica en la nariz y me entran unas ganas irreprimibles de estornudar.

Estas malditas fosas nasales me van a matar, maldigo mentalmente.

Cierro los ojos y me concentro en no estornudar, manteniendo ese reflejo bien controlado. El impulso de estornudar recorre mi sistema y logro contenerlo en un ruido increíblemente suave, apretando los ojos con fuerza y encogiendo los hombros involuntariamente.

Al abrir los ojos, lo primero que noto es que aquí sigue estando oscuro, más de lo que esperaba. Deslizo la ruda manta más abajo por mi cuerpo, girando la cabeza de lado a lado para observar mi entorno. Tenía razón. Definitivamente estoy en un vehículo. Y, por desgracia, parece algún tipo de furgoneta personalizada. Creo que puedo afirmar con seguridad que nunca volveré a subirme a una furgoneta por voluntad propia. No después de todo lo que ha pasado.

Hay cajas en el suelo a mi alrededor en lugar de una segunda fila de asientos, encerrándome, pero no quiero arriesgarme a incorporarme para mirar mejor. Al menos, no todavía.

Miro a mi alrededor y noto una especie de película negra sobre la ventana frente a mí. Eso explica por qué está tan oscuro aquí dentro. Parece casi un plástico grueso; las luces de la calle apenas lo atraviesan para dejar entrar una luz tenue.

Apoyada en los codos, echo un vistazo con cautela hacia la parte delantera de la furgoneta, de donde provienen las voces. Hablan

demasiado bajo para que pueda distinguir gran cosa, y la radio tapa el resto. Suelto un suspiro, el aire agitando el pelo suelto frente a mi cara, y pienso en mis opciones.

Son muy escasas.

¿Qué hace una chica acostumbrada a tener el control de su vida en una situación en la que apenas tiene ninguno? ¿Y si es una situación de vida o muerte?

Hace algo impredecible, eso es lo que hace.

La semilla de una idea brota en mi mente, y solo eso basta para mitigar parte de la ansiedad creciente que cuelga de mi cuello como un peso de dos toneladas. Antes de poder hacer nada, necesito tener una idea mejor de dónde estamos. Si estamos en la autopista, tendré que optar por el plan B, pero si estamos en una calle secundaria, estoy bastante segura de que funcionará.

Sea como sea, es el único plan que tengo.

Aguzo el oído para escuchar la conversación en voz baja a unos metros delante de mí y me incorporo hasta quedar sentada. Las cajas y los amplios asientos individuales del conductor y el pasajero me ofrecen algo de ocultación. El factor sorpresa me hará ganar unos segundos preciosos, y tendrá que ser suficiente. La manta se me resbala cuando me pongo de cuclillas y me mantengo en equilibrio sobre las puntas de los pies. Nunca he estado más agradecida por llevar zapatillas que ahora mismo. De hecho, cuando esto termine, voy a escribir una carta de agradecimiento muy efusiva a la marca por sus zapatillas perfectas.

Siento las piernas rígidas y me da vueltas la cabeza, pero lo reprimo todo y me concentro en lo que tengo que hacer a continuación.

Giro la cabeza de un lado a otro con una lentitud puntuada por el estruendo de mi corazón. Suena como el redoble de un tambor que resuena en mi cuerpo, apelando a algún instinto primario de supervivencia enterrado hace tiempo.

No hay nada fuera de las ventanas oscurecidas artesanalmente que destaque aquí dentro. El material adherido a la ventana ondula y distorsiona la vista. Miro por encima del hombro y veo a dos

personas en los asientos del conductor y el pasajero; la parte trasera de sus cabezas es indistinguible en la penumbra.

Me desplazo hacia adelante, apoyando una mano frente a mí con los ojos puestos en mis secuestradores. Una gota de sudor se desliza por mi sien palpitante; mi adrenalina sube tanto que tengo que tragar saliva para contener las náuseas. Cuento hasta cinco con los ojos clavados en la parte delantera de la furgoneta, rogando que las estrellas estén de mi lado en este momento y que los hombres no se hayan dado cuenta de que me he despertado.

Su murmullo continúa sin que me lancen ni una mirada, así que me incorporo un poco desde mi posición en cuclillas y alcanzo a ver algo a través del parabrisas.

Mierda.

Esperaba ver manzanas de la ciudad, pero en su lugar, veo largas extensiones de hormigón con alguna fábrica o almacén ocasional.

Si logro salir de esta, es igual de probable que me recoja otro psicópata en este barrio. Al menos esta vez no tengo las manos ni los pies atados.

Y qué pensamiento más retorcido es ese. Definitivamente voy a necesitar terapia cuando todo esto acabe.

Me muerdo el labio inferior mientras debato qué hacer.

A la porra.

Suelto el aire lo más silenciosamente posible y camino rápidamente a gatas hacia la puerta corredera de la furgoneta más cercana a la acera. Empiezan a sonar los acordes de Bon Iver, y uno de los hombres murmura algo antes de subir el volumen. Lo tomo como la señal que estaba buscando, envuelvo el tirador con los dedos y tiro con fuerza hacia mí, con la anticipación recorriendo mi cuerpo y tensando mis músculos.

Pero la puerta no se abre. Vuelvo a tirar; el ruido del tirador de plástico al soltarse suena como un trueno, solo superado por el torrente de sangre en mis oídos. Me tiemblan las manos mientras lo intento por tercera vez, con la mirada escaneando la puerta.

¡Los pestillos!

Con una sonrisa triunfal, agarro el pestillo y tiro de él hacia arriba, desbloqueando la puerta. Tiro del tirador de nuevo y, esta

vez, la puerta se desengancha y se desliza para abrirse.

El pitido y el parpadeo de la luz interior mientras la furgoneta está en marcha bien podrían ser un megáfono por la atención que atraen.

—¿Qué demonios? —grita el conductor, dando un volantazo a la derecha.

—¡Ah, joder, para!

—Maldita sea. No podemos dejar que se escape —gruñe el conductor.

—¿De verdad crees que no lo sé? —le espeta el otro tipo.

El coche da otro volantazo, enderezándose antes de frenar. No me quedo a escuchar nada más; contengo la respiración y salto por la puerta medio abierta. Mis párpados se cierran sin pensarlo y rezo para no romperme nada mientras caigo rodando desde el vehículo en marcha.

Aterrizo de costado con un golpe que me sacude los huesos. No me molesto en sofocar mi alarido; mi hombro me grita de dolor mientras ruedo varias veces. El dolor es agonizante y total. Siento como si acabara de pasar por una centrifugadora de ensalada, pero una con guijarros que se clavan como cuchillas contra mi piel, dejando trozos atrás.

Me detengo boca arriba, con el pecho agitado mientras miro un cielo sin estrellas y suplico que el mundo deje de dar vueltas. Las náuseas se revuelven en mi estómago, amenazando con dejar mi comida por todo el pavimento.

Muévete, muévete, muévete. La palabra resuena en mi cerebro, ordenando a mis músculos que obedezcan. Con un gemido de agonía y determinación, me doy la vuelta sobre el estómago y me pongo a cuatro patas. El dolor en el hombro me grita y mi brazo izquierdo cede bajo la presión.

Aprieto los dientes y uso el brazo derecho para ponerme en pie justo cuando el ruido de neumáticos chirriando reverbera en el aire quieto de la noche a mi alrededor. Los faros barren la calle, iluminando el almacén y las fábricas a ambos lados. Es un pueblo fantasma.

Giro sobre mis talones y empiezo a correr. Estoy desorientada y mareada, tropezando más de lo que esperaba. El deseo de poner distancia entre ellos y yo me martillea. Necesito un milagro. Una persona buena y amable que me ayude.

Mi corazón late al compás de mis zapatillas golpeando el pavimento agrietado y polvoriento. Los tenues círculos de luz amarilla de las farolas dejan la mayor parte de las calles sumidas en las sombras. Mi pelo vuela de un lado a otro, enredándose en mis pestañas. No me molesto en arreglarlo, simplemente lo aparto de mi vista con el dorso del antebrazo.

El rugido del motor suena como una manada de leones respirándome en la nuca, y sé que si me doy la vuelta y miro por encima del hombro, será mi perdición. Tropezaré, o estarán más cerca de lo que esperaba, y eso me desequilibrará. Por mucho que no me gusten las películas de terror, me niego a convertirme en un ejemplo real de esas víctimas estúpidas que mueren en los primeros diez minutos porque miran hacia atrás.

Estoy tan ocupada concentrándome en no mirar atrás que no veo a la figura que corre hacia mí hasta que es demasiado tarde. La sombra oscura se abalanza sobre mí como un misil, arrancándome un sonido de pánico mientras el terror me recubre la piel.

Uno de los hombres de antes me embiste; su rostro es algo visible al estar bañado por una extraña luz amarilla. Lleva el pasamontañas subido, apoyado sobre la frente.

Me desvío de él en el último momento, pero no soy lo bastante rápida. Su brazo cae sobre mí como una banda de hierro, cortándome la respiración mientras me agarra y me levanta del suelo. Lanzo patadas y siento que mis talones conectan con sus espinillas mientras araño sus manos. Están apretadas con fuerza alrededor de mi cintura, aplastándome las costillas y exprimiendo el aire de mis pulmones.

—Cállate de una puta vez. —Sus palabras son bajas y cargadas de malicia—. Te juro por lo que sea que más nos vale cobrar el doble por todo este lío, o voy a matarlo yo mismo.

Me arrastra hacia atrás, ignorando mis patadas desesperadas y mis intentos de arañarle. Lucho como si mi vida dependiera de ello.

Cruzamos los haces de luz de los faros de la furgoneta, que se ha detenido con un chirrido de neumáticos.

—Date prisa de una puta vez, Dave —espetea mi captor—. Estoy harto de esta mierda. Y quiero ver el resto del partido esta noche.

—Que te jodan, Jared, ya estoy aquí —gruñe el otro, Dave, sin verdadera ira.

—Ya, bueno, eres demasiado lento. Te dije que deberíamos haberle metido dos tiros por la espalda en aquel apartamento. Nos habríamos ahorrado un montón de problemas.

—Dices eso ahora, pero no quiero que ese puto enfermo nos eche a sus matones encima porque nos hayamos cargado a dos cuando el contrato era solo por una. ¿Tú sí?

—Como sea. Vamos a acabar con esto de una puta vez. ¿Lo tienes? —Cambia su forma de sujetarme y me hace girar para que quede frente al otro tipo. Los faros le proporcionan el tipo de luz de fondo justa para que no pueda distinguir bien sus rasgos, solo que es alto y va vestido de negro; ambas cosas ya las sabía.

Me obliga a avanzar y, cuando estamos a unos treinta centímetros del otro tipo, este se enfoca un poco más. Y ahí es cuando pierdo los estribos por completo.

—¡No tenéis por qué hacer esto! Os prometo que no diré nada. Solo dejadme...

—Cielo santo, ¿quieres callarte la boca de una vez? —El tipo que me sujeta, Jared, me sacude con fuerza.

Cierro la boca de golpe y las palabras se me quedan atascadas en la garganta por un momento. Gélidos tentáculos de miedo me envuelven, tan potentes y pesados que creo que pierdo el conocimiento por un instante. Redoblo mis esfuerzos, retorciéndome, pateando y arañando con todo lo que tengo dentro, ignorando mi hombro dolorido y cada raspadura y moretón como si no existieran. Me convierto en alguien más... en algo más.

Atrás quedó la chica que amaba el ballet y el té de la tarde en tazas de época; en su lugar está esta criatura decidida a no convertirse en una estadística más.

Pero no soy rival para la fuerza de dos enormes asesinos. Y a medida que uno se acerca a mí con una jeringuilla en la mano, envío

una última súplica a las estrellas.

La aguja me pincha el cuello y él presiona el émbolo, inyectando en mis venas cualquier cóctel de drogas de mierda que haya ahí dentro.

Le enseño los dientes mientras una sola lágrima rueda por mi mejilla, jurando vengarme si salgo entera de esta.

—¿Seguro que esto funcionará? —pregunta Jared.

—Se lo quité a la tía con la que salgo. Es veterinaria en South Shore.

La inconsciencia no llega rápido como sugieren las películas. Es metódica, despojándote de tus facultades una a una, para que sientas la agonizante tortura de tu cuerpo volviéndose contra tu mente.

—Ya, bueno, más te vale que funcione —gruñe Jared mientras ajusta su agarre sobre mí—. Porque no pienso volver a perseguirla.

Le prometo represalias con la mirada, pero no importa, porque nadie me está mirando a los ojos de todos modos. Jared me carga sobre su hombro un segundo después de que mis piernas fallen, dejando que mis brazos y el torso cuelguen sobre él mientras camina tranquilamente de regreso a la furgoneta. Como si esto fuera algo normal para él, lo cual, me doy cuenta con un sobresalto, probablemente lo sea.

—Entonces, ¿vas a ir a casa de Eddie para el partido de esta noche?

Manchas negras se asoman por los bordes de mi visión, oscureciéndola como una viñeta.

—Sí. He quedado con Harry y unos cuantos más allí después de que limpiemos este puto desastre que has montado. —Jared me recoloca, hundiendo su hombro en mi estómago y expulsando el aire de mis pulmones de un soplo.

—Ya, ya. Cantarás otra canción cuando pidamos el rescate por esta al senador —dice el otro tipo, Dave, con una risita.

Es lo último que oigo antes de que la negrura inunde mi visión y ya no pueda aguantar más. Mis pestañas aletean hasta cerrarse y, al igual que el resto de mi cuerpo, se niegan a obedecer mi orden.

Tres segundos después, floto en un mar de negro infinito.

CUATRO

MADDIE

ME DESPIERTO de mi deriva por el río perezoso del interminable espacio negro por la cadencia repetida de lo que sea que me sostiene ahora mismo. Muevo los dedos, pero no me hacen caso. La desconexión entre mi cerebro y mi cuerpo sigue firmemente establecida. Ruego a mis ojos que se abran para poder hacerme una idea de en qué infierno me encuentro, pero se niegan. Las náuseas me revuelven las entrañas y no estoy segura de si es por lo que sea que me han inyectado o si me mareo con el movimiento.

Mi miedo se aprovecha de mis vulnerabilidades y conjura contenedores metálicos de mercancías y barcos gigantes y otras chicas en jaulas, dirigiéndose hacia un destino peor que la muerte.

Maldigo mi imaginación y el amor de mi hermana por el *true crime*, y me concentro en mi respiración. Inspirar y espirar, pausada y constante.

Tras un momento, el pánico retrocede hasta un nivel más razonable y soy capaz de deducir que alguien me lleva en brazos. Oigo palabras masculladas y siento el retumbar de su voz contra mi cuerpo.

Seguro que es el mismo tipo que me llevaba antes. Dave. No, Jared.

Cielo santo, ¿acaso importa su nombre? razona una vocecita en mi interior.

Antes de que tenga tiempo de asustarme de verdad por a dónde me lleva, dejamos de movernos. Alguien golpea una puerta; el ruido es lo bastante fuerte como para haberme hecho sobresaltar si tuviera algún control sobre mis movimientos.

La puerta chirría cuando alguien responde y un gruñido precede a sus palabras. —¿Se puede saber qué demonios creéis que estáis haciendo?!

—Bueno, verás, la cosa es, *jefe*, que nos hemos topado con un pequeño contratiempo.

—Eso no es problema mío. Y no hay razón para presentarse en mi puerta a estas horas de la noche. Tengo vecinos, ¿saben?

—¿Qué pasa, senador? ¿No quiere que sus vecinos sepan el color de su albornoz?

—O a lo mejor es que no quiere que lo vean con nosotros, Jared.

—Eso parece más probable, Dave. —Se desplaza hacia un lado y el movimiento hace que el estómago me dé un vuelco.

—Dios, entrad antes de que alguien os vea —sisea el tipo, un senador, supongo. Y por fin reconozco su voz. Es el senador Hardin, también conocido como el padre del ex de Blaire.

Hay rumores sobre él, pero la mayoría tienen que ver con chanchullos en despachos cerrados que benefician al uno por ciento más rico de la sociedad, no con contratar sicarios.

—Ni una palabra hasta que estemos dentro de mi despacho —dice el senador Hardin con un resoplido.

Mi pelo se balancea de un lado a otro mientras Jared me lleva sobre el hombro al interior de la casa del senador Hardin. Mantengo la respiración acompasada mientras una sensación de hormigueo me recorre las yemas de los dedos. Es como una mezcla entre la sensación de pinchazos cuando se te despierta la mano después de haberse quedado dormida y cuando tocas accidentalmente un enchufe.

Escucho los pasos a mi alrededor e intento llevar la cuenta del camino que hemos seguido por la casa. En el momento en que consiga que mi cuerpo coopere de verdad, me arriesgaré y echaré a

correr. Estoy bastante segura de que el senador vive en una comunidad cerrada, en un barrio no muy lejos de Blaire.

El chirrido de las bisagras es la única pista de que una puerta se ha cerrado.

—Muy bien, tenéis treinta segundos para convencerme de que no os mate a los dos por haber jodido esto.

El hombre que me sostiene cambia su peso de pierna durante un momento antes de caminar unos pasos y dejarme en algún sitio. Estoy tumbada de lado, en una especie de sofá pequeño. Todo cojines duros y tela áspera contra mi piel. Pero ni siquiera me importa porque, por primera vez en lo que parecen años, mis párpados se abren. Mi pelo pelirrojo está alborotado y me cubre media cara, ocultando mis párpados entreabiertos. Resisto el impulso de quitármelo de la cara con un soplo; no quiero que se den cuenta hasta que esté lista para moverme.

Y me vendría bien obtener toda la información que pueda para dársela a la policía cuando por fin me libre de todo esto.

A menos que se lo cuentes antes a Dante, susurra una vocecita en mi cabeza. No puedo evitar que la imagen del senador y sus dos matones sangrando en el suelo bajo el control de Dante cruce por mi mente. La venganza se desliza por mis venas, reafirmando mi valor.

Mi abuela siempre me decía que estaba destinada a grandes cosas, y mi corazón de ocho años se lo tomó como una verdad absoluta: que yo sería la próxima prima ballerina o que tendría el papel protagonista en Broadway. Pero salir de esto ilesa sería suficiente para mí. Consideraría que he cumplido su profecía si consigo sobrevivir a esto.

Sobreviviré.

De momento, no ha sido ni de lejos tan malo como temía, pero eso podría cambiar en un abrir y cerrar de ojos. Y dependerá del hombre que tengo delante.

El senador Hardin lleva un pijama azul claro de finas rayas blancas y un albornoz azul oscuro. Está de pie detrás de su escritorio, una monstruosidad de madera gigante con tallas ornamentadas que parecen fuera de lugar en una habitación tan

pequeña. Dale Hardin es conocido por presumir de sus vínculos ancestrales con los Hijos e Hijas de la Revolución Americana, afirmando que su familia tiene lazos con los padres fundadores.

No me sorprendería que este escritorio fuera realmente de principios del siglo XX, cuando los escritorios de madera eran de verdad y no la porquería de contrachapado que venden ahora. Sería casi hermoso de una forma nostálgica e histórica si no estuviera mirándolo fijamente mientras espero a que un grupo de hombres decida mi destino.

Qué cruel giro del guion me ha jugado el destino.

Pero soy adaptable, inteligente y estoy jodidamente decidida.

Observo cómo el senador cambia su peso de un pie al otro antes de cruzarse de brazos sobre el pecho. —Tenéis diez segundos para explicar por qué hay una chica inconsciente en mi chaise longue de diseño única en su especie antes de que mis guardias personales os hagan desaparecer.

Las palabras apenas han salido de su boca cuando la puerta se abre con un suave chirrido y dos pares de piernas aparecen en mi visión periférica. Supongo que son los guardaespaldas de los que ha hablado.

Observo cómo Jared separa más las piernas al pararse. —Verá, la cosa es, senador, que Dave y yo siempre tenemos un sistema de seguridad. Ya sabe, un plan B por si a alguien se le ocurre jodernos. Pero antes de pasar a eso, hablemos de este bonito paquete pelirrojo de aquí.

—Os pagué para que os encargaraís de alguien, no para que me trajerais...

—Exactamente —interrumpe Jared—. Nos encargó que nos ocupáramos de *una* persona. Sus instrucciones eran explícitas, así que imagine nuestra sorpresa cuando llegamos y nos encontramos con otro cuerpo allí.

—Probablemente solo sea alguna prostituta. ¿Por qué no le habéis disparado a ella también? ¿Qué coño voy a hacer yo con una zorra? ¿Y por qué cojones habéis pensado que sería una buena idea traerla aquí? —El senador gruñe las palabras entre dientes.

—Permítame que lo diga de otra forma: ha pagado por un trabajo. No por dos. Y en cuanto a qué hacer con ella, eso depende enteramente de usted. Podemos quitársela de las manos... pero eso le va a costar dinero.

Su actitud despreocupada sobre mi muerte prematura debería asustarme más de lo que lo hace, pero voy a achacarlo al hecho de que mis glándulas suprarrenales probablemente están agotadas. Estoy en medio de un triaje prolongado sobre qué demonios debería asustarme más, y ahora mismo, eso ni siquiera se compara con la posibilidad muy real de morir aquí.

Sin el pleno uso de mi cuerpo en una hortera chaise longue en el despacho de un turbio cargo público.

Parece el argumento de un episodio de una serie de crímenes de máxima audiencia.

—¿Cuánto?

—El doble —dice Dave.

—¿El doble? ¿Os habéis vuelto locos? No voy a pagaros por ocuparos de una rata callejera.

—Bueno, verás, a mí no me parece para nada una rata callejera. ¿A ti te lo parece, Jared? —Dave usa ese tono que suena como si lo único que dijera fuera *que te jodan* pero educadamente.

—Qué va. Más bien parece una de esas zorras ricas por las que nos darían un buen pellizco. Me imagino que seríamos unos auténticos héroes al encontrar a una pobre princesita de Park Avenue perdida en las garras del sótano de un senador depravado —añade Jared.

Oigo al senador balbucear y, si pudiera, tendría las cejas en el nacimiento del pelo.

—¿Esto es... esto es un chantaje? —La incredulidad tiñe el tono del senador.

—Solo un recordatorio amistoso. Nuestra tarifa acaba de subir... al triple.

—¿El triple? ¿Por qué cojones iba a pagaros el triple *ahora*?

—Porque ahora tiene que incluir nuestra tarifa por molestias.

—Más bien una tarifa por *inconveniencias*, en realidad —dice Dave.

Veó cómo la cara del senador se pone roja mientras vuelve a balbucear, haciendo un trabajo pésimo al intentar reprimir su rabia. —Salid de mi puta casa antes de que os mate yo mismo. Russel, ocúpate de la chica. Tom, escolta a estos hombres fuera de mi propiedad.

No me sorprendería que *fuera de mi propiedad* sea una clave para decir *bajo tierra*. Parece que al senador Hardin le va a estallar una arteria si no se calma pronto.

Un par de piernas se acercan hasta que se detienen justo al lado de mi cabeza. Cuesta un esfuerzo ridículo quedarme quieta mientras mi adrenalina vuelve a dispararse. Cierro los párpados y concentro toda mi energía en escuchar pistas mientras mis extremidades hormiguean de alerta.

—Ah, antes de irnos. Creo que nos debe un pago.

—Lo tendréis en cuanto tenga el comprobante de entrega. Russel, dale la vuelta. Echémosle un buen vistazo y veamos si podemos usarla para algo antes de llevarla a la granja.

¿La granja?

El sudor se me acumula en el nacimiento del pelo mientras mi adrenalina sube más aún, encendiendo un hormigueo de sensaciones por mis extremidades. Mis dedos tiemblan por la necesidad de moverme, de salir de aquí cagando leches.

Unas manos grandes me agarran por los hombros y me dan la vuelta. Me cuesta todo lo que tengo dentro no estremecerme ante el contacto. Obligo a mi pecho a subir y bajar con respiraciones constantes, y rezo a quien sea que me esté escuchando para que nadie note el temblor de mis manos.

—¿Qué le pasa?

—Solo un poco de tranquilizante para perros —dice Dave.

Pasa un segundo de silencio antes de que el senador pregunte: —¿Le habéis dado un tranquilizante para *perros*?

—No nos ha pagado lo suficiente para cuestionar nuestros métodos. Nos pagó para ejecutar un trabajo, cosa que hemos hecho. Esta mierda de ahora queda fuera del presupuesto original.

—Señor. Será mejor que eche un vistazo a esto —dice la voz cercana a mi cabeza sobre un sonido de forcejeo.

Siento que la correa de mi pequeño bolso bandolera me tira del cuello y se me encoge el corazón por lo que llevo dentro. Mi cartera está ahí, con mi dirección. Estoy luchando por recordar qué día es y si mi hermana y mi prima están en casa.

—Putos gilipollas incompetentes. Es la última vez que le pido referencias a Sal. Podría haber enviado a mi hijo a hacer un trabajo mejor que este. Y me ha costado cien mil de los grandes —murmura el senador Hardin.

—¿Señor?

—Madison Walsh. ¿Por qué me resulta familiar ese nombre? — Hay un momento de silencio—. Maldita sea. Esta no es ninguna puta de la calle. Es una chica del St. Rita, cosa que vosotros, putos imbéciles, habríais sabido si os hubierais tomado treinta segundos para registrarla. Su maldito carné de estudiante está justo aquí.

Se hace un silencio y una gota de sudor me resbala por el cuello hasta el cuello de la camiseta. Mis músculos se tensan involuntariamente mientras espero a que alguien me atrape o me dispare o algo parecido.

—¿A nosotros qué coño nos importa? Un encargo es un encargo —dice Jared. Desearía poder abrir los ojos para leer un poco mejor a la gente y la habitación. Pero si me van a matar, quizá sea mejor no verlo venir.

—Joder. Joder. Joder. Vale. Está bien. Puedo arreglarlo. Puedo. — Su voz se apaga y oigo pasos en un patrón que sugiere que está caminando de un lado a otro.

—¿Entonces quiere que nos ocupemos de ella? —pregunta Dave.

—Tom, ¿no he dicho que los saques de mi puta propiedad? —El senador Hardin suena casi maníaco mientras ladra órdenes por la habitación. Unos pasos arrastrados llenan la estancia antes de que la puerta chirríe dos veces. Supongo que Tom ha escoltado a Jared y a Dave fuera.

—¿Señor? ¿Qué quiere que hagamos con la chica?

—Chist. Cállate de una vez y déjame pensar —espetea el senador Hardin.

Recurro a mis prácticas de yoga y siento cómo cada músculo se tensa y se relaja, despertándolos suavemente para estar lista cuando

llegue el momento oportuno.

Tras unos minutos de silencio, los pasos se detienen bruscamente. —Vale. Vamos a dejarla en la finca de los Hawthorne. Cuando mi hijo salía con Blaire, mandé hacer un informe completo sobre ella y su familia. Blaire es una chica del St. Rita, y probablemente tengan una edad lo bastante cercana como para que la reconozca. De esa forma, podemos mantener nuestras manos limpias de cualquier represalia de los Walsh.

—¿Los Walsh, señor?

—Sí, *los Walsh*. Atento, Ken —se burla el senador—. No puedo estar seguro de que no sea pariente suya. Son una familia poderosa, de las que no quieres cabrear.

—Disculpe, señor. No me sonaba el nombre.

—Claro que no. No se supone que deba sonarte. Ese es el quid de la cuestión. —El senador se endereza las solapas del albornoz varias veces seguidas, casi de forma obsesiva—. Si se enteran de que está aquí, así, exigirán represalias. Y con la reelección a la vuelta de la esquina, no puedo permitirme ningún contratiempo.

—¿No le reconocerá ella, señor?

El senador hace un ruidito con la lengua. —Por eso no voy a ser yo quien la deje allí. Lo harás tú. Y deshazte también de su bolso. Así parecerá más que bebió demasiado y se perdió o algo así... —Su voz se apaga, murmurando algo demasiado bajo para que yo lo oiga.

—¿Y si habla, señor?

—Bueno, supongo que es una suerte que nunca nos haya visto, ¿verdad? Si habla, solo incriminará a los dos idiotas que la trajeron aquí. Y eso podría ahorrarme el dinero y la molestia de ocuparme de ellos yo mismo. Así que, tal como yo lo veo, todos salimos ganando. —Los guardaespaldas murmuran su aprobación—. Pero solo para estar seguros, toma esto.

No tengo tiempo de prepararme antes de que un pinchazo me atravesase el cuello. El corazón me late más rápido al darme cuenta de que me acaban de dar otro tranquilizante. Me hormiguean los dedos y unas manchas negras bailan por el borde de mi visión. No

puedo contener el gemido mientras empiezo a flotar de nuevo por el río perezoso de la niebla negra.

CINCO

MADDIE

FLOTO en ese espacio entre la plena consciencia y... algo más. No es exactamente el mundo de los sueños, sino algo etéreo y difuso. Como todas aquellas veces en que Lainey, mi hermana, y yo echábamos siestas cortas después de atiborrarnos en nuestros lugares favoritos para el brunch.

Me siento a salvo aquí, incluso reconfortada. Y me resisto a abandonar este lugar. Los detalles de por qué estoy aquí son borrosos, pero si hay algo que recuerdo, es un sentimiento abrumador de tristeza y miedo. Es una sensación visceral, distinta a cualquier cosa que haya sentido antes.

¿Así que por qué debería dejar este lugar seguro, cálido y cómodo por un sitio lleno de oscuridad y terror?

Incluso cuando empiezo a jugar con la idea de quedarme aquí, en este lugar tranquilo y reparador, algo afilado tira de lo más profundo de mi vientre. Un destello de instinto que me dice que no puedo quedarme aquí.

Por un momento, me permito la libertad de hacer algo egoísta, de quedarme aquí, donde estoy protegida.

Casi tan pronto como ese pensamiento cruza mi consciencia, me es arrebatado, y los rostros de mis seres queridos pasan ante mis ojos.

Mi hermana gemela, la otra mitad de mi ser.

¿Qué haría yo si no volviera a ver su hermosa sonrisa?

¿Y qué haría *ella* si no volviera a verme a mí?

La conozco a un nivel que la mayoría de la gente nunca tendrá la oportunidad de conocer a nadie. Compartimos vientre durante nueve meses y compartimos un hogar —incluso una habitación— cada mes posterior. Entiendo su necesidad de ser independiente, de labrarse su propio nombre por sí misma, algo ajeno al mío.

Siempre ha sido la segunda, siempre después de mí. Mary viene literalmente después de Madison en el alfabeto, y se sentaba detrás de mí en todas las clases, ceremonias y almuerzos de premios. Nunca ha estado en el centro de atención y, hasta hace poco, nunca mostró ningún interés.

Pero conozco a mi hermana, y sé que no importa cuánto empuje o lo lejos que corra para separarnos, volverá a mí.

¿De verdad puedo hacerle esto? ¿Podría realmente abandonarla como tantos otros nos han abandonado ya?

Unos susurros bajos se filtran a través de la pegajosa nube de la consciencia. Hay demasiado silencio para que pueda distinguir ninguna palabra, pero algo me inquieta en el fondo de la mente, instándome a abrir los ojos y despertar.

Otro rostro aparece ante mis ojos: mi mejor amiga, mi prima, Alaina.

No puedo ni empezar a imaginar por lo que ha estado pasando. Pero sé que ha sido duro. Sé que le ha pasado factura física y emocionalmente.

¿Podría ser yo otra persona a la que pierda?

Es terrible, pero el pensamiento de no volver a verlas nunca es lo único que me empuja a salir de mi existencia pacífica, flotando en un negro infinito.

Supongo que no debería sorprenderme que me atraiga la oscuridad o que me llame. Después de todo, basta con ver a los hombres por los que me siento atraída.

El pensamiento sobre ellos envía una punzada a través de mi corazón, atravesándolo velozmente.

Mis músculos se tensan por la necesidad de actuar. Nunca he sido de las que se quedan de brazos cruzados, así que no estoy muy segura de por qué me siento tan satisfecha de quedarme aquí ahora.

Hace años, después de que mi padre muriera, me permití una cantidad infinita de tiempo para estar quieta. La inacción fue un regalo que me hice a mí misma. Pero luego me di cuenta de que si yo no daba un paso al frente, nadie lo haría.

Mi madre era incapaz y mi hermana estaba inconsolable. Y con mi padre muerto, ¿quién más había sino yo?

No estoy segura de si me estoy perdiendo algún tipo de lección de vida o si las estrellas me están brindando otra oportunidad de brillar. Pero sé una cosa con certeza.

No estoy lista para dejarlas atrás todavía.

La consciencia es algo curioso. No es instantánea, no es como te hacen creer en las películas, donde solo chasqueas los dedos y ya estás despierta.

He tomado la decisión, estoy lista para volver, estoy lista para enfrentarme a lo que sea que los secuestradores tengan reservado para mí y, sin embargo, aquí estoy, todavía flotando en este abismo.

Me obligo a abrir los ojos, a mover los dedos, a contraer los músculos, a hacer algo... cualquier cosa.

Pero no pasa nada. Los susurros se filtran en mi negro infinito, y agudizo el oído para reconocer algo. Una petición de ayuda está en la punta de mi lengua.

De repente, esta oscuridad ya no es tan reconfortante ni cálida. Es asfixiante, me oprime desde todos los ángulos, presionando mis pulmones y estrujando mi cabeza entre sus poderosos puños. De golpe, siento que me succionan el aire de los pulmones, como si estuviera atrapada en las partes más profundas y oscuras del océano.

Y entonces mis miedos se arrastran hacia mí. Tentáculos largos y espeluznantes se enroscan alrededor de mis tobillos y me mantienen inmóvil en el fondo arenoso de mi propia prisión de pesadilla.

Así que nado. Y araño. Y gateo.

Me abro camino a tientas a través de la nada, una opresión invisible que parece interminable.

—¡Madison!

Doy un respingo al oír mi nombre, girando la cabeza para buscar el rostro detrás de la voz familiar. La negrura me saluda.

—¡Maddie!

Mi corazón late con fuerza y redoblo mis esfuerzos para llegar a la cima, al borde o al final de este infierno en el que estoy atrapada. El miedo me recorre la columna y la ansiedad se desliza sobre mi piel mientras me esfuerzo por volver a oír sus voces. ¿Y si están atrapados aquí conmigo?

—¡Madison!

Giro hacia la derecha, segura de que el sonido proviene de justo al lado mío, pero no encuentro nada, solo una nada infinita.

Siento las extremidades pesadas; mi coordinación es torpe mientras miro a mi alrededor en vano. Mis pulmones claman por aire y lucho contra un enemigo invisible.

—Raven. No te atrevas a parar. Sigue adelante.

Mi corazón da un vuelco ante su tono insistente, así que reprimo todo lo demás y me concentro en su voz.

Y no me detengo.

No puedo.

SEIS

MADDIE

CON LOS ÚLTIMOS vestigios de mis fuerzas y mi cordura, continúo avanzando con dificultad. Durante lo que me parece una eternidad, escalo, nado, gateo... intentando liberarme.

Y de repente, veo un minúsculo punto de luz blanca, un faro de esperanza. Corro hacia él, o al menos, creo que estoy corriendo.

El círculo de luz blanca se hace más y más grande hasta que todo a mi alrededor es blanco. Es lo bastante brillante como para abrasarme los párpados, especialmente después de la oscuridad absoluta.

Entorno los ojos ante la luz cegadora, pero no me permito detenerme. Sigo avanzando por este blanco infinito. Me pregunto por un instante si esto es algún tipo de metáfora, y algún tipo de prueba que debo superar antes de poder regresar al mundo de los vivos. O de los conscientes, debería decir, *¿verdad?*

¿Sabría si hubiera muerto?

La pregunta cruza mi mente como una piedra sobre un lago y me detiene en seco. Realmente debería haber pensado en esto antes.

¿Y si estoy muerta y esto es... todo?

No estoy muy segura de que este sea el mejor momento para tener una crisis existencial, especialmente considerando que en el

último momento de conciencia y claridad que tuve, me estaban inyectando algún tipo de tranquilizante que me dejó inmovilizada.

Y sin embargo, aquí estoy, reflexionando sobre la existencia misma de nuestras almas.

Con ese pensamiento pesándome en el corazón, sucumbo al agotamiento y me quedo quieta un momento; una pesadez me cubre como una manta de diez kilos. Mis hombros se sacuden bajo el peso y un gemido escapa de mis labios.

Un sonido muy tangible que no solo puedo sentir, sino también oír.

Y el hecho de que pueda oírlo, y que pueda sentirlo. Y luego sentir que mi rostro se contrae de dolor es tan eufórico que quiero llorar. Seguramente, si puedo sentirme a mí misma, entonces puedo moverme, ¿verdad?

El agotamiento tira de mí con su garra de hierro, arrastrándome de nuevo a la tierra del olvido, prometiéndome consuelo otra vez. Pero entonces oigo el sonido revelador de unos tacones resonando sobre un suelo de madera, y el ruido hace que mi mente se concentre. Y con solo unos pocos ruidos secos, todo me golpea con la velocidad de un tren.

El piso franco, los intrusos, los secuestradores... ¡el senador!

Abro los ojos con esfuerzo, con las pestañas pegadas entre sí mientras el pánico recorre mis nervios como si estuviera en esa terrible atracción de gravedad cero. La necesidad de huir impregna cada fibra de mi ser mientras el mareo se apodera de mí. Mis respiraciones son ruidosas y forzadas mientras parpadeo varias veces.

Mi visión tarda un momento en despejarse y el espacio frente a mí se enfoca. Algo blanco me nubla la vista y tengo medio segundo para dudar de mi propia cordura. ¿Estoy en una de esas cosas de un sueño dentro de un sueño? ¿Estoy dentro de una nube?

—Oh, gracias a Dios.

Espera un segundo, conozco esa voz. La he oído casi todos los días durante los últimos años. Al girar la cabeza hacia un lado, unos grandes ojos azules enmarcados por pestañas demasiado largas y voluminosas para ser reales llenan mi visión.

—Blaire. —Mi voz sale como un graznido, y una tos sacude mi cuerpo antes de que pueda decir nada más.

—Cielo santo, Madison. Toma, bebe esto. —Me pone una botella de agua con gas frente a la cara, ya sin el tapón y con una pajita de papel.

Usando el codo como palanca, me incorporo hasta quedar en una posición semi-sentada. Mis dedos tiemblan mientras intento alcanzar el agua, y Blaire aparta mi mano suavemente con un chasquido de lengua. Me la acerca y yo sorbo mientras ella sostiene la botella frente a mi cara.

El agua está a la temperatura perfecta, lo suficientemente fresca para saciar mi sed pero no demasiado fría como para irritarme la garganta. Doy otro sorbo y me concedo un momento para calmar mi corazón acelerado. Mi adrenalina empieza a disminuir, dejándome las manos temblorosas.

Dándome otro momento para asimilar qué demonios está pasando, me muevo para recostarme.

Blaire deja la botella en el posavasos de mármol de la mesita de noche junto a la cama. No dice una palabra, pero puedo sentir su mirada como un contacto físico. Me quema la piel, llena de acusaciones y una feroz necesidad de respuestas, pero bajo eso hay una preocupación genuina.

Espera exactamente cinco segundos, el tiempo suficiente para que me acomode de nuevo en las almohadas blancas y mullidas que acolchan mi espalda. Parece que estoy en uno de sus muchos dormitorios de invitados, este decorado con una temática blanca.

Supongo que mi suposición de la nube no iba tan desencaminada, pienso con una media sonrisa.

—¿Qué demonios está pasando, Madison? —La mirada afilada de Blaire me clava a la cómoda cama y suspiro.

Dejo que mis ojos se cierran por un segundo antes de girarme para mirarla. Ni siquiera sé por dónde empezar a responder a esa pregunta. Y sinceramente, ni siquiera estoy segura de qué demonios está pasando. Así que la ignoro.

Ella me observa mientras tamborilea con las uñas contra el lateral de la silla de madera en la que está sentada. Está al lado de la

cama, y me pregunto ociosamente cuánto tiempo llevará ahí sentada, mirándome. A simple vista, parece la de siempre. Es la personalidad que ha pasado años cultivando, perfeccionándola con una sutileza tan brillante que no es de extrañar que se la tema tanto como se la admira.

Pero desde aquel día en que abrió un poco su armadura, he sido capaz de leerla mejor, de captar los pequeños detalles. Parece perfecta con su pelo negro azabache artísticamente ondulado y su ropa de diseño. Pero si te paras a mirarla un segundo, como estoy haciendo yo ahora, detecto fácilmente el esmalte desconchado de sus uñas, las arrugas en su falda de lino y el rímel corrido bajo los ojos.

Todo lo cual indica que ha estado sentada en esa silla incómoda observándome durante bastante tiempo.

Siento que la comisura de mi boca se curva en una media sonrisa y murmuro: —Sabía que te importaba.

Blaire resupla y se remueve en su asiento, jugueteando con los puños de su camisa de lino de manga corta. —No seas ridícula. Por supuesto que me importa. Somos... amigas. Además, no quería que te murieras en mi casa. ¿Sabes cuántos favores tendría que pedir para encubrir eso?

Una risa escapa antes de que pueda evitarlo, y algo en mi pecho me duele con el movimiento. Hago una mueca y suspiro. Algo no se siente bien, y ahora que la adrenalina está desapareciendo, estoy sintiendo los efectos de mi plan de escape a medio cocinar.

—Vas a estar dolorida unos días, pero Richard ya ha estado aquí.

—¿Richard?

Ella arquea una ceja y me mira fijamente un momento. —Sí. El médico de mi familia. Con lo que le pagamos por estar de guardia, vino enseguida. Te recolocó el hombro y te curó las abrasiones y el corte de la cabeza.

Con la punta de los dedos, palpo suavemente la zona sensible de mi cabeza. Un pinchazo agudo de dolor me arranca un siseo entre los dientes. La camiseta verde neón y azul que llevo puesta me distrae del dolor. Es tan brillante que me pregunto si brilla en la oscuridad. Pero, lo que es más alarmante, no es lo que llevaba

puesto. Ladeo la cabeza mientras el ácido se acumula en mi estómago ante la idea de que alguien me desvistiera mientras estaba inconsciente. —¿Y mi ropa?

—De ninguna manera iba a dejar que te tumbaras en las sábanas blancas de algodón egipcio de dos mil hilos de mi madre cubierta de suciedad y sangre seca. La ropa es de la colección de primavera del año pasado que tenía en el fondo de mi armario de repuesto. Y lo hice yo sola, así que no te preocupes.

En un giro irónico, su obvia incomodidad al explicar su acto de amabilidad alivia mi propia incertidumbre. Una calidez se asienta en mi corazón y sonrío a mi amiga. —Gracias. No sé qué hiciste ni cómo lo hiciste, pero gracias por ayudarme.

Ella resupla y pone los ojos en blanco. —Eres un activo valioso para mí. Al menos eso es lo que le dije a mi madre cuando me preguntó qué demonios hacía una chica inconsciente en nuestro porche delantero. Y ha prometido no decírselo a mi padre, así que estamos bien.

Frunzo el ceño y miro sin ver un punto por encima de su hombro. Vuelvo a centrarme en ella y pregunto: —¿Cómo he llegado hasta aquí?

—Bueno, esperaba que me lo dijeras tú. ¿Qué demonios está pasando y dónde has estado últimamente? ¿Y debería llamar a la seguridad privada de mi padre? Tengo entendido que pueden hacer desaparecer a alguien por el precio adecuado.

Habla con tanta naturalidad de eliminar permanentemente a alguien que alivia lo que queda de mis nervios fritos. Pero algo que dice libera un recuerdo y me eché hacia adelante de golpe. Mi pelo me cae sobre la cara mientras aparto las mantas que me cubren. Ni siquiera parpadeo ante los pantalones cortos de neón a juego que llevo puestos, aunque son lo bastante brillantes como para detener el tráfico al atardecer.

—Tengo que irme. Tengo que encontrar a Matteo. Y a Leo, a Dante.

Justo cuando mis piernas cuelgan por el lateral de la cama California King de plataforma extra alta, Blaire levanta una mano frente a mí —la señal universal de alto— y me clava su famosa

mirada. Pero dejé de sentirme intimidada por esa mirada hace dos secuestros... y Dios mío. No puedo creer que acabe de hacer un chiste sobre eso, aunque fuera en mi cabeza.

Me froto el lateral de la cabeza mientras intento concentrarme en qué hacer a continuación.

Blaire ignora mi confusión interna. Siento su mirada sobre mí un segundo más antes de que hable. —Frena. ¿De quién estás hablando? ¿Es con ellos con quienes has estado todo este tiempo?

Me pongo de pie de un salto, mis pies descalzos hundiéndose en la alfombra blanca, suave y lujosa que hay bajo la cama. —Sí, no. Es complicado. —Suspiro, interrumpiéndome.

¿Cómo puedo explicar el giro drástico e inexplicable que dio mi vida desde la noche del baile de máscaras?

—Siéntate, Madison. Habla conmigo, deja que te ayude.

La comprensión y la preocupación que brillan en su mirada me hacen dudar de mí misma. Sin Lainey ni Mary, estoy volando sola aquí. Y no soy tan ingenua como para pensar que puedo enfrentarme yo sola a esos sicarios o asesinos o lo que quiera que sean. Y no he olvidado a qué casa me trajeron, drogada y transportada como un jamón de Navidad.

Y realmente, de verdad necesito encontrar a Leo y a Dante... y a *Matteo*.

Me muerdo el lado del labio y suelto un suspiro. Ni siquiera me permito pensar en la posibilidad de Aries, hace demasiado tiempo que no lo veo. ¿Debería seguir teniéndolo en cuenta? Mi mente se distrae un poco de forma borrosa, y realmente me pregunto si debería preocuparme por ello.

Sacudo la cabeza un poco hacia la izquierda y vuelvo a concentrarme, mordiéndome el interior de la mejilla antes de soltar el aire. —Está bien. Pero de verdad necesito hacer una llamada. ¿Dónde está mi móvil?

Ella me tiende el suyo ya desbloqueado. —Toma, usa el mío. No tenías ni móvil ni bolso cuando llegaste.

Frunzo el ceño. Habría jurado que todavía llevaba el bolso colgado. Sacudo la cabeza, me late la sien mientras intento recordar qué pasó antes de despertarme aquí.

—Deben de habérselo llevado —murmuro.

—¿Quiénes?

Ignoro su pregunta, decidida a llamar a uno de mis hombres. Mirando el teclado en el móvil de Blaire, el corazón se me cae a los pies al darme cuenta de algo.

No me sé ninguno de sus números de memoria.

—Mierda. —Miro del teléfono a mi amiga, mi salvavidas en este momento—. Necesito encontrar a alguien y no recuerdo ningún número. Pero tengo que encontrar a Matteo Rossi. Recibió... recibió un disparo. —Me atraganto con la última palabra, tosiendo para aclararme la garganta mientras el sudor me brota en la nuca.

—¿Un disparo? Cielo santo, de acuerdo. Siéntate y bebe esto mientras envío un mensaje —dice mientras se inclina y coge un vaso de café helado para llevar—. Un latte de calabaza y especias con hielo.

Me inclino hacia adelante. —¿Lo encontrarás?

Ella recupera su teléfono y empieza a buscar. —Si está en la ciudad, lo sabré en unas pocas horas. Si está en el estado, lo sabré en doce, y cualquier cosa más allá de eso, tardará unos días. Pero no te preocupes por eso, lo encontraremos.

El alivio me llena como un globo que se infla, la esperanza crece ante la mirada inusualmente sincera de su rostro. Parte del pánico que me oprimía el pecho se exhala. Blaire tiene el tipo de influencia que la gente solo aspira a tener. Si dice que lo encontrará, sé que lo hará.

Agita el vaso de lado a lado con un movimiento suave, como para incitarme a que se lo coja.

Acepto el café como el regalo que es y me lo llevo a los labios para dar un sorbo. El café suave y cremoso con leche de coco llega a mis papilas gustativas, y tiene razón, es un latte condenadamente bueno. No debería sorprenderme que haya hecho que alguien preparara un latte especial, uno de mis favoritos.

Y sin embargo, lo estoy. No suelen cuidarme a menudo. Y si soy sincera, se siente bien que alguien cuide de mí para variar.

Me recuesto en la cama con un suspiro y me llevo el café a los labios para dar otro sorbo. Notas dulces de calabaza y caramelo

estallan en mi lengua. Mi alma lanza un suspiro de placer. Supongo que son las pequeñas cosas de la vida. O quizás estoy siendo filosófica de nuevo, y en medio de una crisis existencial, ni más ni menos. No estoy del todo segura de estar teniendo una, pero tampoco puedo asegurar que *supiera* que la estaba teniendo.

Hum, algo en lo que pensar más tarde, supongo. Blaire chasquea los dedos ante mi cara dos veces y me sobresalto, mirándola con los ojos muy abiertos.

—¿Estás bien? Te has quedado mirando a la nada con una expresión extraña.

—Estoy bien. Es solo que, bueno, supongo que estoy un poco aturdida, pero gracias por el latte. Es realmente bueno y un detalle muy amable.

Ella agita una mano en el aire como para restar importancia a mi agradecimiento. —No es nada. Pensé que podrías necesitar la cafeína y el azúcar. Y Barbara hace los mejores lattes en un radio de treinta kilómetros.

—¿Cómo sabes siquiera que es la mejor en treinta kilómetros? —pregunto con una sonrisa antes de dar otro sorbo. Por encima del borde de mi vaso, la veo escribir en su teléfono.

Ella me arquea una ceja. —¿Conoces a alguien más que sirva calabaza y especias en medio de uno de los veranos más calurosos de los que se tiene constancia?

Cuando no digo nada, deja el teléfono y se apoya en el respaldo de la silla en un solo movimiento. —Ahora, empieza por el principio.

SIETE

MADDIE

ME PERMITE BEBERME un cuarto de mi café con leche perfecto antes de entrar en materia. Ambas sabemos que estoy ganando tiempo, pero ella no me lo echa en cara de inmediato. Aprovecho los pocos minutos para poner en orden mis pensamientos e idear una forma de explicar esta situación, que parece más bien el argumento de una película de acción que mi propia vida.

¿Cómo puedo explicárselo de modo que no solo lo entienda, sino que además no me juzgue?

¿De verdad me preocupa tanto que alguien me juzgue por mi interés —y mi implicación— con varios hombres? Si estuviera tan preocupada por ello, ¿habría siquiera contemplado la idea?

Pienso brevemente en mi prima Lainey y en su relación con tres hombres. Pero, lo que es más importante, en lo feliz que se la ve con ellos.

Blaire emite un sonido de impaciencia al fondo de la garganta.

Se me curva la comisura de los labios. —Me sorprende que hayas esperado tanto.

—Deja de dar rodeos. ¿Qué está pasando, Madison? No te he visto en ninguno de los sitios habituales. ¿Dónde has estado?

—Es que... —suspiro, interrumpiéndome—. Antes de empezar, necesito que me des tu palabra de que esto no saldrá de esta

habitación.

Blaire me mira fijamente. Se le tensan las comisuras de los ojos. No se mueve, pero yo no doy mi brazo a torcer. De hecho, doy un sorbo pausado a mi café, disfrutando de cómo me despeja mientras intento pensar en cualquier otra cosa que no sea la preocupación que me revuelve el estómago por Matteo. Barbara sabe de verdad lo que hace.

Tamborilea con las uñas en el reposabrazos de la silla de madera donde está sentada mientras cruza las piernas por los tobillos.

—No estoy segura de poder prometerte eso, Madison. Si creo que estás en peligro, o si hay algo que pueda hacer para ayudarte, no puedo prometerte que no intervendré.

Asiento un par de veces, con movimientos lentos mientras sigo el rastro de la condensación de la taza con la punta del dedo índice.

Ladeo la cabeza y la miro, la miro de verdad. Siento un peso sobre los hombros, pesado e imponente. Y sopeso mentalmente las opciones de confiar en alguien que no sea mi hermana ni mi prima, alguien que tal vez no empatice.

Que no entendería mi complicada relación con cuatro hombres muy diferentes.

¿Y no son ellos la raíz de todo? ¿El ojo de esta tormenta en la que me he visto atrapada?

—Está bien. Supongo que me estás pidiendo que confíe en ti.

Ladea la cabeza hacia la derecha, con la espalda rígida como una vara mientras me observa. —¿Acaso no lo haces ya?

Le sostengo la mirada y me obligo a concentrarme. Tengo miedo y necesito su ayuda para encontrar a Matteo. Esa es la verdad, y me encuentro en una posición limitada. No sé en quién puedo confiar, aparte de en los hombres a los que necesito encontrar.

Y ella es mi mejor baza para dar con ellos.

HAN pasado cuarenta y cinco minutos desde que abrí la boca y puse a Blaire al corriente de la historia salvaje y aparentemente

disparatada en la que se ha convertido mi vida durante las últimas semanas.

Mi café se acabó hace mucho y hace un rato que me rugen las tripas. Me sentiría avergonzada si no acabara de exponer mis secretos ante la coleccionista de cotilleos. De repente, me doy cuenta de que no tengo ni idea de qué hora es ni de qué día estamos. No sé cuánto tiempo llevo fuera, y la imperiosa necesidad de encontrar a Matteo me está atacando los nervios ahora que se lo he contado todo a Blaire.

Aparte del mensaje que envió ella, no he oído nada en al menos una hora.

—Vale, a ver si lo he entendido bien.

Su postura ha cambiado drásticamente desde que me desperté; ya no está con la espalda rígida, encajada en la silla de madera. Ahora está sentada junto a mí en esta cama enorme y acolchada, con más almohadones de los que una sola persona podría necesitar.

Alguien a quien no vi trajo otro café a la habitación hace unos quince minutos. Gira la taza casi vacía entre dos dedos.

—Has estado viendo a cuatro hombres distintos. Durante... ¿cuánto tiempo dices? —Me mira con una ceja alzada.

Me encojo de hombros. —No lo sé. ¿Qué es *verse*? Quiero decir, técnicamente, Matteo y yo somos ex. No nos estamos *viendo*...

—Fue la primera persona a la que llamaste cuando te viste en una situación de vida o muerte —me interrumpe.

—Bueno, quiero decir, no sé si yo lo llamaría exactamente *así*.

—Te secuestraron y te dejaron atrapada en mitad de un edificio en llamas. ¿Cómo lo llamarías tú? —Su tono transmite el escepticismo de su mirada.

Se me encoge el pecho cuando lo pienso así. Él fue mi primera opción, la única opción en aquel momento. Ahora, puede que tenga más de una alternativa. Aunque espero no volver a verme nunca en una situación semejante, saber eso me reconforta.

—Lo llamaría complicado.

—Pero ambos dijisteis *te quiero* justo antes de que unos tipos asaltaran aquel apartamento. —Lo dice como una afirmación, no

como una pregunta ni una aclaración. Como si me estuviera guiando pacientemente hacia la conclusión a la que ella ya llegó hace leguas.

Asiento un par de veces y dejo caer la cabeza contra el cabecero para mirarla. —Sé que parece que ando con muchos a la vez, pero no es así. Me gustan.

—Claro que sí. ¿Quién no querría a un montón de tíos buenos suspirando por ella? Para eso precisamente pasamos el verano en los Hamptons.

Me muerdo el labio al pensar en la analogía que ha elegido. Hace un año, habría pasado al menos un mes en los Hamptons con ella y otras chicas de la facultad. Nunca engatusé a nadie de verdad, pero no me importaba un poco de tonto inofensivo. Es un arte perdido, un paso necesario que demasiada gente se salta.

—¿Y qué hay de tu hombre misterioso, ese que se ha estado colando en los eventos del verano?

Me encojo de hombros y dejo que mi mente vuele hacia Aries por un instante. Averiguar su nombre es mi prioridad después de Matteo.

—Sí. Él también.

Agita su teléfono en el aire. —Puedo averiguar quién es con un par de llamadas.

—¿Dónde estaría la gracia? —Mi sonrisa se ensancha.

—¿Y de verdad no vas a elegir? —Su voz se vuelve aguda al final de la pregunta, lo suficiente como para hacerme sonreír. No sé si alguna vez he visto a Blaire atolondrada, y diría que esto es lo más cerca que va a estar de ello.

Una risa burbujea en mi pecho, aliviando parte de la tensión. —No, Blaire. No voy a elegir.

—¿Y ellos están... simplemente *de acuerdo* con eso? —Abre mucho los ojos y se queda boquiabierta mientras me mira.

—Bueno, no estoy muy segura. ¿Creo que sí?

Suelta un bufido, inflando las mejillas un momento. —Sinceramente, Madison, parece el argumento de una película de acción malísima. De esas en las que sale una chica guapa que se mete en líos y necesita que la salven.

—Lo sé. —No dejo que se me note el pinchazo de dolor. Conozco esas películas. Esas en las que el interés amoroso no tiene ningún valor para los héroes del filme. Solo está ahí de adorno.

—Pero si crees que eso es malo, deberías escuchar lo que le pasó a mi prima Lainey.

Sacude la cabeza como para despejarse. —Vale. Pero antes de sumergirnos en eso, centrémonos. Entonces, ¿qué pasó después?

—Cierto. —Hago una pausa y elijo mis palabras con cuidado. Me aterraba llegar a esta parte de la historia.

A pesar de lo que dijo el otro día sobre tener un plan con su madre para hundirlo, no puedo asegurar que su pasado con Dale Hardin no vaya a nublar su reacción.

La inquietud me recorre la espalda y suelto un suspiro, exhalando el aire lentamente. Un cuadro al óleo de aire antiguo con un marco moderno capta mi atención al otro lado de la habitación. Así que lo uso como punto focal y le hablo a él mientras recuerdo los sucesos en casa del senador con la menor emoción posible.

Detallo qué pasó cuando desperté, cómo me sentí y qué oí y vi. Pero omito las partes verdaderamente aterradoras e intento que sea lo más impersonal posible.

Limítate a los hechos, me recuerdo.

Es casi como una experiencia extracorpórea mientras me oigo explicar cómo vi que disparaban a Matteo, cómo luché como si me fuera la vida en ello y cómo acabaron reduciéndome.

Toda la pena y el terror se desvanecen bajo la pesada capa del desapego.

Le cuento los pensamientos oscuros que tuve, el miedo visceral que me oprimía el corazón. Cómo pensé que iba a morir.

Pero el destino tenía otros planes.

Y después, cómo desperté en la parte trasera de una furgoneta, asustada y temerosa. Y todo ese miedo y terror me acompañaron, solo que ahora estaban amplificadas por la adrenalina.

Oigo las palabras salir atropelladamente de mi boca como si estuviera leyendo un libro, sin emoción y sin entonación. En cierto modo, creo que me resulta más fácil relatarlo todo de esta manera.

Me oigo explicar cómo los hombres enmascarados me administraron algún tipo de tranquilizante, aunque no estoy muy segura de si falló o si su intención era simplemente paralizarme.

Rememoro ese pavor profundo, diferente a todo lo que había sentido antes, cuando mi mente estaba consciente pero mi cuerpo me traicionaba, paralizado e incapaz de responder a las innumerables órdenes que le gritaba.

La falta de poder, la vulnerabilidad total de estar a merced de alguien.

Nunca he sido muy jugadora, pero siempre confío en mi instinto. Y ahora mismo, me está gritando que me guarde para mí la implicación del senador.

Se hace el silencio durante varios momentos después de que termino de hablar. Los momentos se convierten en minutos, y estos empiezan a sumarse.

Pasan diez minutos y sigo sin emitir sonido. Supongo que estoy esperando su respuesta o su reacción.

Me doy cuenta de repente de que esta es mi verdad. Y es tan distinta de cualquier cosa que hubiera esperado. Es oscura, cruda y abrumadora.

Y me hace sentir... poca cosa.

Dañada.

Diferente.

Una sola lágrima me resbala por la mejilla y salpica mi clavícula. Otra la sigue. Aprieto los labios hacia dentro para contener el sollozo que amenaza con brotar de mi alma.

Algo en mi interior llora por la chica que era hace un mes. Era fuerte, independiente e *íntegra*.

Cada encuentro se ha llevado una parte de mí, robándome la ingenuidad ante los bajos fondos de la sociedad. Arrebatándome la fe en ver lo bueno en todo.

El pozo de la tristeza parece infinito, pero sé por experiencia que no lo es. Sé que pasará, como todo en esta vida.

Sin decir palabra, Blaire alarga la mano y la pone sobre la mía. Me la aprieta una vez.

No sabía que estaba esperando algo hasta ahora. Pero creo que esperaba su aceptación, su comprensión y que creyera en mí.

Me giro para mirarla al mismo tiempo que ella me mira a mí. No es la primera vez que la máscara inexpresiva que suele llevar desaparece. A veces la lleva puesta tanto tiempo que me preocupa que se le vuelva permanente. Pero ahora mismo, todo lo que veo es a una mujer vulnerable, compasiva y de buen corazón a la que tengo la suerte de llamar amiga.

Una lágrima le corre por la mejilla mientras me mira fijamente con convicción.

—Me encargaré de ellos por ti, Madison, te lo prometo. —La promesa en sus palabras se ve impulsada por la convicción de su tono.

Asiento mientras otra lágrima se desliza por mi cara. Con cada lágrima que surca un camino de dolor por mi rostro, el horror de los hechos relatados parece un poco menos estrepitoso.

No me había dado cuenta de cuánto necesitaba que alguien creyera en mí en este momento, que estuviera de mi lado. Cuánto necesitaba que alguien me ofreciera la amabilidad y el cuidado que yo ofrecería tan de buena gana a cualquiera en mi situación.

Le aprieto los dedos sobre su mano.

—Gracias, Blaire. No sé qué habría hecho si hubiera despertado en la puerta de otra persona. No sé dónde estaría. Y viendo cómo me ha ido la vida en los últimos días, en las últimas horas —el tiempo que lleve aquí—, me atrevería a decir que no habría sido nada parecido a la amabilidad que me has brindado. Gracias.

—No hay de qué. No tienes que preocuparte por eso, siempre voy a estar aquí para ti. Y te prometo que me encargaré de esos hombres que te hicieron daño. —La rabia brilla en sus ojos, y mi sonrisa de respuesta no debería ser tan satisfecha como lo es.

No puedo evitarlo. Hay algo embriagador en la venganza.

Antes de que pueda decir nada más, llaman a la puerta.

Blaire suspira y se limpia las lágrimas de las mejillas, comprobando que su rostro esté perfecto. Se pasa un dedo por debajo de las pestañas inferiores, recogiendo cualquier resto de rímel emborronado.

Yo ni siquiera quiero mirarme al espejo para ver el desastre que parezco. Ojos de mapache por el rímel viejo y un peinado que parece un nido de pájaros. Cualquiera que entre en este cuarto tendrá que perdonarme, o mirar hacia otro lado, me da igual.

Pero Blaire no tiene ese lujo.

Se baja de la cama y se arregla la ropa, alisando arrugas inexistentes en su camisa. Se retira el pelo de la cara y se aplaca cualquier mechón rebelde.

Observo asombrada cómo se yergue visiblemente mientras se recompone.

El momento en que la máscara se desliza sobre su rostro es instantáneo. El aire a su alrededor cambia, y apuesto a que, si pudiera ver los auras, el suyo acaba de cambiar. Cruza la habitación, agarra el pomo de latón labrado y abre la puerta.

—Perdone, señorita. Siento interrumpirla, pero hay alguien que insiste en hablar con usted.

Blaire suspira por la nariz; el sonido comunica más de lo que sus palabras podrían. —¿No puede esperar, Henry? Estoy bastante ocupada aquí.

—Lo siento, señorita, pero ha insistido. Y lleva aquí los últimos treinta minutos. Ha dicho que, si no voy a buscarla ahora mismo, va a —y cito textualmente— *echar la puerta abajo e ir habitación por habitación hasta encontrarla*. ¿Quiere que llame a la policía, señorita?

—No, probablemente sea algún crío que se cree con derechos sobre mí porque flirteé con él en la fiesta de hace dos noches. Yo me encargaré. —Me mira por encima del hombro—. Vuelvo enseguida, ¿vale? Es mejor que yo misma gestione estas cosas e infunda miedo de primera mano. Tú siéntete como en casa y, cuando vuelva, planearemos tus siguientes pasos. ¿De acuerdo? No estás sola, Madison.

—No hay problema. Estaré aquí. ¿Quizá podamos buscar noticias de Matteo cuando vuelvas? —Contengo la respiración esperando su respuesta.

—Por supuesto —murmura mientras se marcha.

La puerta se queda trabada con la alfombra, dejándola entreabierta. Suelto el aire y me quedo mirando al techo, sintiéndome emocionalmente agotada.

OCHO

ARIES

ENTRELAZO LAS MANOS a la espalda mientras permanezco en el ornamentado vestíbulo de la mansión Hawthorne. Suprimo el fastidio que intenta escapar de mi pecho y observo la sobreabundancia de riqueza del lugar. Una mueca de desagrado me tuerce el labio superior antes de que pueda reprimirla. Es un puto vestíbulo. ¿Por qué necesita la gente pomos con incrustaciones de perlas y molduras de diez centímetros? Y... ¿son eso putos diamantes incrustados en el suelo?

Arrastro la puntera del zapato contra el patrón de mosaico blanco y negro del suelo. Un borrón ensucia lo que creo que es ónix negro, y sonrío con sorna. Estas pequeñas rebeliones tienen algo que calma la tormenta que ruga en mi interior hasta un nivel tolerable. Lo suficiente como para fingir que todo va bien.

Claro, todo va de maravilla. Mi hermano está en el hospital y tengo dos horas más para averiguar dónde demonios está mi chica antes de que él cometa alguna estupidez que pueda echar a perder años de trabajo.

Echo los hombros hacia atrás; mis músculos se tensan y se flexionan bajo la tela cara del traje gris marengo de Tom Ford.

Vístete para el papel que quieras desempeñar.

Oigo la voz de mi madre resonando en mi mente, una frase que me decía a menudo cuando era más joven. Antes de que aceptara enviarme al otro lado del mundo. Antes de que me separara de esta familia de mierda.

Aunque preferiría llevar un pantalón de chándal y una camiseta, ese tipo de atuendo no infunde el mismo nivel de deferencia a primera vista.

Así que me he vestido para el papel que necesito representar hoy para conseguir lo que quiero.

Lo que jodidamente *necesito*.

Miro a mi alrededor para distraerme. El administrador de la finca no quería dejarme entrar, pero le he dado suficientes incentivos para conseguir lo que quiero. Y ahora mismo, eso es información. Porque, aunque dije que me conformaba con jugar al gato y al ratón con ella en nuestros eventos compartidos, estaba esperando a que mi Raven volviera a mí. Y si algo soy, es observador.

Además, todas las apuestas quedaron anuladas en el momento en que esos dos hijos de puta se la llevaron de mi apartamento.

Así que, a quién mejor preguntar que a la reina de Manhattan.

Por ahora, al menos.

Su nombre ha circulado en susurros durante el tiempo suficiente para saber que es alguien a quien la mayoría teme. Por desgracia para ella, yo he visto cómo son los monstruos de verdad, y ella no lo es.

Ellos se esconden tras sonrisas de político y trajes carísimos. Tras manos untadas y encubrimientos de asesinatos. Lucen su sonrisa de diez mil dólares y se codean con el uno por ciento de la sociedad.

Auténticos sociópatas que estrechan la mano a legisladores y a famosos influyentes del mundo con una mano. Y con la otra, empuñan un cuchillo, esperando a que te des la vuelta para clavártelo en la espalda. Si no te apuñalan, amenazan a tus seres queridos hasta que consiguen doblegarte a su voluntad. Te convierten en su títere.

Pero yo no soy el puto juguete de nadie.

Así que no, no me intimida la ostentosa exhibición de riqueza que me rodea ni los rumores sobre Blaire. Por suerte para ella, tiene algo

que yo necesito.

Y cuando encuentre a Raven, voy a atarla a mí con un movimiento tan permanente que gobernará a mi lado. Joder, si Blaire Hawthorne puede darme información para encontrar a mi chica, puede que incluso me sienta lo bastante generoso como para dejar que se quede con el distrito.

De todas formas, no lo necesito. Entre Matteo y yo, tenemos suficientes planes en marcha como para tener metida la mano en pasteles de todo el mundo.

El teléfono me vibra en el bolsillo, distrayéndome de mis planes de dominación futura. Lo saco para comprobar el texto de previsualización en la pantalla. He enviado suficientes hilos de investigación sobre el secuestro de Raven como para ser un idiota si ignorara cualquier mensaje.

Es una dirección de Seth, un amigo que hice hace unos años. Sus habilidades como jáquer son legendarias y tiene casi tantos contactos como yo.

Se me para el puto corazón al ver que el nombre de la calle me resulta familiar.

Arranca de golpe, resonando en mis oídos mientras introduzco la dirección y la busco en la aplicación de mapas. Tarda un momento en cargar y noto físicamente cómo me sube la tensión cuando el puntito azul se sitúa sobre el punto rojo: mi ubicación actual.

Mis instintos rugen en mis oídos, exigiéndome que destruya este lugar hasta que la encuentre. Miro a mi alrededor, buscando cámaras o personal doméstico al acecho, con la mente volando hacia mis próximos pasos.

Esperaba obtener información de mi pequeña visita improvisada, pero esto no es lo que tenía pensado. Parece que alguien solicitó información sobre el paradero de Matteo desde una dirección IP registrada aquí. La gente es demasiado descuidada con su seguridad tecnológica y, por suerte, eso me ayuda hoy.

La lógica prevalece y le pongo una correa temporal a mi rabia. Tengo que estar seguro de que está aquí antes de dar un paso.

Miro el reloj por quinta vez en los últimos cinco minutos y aprieto los puños antes de relajarlos. No voy a conseguir lo que quiero

lanzando puñetazos e inflando el pecho como un primate. Por mucho que me pese admitirlo, no soy el rey de esta selva y un solo movimiento en falso que se perciba, y podría despedirme de mi oportunidad fácil de recuperar a mi Raven.

No es que fuera a dejarla. De ninguna puta manera.

Simplemente será más difícil, no imposible.

Fuera de esta ostentosa exhibición de grandeza de casi tres mil metros cuadrados donde alguien claramente está compensando otra cosa, yo soy el rey.

Eso es lo que mucha de esta gente de la alta sociedad no comprende. Al exhibir tu riqueza de una forma tan inevitable, te conviertes en un objetivo.

Ahora he descubierto que es mucho más prudente acechar entre la hierba, esperando, persiguiendo a mis presas en silencio tras sonrisas de mierda y copas de champán carísimo en actos benéficos donde la gente tiene más dinero que sentido común.

Y por desgracia para mí, o por suerte para ellos, según se mire, aún no estoy listo para lanzarme. Así que, en su lugar, aquí estoy, con las manos entrelazadas a la espalda dentro de un vestíbulo de casi doscientos metros cuadrados con un Rembrandt en la pared, esperando a que una chica de diecinueve años confirme la información que acabo de recibir.

El sonido de unos tacones resonando contra el suelo de baldosas de ónix negro y diamantes la precede. Al girarme para enfrentarme a ella, me paso la mano por la boca, ocultando mi sonrisa lenta que se siente maliciosa. No quiero mostrar mis cartas todavía y, por el momento, no sé lo suficiente sobre sus lealtades para saber de qué lado caerá en esto... ni su culpabilidad.

Mi misión es saber quién es cada cual y cuál es su postura. Pero esta chica no es sino el centro de información; sus intereses personales varían según el día, así que trabajo con la mitad de lo que suelo acostumbrar.

Acepto esas probabilidades.

Me cuesta un esfuerzo concentrado mantener la sonrisa amable en el rostro y no revelar la masa gruñona de rabia y testosterona

que está atrapada en mi pecho, revolviéndose y luchando por tomar el control.

Pero lo hago. Me gusta mantener todos mis secretos bien bajo llave. Soy una caja fuerte, de verdad. Y nunca he estado más agradecido por mi colección de secretos que ahora.

Debería sentirme agradecido, porque por primera vez en mi vida, tengo una razón egoísta para usar mi red de cuervos: mis contactos e informadores de todos estos años. Siempre pensé que el nombre era apropiado.

Cuando se agrupan, son una bandada letal.

Y ese es exactamente el tipo de poder que ejerzo con ellos bajo mi mando. Una palabra susurrada llega al oído adecuado y, veinte minutos después, tengo información. Y si no es la información que necesito, me indica la dirección correcta.

Tengo la sensación de que hoy voy a participar en un intercambio.

El silencio se instala entre nosotros. No sé si esperaba que me saludara con esa cortesía calculada que suelo verle usar en las fiestas extravagantes a las que ambos solemos asistir, pero no obtengo nada. Entiendo por qué la llaman la reina del hielo. Y si yo fuera un hombre menos curtido, podría sentirme intimidado, pero crecí con monstruos mucho más aterradores que cualquier cosa que ella pudiera soñar jamás.

Siento pasar el tiempo, la ansiedad recorriéndome la columna vertebral con cada segundo que transcurre, hincando sus uñas a cada paso.

El tiempo no es un lujo que tenga ahora mismo. A pesar de mi creciente urgencia, fuerzo mi cuerpo a relajarse, desbloqueando conscientemente los músculos. Relajo mi postura muy ligeramente, de la forma que he perfeccionado.

Dice: *«Oye, no soy una amenaza. Acércate un poco más. Cuéntame tus secretos. Dóblate a mi voluntad».*

Así que voy directamente al grano y le sostengo la mirada.

—He oído que tienes algo que me pertenece.

Se detiene a un metro y medio y me observa. Esa mirada de reina del hielo, como la llaman tantos de sus compañeros. Levanta la

barbilla y mira por encima de esa nariz que probablemente su padre le compró para su decimosexto cumpleaños, sin acercarse más.

—Estoy segura de que te equivocas. Todo lo que hay aquí pertenece a los Hawthorne —dice extendiendo las manos a los lados, con las palmas hacia arriba como para señalar el mismo espacio en el que nos encontramos.

Asiento un par de veces, doy un paso lateral con naturalidad y admiro la imitación de la escultura del David.

—Una chica.

—Tendrás que ser más específico. Conozco a muchas chicas.

Me meto las manos en los bolsillos del pantalón mientras un lado de mi boca se curva en una sonrisa que es cualquier cosa menos amistosa, evaluándola como el depredador que soy. Ella se cruza de brazos y arquea una ceja.

Ah, así que parece que ella también se cree una alfa. Me balanceo sobre los talones y dejo que una pizca de la masa revuelta de rabia brille en mi mirada.

—¿Vamos a fingir que no tienes a alguien escondido dentro de tu casa gigante y vacía que tu padre no conoce?

Es una apuesta, pero he captado un atisbo de discordia en el hogar Hawthorne, y apuesto por el querido papá.

Entrecierro los ojos al ver lo que estaba esperando. Una tensión en las comisuras de sus ojos. Es pequeña, pero suficiente. Ah, tenía razón. Papá querido no sabe que tiene a alguien —con suerte mi Raven— aquí.

Ella aprieta la mandíbula.

—Te escucho.

—Un metro sesenta y cinco, pelirroja, preciosa. ¿Te suena de algo?

—Tal vez.

Suspiro, harto de este juego ya.

—Estaría dispuesto a hacer un intercambio.

¿Es interés lo que brilla en sus ojos o simplemente oportunidad?

Me decepciona que alguien en quien pensaba que mi Raven podía confiar la intercambiara tan fácilmente por un favor. Pero no

importa. Pronto estará conmigo y podré protegerla de todo el mundo, incluida la mismísima Blaire Hawthorne.

De repente, todo se siente pesado. Un agotamiento denso me invade como la niebla en una mañana de San Francisco.

—Mira, sinceramente, estoy agotado. Y no tengo la fortaleza mental ni la voluntad para dar vueltas contigo, así que ¿por qué no me dices simplemente lo que quieres? Recuperaré lo que me pertenece. Y luego seguiré mi camino.

Ella cambia el peso de su cuerpo.

—¿Qué clase de intercambio?

Estiro el cuello de lado a lado y la miro.

—No confundas mi amabilidad con debilidad. Entraré con la misma facilidad en tu casa y me llevaré lo que he venido a buscar sin tantas cortesías. Y si crees que tu mayordomo será quien me detenga, estás muy equivocada. No tienes idea de quién soy ni de lo que soy capaz.

Baja los brazos y da un paso adelante. Su mirada se endurece, la ira le frunce los labios.

—Y tú no tienes idea de lo que soy capaz. No te la vas a llevar.

Levanto una ceja.

—Ah, así que sí tienes a mi Raven. Me alegra ver que tienes algo de agallas después de todo. Me preocupaba que todos esos pequeños susurros que he oído sobre ti todos estos años no fueran más que historias embellecidas por chicos que querían follarte y chicas que querían ser tú.

—Siempre hay un poco de verdad en cada rumor, ¿no crees, Rafe Rhodes?

Sonrío, un tajo cruel en mi rostro.

—Ah, entonces has oído hablar de mí. Y yo que empezaba a pensar que había pasado desapercibido.

La frustración hace que mi voz suene alta, resonando en las paredes de yeso y el techo abovedado sobre nosotros.

Blaire se echa a un lado, como si me impidiera pasar a su lado a pesar de que no me he movido en absoluto.

Mi molestia se transforma en ira, y controlo mi respiración para que no escale más. Lo último que necesito es tener que limpiar otro

desastre.

La aprensión se desliza por mi piel, molesta y distractora. Mi hermano está en una habitación de hospital sin protección y yo estoy andándome por las ramas sobre el motivo por el que estoy aquí. Claro, allí tiene a Leo y a Dante. Pero Dante tiene otras cosas que hacer, como localizar a quién cojones disparó a mi hermano y se llevó a mi chica. La única razón por la que no estoy cazando con él es porque alguien tenía que recuperar a mi Raven.

Y maldita sea si envío a mi hermano pequeño a buscarla.

Abro la boca, hartos de esta mierda, con una exigencia en la punta de la lengua cuando lo siento. Un cambio en el aire, como si las partículas se hubieran detenido y ahora se estuvieran reorganizando para dar cabida a alguien más. La energía se mueve a mi alrededor de una forma diferente.

Y noto que mi mirada es atraída hacia la izquierda, mi cuerpo la sigue, buscando, hasta que mi mirada choca con la suya.

—Aries.

El tiempo se detiene. La miro como si fuera un espejismo y yo me estuviera muriendo de sed.

NUEVE

MADDIE

A TRAVÉS de la puerta entreabierta, el bajo murmullo de unas voces despierta mi atención. Al ver que Blaire no regresa de inmediato, decido investigar. Es mejor que quedarse aquí sentada, en esta habitación de invitados a la que he apodado «la nube», luchando contra mi ansiedad mientras espero a que ocurra algo.

Además, siento una necesidad repentina de moverme, un picor bajo la piel que me exige que me levante, que me mueva, que haga algo. Nunca antes he dudado de mi intuición y, aunque no me está gritando *peligro*, me insta lo suficiente como para que le haga caso.

Me siento como si tuviera catorce años otra vez, escapándome de los dormitorios después del toque de queda, mientras camino con cautela por el pasillo con pasos suaves, pegada a la pared todo lo posible.

Durante medio segundo me pregunto si estoy escuchando a hurtadillas una conversación privada de mi amiga. Pero luego me recuerdo que, si está hablando con Dale, el hijo del senador Hardin, quiero saber qué tiene que decir.

¿Estaba él compinchado? ¿Sabía que me dejarían en casa de Blaire? ¿Sabe siquiera lo que me ha pasado? ¿Lo que orquestó su padre?

Hay demasiadas preguntas sin respuesta dando vueltas en mi mente, y necesito respuestas.

A medida que avanzo sigilosamente hacia el final del pasillo, las voces se vuelven más fuertes, pero el reconocimiento que anticipaba no ocurre exactamente de la misma manera. No oigo la voz de Dale, pero hay algo familiar en la voz masculina que llega desde el pasillo.

Aun en las sombras, escucho durante unos momentos y, entonces, oigo una palabra que lo cambia todo.

Raven.

El corazón me da un vuelco en el pecho al imaginar a mi Aries al otro lado de este muro, de pie en el vestíbulo de Blaire.

Acelero el paso sin pensar ni por un segundo en hacer silencio y corro hacia el final del pasillo, donde se abre al vestíbulo de estilo atrio.

Siento lo mucho que he abierto los ojos, pero lo que es más alarmante es la esperanza que florece en mi pecho. No puedo evitar la asociación que he hecho inconscientemente entre Aries y *seguridad*.

Se me escapa un pequeño jadeo en cuanto lo veo. Cabello castaño oscuro con reflejos naturales y largas pestañas negras que enmarcan unos ojos de color marrón oscuro. Alto, de hombros anchos, vestido de negro de pies a cabeza. Como si pudiera ir de otra forma.

Es un príncipe de las tinieblas.

Puede ofrecer placer con una mano con la misma facilidad con la que reparte dolor con la otra.

Lleva el pelo peinado hacia atrás de esa forma descuidada que dice que se ha pasado los dedos por él todo el día, y no *he pasado una hora frente al espejo*.

No sé si es porque es uno de los cuatro hombres a los que he besado en otras tantas semanas. O porque me hice a mí misma la promesa, en los momentos más oscuros en los que estuve atrapada en mi mente, de que voy a tomar lo que quiero... y eso lo incluye a él. O si es porque acabo de tener esta conversación con Blaire y todo se siente tan reciente, a flor de piel y a punto de estallar.

Pero no puedo evitar que mi traicionera libido se despierte al verlo. A ella no le importa una mierda que hayamos pasado por un infierno en los últimos días, está lista para trepar por Aries como si fuera su árbol personal. Y, francamente, no bajarse nunca. La muy cabrona construirá una casa en el árbol y acampará allí para siempre.

—Aries. —Su nombre escapa de mis labios como una oración.

Se queda helado un momento antes de girarse para mirarme, con una lenta sonrisa extendiéndose por su rostro perfecto. La luz de la tarde se filtra a través del techo abovedado del atrio, envolviéndolo en un suave foco, y por fin lo veo bien por primera vez. La intensidad que siempre he sentido a su alrededor se infla entre nosotros mientras me clava su mirada de ojos oscuros.

Me mantiene como rehén con una sola mirada. Es cruda, ardiente y *posesiva*. Un escalofrío me recorre, cubriéndome con una especie de anticipación vertiginosa.

Presencio su transformación con los labios entreabiertos. Un momento parece un vikingo perdido hace tiempo, listo para asaltar esta aldea para tomar lo que quiere. Y al siguiente, sus ojos tiemblan y me ofrecen otro vistazo al interior de su alma.

El alivio suaviza sus hombros tensos mientras su mirada salta rápidamente para recorrer mi cuerpo antes de volver a mis ojos. Llega a mi lado en lo que tardo en parpadear tres veces. Desliza las manos por el cabello en mi nuca e inclina mi rostro hacia el suyo.

Solo puedo imaginar los enredos que habrá ahí atrás, pero él ni siquiera se inmuta. Se limita a sostenerme con una gentileza posesiva que no me esperaba.

A contraluz por la luz menguante del sol, estudio a Aries de cerca. Largas pestañas de hollín enmarcan sus ojos marrón oscuro. Un estallido de ámbar forma un anillo alrededor de su pupila, y decido que es uno de los patrones más singulares que he visto nunca. Me recuerda a una constelación.

Cierro mis dedos sobre sus antebrazos, anclándolo a mí. Exhala, aunque eso no hace nada por aliviar la tensión que recorre su cuerpo.

Mis pestañas flaquean y se cierran ante la sensación euforizante de tenerlo cerca de nuevo. Por un momento allí, no supe si volvería a sentir el contacto acogedor de alguien. Y aquí está él, mi hombre misterioso, deslizando sus pulgares bajo mis ojos con caricias suaves y atrapando mis lágrimas.

—Te he estado buscando, Raven.

El rico tenor de su voz, como humo y whiskey añejo, me inunda y chisporrotea contra mis terminaciones nerviosas deshilachadas. Creo que reconocería su voz en cualquier parte. La comisura de mi boca se curva en una sonrisa nostálgica. Esas palabras recuerdan a las que yo le dije en el salón de damas.

—¿Ah, sí? —Mis palabras son suaves, la incredulidad envuelve cada sílaba.

—Oh, Raven, ¿pensaste que podrías esconderte de mí todo este tiempo? —pregunta con una inclinación juguetona de sus labios.

La esperanza es algo peligroso. Es la destrucción disfrazada de virtud. Y solo hace falta una cucharadita para envenenar el pozo.

Y ahora mismo, Aries me está dando más esperanza de la que jamás hubiera soñado. Aunque conozco los riesgos, no puedo detener el lento aleteo de la esperanza que florece en mi pecho.

Con mi corazón latiendo a un ritmo solo para él, me pongo de puntillas y acorto la distancia entre nuestras bocas.

Rozo mis labios contra los suyos, una vez, dos veces, antes de volver a apoyarme sobre mis talones. Es un toque de afecto, uno que dice *me alegro mucho de que estés aquí*.

Él no presiona para más y se lo agradezco. Con mi nueva promesa de vivir la vida al máximo, no sé si lo detendría si convirtiera este contacto inocente en algo más pecaminoso.

Soy muy consciente de que tenemos público observando cada uno de nuestros movimientos, pero descubro que ahora mismo no me importa demasiado.

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Siempre te encontraré, Raven. En esta vida y en la siguiente.

Un subidón de adrenalina me recorre con sus palabras, dejando la piel de gallina a su paso.

Dos frases, una combinación de vocales y consonantes. Y, aun así, están dispuestas de tal manera, envueltas en convicción y cargadas de propósito. Tienen fuerza.

Parece algo más que una promesa.

Una declaración. Un acuerdo vinculante entre dos almas que ni la propia muerte puede romper.

En cualquier otro momento, de casi cualquier otro hombre, me reiría y seguiría adelante. Pero hay algo en Aries, un magnetismo que se niega a ser ignorado.

Y tengo la esperanza suficiente para detenerme y escuchar.

Cierro los ojos y exhalo suavemente. Me concedo exactamente treinta segundos para disfrutar de su atención, de su calidez, de su promesa.

Resisto el impulso de eliminar aún más el espacio entre nuestros cuerpos. Aunque cada parte de mí me suplica que lo rodee con mis brazos. Me temo que, si lo hago, puede que no lo suelte.

Mis emociones están tan a flor de piel... Tal como están las cosas, sería tan fácil agrietarse y romperse. Dejar que se desangren sobre todos y sobre todo. Y no puedo hacer eso.

No todavía, al menos.

Tengo otras cosas que hacer antes de permitirme el tiempo para derrumbarme.

Él apoya su frente contra la mía. —Tenemos mucho de qué hablar, pero no aquí —murmura.

Siento la mirada de Blaire sobre nosotros, pero solo tengo ojos para él. Su aura es lo bastante grande como para envolvernos en una burbuja protectora. Como si fuera consciente de ello, se mueve hacia un lado, bloqueando eficazmente la visión de Blaire.

—¿Estás bien? ¿Estás herida?

No tengo ni idea del aspecto que tengo, pero probablemente esté bastante desastrada, a juzgar por la forma en que frunce el ceño mientras me escanea de nuevo, sin duda buscando cualquier signo de lesión.

—Estoy bien, gracias a Blaire.

—Bien, bien. Es hora de irse, Raven. —Se gira y da un paso hacia la puerta.

Me echo un poco hacia atrás, todavía sosteniendo su mano. — Espera. Yo... necesito encontrar a alguien antes de irme, y Blaire me está ayudando con eso.

—Sea quien sea, estoy seguro de que puedo encontrarle. —Me dedica una sonrisa, pero hay urgencia tras sus ojos y eso me está asustando.

Vuelvo a tirar de nuestras manos, no para soltarlas, sino para darme un poco de tiempo para procesar la confusión que nubla mi mente.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo esperas exactamente encontrar a Matteo Rossi, heredero de las cinco familias? ¿Enviándole una solicitud de amistad? —El sarcasmo rezuma de las palabras de Blaire, pero el silencio que las sigue se siente pesado.

Giro la cabeza hacia ella, con la boca abierta por la sorpresa. — ¿Qué estás haciendo?

—Oh, vamos, Madison. Todo el mundo sabe que Matteo Rossi es el esquivo heredero de la mafia italiana. Una de las cinco familias italianas que gobiernan la costa este. Y si él cree que puede localizarlo tan fácilmente, digo que le dejemos. Mientras tú te quedas a salvo conmigo, por supuesto. —Mira con desprecio a Aries todo el tiempo, pero sus palabras van dirigidas a mí.

Él da dos pasos para volver a quedar a mi lado, pero no me está mirando a mí. Le dedica a Blaire una mirada de puro cálculo, con la boca tensa y los ojos encendidos.

—De hecho, sé exactamente dónde está Matteo Rossi.

Mis ojos se abren de par en par mientras contemplo otra instancia de dos mundos que colisionan. Mis labios se entreabren al soltar el aire. —¿Qué? ¿Cómo?

Él centra su atención en mí, sus ojos se suavizan exponencialmente. —Digamos que tenemos historia. Mi trabajo consiste en saberlo todo. Lo que más curiosidad me da es cómo conoces tú a Matteo.

Blaire resopla y puedo sentir que el ambiente cambia de nuevo. Está reforzando su famosa personalidad gélida y va a desatlarla contra Aries. —Madison y Matteo se conocen desde hace mucho. De hecho, ellos...

Me aclaro la garganta para cortarla. —Eso no es importante ahora. Lo importante es Matteo. ¿Está bien? ¿Qué ha pasado?

—Está en una habitación privada de un hospital con el que tengo contactos. Deberían darle el alta mañana.

Aprieto mis dedos alrededor de su mano y me pongo de puntillas. —Está bien, vamos ahora mismo. Quiero verle.

Él escudriña mi mirada por un momento y no sé qué está buscando, pero solo puedo suponer que está viendo mi ansiedad y mi impaciencia. Solo puedo imaginar qué tipo de conclusiones estará sacando, pero descubro que simplemente no me importa. La necesidad de ver a Matteo, de ver que está bien, me presiona demasiado como para que me importe mucho nada más en este preciso segundo.

Sin apartar su mirada de la mía, entrelaza sus dedos con los míos y tira de mí. —Vámonos. Te llevaré allí.

Un movimiento capta el rabillo de mi ojo cuando Blaire cruza la habitación para ponerse justo a nuestro lado. Aries no se inmuta, manteniendo su mirada y su agarre firmes. Es exactamente lo que necesito ahora mismo, y no cuestiono el cómo ni el porqué, solo agradezco que esté aquí.

—No lo creo. Ella es una amiga. Y tú no. No va a ir a ninguna parte contigo. ¿Y exactamente cómo has conseguido esa información sobre Matteo?

Su tono ácido me sobresalta y aparto mi atención de Aries para mirarla. —Está bien, Blaire. Este es Aries.

Ella se da golpecitos en los labios con una uña perfectamente pintada con emoción fingida. —Qué extraño, porque yo pensaba que este era Rafe Rhodes.

Una sonrisa tira de la comisura de mi boca. Rafe. Le doy vueltas a su nombre dentro de mi cabeza por un momento, disfrutando de lo bien que se siente encontrar otra pieza del rompecabezas.

—¿Rafe? Pues no es el nombre que me hubiera esperado.

—Es el diminutivo de Raphael. Además, me gusta cuando me llamas Aries —murmura mientras desliza su pulgar por el dorso de mi mano. Un movimiento lento y dulce, de arriba abajo. Un simple

movimiento no debería ser tan coqueto, no debería sentirse así de bien.

Blaire se aclara la garganta, con un ruido lo bastante molesto como para sacarme de ese momento compartido. Siento la mirada de Blaire, dura e intensa, sobre mí, y un rastro de vergüenza me recubre el vientre. Es fácil, demasiado fácil, caer en ese papel de flirteo en el que nos encontramos tan rápido.

—Maddie, acabaste sangrando y destrozada en mi puerta no hace mucho. Estás loca si crees que voy a dejar que te marches con él sin más. Ni siquiera sabías su nombre real.

Me muerdo el labio mientras me giro hacia ella. —Sabes que tengo que irme. Tengo que averiguar qué le pasó a Matteo. —Hago una pausa con un encogimiento de hombros—. Y confío en él, Blaire. No sé cómo explicarlo de otra forma.

—Quédate aquí, donde es seguro. He hecho algunas llamadas y tengo a mi personal llamando a todos los hospitales locales preguntando por personas que coincidan con su descripción con una herida de bala. Me avisarán en cuanto se enteren y te llevaré yo misma.

—No hace falta. Ya sé dónde está. Acabo de venir del hospital. Está en All Saints, al otro lado de la ciudad —dice Aries, porque siempre será Aries para mí.

Blaire asiente dos veces mientras mira furiosa a Aries. —Genial. Entonces vamos todos juntos, déjame coger mi bolso.

Miro de su mandíbula apretada a la mano de Aries envuelta en la mía mientras me muerdo el labio inferior preocupada. —Ya has hecho demasiado. Y estoy muy, muy agradecida, pero no quiero quitarte más tiempo.

—No es una molestia, créeme. Pediré un coche.

DIEZ

MADDIE

ARIES ME ESCOLTA hasta el coche oficial que ha llamado Blaire con una mano apoyada en la parte baja de mi espalda. El conjunto de mariposas, cada vez más numeroso, ignora que sigo vestida con un conjunto de colores de neón o que vamos de camino al hospital para visitar a mi exnovio convertido en novio después de que le dispararan.

No, a ellas no les importa nada de eso. Lo único que pueden hacer es centrarse en el calor de su palma contra mi zona lumbar, revoloteando por mi interior y dejándome con una especie de entusiasmo vertiginoso.

Se queda pegado a mi espalda y se desliza en el coche tras de mí. Oigo el bufido de irritación de Blaire, pero mis mariposas siguen arremolinándose, enredándose con las sanguijuelas ácidas de la ansiedad que avanzan lentamente por mis entrañas.

Ella entra la última y se sienta frente a nosotros. El conductor cierra la puerta tras ella mientras Aries se acerca más a mí, con su muslo presionando contra el mío. Me consuelo con el calor que me ofrece y resisto el impulso de apoyar la cabeza en su hombro. Por mucho que haya pensado en él y por mucho que conozca mi cuerpo íntimamente, no sé gran cosa sobre él.

Me quedo mirando por la ventanilla tintada. La ciudad cobra vida de una forma diferente cuando el sol emprende su descenso. El cielo está sorprendentemente despejado, permitiendo que la luna brille, oronda y pesada, sobre el paisaje urbano. Es casi luna llena, y la última vez que hubo luna llena —un viernes trece, he de añadir—, pasaron cosas malas.

Esperemos que la suerte esté de nuestra parte esta vez.

El nerviosismo se agita en mi estómago como un enjambre de abejas furiosas. Agradezco la presencia de Aries a mi lado, aunque no acabe de entender por qué o cómo me ha encontrado. O cómo sabe lo de Matteo.

Tengo demasiadas preguntas, la mayoría de las cuales no tienen respuesta. Las respuestas que sí he obtenido solo han generado nuevas dudas.

Un dolor agudo me atraviesa la cabeza y reprimo una mueca. Me masajeo la sien con una ligera presión, haciendo círculos con las yemas de los dedos sobre la zona palpitante.

La verdad es que no sé lo que no sé. Es un dilema inquietante para una chica que se siente cómoda con un poco de control. El quid de la cuestión es que necesito más información.

Pero quizá no hoy.

Creo que no puedo soportar mucho más por hoy.

Leí un artículo una vez que decía que el cuerpo tiene un mecanismo de defensa natural. Y si se sobrecarga, simplemente toma la decisión por ti de forma inconsciente. Física, mental y emocionalmente; tus instintos toman el control para protegerte.

¿A cuántas chicas he visto deambulando por los pasillos de St. Rita en un estado permanente de entumecimiento o con una falta total de interés por lo que las rodea?

Antes pensaba que eran unas mimadas o unas vacuas, pero ahora veo esos momentos bajo un nuevo prisma. No puedo evitar preguntarme a qué clase de traumas se habrán enfrentado.

¿Cuántas veces te enfrentas a un trauma antes de que simplemente deje de ser traumático? No porque los actos en sí no lo sean, sino porque tu mente, tu cuerpo, tu espíritu mismo no pueden llegar a comprenderlos.

Mamá siempre decía que se me daba muy bien compartimentar. Pero tal vez, solo tal vez, me he estado anestesiando.

Es un pensamiento aleccionador.

Y como la mayoría de las cosas en la vida son temporales, un día, algo me dará el empujón definitivo y no podré anestesiarme. No seré capaz de acallar esa sensación incómoda y punzante que amenaza con apoderarse de mí, con arrastrarme mar adentro en una violenta resaca.

No podré volver a meterlo en una caja y tirar la llave como he hecho tantas otras veces.

Y estallaré.

—No tengo por costumbre dejar que entren extraños en mi coche, ¿sabes? —dice Blaire, rompiendo el silencio y mis pesados pensamientos. Arquea una ceja perfectamente depilada hacia Aries.

Apoyo la cabeza en el respaldo del asiento, girándome para ver su respuesta. Aunque me sintiera con ánimos, no creo que deba intervenir. Aries pertenece a los mismos círculos que nosotras. Si a estas alturas no sabe quiénes son los protagonistas, supongo que este momento es tan bueno como cualquier otro.

Él levanta la vista de su teléfono y observa a mi amiga con expresión inexpresiva. —Pero no soy un extraño, ¿verdad? Ya nos hemos conocido antes.

—Recuérdamelo. —Su tono es frío. Su máscara blindada está en pleno funcionamiento, sin una sola grieta a la vista. Es un desafío, y todos lo sabemos.

La incomodidad se filtra en el espacio libre dentro del coche y no puedo reprimir el impulso de suavizar las arrugas del malestar que se respira en el aire. Casi puedo oír la voz de mi difunta abuela sureña en el oído, animándome a aliviar la tensión.

Me remuevo en mi asiento; el cuero se me pega a la piel a pesar de que el aire acondicionado está a tope. Satisfecha por haber dejado claro su punto, Blaire mira su teléfono, ignorando concienzudamente a Aries, que está a mi lado. Teclea sin parar, sin duda tramando la caída de la próxima persona que se cruce en su camino. Por lo que yo sé, puede que esté revisando las grabaciones

de seguridad o pidiendo actualizaciones a quienquiera que le dé información.

Aries también escribe en su móvil, con el ceño fruncido y la mandíbula tensa. Mi mirada se desvía hacia el puente de su nariz. Hay un pequeño bulto que sugiere que se la rompió en algún momento. No es que eso reste valor a su aspecto; en todo caso, no hace más que realzarlo.

Me lo imagino como una especie de caballero oscuro, oculto a plena vista tras sus trajes a medida y su gusto impecable. Apuesto a que ha dejado un rastro de corazones rotos y egos magullados a su paso.

Como si pudiera sentir mi mirada sobre él, levanta la vista por un momento de debajo de sus largas y oscuras pestañas. Debería ser un delito que un hombre tuviera unas pestañas por las que la mayoría de las mujeres matarían.

Una sonrisa ladeada curva la comisura de sus labios carnosos, pero no me mira ni dice nada. Simplemente deja que me recree la vista.

Y eso es lo que hago.

Lo escaneo de pies a cabeza, disfrutando de la libertad de mirar sin tapujos. Hay algo familiar, incluso reconfortante en él.

Y bajo la tenue luz que se filtra por las ventanillas tintadas de este coche, no me sorprende del todo descubrir que encaja con la imagen mental que me había forjado de él.

Me preocupaba un poco haberlo idealizado demasiado en mi cabeza. Y, por supuesto, debido a todas las interacciones con Leo y Dante, y también con Matteo.

Por un momento, pensé que era imposible que estuviera a la altura, que me habría inventado nuestro magnetismo, y que él palidecería en comparación con mis recuerdos.

Sin embargo, no debería haberme preocupado. Ocupa su propio espacio en mi cabeza... y en mi libido. Un espacio idéntico al que ocupan los otros tres.

EL TRAYECTO desde la casa de Blaire hasta el hospital me pareció una eternidad y, al mismo tiempo, un suspiro. A menudo me pasa eso con el tráfico de Nueva York. Algunos días, recorrer una milla puede llevar una hora.

Pero ya estamos aquí. Caminamos hacia la batería de ascensores en el aparcamiento subterráneo del hospital.

La ansiedad y la expectación luchan por el dominio, convirtiendo mis entrañas en un hervidero. Y por encima de todo ese caos, la gratitud me invade como una fina brisa marina, cubriéndome con gotas de agradecimiento. No solo Blaire ha sido una aliada sorprendente en todo esto, sino que creo que hemos conectado de una forma que ninguna de las dos habría predicho.

Subimos al ascensor y me sacudo un poco las manos, intentando expulsar los nervios. Sé que Aries ha dicho que Matteo estaba bien, pero no puedo quitarme la persistente sensación que me oprime el estómago. Mi preocupación es como una marea creciente que se niega a detenerse hasta que lo vea con mis propios ojos.

Durante un fugaz segundo, pierdo el control que mantengo sobre mis emociones y me siento un poco desquiciada. Por muchas veces que intente volver a meterlo todo en sus compartimentos, mis cajas, antes perfectamente dispuestas y organizadas, ahora revientan y rebosan. El material cede ante el peso de todo, el cierre se deforma bajo la sobrecarga emocional.

Soy consciente de que se trata de un mecanismo de defensa. Lo aprendí todo sobre ello el año pasado en mi clase de psicología. Y es uno que he mantenido durante tanto tiempo que básicamente se ha fundido con mi personalidad. Y aun así, no puedo parar.

Y en cierto modo, reconozco que centrar toda mi preocupación en Matteo me permite el lujo de no pensar en todo lo que acabo de pasar. De no dar vueltas al hecho de que alguien me secuestró dentro de un apartamento que se suponía seguro.

El ascensor se detiene bruscamente en la cuarta planta y doy un brinco.

—Cielo santo —murmuro, llevándome una mano al pecho y sintiendo mi corazón latir acelerado bajo la palma, desesperado.

Vale, quizá no se me esté dando tan bien lo de compartimentar. Estoy en territorio desconocido, y no creo que el estirado consejero de nuestra escuela trate este tipo de experiencias traumáticas. Así que, por ahora, envuelvo con plástico de burbujas mis cajas de trauma y ansiedad y las obligo a apilarse unas sobre otras en bonitos y ordenados cubos organizativos.

—¿Estás bien, Raven? —Se acerca a mí; la tela de su traje roza mi piel desnuda.

El ascensor se estabiliza y las puertas se abren. Le dedico una pequeña sonrisa. —Sí, sí, estoy bien. Realmente no tenías por qué venir, ¿sabes?

—Si crees por un solo momento que voy a dejar que te alejes de mi vista después de todo lo que acaba de pasar, es que no me conoces en absoluto.

Mis pensamientos se atropellan unos a otros. La convicción de su voz apela a las partes más oscuras de mí, seduciéndolas. Pero hay algo que me inquieta, una pieza que me falta.

—Bueno, ella no te conoce, ¿verdad? Nadie te conoce. —Blaire no mira atrás mientras empieza a caminar por el pasillo hacia el mostrador de recepción, con el taconazo de sus zapatos resonando con fuerza en el espacio silencioso.

—Me conocerá —murmura él, clavando la mirada en la espalda de Blaire.

Con una familiaridad desenvuelta, desliza su palma contra la mía, entrelazando nuestros dedos, y abre camino siguiendo a Blaire.

Ella está hablando con alguien detrás del mostrador, pero sus voces son demasiado bajas para que yo pueda distinguir las palabras.

—Gracias, Vicki. Por aquí, Madison —dice ella por encima del hombro. Rodea el mostrador, empuja las puertas para abrirlas y nos guía por otro pasillo.

El personal del hospital nos dedica sonrisas amables al pasar, pero nadie nos cuestiona.

¿No es extraño cómo ciertos recuerdos pueden activarse por diferentes imágenes, sonidos, sensaciones o aromas? Y cuando todos se combinan, giran y se moldean en algo distinto, algo que

resulta a la vez familiar y nuevo. Mientras caminamos por este amplio pasillo con luces fluorescentes zumbando sobre nosotros, el déjà vu me invade como un chorro de agua fría del océano. Hace años que no piso un hospital.

Recuerdo cuando tuve que pasar la noche allí porque me quitaron las amígdalas. Tuve una mala reacción a la anestesia y me dejaron en observación. Mamá no se quedó conmigo; decía que no le gustaban los hospitales.

Me desperté después de la cena y me encontré a Lainey y a Mary a cada lado de la cama. Vimos películas de Disney y comimos polos y gelatina toda la noche. Creo que una enfermera sintió lástima por mí, así que se saltó las normas y dejó que se quedaran la noche entera.

El pecho me duele con un anhelo tan feroz que me roba el aliento por un momento. Echo de menos a mi hermana y a mi prima.

Le aprieto la mano y él me devuelve el apretón. Un escalofrío de placer y calidez me recorre la columna al sentir sus yemas callosas contra el dorso de mi mano.

La culpa me oprime por un instante, la culpa de haber encontrado un momento de placer después de todo lo ocurrido.

Pero quizá de eso se trate. Quizá una de las cosas que deba sacar de toda esta experiencia es que la vida se nos puede arrebatar en un abrir y cerrar de ojos. Y que solo depende de nosotros si queremos vivirla al máximo, sea lo que sea lo que eso signifique para cada uno.

Y tal vez para mí, ahora mismo, eso signifique dejar que el pequeño enjambre de mariposas revolotee en mi estómago al sentir la mano de Aries envolviendo con seguridad la mía.

Atravesamos otro juego de puertas hacia un nuevo pasillo. Al acercarnos al puesto de control de enfermería, mis pasos se ralentizan y miro a mi alrededor, buscando a alguien que me mire a los ojos para poder pedir ayuda.

Aries tira de mi mano. —Ven. Sé a dónde ir.

Frunzo el ceño mientras lo miro. Retomo el ritmo caminando junto a él, con Blaire ahora a mi otro lado—. ¿Cómo sabes en qué

habitación está?

Él me da un apretón en la mano pero no responde. Observo su rostro de cerca. Veo cómo las luces fluorescentes proyectan una sombra dura contra sus pómulos.

Se lame los labios y abre la boca, pero antes de que pueda decir nada, oigo otra voz.

—Maddie.

ONCE

MADDIE

EL SONIDO de la voz de Dante llena el pasillo y, de algún modo, llega a mis oídos por encima del zumbido de las máquinas y el murmullo de las conversaciones.

El impacto me tiene como rehén y dejo de moverme, permitiendo que mi brazo se extienda mientras Aries sigue caminando. Se detiene cuando se da cuenta de que no estoy a su lado y, aunque puedo sentir su mirada sobre mí, no puedo apartar la mía de Dante.

Parado al final del pasillo con dos vasos de poliestireno llenos de café, uno en cada mano, está tan cautivador como siempre. Alto, de hombros anchos y vestido de pies a cabeza de negro, con el peligro emanando de él en oleadas.

Parece un ángel de la muerte.

El pensamiento morboso cruza mi conciencia antes de que lo deseche.

Suelto mis dedos de la mano de Aries sin pensarlo dos veces y recorro los últimos seis metros corriendo hacia él. A nivel subconsciente, sé que debería sentirme un poco incómoda por lanzarme sobre él, pero me alivia tanto verlo que no me importa realmente el aspecto que tenga. Al menos, no en este momento.

Inadvertidamente, lo había colocado en ese pedestal intocable, similar al lugar donde puse a Matteo. Y en un minuto —sesenta

breves segundos—, este se hizo añicos de forma estrepitosa e irreparable. De algún modo, en mi mente, he trazado esta conexión de que si Dante está bien, Matteo debe de estar bien. No es lógico, pero las emociones a menudo no lo son.

El alivio acelera mis pasos hasta que estoy lo suficientemente cerca como para buscar cualquier signo de angustia, ojos rojos o hinchados. Por supuesto, incluso si estuviera alterado, o abrumado por la tristeza y el duelo, no estoy segura de que se permitiría mostrarlo. No aquí, con tanta gente.

Sus ojos se abren ligeramente cuando estoy a un par de metros de él, y no aminoro la marcha. Me lanzo sobre él, rodeando su cuello fuertemente con mis brazos y abrazándolo. Un sollozo ahogado sube por mi garganta y hundo la cara en su cuello. Aspiro el aroma del ámbar cálido y aterciopelado, sumergiéndome en el consuelo que me proporciona.

Sus brazos me rodean por instinto. Oigo cómo el vaso de poliestireno chirría contra la parte trasera de mi camiseta, pero ni siquiera me importa.

A estas alturas, ¿qué importa un poco de café derramado cuando tengo sangre seca pegada en el pelo?

Después de un momento, descruzo las manos de su cuello y me deslizo por su cuerpo. Él afloja su agarre sobre mí lo suficiente para que pueda separarme.

Doy dos pasos rápidos hacia atrás mientras la vergüenza me calienta las mejillas.

Un mechón de pelo me cae sobre la cara y agacho la cabeza mientras me lo coloco detrás de la oreja. Aclarándome la garganta, me miro los pies como si quisiera encontrar el valor o la razón de por qué acabo de saltar a los brazos de este virtual desconocido.

—Lo... lo siento. No sé qué me ha pasado. Supongo que me ha aliviado mucho verte. —Una risa autocrítica sale con mis últimas palabras, y no puedo evitar la sonrisa sardónica que curva la comisura de mi boca.

—Puedes abrazarme cuando quieras, Maddie. Me alivia ver que estás entera. ¿Cómo has llegado hasta aquí? —No me deja

responder nada antes de añadir—: Supongo que él ha tenido algo que ver en eso. —Inclina la cabeza hacia un lado.

Miro por encima del hombro para ver que está mirando a Aries, que ya está casi a mi lado. Giro la cabeza hacia el otro lado y veo a Blaire observándonos a los tres con un brillo curioso en los ojos.

Ya veo los engranajes girando dentro de ese cerebro suyo, pero decido que eso es un problema para otro día. Estoy segura de que está intentando encajar las piezas de lo que le conté antes, sin duda ansiosa por ver cómo se desarrollan las dinámicas.

—Dante —dice Aries con una inclinación de cabeza, en esa estúpida forma masculina de saludar que no debería ser ni la mitad de atractiva de lo que es.

Sacudo un poco la cabeza y vuelvo a centrarme. Girándome para mirar a Dante, pregunto:

—Matteo. ¿Dónde está?

—Ven, te llevaré con él. —Gira sobre sus talones y camina de espaldas hacia una habitación.

—¿Y Leo? ¿Sabes dónde está Leo?

—Por aquí.

Seguimos a Dante hasta la habitación privada al final del pasillo, con Aries justo detrás de mí y Blaire tras él. La adrenalina inunda mis venas, aliviando considerablemente algunos de mis propios dolores y molestias. Sé que volverán con ganas, pero por ahora, agradezco la tregua.

Sigo a Dante al interior de la habitación, con pasos ligeros por el ansia. Estoy ansiosa por ver a mi novio.

¿Es eso siquiera cómo debería llamarlo?

¿Cómo llamas a alguien con quien saliste cuando eras más joven, que luego te rompió el corazón y que después recibió una bala por ti? «Novio» parece una palabra tan pequeña en comparación con lo que él es, con lo que siento por él.

Mi hombre.

Eso tampoco suena bien. Es más que solo mi hombre, es más que solo un hombre.

Es simplemente *mío*.

Lo oigo antes de verlo. El tenor profundo y rico de su voz mientras discute por algo, dando una orden para que arreglen la televisión.

Y entonces oigo otra voz.

Leo.

Casi empujo a Dante con una mano en su espalda, aplicando un poco de presión para conseguir que se mueva más rápido. Él no me recrimina mi insistencia, lo cual agradezco. No estoy segura de que pudiera oírlo por encima del rugido en mis oídos de todas formas.

Él pasa los cafés a una sola mano mientras descorre la cortina, y tengo mi primer vistazo de los hombres detrás de las voces.

—Ya era hora. Llevo una eternidad esperando ese puto café —escupe Matteo.

Dante entra en la habitación, directo hacia Matteo. Le entrega un vaso y da un paso atrás, obstruyendo todavía mi visión. —Sí, bueno, he tenido que bajar ocho pisos y cruzar la calle para conseguirlo, así que más vale que estés agradecido.

—Ni siquiera deberías tomar café —refunfuña Leo.

Matteo suspira. —Deja que yo me preocupe de lo que puedo y no puedo soportar.

—Sí, claro, lo dice el tipo que está en la cama de un hospital con un agujero en el hombro. —Leo se burla.

Dante se dirige al pie de la cama, pero mis pies parecen congelados al suelo, como si las suelas de mis zapatos hubieran echado raíces. Aries entra pero se queda junto a la pared, al lado de la puerta, con Blaire a su lado.

Mis labios se entreabren en un suspiro silencioso cuando tengo mi primera vista despejada de Matteo. No puedo creerlo.

Parpadeo, en un movimiento lento y lánguido, como si el aleteo de mis pestañas fuera a cambiar de algún modo la escena ante mí.

No lo hace.

—Matteo. —Su nombre sale de mis labios en un susurro.

Está vestido con una bata de hospital y un jersey gris de punto de ochos por encima. Una pequeña burla sarcástica se me escapa al observarlo. Por supuesto que seguiría estando guapísimo bajo estas crudas luces fluorescentes y con una manta de hospital descolorida.

Olfateo, reprimiendo una risa de incredulidad al verlo tan... tan *vivo*. Sano, incluso.

—Maddie.

Mi nombre sale de sus labios como la esperanza personificada. Como si yo fuera, de algún modo, la respuesta a cada oración no dicha que ha hecho. Es suficiente para cortar las raíces que me mantienen en el sitio. Estoy al lado de su cama en tres pasos rápidos.

Mi mirada lo recorre frenéticamente, buscando heridas. Aparte del cabestrillo en el que descansa su brazo, no veo nada más. Mis manos revolotean por su brazo, sin saber dónde tocarlo para no molestar. Tiene una vía pegada al dorso de la mano y las lágrimas asoman a mis pestañas inferiores cuando veo la sombra de un hematoma a su alrededor.

De repente, me doy cuenta de que no tengo ni idea de qué día es. No sé cuánto tiempo lleva aquí ni cuánto tiempo llevo yo fuera. Miro a mi izquierda, a una pizarra blanca con la fecha, sus constantes vitales y el nombre de su enfermera actual.

Instintivamente, miro por encima del hombro a Aries.

—Es miércoles.

Él asiente, mirándome con los brazos cruzados sobre su ancho pecho. Ni siquiera me permito la indulgencia de contemplar su figura bajo estas crudas luces fluorescentes. Aunque una parte de mi alma lo desea desesperadamente, aunque solo sea para aplacar mi propia curiosidad. Es injusto lo bien que se ven los dos bajo una luz tan poco favorecedora.

Deslizo mi mano bajo la de Matteo y le aprieto los dedos suavemente. Lo miro desde debajo de mis pestañas, hiperalerta a cualquier signo de dolor.

Ante mi contacto, él cierra los ojos y exhala. Tres agónicos segundos después, los abre. Nunca en mi vida me había alegrado tanto de ver ese color avellana oscuro.

Una burbuja de emoción sube por mi cuerpo y se queda atascada en la parte posterior de mi garganta. Alivio, miedo y algo que aún no puedo nombrar. Reprimo el sollozo que intenta desesperadamente abrirse paso en la habitación.

—Cherry. —Gira su mano y entrelaza sus dedos con los míos. Con su agarre suave, tira de mí para acercarme. No debería sorprenderme la fuerza que tiene y, sin embargo, lo hace. Me pilla desprevenida y tropiezo hacia delante, golpeándome la cadera con el lateral de la cama. Apoyo mi mano libre contra el colchón junto a su hombro, con cuidado de no sacudirlo. Él tira de nuestras manos.

—No quiero hacerte daño —murmuro, con nuestras caras a escasos centímetros.

—No me harás daño, estoy bien. ¿Ves? Ahora ven aquí y no me hagas pedírtelo otra vez. —Su tono se vuelve áspero ante la orden, y algo dentro de mí se enciende. Apoyo una rodilla en el colchón y me deslizo sobre la cama, quedando frente a él antes de darme cuenta de lo que estoy haciendo.

Desentrelaza nuestras manos mientras se incorpora. —¿Estás bien? ¿Qué ha pasado? ¿Dónde has estado? —Apenas se detiene para respirar entre pregunta y pregunta, mientras su mirada me recorre de pies a cabeza.

Inclinándose hacia delante, desliza su mano libre por mi brazo y una mueca tira de la comisura de su boca. Así que me inclino hacia delante para disminuir la tensión.

Parece que acaba de despertarse en su ático después de dormir toda la noche, no de haber estado dando vueltas en una incómoda cama de hospital con una manta fina y almohadas apelmazadas.

—Estoy bien, estoy bien.

Miro al hombre que tengo delante mientras el alivio y la ansiedad luchan por el dominio. Siento mi cuerpo demasiado pequeño para contener experiencias tan masivas.

Las lágrimas llenan mis ojos y los senos nasales empiezan a quemarme al enfrentarme a la posibilidad muy real de que voy a empezar a llorar a lágrima viva. Ese tipo de llanto feo que ocurre cuando no puedes recuperar el aliento. Y lo voy a hacer en una habitación de hospital rodeada de mis hombres.

¿Son ya mis hombres? El pensamiento errante me distrae de mi inminente colapso por un momento.

—Ven aquí, muñeca —murmura, extendiendo su mano buena hacia el lado. Voy hacia él, acurrucándome a su costado, con

cuidado en mis movimientos.

La desesperación cala en mis poros. Ojalá pudiera curarlo, recomponerlo para que podamos irnos de este lugar. Me muerdo el labio inferior mientras el miedo recorre mi espalda. Hemos entrado aquí con total facilidad. Sería igual de fácil para cualquiera entrar como si nada.

Rodea mi hombro con su brazo. —Puedo sentirte pensar.

Sorbiendo por la nariz, inclino la cabeza para mirarlo desde debajo de mis pestañas. —Yo... pensaba que estabas muerto —susurro. La confesión rompe la barrera de mi vulnerabilidad y mi rostro se descompone—. Y luego... luego pensé que yo también iba a morir.

—Oh, Cherry. —Acaricia la parte posterior de mi cabeza y la guía hacia ese lugar perfecto entre su cuello y su hombro. Casi como si hubiera sido tallado en él específicamente para mí.

Y ese pensamiento me hace llorar con más fuerza. Es como si todo me estuviera golpeando al mismo tiempo y, por una vez, estoy demasiado cansada para mantener mi excelente compartimentación. Los sollozos sacuden mi cuerpo mientras expulso mi miedo y mi ansiedad en el aire viciado del hospital. Todos son testigos de mi trauma.

Hace un mes, quizá me habría sentido avergonzada.

Pero ¿ahora? Ahora todo lo que siento es consuelo y aceptación. Es un sentimiento embriagador, uno al que podría acostumbrarme de forma peligrosa.

Matteo me acaricia el pelo con los dedos, manteniendo la palma en la parte de atrás de mi cabeza. Un segundo después, siento una mano recorrer el largo de mi brazo. Miro por encima del hombro con un sollozo, nada sorprendida al ver a Leo allí de pie, con las yemas de sus dedos dejando un rastro de vello erizado a su paso.

Se me corta la respiración y me limpio debajo de los ojos mientras me incorporo. Matteo suelta mi cabello a regañadientes y yo me giro para mirar a Leo. Le concedo la misma cortesía que le di a Dante, que son unos cinco segundos, antes de rodear su cuello con mis brazos y hundir la cara contra su piel bronceada.

Él me aprieta contra su pecho, levantándose de la cama. — Gracias a Dios que estás bien, nena. Estaba que me subía por las paredes.

La sinceridad en su voz grave lanza un arpón a mi corazón, envolviendo mi alma y asegurándola de nuevo a él.

Mis lágrimas disminuyen pero siguen humedeciendo el cuello de su camisa. No estoy lista para moverme todavía. Otra lágrima resbala por mi mejilla, aterrizando contra su cuello.

—Cuéntanos qué ha pasado —exige Matteo.

DOCE

DANTE

MADDIE SE APARTA de Leo y se acomoda en la cama, quedando comprimida entre los dos hermanos. Me paso la mano por la cara; el agotamiento de los últimos días por fin me está pasando factura.

O tal vez sea alivio.

Es una sensación tan extraña, una que está enredada en una red de sentimientos que normalmente mantengo bajo llave. No conviene ir con el corazón en la mano. En mi vida, esas emociones se explotan y se usan para hacerte daño.

Mira lo que ha pasado con Maddie y Matteo. Aunque parece que hubo un grave error en todo el asunto, todavía hay algo que no termina de encajar.

Y en mis momentos de mayor quietud estos dos últimos días, lucho conmigo mismo. Hay una parte de mí que sabe intelectualmente que Matteo no podría haberlo previsto, que no habría podido hacer nada de forma distinta. Esos hijos de puta le tendieron una emboscada en un lugar que debería haber sido seguro.

Aun así, no puedo dejar de pensar en qué habría hecho yo de manera diferente.

¿Podría haber hecho algo diferente?

¿Podría haberla salvado, haberle evitado el trauma que le dolerá como una mala rodilla cada vez que llueva?

En mis momentos más egoístas, me imagino como una especie de puto superhéroe, venciendo todas las adversidades —y había un maldito montón de adversidades— y salvando el día.

Tan rápido como llegan esos pensamientos traicioneros, los descarto. Quiero a estos capullos como si fueran de mi propia sangre. Incluso a Leo, cuando no es un grano en el culo.

Observo cómo está con ella ahora. Sus sentimientos por ella se le notan en todo el cuerpo, desde su postura protectora hasta su contacto posesivo.

Oculto una sonrisa tras mi mano. El chaval ha dado la cara estos últimos días, hay que reconocérselo. Matteo lleva años manteniéndolo al margen de los negocios familiares, pero creo que el chico está listo para intervenir.

Entiendo que quiera protegerlo de esta vida, pero tengo la sensación de que Leo ya no va a aceptar un no por respuesta.

Y menos ahora con Maddie aquí.

Ella lo cambia todo.

Un movimiento por el rabillo del ojo atrae mi atención. Echo mano por instinto a la pistola que llevo guardada en la parte de atrás del pantalón. Un segundo después, mi cerebro vuelve a conectar con mi cuerpo y suelto la culata.

La amiga de Maddie, Blaire Hawthorne, la cotilla oficial de los menores de treinta años en los cinco distritos. Se inclinaba hacia delante para coger un café de la mesa. Sin quitar ojo a la escena que tiene delante, saca el móvil y empieza a teclear.

Arqueo una ceja e intercambio una mirada con Rafe. Él asiente, así que parece que estamos de acuerdo en que aquí hay algo más.

No me sorprende que haya entrado con Madison. Dijo que iba a buscarla, y ese imbécil considera el honor su principal rasgo de personalidad, lo cual es jodidamente irónico si me preguntas a mí. Se dedica a los secretos y a la extorsión, que es lo más opuesto al honor que se puede despachar.

Excepto que todos aquellos sobre los que ha reunido información se merecen lo que les va a caer. Al menos la mayoría.

Pero sí me sorprende que haya dejado que la amiga se apunte al plan.

Conclusión: necesito más información y no la voy a conseguir encerrado en una habitación de hospital. El tic-tac del reloj sobre mi cabeza me pone de los nervios, no haciendo más que amplificar la necesidad de marcharme.

Maddie se mueve en la cama y se lame los labios, un gesto que atrae mi atención hacia su boca hinchada y sus ojos enrojecidos.

Es exquisita.

Es una perla negra en un mar de diamantes. Infinitamente más preciosa y rara.

E incluso vestida con ropa de otra persona y con las lágrimas por otro hombre secándose en su rostro, no puedo evitar que el deseo codicioso corra por mis venas.

Es una necesidad visceral.

MADDIE

EXHALO UN SUSPIRO, dejando que el movimiento libere parte de la tensión de mi cuerpo. Puedo hacerlo. Se lo conté a Blaire, también puedo contárselo a ellos. Solo son palabras. Solo una cadena de palabras para formar una frase. Y unas cuantas frases para resumir mi experiencia.

Y el resto, esas emociones pesadas que no dejan de subir como la marea del Pacífico, pueden quedarse enterradas.

Por ahora.

Me acomodo en la cama, buscando consuelo en el calor de Matteo detrás de mí y de Leo frente a mí. Mi mente intenta distraerme con visiones de una situación muy diferente en la que estoy comprimida entre dos hermanos, pero la sacudo para volver a centrarme.

—Estaba en casa de Blaire. Me estaba ayudando a encontrar a Matteo, ayudándome a descubrir qué había pasado. Y entonces apareció Aries como una especie de vengador oscuro —murmuro.

Me giro para mirar a Aries y nuestras miradas chocan. El calor en la habitación aumenta mientras él me observa con toda la intensidad del sol.

—¿Cómo terminaste en casa de Blaire?

Leo reclama mi atención con su pregunta. Me aclaro la garganta y lo miro antes de volver a centrarme en una rozadura del suelo. — Es una larga historia.

—Tenemos tiempo, Cherry —dice la voz baja de Matteo junto a mí.

—No la presiones —suelta Leo mientras se acerca aún más a mí. Entrelazo mis dedos con los suyos en señal de agradecimiento.

Blaire se separa de la pared en la que ha estado apoyada y da un paso hacia el centro de la habitación. —Yo se lo contaré, Madison.

Levanto la cabeza de golpe y observo la expresión sincera de su rostro. —Te agradezco el ofrecimiento, pero puedo... se lo contaré yo.

Me observa un momento, callada pero siempre calculadora, antes de asentir. —De acuerdo.

—¿Por qué no llevamos esta conversación a un lugar más... privado? —pregunta Dante, con la mirada fija en Matteo.

Me giro para mirar a Matteo. —¿Cuándo te dan el alta?

—Ahora —gruñe la palabra mientras pasa el brazo por encima de mí para soltarse de la vía. Leo hace un ruido con la garganta, pero Matteo ya es un torbellino de movimiento, presionando sobre su mano.

—¿No deberíamos esperar a un médico o algo así?

—Qué va, la única forma de que se quedara aquí tanto tiempo era con la promesa de encontrarte. Y analgésicos fuertes. —Leo me dedica una sonrisa burlona.

Sus palabras me aclaran las ideas y me giro hacia donde están Blaire y Aries. No están juntos, sino más cerca de la pared que de mí. El bochorno me tiñe las mejillas. —Lo siento, debería haberlo

mencionado antes, pero estoy bien aquí. Estos chicos se asegurarán de que esté bien atendida.

Aries camina hacia atrás hasta que su espalda choca con las persianas de la ventana junto a la puerta. Se cruza de brazos y se apoya contra la pared, manteniendo mi mirada. —Yo estoy bien así.

—¿Y perderme todo esto? —Blair agita su café en el aire. Parpadeo varias veces y miro a mi alrededor. ¿De dónde diablos ha sacado ese café? —Además, ¿a dónde vas a ir? Por lo que parece, el apartamento de Matteo está descartado. Y no puedes ir a la residencia, eso sería buscarse problemas.

Me lamo los labios e intento replantearme mis próximos pasos. —¿Qué estás diciendo?

—Estoy *diciendo* que creo que deberías volver conmigo.

—Absolutamente no.

—Ni de coña.

—No.

Las tres respuestas llegan al mismo tiempo. Solo Dante guarda silencio. Lo miro ahora. Su silencio es un arma, una que imagino que utiliza con frecuencia. Me sostiene la mirada mientras los demás hablan a nuestro alrededor.

—¿Por qué no? Es obvio que no podéis cuidar de ella. Yo sí. Tengo los recursos y el deseo de hacerlo —razona Blair.

—Y una mierda. Podría haber entrado directamente en tu mansión mausoleo y haberla encontrado yo mismo, pero tuve la cortesía de llamar al timbre. Eso significa que cualquier imbécil con medio dedo de frente puede hacerlo —ruge Aries.

—Tío. ¿Te acabas de llamar imbécil a ti mismo? —El tono de Leo destila diversión.

—Que te den, Leo.

Leo suelta una risita. —Joder. Te he echado de menos. No te ausentes tanto tiempo la próxima vez, ¿vale?

Algo en esa familiaridad despierta mi interés y me giro para observar el intercambio.

Aries se encoge de hombros. —No fue decisión mía. Nunca lo es, joder.

—Ya, bueno, estaría bien tener a alguien de mi puto lado para variar —refunfuña Leo.

Me aliso la tela de la camiseta, presionando contra la opresión de mi pecho.

Matteo se pasa el jersey por la cabeza con una mano y se quita la bata del hospital. Su pecho desnudo es una obra de arte. Músculos cincelados que no tenía hace dos años y más tatuajes de los que habría imaginado. Es casi injusto lo atractivo que es; el vendaje blanco alrededor del hombro no hace más que aumentar su atractivo.

—¿Me estás vacilando? ¿Desde cuándo no he estado de tu lado? —Matteo levanta la barbilla mientras fulmina a Leo con la mirada.

Dante se aclara la garganta y da un paso al frente. —Dejemos esto para luego, ¿vale? Tengo un sitio al que podemos ir.

—Sí, claro, tú sigue dejándome a un lado. Lo de siempre. ¿No es cierto, hermano? —El sarcasmo y algo más, algo más profundo, gotea de las palabras de Leo.

—¿Hay algo que quieras decirme, hermanito? —pregunta Matteo.

Por el rabillo del ojo pesco a Blaire literalmente con la boca abierta, con la mirada clavada en Matteo. Algo ardiente y ácido se agita en mis entrañas.

Me bajo de la cama y me pongo en pie. —Basta. Simplemente parad ya. —Todos se giran para mirarme y lucho contra el impulso de alisarme la ropa otra vez. Un movimiento reflejo del que no he sido capaz de desprenderme en años.

Señalo a Blaire. —Tú. Deja de mirarlo así.

Ella aparta la mirada de golpe con el ceño fruncido y un ligero rubor asomando a sus mejillas.

—Y tú. ¿Cómo los conoces? ¿Y cómo me encontraste? —le pregunto a Aries, señalando con el pulgar por encima del hombro hacia Matteo, Leo y Dante.

La piel alrededor de los ojos de Aries se tensa y aprieta los labios antes de separarse de la pared; las persianas crujen en señal de protesta. Lo observo mientras algo en mi pecho se aprieta. El recelo me recorre como una brisa cálida y pegajosa mientras sigo sus pasos por la habitación.

Matteo lleva puesta una sudadera negra con capucha y tiene los brazos cruzados con fuerza sobre el pecho. Su labio se curva en un gruñido cuando Aries se detiene a su lado y se gira para encararme.

Me quedo aturdida un momento mientras las piezas de la escena empiezan a encajar en mi mente.

Misma altura.

Pelo castaño, aunque el de Aries esté aclarado por el sol.

La misma mandíbula marcada... esa que Leo también tiene.

Pero sus ojos, sus ojos son diferentes. Los de Matteo son de color avellana, cambiando constantemente según su estado de ánimo. Ahora mismo están marrones, más oscuros de lo que los he visto nunca.

Y Aries, sus ojos son de un castaño dorado claro, como si de alguna manera brillara una luz desde dentro.

Mis labios se entreabren y mi ceño se frunce. —Yo... no lo entiendo.

—Vamos, Raven. Sé que sí.

Mis músculos se tensan y cambio el peso de un pie a otro. —¿Sois... parientes?

—Hermanos.

—Hermanos *gemelos* —puntualiza Leo.

Mi mente da vueltas, tropezando con demasiados pensamientos que vuelan por mi cabeza. Retrocedo hasta que mi hombro choca con alguien. Miro y veo la máscara fría de Blaire mientras observa a los dos hombres que tengo delante: los dos hermanos.

Pequeñas cosas, breves momentos en el tiempo que descarté como coincidencias, ahora se ven distintos bajo esta luz. Y me siento... no sé cómo me siento.

Frunzo el entrecejo mientras miro a los hombres que hay en la habitación. —No lo entiendo. ¿Fue todo un truco entonces?

—Ningún truco, Cherry. Solo una coincidencia.

—No creo en las coincidencias, Matteo —murmuro distraídamente.

—Un giro del destino, entonces —dice Aries.

La expresión absorbe parte de mi confusión como una aspiradora y lo miro. Su rostro, ese rostro precioso que he sentido contra el

mío, está serio.

—¿No fue un truco?

Aries niega lentamente con la cabeza mientras me sostiene la mirada. —Ningún truco. Ni siquiera me di cuenta de que conocías a mis hermanos hasta que vi las imágenes de las cámaras de seguridad.

—¿Viste lo que pasó? —Por alguna razón inexplicable, los ojos se me llenan de lágrimas.

Él asiente, con un movimiento lento y sombrío. —Y te prometo que ellos...

La puerta se abre, interrumpiendo lo que fuera que iba a decir. Una enfermera asoma la cabeza. Mira a su alrededor y juguetea con el borde de la puerta. —Oh, no esperaba a tanta gente aquí dentro. Pero, bueno, quería avisar de que esa persona por la que me dijisteis que vigilara... Ya sabéis, ese tipo —mueve las cejas en un gesto exagerado—, acaba de salir del ascensor. Las chicas del control de enfermería están intentando entretenerlo, pero va con otros hombres. Y bueno, no parecen del tipo que sigue las reglas.

—Gracias, Lori —dice Dante.

—Faltaría más. Cuidaos mucho, chicos —dice ella antes de salir al pasillo, dejando la puerta entreabierta.

—Hora de irse —dice Dante mientras cruza la habitación para asomarse al pasillo. —Joder.

—¿Quién es? —pregunta Matteo.

El miedo me hormiguea en el cuero cabelludo y ni siquiera entiendo qué está pasando. Pero sea lo que sea —o quien sea—, es lo suficientemente aterrador como para enviar una ola de tensión a través de cada uno de mis chicos.

—Yo me llevaré a Raven y te veré en el coche —dice Aries mientras cruza la habitación para ponerse a mi lado.

—Yo iré con vosotros —anuncia Leo, situándose a mi otro lado.

—Espera. ¿Qué pasa con Blaire? —Me giro para mirar a mi amiga. Está dando sorbos a su café despreocupadamente, observando al resto de nosotros con impasibilidad.

—¿Qué pasa con ella? —pregunta Matteo mientras se guarda una pistola en la parte trasera de su sudadera.

—¡No podemos dejarla aquí para que se enfrente a quien sea que esté ahí fuera! —La energía nerviosa llena la habitación, erizándome la piel.

Matteo suspira y se pellizca el puente de la nariz antes de volverse hacia mí. Me aparta un poco de pelo de la cara y pasea su mirada entre mis ojos. —Tú eres mi prioridad, Cherry.

—Te pido que la conviertas en una ahora mismo. Por mí. Su chófer la está esperando, lo único que tenemos que hacer es llevarla hasta él a salvo.

Suspira, dejando que sus dedos acaricien las puntas de mi pelo. —Está bien. Rafe, lleva a la chica a su coche. Leo, lleva a nuestra chica al coche de Dante. Dante y yo os veremos allí. Si no volvemos en diez minutos, marchaos sin nosotros e id al punto de encuentro.

Dante me lanza las llaves y Leo se estira para atraparlas al vuelo, guardándoselas en dos segundos.

—¿Estarás bien?

Blaire sonrío con suficiencia. —Estoy bien. Además, tengo a Rafe para protegerme. —Le guiña un ojo y tengo que contenerme para no soltarle un bufido. No sé qué demonios me pasa, pero me siento un poco fuera de control en lo que respecta a ella y a ellos.

Niego con la cabeza y le ofrezco una sonrisa forzada. —Ten cuidado. Te llamaré pronto, ¿vale?

Ella asiente y sale al pasillo sin mirar atrás. Aries maldice entre dientes, deteniéndose en el umbral para clavarme una mirada intensa.

—Te ha dado diez minutos. Si no estás allí en ocho, volveré a dar caza a tu precioso culito, ¿entendido?

Tuerzo el gesto hacia un lado y asiento, reprimiendo la sonrisa mientras él se da la vuelta y se aleja por el pasillo.

Leo entrelaza sus dedos con los míos y me tira hacia la puerta. —Estará bien, Madison. Pero tenemos que irnos.

Me detengo junto a Matteo, poniéndome de puntillas para rozar su boca con la mía. Mi mano aterriza en su pecho para mantener el equilibrio y él me sujeta la mano con un agarre de hierro. Inclina la cabeza para mantener nuestro contacto y presiona sus labios contra los míos con más fuerza. Convierte mi gesto inocente en algo más.

La mano de Leo en la mía me ancla al suelo cuando la sensación de los labios de Matteo contra los míos me hace flotar. Vuelvo a apoyarme en los talones y abro lentamente los ojos. No me había dado cuenta de que los había cerrado hasta ahora.

—No la pierdas por nada del mundo ante nadie, ¿me oyes? — Matteo prácticamente gruñe. Mira a Leo por encima de mi hombro.

—Que te den, Matteo. Yo me ocupo de ella. Tú preocúpate de torear a nuestro querido padre, ¿vale? Diez minutos y nos habremos largado —advierte Leo antes de sacarme por la puerta a tirones.

—Dante. —Miro hacia atrás buscando a Dante, apartándome el pelo de los ojos. Quería haberlo abrazado... o algo así.

—No pasa nada, Maddie. Te veré en el coche, ¿sí?

Me muerdo el labio y asiento, enviando una plegaria a quien quiera que me escuche para que mantenga a todos a salvo y enteros.

TRECE

MADDIE

—VAMOS, Madison —me anima Leo mientras caminamos por el pasillo.

Su mano aprieta la mía antes de tensarse mientras guía el camino. Menos mal, porque no tengo ni idea de a dónde ir.

Miro por encima de mi hombro izquierdo y veo a Dante y Matteo hablando entre ellos, sin quitarme los ojos de encima. Ambos tienen una expresión seria idéntica y estamos demasiado lejos para oír de qué hablan. Aventuro que están trazando una estrategia.

Como si ocurriera alguna señal de la que no soy partícipe, observo con una mezcla de fascinación y pavor cómo ambos se yerguen visiblemente y cuadran los hombros.

Un velo de indiferencia cae sobre el rostro de Matteo, y la rápida transformación hace que se me corte la respiración. Está a años luz de la vulnerabilidad de la cama y el camisón de hospital.

En su lugar, veo la fachada que le muestra al resto del mundo. Últimamente me ha permitido pasar suficiente tiempo entre bastidores como para notar la diferencia.

—Por aquí. —La voz de Leo es baja mientras gira a la derecha, atrayendo mi atención de nuevo hacia delante.

—¿A dónde vamos? Pensaba que el aparcamiento estaba hacia el otro lado.

—Vamos a dar un rodeo. —Leo acelera el paso y echa una mirada rápida detrás de nosotros.

Yo también echo un vistazo. No estoy segura de si esperaba que unos tipos de la mafia italiana nos persiguieran a tiros o qué, pero lo único que veo es personal del hospital y a unos pocos pacientes.

—¿No deberíamos ir por el camino más directo?

—Confía en mí, Madison. Escaleras traseras, rodeamos la segunda planta hasta la otra escalera y luego volvemos hacia el aparcamiento.

—Vale. ¿Y no nos cruzaremos con tu padre?

—No si Matteo y Dante hacen su trabajo y lo mantienen ocupado el tiempo suficiente para que lleguemos al coche.

Lo miro, entreabriendo los labios ante la imagen que forma su perfil. Su mandíbula fuerte y sus cejas oscuras sobre unos ojos cautivadores. Sus tatuajes destacan bajo la cruda iluminación, pero, de alguna manera, eso no hace más que aumentar su atractivo.

Una sonrisa ladeada asoma en la comisura de su boca. —Puedo notar que estás pensando, ¿sabes?

Me encojo de hombros y acelero el paso para seguir el ritmo de sus largas zancadas. —No entiendo qué tiene de malo ver a tu padre ahora mismo.

—No se trata tanto de verlo nosotros a él como de que él nos vea a nosotros. —Se gira para mirarme, arqueando una ceja deliberadamente—. De que te vea a *tí*.

—¿Por qué no quieres que tu padre me vea?

Ni siquiera me ofende su convicción. Estoy bastante segura de que no quiero conocer al jefe de una especie de sindicato de la mafia, algo que aún no he tenido tiempo de procesar. Definitivamente voy a tener que repasar *Los Soprano*.

Ah, y por si eso no fuera lo bastante intimidante, estoy saliendo con tres de sus hijos.

¿Es eso lo que estamos haciendo, *salir*?

Mierda. Ni siquiera sé cómo llamar a esto... a esta *relación*.

Debe de ver parte de la incertidumbre reflejada en mi rostro, porque un momento después, me arrastra a la habitación más cercana a la derecha.

La habitación está a oscuras y, por suerte, vacía. La cortina de privacidad está parcialmente abierta y él me guía tras ella.

—¿Qué...?

No llego a pronunciar otra sílaba antes de que Leo se dé la vuelta hacia mí, acorralándome contra la pared. Desde aquí, estamos casi completamente ocultos a la vista; solo se ven nuestros zapatos por debajo de la cortina.

Me sujeta una mano, apretando el agarre junto a nuestros costados, y apoya la otra mano contra la pared, junto a mi cabeza.

El deseo se me enrosca en el bajo vientre cuando me clava su mirada de color verde oscuro fundido. Entreabro los labios e inclino la cabeza hacia atrás, casi como una invitación, sin pensarlo.

Lo odio un poco en ese momento.

Por lo fácil que hace que se me acelere el corazón. Por olvidar dónde estamos y lo que deberíamos estar haciendo. Por ignorar el hecho de que llevo puesto un conjunto de segunda mano de estilo desteñido con sangre seca en mi pelo grasiento mientras visito a mi novio, al que acaban de disparar las mismas personas que me secuestraron.

Sí, es mucho.

Y basta un movimiento ligeramente dominante de Leo y, puf, todo sale volando de mi cabeza como si nunca hubiera estado allí.

No estoy segura de si debería ser tan fácil. Pero quizá esa sea la forma equivocada de verlo.

Quizá esto sea un regalo, lo fácil que es lo nuestro.

Se me corta el aliento cuando se inclina y roza con su nariz mi cuello, subiendo hasta mi oreja.

—Para que quede claro, nadie se avergüenza de ti. Pero si por mí fuera, tú y mi padre jamás respiraríais el mismo aire.

Me quedo atónita un momento. Mi mente, normalmente inquieta, se queda completamente en blanco, sin palabras. Sus palabras se sienten cargadas de posesividad, enviando un escalofrío de excitación por mi espalda.

Lo miro de reojo. —¿Y qué hay de tu madre?

Él no vacila. —Hay un lugar especial en el infierno para las madres que abandonan a sus hijos a merced de hombres como

Angelo Rossi.

Me lamo los labios y trago saliva para pasar el nudo que tengo en la garganta. Es una declaración cargada de intención y no estoy segura de cómo digerirla. O si este es el momento adecuado para empezar.

—Así que, no, nena, no conocerás a mis padres si puedo evitarlo.
—Sus labios rozan mi oreja con cada sílaba y tengo que apretar los muslos.

Un sonido esquivo sale de mi garganta y él lo toma como una invitación a continuar.

—Eres demasiado buena para todos ellos. También demasiado buena para todos nosotros. —Se retira para mirarme directamente a los ojos y asestar el golpe final—. Pero ese tren ya ha pasado. Ahora eres mía. Y nunca voy a dejarte ir.

Sus palabras rompen el último ápice de reserva que me quedaba; me pongo de puntillas y acorto la distancia entre nosotros. Rozo mis labios con los suyos, sellando su declaración con un beso que siento hasta la punta de los pies.

Antes de que la cosa vaya a más, me separo un poco. —Deberíamos irnos —susurro contra su boca.

Apoya su frente contra la mía y exhala un suspiro. Cierro los ojos mientras disfruto de su sencillo contacto.

—Estaba tan preocupado por ti —murmura.

Parece algo más que simples palabras, como si su propia alma se estuviera abriendo ante mí. Algo en mi interior se encoge ante la idea.

Mueve su frente contra la mía, apenas el más mínimo movimiento, pero es suficiente para enviar un hormigueo de consciencia en cascada por mi cuerpo. Es agradable y tentador. Y tengo que luchar contra el impulso de rodearlo con mis brazos. Ahora no es el momento adecuado para más.

—Lo siento. —Mi voz es baja, pero su preocupación se siente inmensa. Su preocupación... su cuidado por mí podrían volverse adictivos. Llevo tanto tiempo preocupándome por todos los demás que esto me resulta casi extraño.

—No tienes por qué pedir perdón, Madison. Yo lo siento. Nunca debí dejar que fueras sola.

—Pero no estaba sola. Estaba con Matteo —murmuro.

Se acerca más a mí, con los bordes de sus zapatos flanqueando los míos y la tela de su camisa rozándome.

Su mirada recorre mis ojos, buscando algo. —Nunca más, ¿vale? A partir de ahora, dos de nosotros estaremos contigo en todo momento.

—No soy una florecilla delicada, Leo. Sé cuidarme sola.

En cuanto las palabras salen de mis labios, sé que no son del todo ciertas. La dolorosa realidad es que no pude hacer nada contra los dos hombres que me arrebataron. Tenían armas y tranquilizantes y la fuerza bruta de su lado. Me trago mi orgullo y me doy cuenta de que necesito ayuda.

—Lo sé, nena. —Hace una pausa para pasar el pulgar por el dorso de mi mano—. Pero eres inestimable para mí y para mis capullos de hermanos.

Acompaña las dos últimas palabras con una sonrisa, mirándome con todo el encanto que he llegado a asociar con él. Se me escapa una risita antes de que pueda contenerla.

Es como si el momento se estuviera volviendo demasiado serio y él tuviera que hacer un pequeño chiste para aligerar el ambiente. Se lo agradezco aún más por ello. Con ese sentimiento impulsando mi siguiente movimiento, me pongo de puntillas y vuelvo a rozar mis labios con los suyos.

Una, dos, tres veces.

La necesidad de sentirlo, de estar más cerca de él, me martillea en las sienes y gobierna mis manos y mis labios. Deslizo mis labios sobre los suyos de nuevo, en una provocación tentadora.

Él gruñe, ese sonido bajo que sale del fondo de su garganta mientras presiona su boca contra la mía con más firmeza. Desliza su mano desde la pared hasta mi hombro y sube por la sensible curva de mi cuello. Con la mano en la parte anterior del cuello y los dedos en la parte inferior de la mandíbula, inclina mi cabeza hacia un lado e intensifica nuestro beso.

Gruño en su boca y uso mi agarre en su camisa para pegarlo a mí.

Sus labios se deslizan contra los míos de una forma que desmiente el poco tiempo que hace que nos conocemos. Me besa como si se ahogara en nuestra pasión y el oxígeno de mis labios fuera su único remedio. Me besa con familiaridad y exploración. Es una yuxtaposición asombrosa.

—¿Qué estáis haciendo, chicos? No podéis estar aquí —espetea una voz desconocida desde la derecha.

Eso me arranca de la red de deseo en la que Leo me ha atrapado. Por instinto, me echo hacia atrás solo para darme cuenta de que ya estoy pegada a la pared.

Leo mueve su cuerpo para bloquearme por completo de la vista en cuanto la primera palabra sale de los labios de ella. Miro por encima de su hombro y veo a una mujer mayor con uniforme de enfermera que nos mira con el ceño fruncido.

—¿Me habéis oído? He dicho que salgáis de aquí.

Leo se tensa y el aire a nuestro alrededor cambia. Se inclina hacia delante y posa un beso casto en mis labios con una lentitud deliberada.

—Vámonos, nena. —Espera a que asienta antes de apartarse y guiarnos fuera de la habitación, pasando por el lado de la enfermera que está en el umbral.

Ella nos observa con los brazos cruzados, pero decido imitar la indiferencia de Leo y mantener la cabeza alta a pesar del rubor de vergüenza que me tiñe las mejillas.

Entrelaza sus dedos con los míos y me guía por varios pasillos hasta que llegamos a la escalera.

Mira su reloj al llegar al primer rellano. —Joder.

Mi adrenalina chisporrotea, un pequeño repunte en un depósito por lo demás agotado. —¿Qué pasa?

—Nada, estamos bien. Vamos a acelerar el paso, ¿vale?

Me muerdo el labio y asiento mientras aceleramos hasta casi trotar. Tres tramos de escaleras y otro pasillo, y ya estamos en el aparcamiento subterráneo.

Está casi lleno; hay un mar de luces rojas sobre cada plaza ocupada. Miro de lado a lado, y el pánico acelera mi respiración.

—Amarillo cinco. Por aquí. —Leo tira de mí detrás de él, concentrado en llevarnos a nuestro destino.

Suelto el aire y me concentro en la parte trasera de la camisa de Leo y en la forma en que sus músculos se tensan y se mueven debajo de ella con cada paso. Ayuda a calmar un poco el pánico y la paranoia de estar a tantos niveles bajo tierra.

Estoy tan ocupada manteniendo mi fachada de calma que no me doy cuenta de que hemos llegado al coche hasta que alguien me arrebató la mano de la de Leo.

—Oye...

Mi protesta se corta cuando el rostro de Dante se acerca al mío mientras me aparta de Leo y me empuja contra el lateral del SUV.

Su mirada es frenética mientras me examina con desesperación. —Llegáis tarde. Seis minutos tarde.

Me lamo los labios, paralizada por la sensación de su enfado. No, eso no es exacto. No es solo enfado, es miedo. Bajo ese tono gruñón hay ansiedad.

—¿Sabes lo que puede pasar en seis minutos con mi padre o sus matones? —pregunta Matteo desde algún lugar detrás de Dante. A contraluz por la tenue luz de seguridad y las luces rojas de ocupado, no puedo ver nada más que a él.

—Estamos bien.

Él no responde a mi débil intento de apaciguarlo, pero no me lo tomo como algo personal. Todavía me estoy orientando en todo lo que rodea a esta situación actual, así que aunque no estuviera agotada mental, física y emocionalmente, no estoy segura de si sabría qué hacer todavía.

Me mira fijamente un momento, con las manos a ambos lados de mí contra la puerta del coche y la cabeza baja para sostener mi mirada. Asiente unas cuantas veces y, sin decir palabra, se retira y da unos pasos atrás para rodear el coche y ponerse en el asiento del conductor.

—¿Qué me he perdido? —pregunta Aries mientras se acerca trotando a nosotros.

—Nada. Sube antes de que papá nos encuentre y estemos todos jodidos —ordena Matteo.

CATORCE

MADDIE

LEO ME SUJETA la puerta trasera del pasajero para que entre y me deslizo detrás de Aries. Agachando la cabeza, él se dirige con paso pausado hacia el asiento de la segunda fila, detrás del lado del conductor.

La ansiedad me flaquea en el estómago. ¿Dónde se supone que debo sentarme aquí? Con tantas cosas importantes sucediendo en mi vida ahora mismo, parece una tontería estresarse por algo tan pequeño como la disposición de los asientos, pero aquí estoy.

Cuando paso por delante de Aries, en dirección a la tercera fila, él me rodea la cintura con un brazo. —Siéntate conmigo.

Me detengo pero todavía no me siento. —¿Pero qué pasa con Leo?

—Él puede sentarse atrás. Te quiero aquí mismo.

Algo en su orden me envía un escalofrío de consciencia por la columna. Su voz tiene esa misma cualidad gruñona y autoritaria que la de Matteo, y hay algo en ella que simplemente me atrae de una manera que no me esperaba.

Leo resopla molesto detrás de mí y me golpea suavemente la cadera con dos dedos. —No pasa nada, cielo.

Si no estuviera tan cerca de la cara de Aries, no creo que hubiera visto la forma en que tensa la mandíbula ante el apelativo cariñoso

de Leo. ¿Es eso... celos? Lo miro con los ojos entrecerrados, pero él parpadea y la expresión desaparece. Parpadeo unas cuantas veces y cedo, dejando que Aries me acomode a su lado.

Leo pasa por mi lado, recorriendo mi cadera con los dedos mientras se sienta en la fila de detrás.

Sigo sin poder creer que sean todos hermanos. Es un pensamiento muy extraño.

No sé qué es más sorprendente: si el hecho de que me haya enamorado de cuatro hombres diferentes o que tres de ellos sean familia. Entonces, me asalta una idea.

—Espera, ¿Dante también es vuestro hermano? ¿Un primo? ¿Un tío segundo perdido de hace mil años?

—Ya le gustaría —dice Leo desde atrás, con la voz teñida de diversión.

—Qué va, solo un amigo de la familia —dice Dante mientras se desliza en el asiento delantero y arranca el coche—. ¿Listos?

—Sí, vámonos. Tenemos al menos dos horas. Empieza a hablar, Cherry.

La orden de Matteo no deja lugar a objeciones, así que durante los siguientes treinta minutos los pongo al corriente de todo lo que ha pasado. Todos los detalles que puedo recordar, la mayoría de ellos borrosos.

Tengo la garganta seca para cuando termino, y acepto la botella de agua que Leo me tiende desde atrás. Ni siquiera me pregunto de dónde la ha sacado, simplemente la acepto con una sonrisa agradecida y la inclino para dar un buen trago.

—¿Y le has contado todo esto a Blaire? —pregunta Dante mientras esquivo a un conductor lento.

Me muerdo el labio inferior mientras pienso en cómo expresar la siguiente parte. —Bueno, casi todo. Hay una cosa que no le dije.

—¿Ah, sí? ¿Qué es? —pregunta Dante cuando no respondo de inmediato.

—¿Recordáis que esos tipos me dieron aquel tranquilizante?

—Son hombres muertos —gruñe Leo desde atrás. Está apostado entre Aries y yo, apoyando los codos en el respaldo de los asientos

mientras las yemas de sus dedos se deslizan por mi hombro y suben por mi cuello en un ritmo suave y reconfortante.

—Bueno, aunque no podía moverme, todavía podía oír. No todo el tiempo, pero lo suficiente como para saber que el senador Hardin es quien ordenó el golpe. Y los dos hombres que contrató no iban a acabar conmigo. —Me aclaro la garganta—. No pensaban matarme, quiero decir, a menos que él pagara su tarifa.

Aprieto los labios y me trago la sensación viscosa que amenaza con subirme por la garganta.

Miedo.

Es un miedo residual.

Se pega a mis terminaciones nerviosas como el alquitrán. Me pregunto cuántos días pasarán antes de que el alquitrán disminuya, antes de que se endurezca y se desprenda como tiza rancia. Supongo que hasta entonces, simplemente me lo tragaré y lo soportaré. Segundo a segundo, minuto a minuto, hora a hora.

Suelto un suspiro, recordándome a mí misma que estoy a salvo.

Dante me mira por el espejo retrovisor. —¿Qué dijo? Piensa, Maddie. Intenta recordar cada palabra que oíste. Ningún detalle es insignificante.

Cierro los ojos y me obligo a concentrarme. Como si recordara una película, puedo recordar la sensación de ser transportada, sacudida por uno de los tipos, Jared, creo. Una vez que me sumerjo, la escena empieza a rodearme. Su olor me llena la nariz, pólvora y sudor. Su actitud despreocupada ante la muerte. Las palabras brotan de mi boca, espontáneas.

—Dave y Jared. Hablaron de verse en un bar después de dejarme en casa del senador. Dijeron algo sobre un albornoz, y él los dejó entrar. Tenía los ojos cerrados, pero sus pasos sonaban fuertes sobre el suelo de madera. El senador los llevó a su despacho, y allí fue donde le dijeron que no iban a darle un dos por uno. Si me quería muerta, tenía que pagarles más. El senador Hardin se negó y los echó. Luego registraron mi bolso y ordenaron a alguien que me llevara a una granja y dijeron algo más, pero no logro recordarlo bien. —Frunzo el ceño mientras intento recordar qué pasó después. Aquí todo se vuelve borroso.

—Voy a matarlo —dice Aries. Es lo primero que ha dicho desde antes de que empezara mi triste historia. La convicción impregna sus palabras, enviando una oleada de energía a través del coche.

Se siente menos como tres palabras seguidas y más como una declaración, un presagio. No me sorprendería que sonara un trueno fuera, sellando el trato como una promesa inquebrantable.

—No si llego yo primero —murmura Dante.

—Yo ya lo pedí hace días —ofrece Leo.

Matteo gira la cabeza para mirar de uno a otro. —Nadie va a matar a nadie. Todavía no.

Leo lanza una mano al aire. —¿Me estás tomando el pelo? Ese hijo de puta te dispara, te deja por muerto y secuestra a nuestra chica, ¿y estás diciendo qué? ¿Que no hay represalias?

Matteo tensa la mandíbula. —No, no es eso lo que estoy diciendo en absoluto. Estoy diciendo *todavía no*. Necesitamos un puto plan sólido antes de ir a lo loco y que nos maten a todos. Además, si alguien tiene prioridad, soy yo. —Le dedica una sonrisa burlona a Leo antes de darse la vuelta.

—Lo que sigo sin entender es por qué te llevaron a casa de Blaire. ¿Por qué te dejaron marchar?

—¿Qué clase de puta pregunta es esa? ¿Que *por qué la dejaron marchar*? —La voz de Leo sube al final, evidenciando su exasperación.

Encuentro la mirada de Dante a través del retrovisor para responder a su pregunta. —No lo sé exactamente. Cuando miraron mis cosas, creo que vieron mi carné de estudiante, y de alguna manera el senador ató cabos.

—¿Qué cabos? —pregunta Dante.

—Bueno, Blaire salía antes con el hijo del senador Hardin, Dale.

Hay un momento crucial aquí. Ya sabéis cuál, el momento de calma absoluta antes de que estalle la tormenta. Es algo parecido a lo que se siente en los confines de este todoterreno de lujo. Por una fracción de segundo, es como si todo se detuviera. Los mismos átomos del aire dejan de arremolinarse, y entonces explota. Se hace añicos de una manera distinta a todo lo que he experimentado jamás.

De alguna manera, los cuatro se han sincronizado tan a fondo que parece que comparten pensamientos conscientes. Puedo sentir cómo la tensión aumenta de nuevo, algo tangible que se hincha tanto que temo que un solo movimiento lo haga estallar.

—Interesante —dice Dante en un tono que sugiere que es cualquier cosa menos interesante.

El estado de ánimo colectivo cae en picado hacia algo más oscuro, y me muerdo el labio para contener las preguntas que tengo en la punta de la lengua.

No les tengo miedo a ellos. No, pero quizá tengo un poco de miedo *por* ellos. Con todo lo que acaba de pasar con Matteo, sé que no son infalibles.

No son intocables.

Y no son inmortales.

El miedo me envuelve el corazón por alguien que no soy yo misma. Nunca he sido cruel ni le he deseado el mal a nadie. Pero vivo en una ciudad con ocho millones de personas. Aunque quisiera, simplemente no puedo extender mi preocupación a todo el mundo, así que me acostumbré a ignorarla. Reservándola para quienes se encontraban en circunstancias extremas o en extrema necesidad. Como, por ejemplo, si viera a un hombre secuestrar a una chica en la calle o cargar con su cuerpo inconsciente al hombro, haría algo para ayudar.

Pero, por lo demás, mi deber ha sido cuidar solo de mi hermana y mi prima. A veces de mi madre.

Y por primera vez en mucho tiempo, siento que tengo algo realmente importante que perder. Sé que este es un momento clave. Estoy en otra encrucijada.

Puedo seguir adelante con ellos por este camino menos transitado, sembrado de explosivos y armamento. Uno que presume de un final abrupto con un solo paso en falso. Pero que también tiene el potencial de estar lleno de una pasión que cambia la vida y de experiencias de otro mundo.

O puedo volver a cómo eran las cosas antes. Volver a mi habitación de la residencia donde pasaba mucho tiempo sola. Volver

a un grupo de falsos amigos y conocidos que tan pronto me apuñalarían por la espalda como me dedicarían una sonrisa.

Sinceramente, ni siquiera sé cuánto más segura sería esa existencia. Pero puedo volver a ella.

Sé que si se lo pidiera, se asegurarían de que estuviera a salvo. Y tal vez, después de unos meses, estos recuerdos se desvanezcan.

Pero no puedo ignorar la pequeña e insistente noción de que así no es como se supone que debe ser mi vida. Sé que todo el mundo piensa ingenuamente que está destinado a algo grandioso, que su vida debe tener un propósito gigantesco. Que se supone que deben gobernar algo, por grande o pequeño que sea.

Supongo que nunca me sentí así. Claro, me sentía un poco a la deriva, pero era feliz dejándome llevar por la vida, buscando mi camino ideal.

¿Pero ahora? Ahora creo que estoy ante el camino hacia la grandeza. Es mi momento decisivo. Y voy a recorrerlo con estos cuatro hombres.

Con suerte.

EL RESTO del viaje hasta la casa de Dante en los Hamptons transcurre en silencio, cada uno sumido en sus pensamientos. Una suave música de cuerda llena el ambiente. Algo en la melodía me resulta familiar, pero no me permito pensar más en ello. Miro por las ventanillas tintadas, observando cómo los árboles se mecen con la brisa mientras subimos por la costa.

El aire frío sopla contra mis tobillos cuando el aire acondicionado cobra vida. Aprovecho para reflexionar sobre todo, para poner orden en mis sentimientos. Es más difícil de lo que imaginaba. Y desearía desesperadamente tener aquí a mi prima o a mi hermana para hablarlo. No sé si Mary lo entendería de verdad. Pero sé que Lainey sí.

Supongo que me siento tonta. No necesariamente traicionada, sino como si fuera el blanco de algún tipo de broma cósmica. La

culminación de cinco destinos entrelazados.

Solo que no siento que sea una broma. Siento que, tal vez, solo tal vez, así es como se suponía que debía ser.

Quizá se suponía que debía encontrarme con Aries la noche del baile de máscaras. Quizá se suponía que debía confiar en él para que me guiara a través del caos que estalló cuando se apagaron las luces.

Me parece obra del destino mi encuentro casual con Leo. Estuvo en una universidad afiliada durante años y, sin embargo, no lo conocí hasta después de haber conectado, sin saberlo, con su hermano. ¿Qué probabilidades hay? Las matemáticas nunca han sido mi fuerte, pero me aventuro a decir que son mínimas o nulas.

¿Y cuáles son las probabilidades de que estos dos hombres —dos hombres que he conocido en el último mes— no solo sean parientes entre sí, sino que estén relacionados con el primer amor de mi vida?

Y Matteo. ¿Es una coincidencia que nos cruzáramos tan poco después de conocer a sus hermanos? Lo miro de reojo en el asiento del pasajero, con el brazo en cabestrillo mientras escribe y navega en su teléfono. Como si pudiera sentir mis ojos sobre él, me mira por encima del hombro. Se muestra precavido y abierto al mismo tiempo.

¿Y no es así como ha sido siempre? Tan abierto con ciertas cosas, como sus sentimientos por mí. Mientras guardaba los secretos de todo un país. Ya sea por omisión o por mentiras descaradas, están tan estrechamente tejidos y enrollados que resultan insuperables.

Eso fue lo que acabó con nosotros antes. Los secretos y las mentiras.

Se me contrae el labio ante mi hilo de pensamiento. No estoy siendo justa. Sé que no mintió sobre Leo cuando estuvimos juntos anteriormente.

Pero tampoco ofreció la verdad, susurra una vocecita dentro de mi cabeza. Apesta a la condescendencia de Mary.

Sostengo la mirada de Matteo por un momento. Sus labios se parten y casi puedo ver físicamente las palabras en la punta de su lengua, muriéndose por ser liberadas. Matteo es alguien que

soluciona cosas. Siempre lo ha sido. Estoy segura de que la inactividad lo está carcomiendo por dentro ahora mismo. Por otro lado, podría estar manejando su teléfono como si este coche fuera su propio trono. En realidad, no sé mucho sobre lo que hace. Y todo lo que sé de la mafia es por la ficción, y quién sabe qué se basa en la realidad y qué se escribe con una generosa licencia creativa.

Pero sigo aquí, en el coche con todos ellos, de camino a un lugar desconocido en los Hamptons. Eso debería significar algo. Rompo el contacto y vuelvo a mirar por la ventana, cortándole el paso de forma efectiva. No es para siempre, es solo que necesito un momento.

Ni siquiera sé por qué estoy tan disgustada, de verdad. Vale, de acuerdo. No me dijo que tuviera un hermano gemelo. Pero yo tengo mis propios secretos. Cuando Matteo me confesaba su amor, no le hablé precisamente de Aries, ¿verdad?

Y, sin embargo, no encuentro en mi interior ni vergüenza ni remordimiento. No creo que cambiaría a ninguno de ellos por nada. Es un pensamiento aterrador y aleccionador.

Vale, si no estoy enfadada, ¿entonces qué siento? Suspiro, el ruido escapa de mi boca llevándose consigo el estrés y la ansiedad. Mis hombros se relajan y apoyo la cabeza contra el cristal, cerrando los ojos ante el frescor de la ventana contra mi piel acalorada.

—¿Estás bien, cielo? —Hago rodar la frente contra el cristal, inclinando la cabeza hacia Leo.

No puedo verlo, pero siento su mirada sobre mí, cálida e insistente. Mi mente vuela a la habitación del hospital, cuando su mirada ardiente no era lo único que podía sentir. Una pequeña sonrisa asoma en las comisuras de mis labios. —Estoy bien.

—Ven aquí atrás.

Lanzo la mirada hacia la parte delantera y luego a la trasera del coche, recelosa de desabrocharme el cinturón de seguridad ni siquiera por un momento. El trauma de viajar en la furgoneta con aquellos dos hombres todavía pesa mucho en mi psique, amenazando con aflorar a la superficie en cualquier momento.

Leo extiende la mano por encima del asiento. —Te tengo. Ven aquí.

Como nadie dice nada, me desabrocho el cinturón y deslizo mis dedos en los suyos. Él me guía hasta la tercera fila, me acomoda a su lado y se estira para abrocharme el cinturón. Todo el proceso dura quizá tres segundos.

Se me escapa un suspiro de alivio al acurrucarme a su lado. Él pasa el brazo por el respaldo del asiento, sobre mis hombros. Las yemas de sus dedos trazan dibujos en mi hombro. Es relajante y, al poco tiempo, acabo apoyada contra Leo, con los ojos pesados.

Rodeada por estos hombres, mis oscuros vengadores, finalmente me permito descansar.

QUINCE

LEO

CUANDO SU RESPIRACIÓN se acompasa y sus hombros liberan la tensión que ha estado acumulando desde que la vi, algo en mi interior se sosiega.

Sigo trazando dibujos a lo largo de su hombro y la curva de su cuello. Hay algo reconfortante en tenerla lo suficientemente cerca como para tocarla. Calma la tormenta que ruge en mi interior.

—¿Está dormida? —La voz de mi hermano llega desde el asiento del copiloto.

Levanto la vista y me encuentro con su mirada, asintiendo.

—Bien. Lo necesita —dice Matteo.

—¿Por qué has tardado tanto en llegar al coche esta noche? —pregunta Dante, lanzándome una mirada a través del espejo retrovisor.

Hay un tono en su voz al que no estoy acostumbrado. Casi una acusación con un toque de... ¿celos? Sonrío para mis adentros ante la idea de que Dante esté celoso. Ese tipo está hecho como una máquina, siguiendo las órdenes de Matteo sin vacilar. No me sorprende que mi chica pueda inspirar tales emociones en él, es malditamente increíble. No creo que haya mucho que ella no pueda hacer.

Miro por la ventana un momento para ocultar la sonrisa. Me ha entretenido una enfermera.

Dante gruñe una respuesta demasiado baja para que la oiga y vuelve a concentrarse en la carretera.

—¿Qué quería papá?

Matteo sacude la cabeza. Es un movimiento sutil y, viniendo de cualquier otro, no sería digno de mención. Pero de mi hermano, que nunca se inmuta ante la incertidumbre, es como si fuera un cartel publicitario.

Aprieto los dientes cuando no dice nada. La idea de que *todavía* me esté protegiendo de lo que realmente está pasando me saca de quicio.

—Pensaba que ya habíamos acabado con esta mierda. —Suspiro, y el sonido es audible por encima de la suave música que sale de los altavoces.

Se gira para mirarme por encima del hombro. ¿Qué mierda?

—Tú... todos... dejándome de lado. —Miro con saña también a Dante y a Rafe.

Ahora es su turno de suspirar. Nadie te está dejando de lado, Leo. Es solo que...

—¿Es solo qué? —le interrumpo. Su exasperación me transporta a una época en la que realmente no me incluían en nada.

—¡No lo puto sé! —Su voz suena fuerte en los estrechos confines del SUV de Dante.

Mi mano se queda quieta en el cuello de Maddie y mi primer instinto es comprobar si la ha despertado. Su pecho sube y baja al mismo ritmo, afortunadamente. Se puede decir que está agotada.

Miro con dureza a Matteo y él suspira mientras se pasa una mano por la cara.

—Lo siento, ¿vale? Es solo que no sé qué cojones está pasando y, en lugar de averiguarlo, estoy huyendo.

—No nos pintes como cobardes, Matteo. Estamos tomando la decisión correcta. La inteligente —espeta Dante.

—Ya, bueno, no he huido de una pelea en mi puta vida —murmura Matteo.

Por mucho que me interese su desacuerdo, quiero que volvamos al tema—. Entonces, ¿qué quería papá?

Matteo frunce el ceño. No lo sé. Ni siquiera sé cómo ha sabido que estaba allí.

—¿Quieres decir que no se lo dijiste? —Rafe habla por primera vez en mucho tiempo.

Matteo se mofa—. Claro que no se lo he dicho, joder. Lo vería como una debilidad, y entonces tendría que pasarme el próximo año guardándome las espaldas por el cuchillo que se moriría por clavarme como algún tipo de lección.

Rafe resopla. No es muy probable. Ni de coña nuestro querido padre va a cargarse a su hijo predilecto.

Matteo se ríe, un ruido autocrítico que es más bien un bufido. Y no tiene ninguna gracia. De verdad que no tenéis ni idea, ¿verdad?

Se me tensan los hombros por su tono. Bueno, ¿cómo íbamos a tenerla? Me has mantenido a oscuras.

—He hecho eso para protegerte —me interrumpe Matteo—. Y he terminado de pedir perdón por ello. Si tuviera la oportunidad, lo haría de nuevo. Te protegería de esta vida. No es una vida que le desearía a nadie. Y menos a ti. —Hace una pausa por un momento—. Y definitivamente no a ella.

—Aún podemos sacarla —ofrece Dante en voz baja, que apenas llega hasta mí.

—Ambos sabemos que es demasiado tarde para eso. Tendremos que idear algo más —murmura Matteo.

Una cosa es que te dejen fuera del negocio familiar, pero es duro oír que no haría nada diferente si pudiera. Mis cejas se elevan con incredulidad con cada segundo de silencio—. ¿Así que eso es todo? ¿Nada más que decir después de eso?

—No confundas la honestidad de tu hermano con crueldad —dice Dante—. Pasan muchas cosas entre bastidores que no conoces. Cosas que han quebrado a hombres mayores que tú...

—Hombres inferiores, supongo que quieres decir —le interrumpo—. Y ni siquiera sé por qué cojones estamos teniendo esta conversación. ¿No hemos hablado ya de esto y no habíamos acordado ya que me vas a incluir?

Supongo que se han tomado mi pregunta como retórica, pero mientras me incluyan en esta mierda, no me importa. Trazo un nuevo patrón en el brazo de Maddie, dejando que el suave contacto de su piel me calme. Qué efecto secundario tan inesperado y bienvenido tiene mi chica en mí. Miro por las ventanas tintadas, pero está demasiado oscuro y vamos demasiado rápido para ver algo que no sea verde.

—Estás muy callado, hermano —le digo a Rafe después de unos minutos.

Desde este ángulo, no puedo ver la expresión de su rostro. ¿Qué hay que decir? He sido excluido de este tipo de reuniones familiares durante años. En cuanto pueda averiguar qué pasó exactamente en el refugio, antes podré sacar a mi chica de aquí.

El silencio reina tras su última palabra. Es un tipo de silencio diferente, sin embargo; cargado, con la anticipación y la violencia rebosando en el aire.

—Pensé que lo habías entendido en la habitación del hospital; no es solo tu chica —digo con los dientes apretados.

—¿Así que ahora somos una gran y puta familia feliz? ¿Es eso lo que estamos haciendo? ¿Y nos presentaremos en casa de mamá y papá para la cena del domingo con nuestra novia compartida entre nosotros? Ni de coña. —Rafe se mofa mientras mira por la ventana.

—Por encima de mi cadáver. Jamás compartirán el mismo aire —digo con rabia—. Y se lo he dicho a ella.

—¿Ah, sí? ¿Y cuándo habéis tenido esa conversación? ¿Cuando te ha entretenido convenientemente una enfermera? —pregunta Dante.

Me encojo de hombros, el que no sostiene a Maddie—. No importa. ¿Sinceramente le queréis a él cerca de ella?

Matteo se pellizca el puente de la nariz—. Por supuesto que no lo quiero cerca de ella. También tenemos que ser prácticos. Angelo Rossi es un árbol infectado y podrido, y con cada pequeño insecto que se posa en sus ramas enfermas, entrega su veneno. Lo propaga a cada árbol, rama a rama. En poco tiempo, todo el bosque estará comprometido.

—Sí, ¿y cómo lo detenemos... cómo le detenemos a él?

—Quemamos el bosque entero. —Las palabras de Dante resuenan con una finalidad que envía una onda de premonición por el coche. Incluso Maddie se remueve, pero sigue dormida.

—Pero hace falta tiempo, un tiempo del que temo que no tenemos mucho. Que mi padre aparezca en el hospital sin invitación es una pista, una puta prueba. Una a la que sería negligente no prestar atención. Dante y yo hicimos todo lo que pudimos para asegurarnos de que nadie supiera dónde estaba. ¿Qué significa eso? —pregunta Matteo con las cejas levantadas.

—Significa que tiene a alguien en el hospital en su bolsillo —ofrezco, con la mente dándole vueltas.

—Eso o a la policía por la llamada al 112, que es probablemente más probable —coincide Matteo.

—Vale, ¿qué hacemos ahora? —pregunto, con las palabras saliendo rápidas por mi afán.

—Tenemos que reagruparnos y rápido. Tendré que estar de vuelta en la ciudad en menos de una semana para la próxima reunión del consejo. Así que tenemos que tener un plan para entonces.

No ofrece más información y no vuelvo a preguntarle. El coche vuelve a sumirse en el silencio, pero este no se siente tan pesado; cada uno de nosotros está enredado en su propia mierda dentro de su cabeza.

No tengo miedo de ensuciarme las manos, y no le tengo miedo a mi padre. Lo único que me hace dudar es el bienestar de la mujer que tengo en mis brazos. Así que le hago una promesa y la lanzo al universo, plantándola entre las estrellas.

Haré todo lo que esté en mi mano para conservarla, así que si eso significa jurar en el negocio familiar, que así sea.

DIECISÉIS

MADDIE

UNAS MANOS suaves me despiertan de un sueño profundo. —Ya estamos aquí, pequeña.

Abro los ojos con un suspiro, con las pestañas pegadas y los párpados pesados. —¿Qué? ¿Dónde estamos?

—Estamos en casa de Dante. Entremos y luego podrás volver a dormir —murmura Leo. Su voz profunda suena cerca, pero no alta.

Parpadeo varias veces para aclarar la vista y veo que Leo y yo somos los únicos que seguimos en el coche. Miro a través de él por la ventana y veo que Dante, Matteo y Rafe suben por una gran escalinata hacia un porche que rodea una casa gigantesca. «Casa» me parece una palabra que se queda corta. *Mansión* parece más apropiado.

Parece sacada de una de esas revistas estilo *Town and Country*. Ya sabéis, las que se ven sobre la mesa en las salas de espera de todos los dentistas del país. Esas que muestran las casas que posee el uno por ciento más rico de la población.

Esto no es para nada lo que me esperaba cuando Dante dijo que tenía en mente un lugar seguro para que nos reagrupáramos.

Ladeo la cabeza para ver mejor el lugar. Se me entreabren los labios al soltar el aire. —¿Esta es... esta es la casa de Dante?

—No es lo que te esperabas, ¿eh? —me chincha Leo mientras me impulso contra su pecho para incorporarme en el asiento y desabrocharme el cinturón.

—No, es que cuando dije que tenía un sitio en los Hamptons, me esperaba algo un poco... menos.

—Ya, lo sé, solo te estoy tomando el pelo. Yo tampoco sabía que tenía este sitio. Vamos, entremos —la voz de Leo es cálida y rezuma diversión.

Me deslizo hacia delante y salto fuera del coche, pasándome el pulgar por la boca por si se me ha escapado algo de saliva. Me sorprende lo profundamente que me he quedado dormida y me alegro de no haber hecho algo vergonzoso, como babearle toda la camisa a Leo.

Doy unos pasos y luego me detengo para contemplar las vistas. Leo se para justo detrás de mí con una mano en mi cadera.

No puedo apartar los ojos de la mansión que tengo delante ni siquiera para mirarle a él. No sé muy bien cómo llamarla. De algún modo, *mansión* también me parece una palabra incorrecta. Es como algo salido de una película con aires de castillo.

Enormes pinos y arces azucareros flanquean ambos lados de la larga entrada y en el jardín delantero, a mi derecha, hay un sauce llorón. Puede que sea el más grande que he visto nunca. Siento mariposas en el estómago cuando me viene a la mente otro sauce llorón. Lanzo una mirada a Leo, y no me sorprende encontrar sus ojos fijos en mí con una sonrisa de suficiencia. Estoy segura de que estamos pensando en lo mismo.

No alcanzo a ver mucho más del jardín al mirar alrededor, pero imagino que a plena luz del día debe de ser impresionante. El cielo nocturno es hipnotizante aquí, de un azul intensísimo con puntitos blancos brillantes que parecen lo bastante cerca como para tocarlos. La luna está casi llena, sin una sola nube a la vista.

Las luces exteriores se encienden y proyectan un suave resplandor alrededor de la vivienda. Unos focos iluminan la arquitectura de la casa y pequeñas bombillas bordean los senderos que recorren la propiedad.

—Vaya, esto es...

—Increíble —Leo termina mi pensamiento—. No puedo creer que haya estado escondiendo esta joyita tanto tiempo. ¿Tienes idea de cuántas veces he querido escapar de la ciudad? Podría haber venido aquí durante años.

Le doy un empujoncito con el hombro. —Ya, bueno, quizá por eso no te lo dije. ¿Quién querría a un montón de chicos de St. Bart's por aquí causando el caos?

Leo sonríe, y el afecto asoma a su mirada de color verde oscuro. —Probablemente la misma gente que no dejaría sueltas a un montón de chicas de St. Rita's.

Se me escapa una carcajada que me pilla por sorpresa. Me pongo un dedo sobre los labios sonrientes, maravillada por lo fantástica que es esa emoción. Me resulta casi chocante por lo ajena que me parece. Los últimos días han sido desgarradores, y siento el corazón lleno de una esperanza renovada tras haberme reunido con mis hombres.

Llevo la mano hacia atrás y deslizo la palma en la suya, que sigue en mi cadera. —¿Listos para entrar?

Me dedica otra sonrisa, y no me extrañaría que tuviera un reguero de corazones rotos a sus espaldas. Esa sonrisa es letal. La combinación perfecta de encanto juvenil y confianza.

Entrelaza nuestros dedos y camina hacia la casa. —Sí, no sé tú, pero a mí me vendría bien algo de beber.

Mi estómago elige ese preciso momento para soltar un rugido. El calor me enciende las mejillas y me pongo una mano sobre el vientre quejumbroso.

Él se ríe y tira de mí para que le siga. —Vale, vale. De beber y de comer.

Un trabajo de piedra multicolor envuelve el tercio inferior de la casa y un revestimiento gris claro cubre el resto. Estoy casi segura de que hay un torreón o dos en el lateral, lo que refuerza ese aire de castillo.

Unos grandes ventanales enmarcan la puerta principal y un montón de ventanas cubren ambos lados de la parte delantera de la casa. El camino de entrada se desvía hacia la izquierda, donde imagino que hay un garaje para varios coches. Con una casa de este

tamaño, no me sorprendería que hubiera dos garajes, con espacio para diez coches.

Llegamos al porche envolvente y cruzamos la puerta principal abierta, que mide fácilmente tres metros y medio de alto. Puertas francesas de madera talladas en un arco majestuoso; es una entrada imponente. Se oyen voces que vienen de más adentro y, al unísono, Leo y yo nos dirigimos hacia allí. Hay algunas luces encendidas pero, incluso con la iluminación tenue, veo que este lugar es un palacio en el sentido más estricto de la riqueza.

Las paredes son blancas y altas, con un zócalo grueso en la parte inferior y una ornamentada moldura de corona en la parte superior. Una de las lámparas de araña de cristal más elaboradas que he visto nunca ofrece un brillo suave y envía prismas de luz por todo el suelo. Y a mi derecha hay una amplia escalera que conduce a los dos niveles superiores.

El asombro aguijonea mis sentidos; la necesidad de explorar me atrae suavemente hacia las oscuras profundidades de este lugar. Nunca lo haría sin pedir permiso, por supuesto, pero tengo un sano aprecio por los lugares nuevos como este. Y la curiosidad justa para valorar la historia.

Tras un pasillo corto, vemos por primera vez la zona de estar. Es de concepto abierto, así que el espacio de la cocina se funde con el comedor y ambos fluyen hacia el salón, que tiene fácilmente el tamaño de un apartamento.

Toda una pared de ventanales comunica el salón con el patio trasero. Las cortinas están abiertas, de modo que el resplandor de la luna ondea en la superficie de la piscina, más allá del patio. Las luces del jardín iluminan el patio trasero cada tres metros más o menos, pero desde aquí no alcanzo a ver mucho más que la piscina.

Siento los ojos muy abiertos mientras doy vueltas para asimilar el espacio. Unos sillones de perfil bajo enmarcan un sofá de terciopelo que parece más una cama que un sofá tradicional. Los cojines del asiento son más profundos de lo normal. Hay una mesa de centro de madera clara entre el sofá y la amplia chimenea, con un televisor de setenta pulgadas encima de esta.

La mesa del comedor es larga, con espacio para doce personas, y hace juego con la mesa de centro. Hay un cuenco de metal en mitad de la mesa, pero por lo demás está vacía. Hay otra zona de estar al otro lado del comedor, pero está pelada. Solo un escritorio de oficina con una silla de tela de respaldo alto y una estantería grande y vacía llenan ese espacio.

Termino mi giro y encuentro a Dante y Matteo en un torbellino de movimiento en la cocina. Murmuran entre ellos mientras sacan ingredientes de la nevera y la despensa. Parece que han tenido la misma idea que nosotros.

Leo me roza la mano al entrar en la cocina y dirigirse al fregadero. Se lava las manos y se las seca con una toalla cercana que tiene una cabra bordada por delante. —Muy bien, ¿qué vamos a preparar?

Dante se gira y le lanza varios embutidos envueltos que ha sacado de la nevera. —Sándwiches. Es casi lo único que tengo ahora mismo. Mañana por la mañana nos traerán la compra del supermercado.

—Perfecto, nuestra chica tiene hambre. ¿Te gustan con tomate y lechuga? —me pregunta Leo.

Mi estómago vuelve a rugir y sonrío. —Sí, eso suena de maravilla. ¿En qué puedo ayudar?

—¿Por qué no coges los platos? Están en el armario al lado de la nevera —dice Dante mientras deja un puñado de condimentos.

Rodeo la isla y me lavo las manos en el fregadero de estilo rústico. Es una mezcla perfecta de lo moderno y, sorprendentemente, del estilo rústico elegante, que no es exactamente lo que me esperaba del estilo de Dante, pero estoy descubriendo cosas nuevas sobre estos hombres cada día, cada minuto que paso con ellos.

Y de momento, me gusta mucho lo que veo.

Me presiono la cara interna de las muñecas con las yemas de los dedos mojadas. Mi abuela me enseñó ese truco una vez por si necesitaba refrescarme o para que se me pasara el mareo. Pon un paño frío en la nuca o mete las muñecas bajo el agua fría. Por

supuesto, mi abuelo siempre le seguía refunfuñando que nunca había que dormir con los calcetines puestos.

A veces, cuando estoy haciendo la tarea más servil, como lavarme las manos, un recuerdo me golpea como un rayo. En este caso, son mis abuelos. Hace años que no los veo y, aunque el dolor por su falta sigue ahí, se ha ido mitigando con los años. Ahora, en lugar de la depresión que solía impregnar ese recuerdo que el agua fría en mis muñecas evoca, lo recubre el cariño. Aún puedo oír su dulce voz sureña resonando en mi cabeza mientras pongo las muñecas bajo el grifo de agua fría y simplemente exhalo.

Por supuesto, mi estómago elige ese momento para refunfuñar una petición discreta; más bien una exigencia. No recuerdo cuándo fue la última vez que comí. Me sacudo el recuerdo mientras cojo los platos y los pongo sobre la isla. Matteo termina de cortar lo que parece pan casero.

Todo me parece una rutina coreografiada, instintiva y fluida, y me hace sentir un enjambre de mariposas. La esperanza florece en el centro de mi pecho, arrojando un suave resplandor sobre la posibilidad de que esto pueda funcionar. Una relación entre todos ellos y yo. Me muerdo el labio mientras contemplo la escena por un momento.

Antes de que me deje llevar por fantasías sobre volver a casa y encontrarme a Matteo preparándonos la cena cada noche, Dante pone un sándwich en un plato y lo desliza hacia mí. —Jamón y pavo.

—Deberías haberle preguntado primero si quería eso —refunfuña Leo.

Dante se queda mirando a Leo un instante antes de reanudar el montaje de otro sándwich. Agito una mano en el aire, restándole importancia a su protesta. Es tierno que se preocupe por mí de esa forma, pero, francamente, me comería cualquier cosa ahora mismo.

—Está perfecto, gracias —cojo el plato y me acomodo en uno de los seis taburetes al otro lado de la isla.

Leo trae su plato y dos botellas de té helado y se sienta a mi derecha. —Ten, he pensado que te gustaría esto.

Acerco la mano a la botella y nuestras yemas se rozan con una pequeña chispa de afecto. —Gracias.

—Cuando quieras —dice él con una sonrisa.

Matteo y Dante se quedan de pie al lado opuesto de la isla, frente a nosotros, y todos nos ponemos a comer. Tras unos bocados, el estómago se me asienta un poco y me siento algo más yo misma. No me había dado cuenta de lo hambrienta que estaba.

—¿Dónde está Rafe? —pregunto, mirando el quinto sándwich que hay ante mí y dando otro bocado.

Leo deja su té helado. —Llevo tiempo queriendo preguntar: ¿por qué le llamas así?

Termino de masticar el bocado que me acabo de meter, pero antes de que pueda responder, lo siento. El más mínimo cambio en el aire, el roce de un susurro apenas perceptible en mis hombros, un segundo antes de oírle.

—No es asunto tuyo, chaval —la voz de Rafe viene de detrás de mí. Saca el taburete que hay a mi otro lado, acercándolo a mí. Con un suspiro, se acomoda en el taburete y su muslo presiona contra el mío. Me muerdo el labio como si fuera la heroína de alguna novela romántica histórica, sintiendo ese característico hormigueo ante la sensación de su muslo cubierto por el pantalón de traje contra el mío al desnudo. Casi se me escapa una risita, pero logro tragarla con un trago de té helado.

Rafe pilla su plato y se pone a comer. Hay silencio, solo un murmullo ocasional mientras todos comemos. El silencio no es pesado ni está cargado, es cómodo, y no hace más que alimentar mi esperanza. A pesar de saber lo peligrosa que puede ser la esperanza, me deleito en la posibilidad.

DIECISIETE

MADDIE

DANTE saca una botella de whisky de un armario sobre el frigorífico. Hay un mar de botellas ahí arriba, y la mayoría parecen estar llenas. Coge cinco vasos de tubo de corte moderno de otro armario y lo trae todo a la isla. —Creo que a todos nos vendría bien una copa antes de dormir —dice mientras sirve dos dedos en cada vaso. Mira a Aries—. —¿Está todo solucionado?

—Está apalabrado. Por ahora —responde Aries mientras Dante le desliza un vaso.

Dante nos desliza los vasos restantes a cada uno mientras espero pacientemente a que alguien me ponga al corriente. Acuno el vaso en la mano y los miro a cada uno por debajo de las pestañas. Cuando se hace evidente que nadie va a ofrecer nada más, decido imponerme.

—¿Qué está pasando?

—Nada de lo que tengas que preocuparte. —Matteo da un buen trago a su bebida.

La irritación se me dispara por el torrente sanguíneo, y debato si tengo o no energía para meterme en esto esta noche. Sabía que iniciar una relación con varios hombres tendría dificultades de adaptación, y sabía que cualquier tipo de relación con hombres de sus *contactos* también conllevaría retos únicos.

Pero unir esos dos conceptos podría ser una tarea mayor de lo que había previsto. Por suerte para todos, me encantan los retos.

Doy un pequeño sorbo al whisky, haciendo una mueca mientras quema un rastro de fuego por mi garganta. Dejo el vaso y miro directamente a Matteo—. Bien, pues pensaba que habíamos acordado ser más sinceros el uno con el otro si queremos que esto funcione.

—¿Y qué es esto, exactamente? —pregunta Aries.

Ladeo la cabeza—. ¿Cómo?

Señala entre ellos y mí con el dedo índice y el vaso en la mano—. Esto. Tú. Ellos. Y yo.

Respiro hondo y giro el taburete para mirar a Aries—. Me gustan ellos. Y tú. Así que quiero que salgamos juntos. Todos nosotros. Más concretamente, saldrás conmigo y con nadie más. —Mantengo la mirada fija en Aries, aunque veo a Matteo y a Dante removerse por el rabillo del ojo.

Aries silba entre dientes, un sonido bajo y a partes iguales asombro y sarcasmo. No estaba segura de que un solo sonido, y menos un medio silbido, pudiera sonar sarcástico, pero es la mejor manera de describirlo.

—¿Ah, sí?

Levanto la cabeza mientras el corazón me late más fuerte en el pecho. Existe la posibilidad real de que Aries se aleje de esto, de mí. Pero me prometí a mí misma que correría esos riesgos, y me gusta pensar que soy una mujer de palabra. —Sí.

Mientras se repantiga en su silla, separa aún más las piernas y su rodilla se desliza entre las mías. Se me entrecorta la respiración, pero no aparto la mirada de la suya.

Aries sabe jugar con mi cuerpo mejor que la mayoría de los hombres. Todos los hombres de esta habitación saben, en realidad. Pero si cree que recordarme ese hecho me va a disuadir, se equivoca. Lo único que está haciendo es ponerme cachonda.

—Entiendo que no lo supieras. —Para ser justos, él no sabía nada de mí. Ni siquiera me *conocía* de verdad—. El caso es que no voy a elegir. Los quiero a los cuatro. Y no pido perdón por ello. Entenderé que esto no sea lo que buscas, pero egoístamente espero que te

quedes. —Me muerdo el labio inferior mientras reflexiono sobre lo que quiero decir. Su mirada está clavada en mi boca, reforzando mi valor—. Y entiendo que estoy siendo injusta al pedirte que no veas a nadie más que a mí. Pero *estoy* pidiendo eso. No puedo explicar la atracción magnética que siento hacia cada uno de vosotros, solo que está ahí y es lo más real que he sentido jamás. —Hago una pausa y contacto visual con cada hombre en la habitación.

Giro en mi taburete para establecer contacto visual con Leo. Es importante para mí ver sus rostros en este momento en el que declaro mis deseos. Una sonrisa letal asoma en la comisura de su boca en su rostro demasiado guapo y sus ojos bailan de alegría. Está disfrutando de esto. Si está disfrutando viendo a su hermano retorcerse o a mí, no estoy segura. Me pregunto si todavía cree que puede conquistarme. Alardeó mucho en la cafetería hace días. Dios, parece que hace un año de eso y no una semana.

Pero hablaba en serio entonces.

Solo porque está siendo encantador, solo porque me gusta ver a un Leo jugueteón, mantengo su mirada y digo—: No voy a cambiar de opinión y elegir a uno de vosotros. Pero disfrutaré cada minuto que paséis intentando convencerme de lo contrario.

Levanto una ceja a mitad de mi declaración, y él interpreta el desafío exactamente como lo que es.

Su media sonrisa se convierte en una amplia sonrisa mientras se pasa los dientes por el labio inferior. —Muy bien, Madison. Te escucho.

—Ha sido un día largo. Quizá deberíamos dejar esta discusión para otro momento —sugiere Dante—. ¿Por qué no te enseño tu habitación, Maddie?

Cedo y hago lo que me sale de forma natural. Inclinandome hacia delante, rozo con un beso la comisura de la boca de Leo. Me retiro en un segundo. No pretende alargarse ni llegar a más, sino ser un pequeño recordatorio. Un reconocimiento de nuestro acuerdo tácito e insinuado.

Antes de que pueda bajarme del taburete, este gira y me encuentro de nuevo cara a cara con Aries. Esta vez sus piernas caen a ambos lados de las mías, acorralándome y manteniéndome como

rehén. No es que me queje. Se inclina hacia delante y noto la diferencia al instante. Ha desaparecido el personaje de playboy arrogante y perezoso y en su lugar está el rostro del hijo de un capo de la mafia.

Determinación y hambre pura.

Siento que se me bajan los párpados mientras la lujuria se arrastra sobre mí como una densa niebla. Es casi como si todo lo demás se desvaneciera. Se inclina hacia mí, lo suficientemente cerca como para que yo pudiera inclinar la barbilla solo un poco y su boca estaría sobre la mía. Durante un suspiro, no hay nada que anhele más que eso. Ansío sentir su boca sobre mí otra vez.

Pero soy lo bastante coherente para darme cuenta de que él tiene que ser quien dé el primer paso aquí. Yo he puesto mis cartas sobre la mesa. Ahora le toca a él aceptarlas o seguir adelante. La forma en que me mira me dice que no va a seguir adelante sin más. Y solo puedo esperar que no sea un truco cruel.

—¿Qué me estás haciendo, Raven? —susurra.

Huelo el whisky en su aliento y algo intrínsecamente suyo. Como un día pasado al sol en la playa. Se inclina más, apartándome un mechón de pelo de la cara con las yemas de los dedos.

—¿Mmm?

Aunque es una pregunta, sé que es más retórica que otra cosa. Así que no respondo. En su lugar, lo provoco e inclino la cabeza hacia un lado, apenas una fracción de movimiento en realidad, y me lamo los labios. Es suficiente. Su mano se detiene en un lado de mi cabeza, enredada en mi pelo junto a la oreja.

Exhala un aliento brusco sobre mis labios. Hay una guerra estallando dentro de mi Aries, y yo tengo un asiento en primera fila. Alguien se aclara la garganta y recuerdo que no estamos solos.

Eso es lo que pasa entre Aries y yo. ¿Es química natural o algo más?

A menudo pensaba que estaba destinada a grandes cosas. Creo que todo el mundo lo piensa. Cuando eres joven, te cuentan historias de grandeza. Es el sueño americano por excelencia. Pero a medida que creces, te das cuenta de que es un cuento chino, una fábula destinada a inspirar. En cambio, lo único que hace es provocar

sentimientos de insuficiencia y, muy probablemente, abuso de sustancias.

Pero cuando miro a Aries —y cuando miro a Matteo, Leo, Dante— y cuando tengo su atención sobre mí, siento que podría hacer cualquier cosa. Me hacen sentir ingrátida y viva. Impulsada por esa zorra caprichosa que es la esperanza.

—Ha sido un día largo. Vamos a darlo por terminado. Nos reuniremos por la mañana y hablaremos de la estrategia durante el desayuno —dice Matteo.

Aries me mira un momento más antes de lanzar un suspiro de incredulidad y volver a acomodarse en el taburete, aunque nunca mueve las piernas, manteniéndome todavía atrapada entre ellas.

—Vamos, Maddie. Te enseñaré tu habitación ahora —se ofrece Dante mientras rodea la isla.

Deslizo las palmas de las manos por los muslos de Aries, deteniéndome a unos centímetros de donde mis manos realmente mueren por explorar, y lo uso de apoyo para bajarme del taburete.

Sus músculos fibrosos se tensan bajo mi tacto. Una especie de emoción perversa me recorre ante la idea de ver por fin a Aries, de *sentirlo* por fin sin nada de ropa de por medio. Ha protagonizado algunas de mis fantasías desde la noche en que nos conocimos, pero tengo la sensación de que mi versión fantaseada palidecerá en comparación con la realidad.

Solo haría falta un giro de mis caderas y estaría en su regazo. La lujuria se enrosca en lo bajo de mi vientre ante la idea, y se aviva aún más al saber que tenemos público.

No tenía ni idea de que me gustara el voyerismo. Y quizá no me gusta, a menos que sea el público adecuado.

Desvío la mirada de donde tengo las manos en sus muslos hacia sus ojos, notando su mandíbula apretada y su cuerpo demasiado quieto. Así que está igual de afectado. Bien.

Con deliberada lentitud, salgo de entre sus piernas, dejando que las puntas de mis dedos lo acaricien mientras atravieso la habitación para ponerme junto a Dante.

—Perfecto. Me vendría muy bien una ducha caliente —le digo a Dante, sin mirar atrás a pesar de sentir el calor de tres miradas.

DIECIOCHO

MADDIE

CRUZAMOS el salón de planta abierta hacia el pasillo que lleva al otro lado de la casa. O quizá sea una estancia principal. Me confundo un poco con los nombres adecuados de las habitaciones. Teniendo en cuenta que este es el salón más grande que he visto en mi vida, no sabría decir cuándo deja de ser un salón y se transforma en una estancia principal.

Y, por Dios, no me puedo creer que esté divagando mentalmente sobre los nombres de las habitaciones. Le echaré la culpa a Aries. Me ha trastornado todos los sentidos.

Como si pudiera sentir que mi mente está distraída, Dante pregunta: —Todos nosotros, ¿eh?

A pesar de las numerosas charlas de motivación personal sobre aceptar mis propios deseos, no puedo evitar la reacción inicial de mi cuerpo ni el rubor que la acompaña. Siento las mejillas calientes, y se calientan aún más ante la insinuación de Dante. Estoy segura al noventa por ciento de que él no se refería a *todos nosotros* en ese sentido, pero yo sí lo hacía, en cierto modo.

Me aclaro la garganta y lo miro en un intento fútil de adivinar su estado de ánimo. Las emociones de ese hombre están tan bajo llave que es difícil calibrar su reacción. Aunque eso hace que me den ganas de hacer algo para provocarlo. Nada demasiado salvaje, pero

sí algo lo bastante loco como para sacarlo de su camisa de fuerza emocional.

—Sí.

Al parecer, mi escueta respuesta ha sido la adecuada, porque obtengo la reacción deseada. Esboza una media sonrisa, un pequeño gesto que asoma en la comisura de su boca. Pasa los dedos por su mandíbula, rascando su barba de un día.

—Está bien, supongo que podemos hablar más del tema mañana.

Me muerdo el interior de la mejilla y lo miro mientras ralentizamos el paso. Nos detenemos frente a otra escalera. Esta es más pequeña que la del vestíbulo principal.

—Podemos hacerlo, pero no voy a cambiar de opinión. —Me permito demorarme en sus rasgos por un momento, buscando cualquier signo evidente de desagrado. Su expresión permanece cuidadosamente inexpresiva, con su cabello negro cayendo sobre su frente de una forma que hace que me piquen los dedos por apartárselo.

En lugar de eso, deslizo la mano por el ornamentado pasamanos de madera y me doy la vuelta para subir. Una mano en mi muñeca me detiene.

Pivotando sobre la parte anterior del pie, me giro hasta que estamos casi cara a cara, lo bastante cerca como para ver las motas plateadas en sus ojos oscuros. Parecen tan hipnotizantes como constelaciones en el cielo. Y cualquier pregunta que tuviera se seca en la punta de mi lengua mientras la mirada de sus ojos me mantiene cautiva.

Me sostiene la mirada, sin vacilar, simplemente me observa y, de alguna manera, es uno de los momentos más íntimos que he vivido. Mi cuerpo se arquea inconscientemente hacia él como si fuéramos los extremos opuestos de un imán y algún tipo de fuerza de otro mundo nos estuviera atrayendo. Es un magnetismo que no puedo negar, no es que quisiera hacerlo nunca.

Las yemas de sus dedos trazan pequeñas y suaves caricias en la sensible piel de la parte posterior de mi muñeca. Eso me da

estabilidad, como si su mera presencia y ese simple contacto me enraizaran, no a esta casa ni siquiera a esta ciudad, sino a él.

Me humedezco los labios con la lengua, mi respiración se vuelve más pesada que hace un momento mientras la anticipación me produce un hormigueo en las yemas de los dedos.

Pero, al igual que con Aries, no voy a ser yo quien dé el primer paso. No cuando se trata de esto. Se me encoge el estómago y no sé si es porque estoy nerviosa o emocionada, o quizá un poco de ambas. Resisto el impulso de ponerme de puntillas para cerrar el espacio entre nosotros.

Tras lo que parece un minuto agónicamente largo, Dante da un paso adelante y, con su mano libre, me aparta el pelo detrás de la oreja con una ternura que me sosiega. —¿Por qué has llegado tarde antes?

Su pregunta me descoloca por un momento. El residuo denso de la lujuria me nubla el cerebro cuando pronuncio una sola palabra, apenas más que un susurro.

—¿Qué?

Desliza la mano hacia la parte posterior de mi cabeza, manteniendo los dedos entrelazados en mi cabello y usando el pulgar para inclinar mi mandíbula hacia arriba. —En el hospital. ¿Por qué has llegado tarde?

—¿Por qué importa? —replico, frunciendo el ceño.

—Porque todo lo que haces importa.

Exhalo e intento borrar la sonrisa de mi cara antes de que se forme del todo. Tengo la ligera sospecha de que Dante está celoso. Me pregunto qué haría falta para que dejara salir sus celos a jugar un poco. Y qué tipo de cosas harían que se calmara. ¿No le estaba pidiendo al destino hace un momento que me diera la oportunidad de conocer mejor a este hombre? ¿No pedía una razón para empujar sus emociones más cerca de la superficie?

Bueno, aquí está, pienso para mis adentros.

Mi abuela solía decir que los celos queman con más fuerza que cualquier fuego del infierno. Supongo que estoy a punto de descubrir si es verdad.

Con mi decisión tomada, me pongo de puntillas. —¿Deseabas que hubieras sido tú? —Mis labios rozan los suyos con cada palabra.

Él aprieta el agarre en la parte posterior de mi cabeza, no hasta el punto de hacerme daño, pero lo suficiente para hacerme saber que he tocado una fibra sensible. —¿Has dejado que el crío entrara en ese precioso coño? ¿Hmm? ¿Es por eso por lo que has llegado tarde a nuestra cita? —Sus palabras son groseras, pero las pronuncia con una suavidad que contradice su significado y que solo sirve para despertar mi libido.

Voy a darme el gusto y a provocarlo, avivando sus celos con un hierro candente. Claro, podría señalar fácilmente que solo hubo una ventana de quince minutos, pero su posesividad me sienta como un bálsamo para mi alma magullada. No sé por qué ni cómo, pero he decidido dejar de cuestionarme las cosas, aunque solo sea por esta noche.

Esta es la emoción más pura que he visto en él y no voy a desperdiciarla. Solo puedo esperar que esto no salga mal y lo aleje. Tengo que creer que aquí es donde debo estar. Con ellos.

Saco la lengua y la deslizo por el borde de su labio. Una maldición silenciosa escapa de su boca. —¿Estás celoso, Dante? ¿Deseas haber sido tú quien me metió en una habitación de hospital vacía, me pegó contra la pared y me metió su...?

Usa su agarre en mi cabeza para arquear mi cuello. Se me escapa un jadeo antes de que pueda evitarlo, cortando mis palabras. La pequeña muestra de dominio me envía un pico de excitación, lento y lánguido.

—¿Eso es lo que piensas, Maddie? ¿Crees que me conformaría con un polvo rápido en una habitación de hospital que apesta a muerte y decadencia? ¿Un lugar donde cualquier estúpido hijo de puta podría entrar y verte? ¿Es ese el tipo de hombre que crees que soy?

—¿Qué tipo de hombre eres entonces, Dante?

Desliza su boca por la columna de mi cuello antes de mordirme la oreja. Usa los dientes con la fuerza justa para hacerme sentir viva. —No soy el héroe, pequeña.

—Menos mal que no quiero un héroe, entonces —jadeo entre respiraciones.

—Si hacemos esto, no habrá vuelta atrás, ¿entendido? —Se aparta para estudiar mi rostro un momento, buscando algo—. Porque ya sé que nunca tendré suficiente de ti. Jamás. —Suelta las palabras en un susurro áspero, como si la confesión le doliera.

Mi corazón late fuerte y rápido en mi pecho mientras el deseo recorre mis nervios, haciéndome sentir pesada y ligera a la vez. La desesperación por sentirlo contra mí me araña las venas. Me pongo de puntillas otra vez, haciendo fuerza contra su agarre y anhelando sentir su piel sobre la mía.

Por una vez, parece que el universo me escucha.

Dante debe de ver en mi cara lo que sea que estaba esperando, porque asiente una vez antes de bajar la cabeza. Arrastra su boca por mi mandíbula terminando su exploración con sus labios contra los míos. Gruñe casi al instante, un sonido profundo, bajo... y *primario*. Despierta una reacción en cadena en mi cuerpo. Y nada más existe: ni los sucesos de los últimos días, ni la incertidumbre de a lo que tengo que enfrentarme mañana... nada.

Por ahora, en este momento, solo estamos él y yo.

Me suelta la muñeca e instintivamente le rodeo el cuello con los brazos, apretándome contra su pecho. Con una mano todavía en mi nuca, desliza la otra bajo mi culo y me levanta, girándome y aplastándome contra la pared cercana. Estamos a mitad de la escalera, una posición precaria para llevar nuestra relación al siguiente nivel. Pero no sé si podría parar aunque quisiera.

Ataca mi boca con el mismo fervor con el que he oído que hace todo en la vida, con una intensidad con la que la mayoría de los hombres ni siquiera han soñado. Es embriagador. Puedo notar su pasión en su lengua, su lujuria dirigiendo cada contacto, cada mordisco, cada presión.

Presiona su pelvis contra la mía y gimo cuando siento el duro contorno de su polla contra mi coño. Mis caderas se mueven contra las suyas, provocando esa fricción deliciosa.

Me da la ilusión de control durante unos segundos más antes de inclinarme la cabeza hacia un lado e intensificar el beso según sus

condiciones. Algo en la forma en que manipula mi cuerpo con tanta facilidad me envía otra llamada de deseo.

—Una cosa es saber que ocurre, pero otra muy distinta es verlo *en persona*. —La voz de Matteo llega desde detrás de Dante, y me sobresalto por lo gélida que suena.

No estoy avergonzada, y si tuviera tiempo para pensarlo de verdad, quizá encontraría algo de gracia en la situación de que uno de mis novios mafiosos pille al otro novio mafioso empujándome contra una pared y devorándome la boca. Pero tal como están las cosas, estoy demasiado excitada. *Dolores de crecimiento*, ¿recuerdas?

Dante no se mueve de su lugar frente a mí, pero supongo que sabía que Matteo venía. Se aparta con un beso suave y persistente en la comisura de mi boca. Pero no quita la mano de mi culo ni de mi nuca, y yo no desenredo mis piernas de su cintura.

Apoyando la cabeza contra la pared, recupero el aliento. El sonido de nuestra respiración combinada parece fuerte en el silencio expectante. Muevo la cabeza contra la pared y el pelo se me engancha en la textura rugosa. Solo entonces recuerdo que probablemente debo de estar hecha un desastre y que sus paredes son blancas.

—Mierda.

—¿Qué pasa? —pregunta Dante, prestándome toda su atención.

Hago una mueca. —Acabo de recordar que tengo tierra y sangre seca en el pelo. Probablemente debería encargarme de eso antes de manchar algo más.

—No me asusta un poco de sangre, pequeña.

Siento la piel tirante y no puedo apartar la mirada de la suya. Estoy a un segundo de mandar *todas* mis inhibiciones a paseo cuando Matteo se aclara la garganta de nuevo.

—¿Todo bien, Matteo? —Mi voz suena un poco entrecortada. Mi corazón late tan rápido que parece que va a salirme del pecho. Y juro por Dios que puedo sentir los latidos en el clítoris.

—Soy un hombre acostumbrado a conseguir lo que quiere, Maddie. —La voz de Matteo suena cerca, pero no puedo ver nada más allá de los anchos hombros de Dante.

Un músculo salta en la mandíbula de Dante y mi mirada se clava en la forma en que debe de estar apretando los molares. Soy vagamente consciente de que me estoy comportando de forma un poco inusual en mí. No estoy segura de si debería buscar terapia por mis reacciones a sus gruñidos celosos o posesivos.

Pero no se puede negar que me gusta. Creo que incluso más que gustarme.

Estoy eufórica por el beso de Dante, con mi propio deseo flotando en el aire a nuestro alrededor, impregnando esta pequeña burbuja que hemos creado. Así que me dejo llevar por esa ola, por ese subidón aún más allá.

Levantando la barbilla, dejo que mis labios rocen la mejilla de Dante mientras le digo a Matteo: —Recuerdo quién eres. —Raspo ligeramente mis dientes contra su mandíbula, y surte el efecto deseado. Un gemido bajo escapa de sus labios, y juro que más que oírlo, siento cómo el estado de ánimo de Matteo cambia hacia esa neblina roja.

La gente suele decir que hay una línea muy fina entre el amor y el odio, pero empiezo a preguntarme si hay un paralelismo entre el deseo y la posesividad. Por suerte para mí, siempre he sido una buena bailarina. Estoy segura de que puedo bailar claqué justo sobre esa delgada línea, empujando y atrayendo a cada uno de mis hombres una y otra vez. Nunca con malicia, sino lo justo para que me hierva la sangre... y a ellos también.

El aire que nos rodea se caldea con nuestra excitación colectiva. Está impregnado de una espesa posesividad, de dominio. Me permito considerar la idea de dejar que Matteo y Dante me tengan al mismo tiempo. El pensamiento me produce algo más que un pequeño escalofrío. Se siente como una promesa, una profecía.

La mano de Dante se flexiona sobre mi culo. No sé si él también lo siente, o si ha sido un movimiento inconsciente, pero lo tomo como una invitación. Con la mirada fija en sus labios, muevo lentamente las caderas contra su impresionante bulto.

Rozo su cuello con la boca, deleitándome con los temblores que recorren su cuerpo con cada presión de mi piel contra la suya. Es empoderador y embriagador. Dante me recoloca en su agarre,

aupándome más arriba contra la pared, y por fin veo a Matteo. Sus ojos se han oscurecido hasta volverse de un negro fundido. O tal vez sea solo mi imaginación. De cualquier forma, parece una especie de ángel vengador, listo para tomar su recompensa por salvar la ciudad una vez más. Con el brazo en cabestrillo y vestido de forma más informal de lo que jamás lo he visto, casi parece cualquier persona con la que me cruzaría por la calle. Es impresionantemente engañoso. Es más camaleónico de lo que jamás le reconocí. Es letal incluso en sus mejores días.

Pero hoy, así, cuando todavía estoy disfrutando del subidón de estar simplemente viva, regocijándome por el hecho de que él también lo esté, y permitiéndome la libertad de explorar mis propios deseos y necesidades, no sé si podré resistirme a él. No sé si podré resistirme a ninguno de ellos... no quiero hacerlo.

DIECINUEVE

MATTEO

DESLIZO LA MANO en el bolsillo de los pantalones de chándal prestados y miro con la mayor impasibilidad posible a mi mejor amigo, que tiene las manos y la *puta boca* por todo el cuerpo de mi chica.

Ella me provoca con ese contacto visual prolongado y esos gemidos entrecortados. Su pelo rojo resalta contra la pintura blanca de detrás como una bengala. Es una puta sirena y soy incapaz de decirle que no. Al menos por ahora. Está absolutamente impresionante, y odio no ser yo quien le está poniendo esa expresión de éxtasis en la cara.

Una combinación potente de rabia y celos arde negra en lo más profundo de mi estómago. La gente suele confundir el rojo con el color de la rabia. Pero cuando creces en manos de Angelo Rossi y sus amigos, aprendes a canalizar tus emociones y convertirlas en armas. Aprendí muy pronto que tus emociones pueden ser una debilidad y lo rápido que pueden usarse en tu contra.

El amor me ha hecho su perra cuando se trata de Cherry.

Y ahora tengo que averiguar cómo convertirlo en mi mayor fortaleza. Tengo muy pocas debilidades, y ella es mi talón de Aquiles definitivo.

Angelo la destruirá si le dan la más mínima oportunidad. Tengo que adelantar mis planes, y rápido. Lo que significa que necesito a mi segundo a mi lado y no follándose en seco a mi chica en la entrada. Sé que ese cabrón me ha oído; sus sentidos son prácticamente sobrenaturales. La única conclusión es que me está provocando. Me pica el dedo del gatillo con la necesidad de imponer mi dominio, pero reprimo esa mierda y me concentro en una vía mejor para mi frustración y mi agresividad.

Suelto un suspiro, pero ellos no salen a tomar aire. Los celos me devoran, una masa aceitosa que se pega al interior de mi estómago. De esas que arden caliente, brillante y rápido.

Mis dedos de los pies cuelgan del borde del cañón de oscuridad arremolinada que descansa en mi interior. Sería tan fácil saltar, entregarme a años de condicionamiento y patrones de comportamiento aprendidos.

Pero eso eran cosas que hacía para sobrevivir, y la mayoría las hice con Dante a mi lado. Doy conscientemente un paso atrás de esa masa giratoria de oscuridad que vive dentro de mí. Es una sima infinita que lleva años creciendo sin control. Casi me dan pena quienes me empujen por el borde; ni siquiera yo sé de qué soy capaz si nadie me frena.

Pero aunque reconozco mis celos, eso no significa que haya perdido del todo la cabeza. Es mi amigo, mi mejor puto amigo. Y no, en realidad no quiero matarlo, aunque haría mucho más a cualquiera que pusiera las manos encima de lo que es mío.

Me muerdo por dentro la mejilla, frustrado. Ahora tengo que corregir también ese puto pensamiento. Joder, aún no he bebido suficiente para este desastre. He estado tan centrado en encontrarla que todo lo demás ha quedado relegado a un segundo plano. Incluido el hecho de que ella está interesada en mi mejor amigo y en mi hermano.

Hermanos, me corrijo en silencio.

¿Cuáles son las putas probabilidades de que una pelirroja menudita irrumpa en nuestras vidas como una auténtica bola de demolición? ¿O de que esa misma mujer haya atrapado de algún modo a mis dos hermanos, a los que envié lejos de este lugar—de

esta *familia*—para mantenerlos a salvo? Está haciendo añicos todo lo que creía saber sobre mí mismo y sobre este mundo.

Dante la recoloca, la empuja contra la pared con un golpe sordo, captando de nuevo toda mi atención. Estaba haciendo un muy buen trabajo ignorando los celos crecientes en mi estómago, pero con ese movimiento tan descarado pierdo el poco control que me quedaba sobre mi paciencia.

—Dante, una palabra —espeté.

Él se toma su puta calma para apartarse de ella, y ella me mira con los labios hinchados de tanto beso y los ojos vidriosos. Los celos se agitan en mi interior, exigiendo penitencia. Pero hay algo más por debajo. Una perversión, una especie de satisfacción retorcida, se desliza por mis venas al verla tan completamente desordenada.

Tiene las mejillas sonrojadas, y sé a ciencia cierta que el rubor le baja por el cuello y se extiende por la parte alta de esas tetas perfectas. Por fin la deja de pie, sujetándola un momento para que no se tambalee. Aprieto las muelas al ver el cuidado que está teniendo con ella. Debería alegrarme de que la trate tan bien, pero no soy un puto robot, y el hecho de que mi mejor amigo—que mata gente para ganarse la vida—trate a esta mujer como si fuera de cristal me descoloca un poco.

Se me levanta el labio en anticipación de su mirada autosatisfecha. En vez de eso, tiene el rostro cuidadosamente neutro. Le dedico una sonrisa ladeada y echo la cabeza hacia atrás en un gesto de aprobación. Tendría que haberme imaginado esto viniendo de él. Sabía que andaba olisqueando a su alrededor, pero no tenía ni idea de que fuera hasta este punto.

Durante casi toda mi vida, Dante me ha cubierto las espaldas. Es el segundo perfecto. Pero Maddie lo cambia todo, y tengo que preguntarme si mi segundo acaba de encontrar un nuevo jefe.

Es lo bastante listo como para tomárselo como un juego, y ese cabrón va ganando. Maddie carraspea, reclamando mi atención. Otra vez. Voy a culpar de mi falta de concentración a los analgésicos que todavía estoy tomando.

—Oh, bueno, esto es un poco incómodo, ¿no? Lainey me dijo que iba a haber algunos baches en el camino hacia este tipo de cosas.

Hablando de eso, ¿puedo coger el teléfono de alguien? Necesito llamar a ella y a Mary. —Mira primero a Dante, y yo aprieto los labios para contener las palabras que quiero soltar.

Él saca un móvil del bolsillo y se lo tiende sin dudar.

—Gracias —murmura—. Ahora, sobre esa ducha. —Alza las cejas mientras mira a Dante.

—Los dormitorios están en la segunda planta, a la izquierda. La suite principal es la última puerta al final del pasillo. Será tu habitación mientras estemos aquí. Tiene baño propio. Sírrete de lo que quieras.

Ella le dedica una sonrisa conspiradora que le levanta la comisura de los labios antes de ponerle la mano en el bíceps y rozarle los labios con un beso casto. Frunzo el ceño ante el pico de celos que me atraviesa el estómago, ácido y aceitoso. Baja los escalones hasta quedar justo delante de mí. Me dedica una pequeña sonrisa antes de rozar con esos labios carnosos mi mejilla. Giro la cabeza cuando se aparta, y nuestras bocas se rozan apenas. Ella contiene el aliento y se queda ahí un segundo más.

Me siento como un puto preadolescente, compitiendo por su atención y sus besos castos. ¿Qué coño me pasa? Soy el subjefe de todo el sindicato criminal de la familia Rossi, y aquí estoy, haciendo el ridículo por una tía como un crío de instituto.

Su sonrisa se abre hasta convertirse en una mueca traviesa antes de darse la vuelta y subir las escaleras de dos en dos. Los dos la seguimos con la mirada, en silencio. Cuento hasta diez y, aunque no oigo ninguna puerta cerrarse, calculo que ya está fuera del alcance del oído.

Giro sobre los talones, dejando deliberadamente la mano en el bolsillo para proyectar indiferencia, y lo encaro. Mi mejor amigo, mi hermano en todo menos en la sangre. —¿Le has dado tu puta habitación?

—¿Y cómo sabes que es la mía? —Se pasa el pulgar por debajo del labio, como si se limpiara los restos de ella. Ese cabrón sabe perfectamente lo que hace, pero supongo que el cabrón más grande soy yo por dejar que me afecte.

—Hacerse el tímido no te sienta bien, tío —suelto.

Sonríe, la diversión brillando en su mirada. —Ah, pero ¿alguien te ha dicho que el verde es tu color?

—Vete a la mierda, Dante.

—Preferiría follar a—

Mi paciencia se rompe como una goma elástica. —Si valoras tu vida, no vas a terminar esa frase. He sido flexible, *muy puta flexible*, pero por hoy ya estoy hasta los cojones, ¿sí?

Se cierra en banda, sin una sola expresión en la cara. —Lo que digas, jefe.

Saco la mano del bolsillo y me la paso por la cara. El cansancio me golpea la piel. —No hagas eso, tío. No va de eso.

Asiente. —Las cosas están cambiando, Matteo. Depende de ti cómo quieras jugarlo, pero que sepas que ahora ella también es una prioridad para mí. Ha entrado en la lista.

Me mira un momento, asegurándose de que entiendo la gravedad de esa declaración antes de alejarse por el pasillo.

Joder. La famosa lista de Dante. Es corta, y en ella están los nombres por los que está dispuesto a ofrecer sus servicios sin pestañear. Todavía recuerdo el día que se plantó delante de papá y le dijo a la cara que no ofrecería su experiencia a nadie más que a mí.

Es lealtad inquebrantable, y en nuestra vida es una promesa que no se toma a la ligera.

VEINTE

MADDIE

AVANZO por el pasillo con un contorno extra en mis caderas, animada por todo el afecto recibido. Echo un vistazo a las habitaciones cuyas puertas están abiertas al pasar por delante. No puedo ver mucho, solo lo suficiente para saber que son dormitorios, tal como dijo Dante. Al abrir la última puerta al final del pasillo, se me corta la respiración ante el tamaño colosal de este dormitorio.

Doy al interruptor y una suave iluminación empotrada ilumina el espacio. Techos abovedados de cuatro metros y medio con una lámpara de araña de estilo art déco en metal y madera. Unas puertas correderas de cristal en un lado de la habitación conducen a un balcón que da al patio trasero. Suelos de madera clara y una mullida alfombra de color gris tenue. La pintura en tonos crema claro de las paredes hace que el gran espacio parezca aún más amplio.

Hay una chimenea de estilo moderno en la esquina, situada a media altura en la pared. Aunque no está encendida ahora mismo, imagino que es bastante acogedora. Un televisor de cincuenta pulgadas con marco de cuadro está montado en la pared frente a la cama más grande que he visto en mi vida.

Parece que alguien ha juntado dos camas de plataforma California King para formar una cama masiva en la que podrían dormir siete personas. El cabecero acolchado es gris y de perfil bajo,

con ropa de cama en tonos crema y gris a juego. Y lo más interesante son los dos cojines decorativos sobre la cama. Deslizo mis dedos por el terciopelo de uno de ellos, disfrutando de cómo cambia a un color más claro con cada pasada.

Este tiene que ser el dormitorio principal. Todo aquí respira lujo, y realmente me pregunto quién vivía originalmente en esta casa. ¿Qué clase de gente necesitaba una cama de este tamaño? Me muerdo el labio ante la respuesta obvia que tengo delante de mis narices.

¿Quizás alguien que tenía a varias personas a la vez? Se me escapa una risita. Espero que fuera un harén inverso. El mundo necesita más de esos, si me preguntáis a mí.

Observo la cama con interés. Sí, supongo que podría acostumbrarme a eso. Nunca he dormido realmente con alguien, aparte de con Lainey y Mary cuando nos quedábamos dormidas en nuestras noches de cine. Pero creo que me gustaría el acurrucarse, el afecto. La idea de dormirse y despertarse en los brazos de alguien cada día suena realmente bien. No me importa ser la «cuchara pequeña» para la persona adecuada. Me río para mis adentros otra vez, más de *mí misma* esta vez, mientras cruzo la enorme habitación hacia el baño.

Doy al interruptor y una suave luz blanca llena la estancia. Se me abren los labios de asombro. Es impresionante. Los brillantes suelos de mármol gris relucen bajo mis zapatos sucios; casi una pared entera es un tocador de tres lavabos con un espejo enorme. Esto da más peso a mi teoría de las múltiples parejas. Un gran ventanal ocupa un lado de la habitación con una ornamentada bañera de patas frente a él. Miro la bañera con interés. Nunca he sido muy de bañarme, pero definitivamente me veo aquí recostada, tal vez con un buen libro de romance y una copa de algo afrutado. Por Dios, hasta aquí dentro el techo es abovedado.

La ducha está frente al tocador, si es que se la puede llamar así. Es casi del tamaño de la cocina de mi apartamento. Es una ducha de obra sin puertas ni cortina. Entro y veo que tiene un sistema digital de control de temperatura. También hay un altavoz, cuatro

alcachofas de ducha con lo que parecen ajustes especiales, un banco y un puñado de productos de aseo.

Es perfecto. Ajusto la temperatura y salgo para desnudarme, dejando mi ropa en un montón ordenado en el suelo. Ya me preocuparé por la ropa limpia más tarde. Pongo una mano bajo el agua para comprobar la temperatura y no me sorprende comprobar que está perfecta.

Entro en la ducha, programo rápidamente una de las tres alcachofas abiertas y la inclino para que también me rocíe a mí.

Cuando doy un paso atrás hacia el chorro más cercano a mí, se me escapa un suspiro que me llega al alma. ¿Cuántas veces he dado por sentados el calor y la relajación que ofrece una ducha caliente? *Nunca más*, me prometo. Cierro los ojos y me mojo el pelo, dejando que el agua resbale por mi piel, lavando los eventos de los últimos dos días. Cojo el champú del estante que tengo al lado, me echo un poco en la mano y me enjabono el cabello.

Qué casualidad tan agradable, es la misma marca que uso yo, solo que con un aroma diferente. El jazmín llena el aire junto con el vapor. Después del champú, me pongo acondicionador y uso el gel de baño que he encontrado. No tiene etiqueta, pero algo en el aroma me recuerda a Dante.

Al terminar, no estoy del todo lista para salir, así que decido probar el resto de las alcachofas. Las enciendo y ajusto sus configuraciones para que cada una ofrezca un patrón de rociado diferente.

Intento relajarme, pero sigo demasiado agitada por todo lo de abajo con Dante... y por saber que Matteo estaba mirando.

Suspiro ante el vapor que sube y la sensación de los diferentes chorros sobre mi piel. Según cualquier lógica, debería ser un charco de relajación absoluta.

Pero cuando cierro los ojos, siento las manos de Dante y su boca sobre mí.

Me muerdo el labio mientras fantaseo con qué habría pasado si Matteo no nos hubiera interrumpido.

¿Le habría suplicado?

¿Me habría puesto de rodillas ante él?

¿Me habría tomado contra la pared?

Con fognazos de Dante en mi visión, suelto la alcachofa de ducha cercana. Esta tiene un patrón suave, casi palpitante, y se siente increíble contra mi piel sensible. Me la acerco a los pechos y la inclino de modo que parezca que alguien los está apretando suavemente.

Con la otra mano, me pellizco el pezón, disfrutando del ramalazo de dolor.

Al cabo de un momento, bajo el chorro y me provoco con movimientos lentos. Mi pecho sube y baja con respiraciones pesadas mientras mantengo los ojos bien cerrados e imagino que son las manos de Dante. Sus dedos. Su boca en mi piel en su lugar.

Giro el mango en mi mano para que apunte más hacia arriba y lo dirijo hacia mi sexo. Escalofríos de euforia suben desde mis pies mientras la lujuria recorre mi cuerpo a una velocidad que no esperaba.

Un gemido bajo sale de mis labios ante la sensación del agua contra mi piel sensible. Lo roto lentamente para que golpee cada ángulo.

El agua golpea mi clítoris de una manera que me recuerda a mi novio a pilas favorito que dejé en la residencia.

—Dante—, gimo, todavía atrapada en la fantasía. Finjo que es su boca rozando mi clítoris, sus dedos bombeando dentro de mí.

Siento unos dedos fríos envolverse alrededor de mi mano, la que sostiene la alcachofa, y abro los ojos de golpe.

—Matteo.— Su nombre escapa de mis labios con un jadeo.

Está de pie frente a mí, vestido con su pantalón de chándal y su sudadera, el cabestrillo olvidado. Las tres alcachofas lo empapan en segundos. Me mira con un hambre distinta a todo lo que he visto antes.

—Cuando te corras, va a ser mi nombre el que esté en tus labios, Cherry.— Me quita la alcachofa y cambia el ajuste sin siquiera mirar.

La presión y el ritmo aumentan, y el ángulo cambia. Si antes pensaba que estaba subiendo esa montaña rápido, no es nada comparado con ahora. Siento que estoy en una montaña rusa y estoy casi en lo más alto del pico antes de caer en picado.

Flexiono los pies e instintivamente me pongo de puntillas, preparándome para el orgasmo que sé que va a estallar.

Matteo se acerca más mientras el agua le resbala por la cara. El pelo le cae sobre la frente, casi negro, en mechones empapados. Sus ojos se oscurecen, casi arden mientras me deja ver su lujuria apenas contenida.

—Fóllate con los dedos, Cherry. Quiero mirarte.

Como si fuera una marioneta y él mi titiritero, deslizo un dedo dentro de mí. El calor se irradia desde mis mejillas por mi cuello hasta mi pecho. Lo miro fijamente mientras me penetro lentamente una y otra vez.

Él baja la mirada hacia mis dedos antes de volver a mirarme y acercarse un poco más. Sus pantalones de chándal empiezan a resbalar por sus caderas delgadas a medida que están más y más mojados.

—Dos dedos, Cherry. No te me vuelvas tímida ahora.— Su voz es ronca y autoritaria.— Desliza dos dedos en ese bonito coño rosado y enséñame aquello con lo que he estado fantaseando cada puñetero día durante dos años.

Su reconocimiento de nuestro pasado compartido enciende algo en la boca de mi estómago, algo más que simple lujuria. Es una necesidad tan visceral que aprieto los dientes contra la marea creciente.

Deslizo otro dedo dentro de mí e inclino la cabeza hacia atrás, tratando de mantenerme en el momento presente y no perderme en las nubes. Su mirada ardiente se siente como un contacto físico, y mis labios se separan en un gemido entrecortado.

Él continúa su asalto sobre mi clítoris mientras muevo los dedos dentro y fuera más rápido.

—Así. Buena chica.— Se inclina, atrapando mi labio inferior entre sus dientes y tirando suavemente. La presión aumenta antes de soltarme y pasar su lengua por mi labio, como para calmarlo.

—Más— suplico.

Parece que esa sola palabra ha sido la llave para abrir la puerta que lo contenía. Y al instante siguiente, aplasta su boca contra la

mía. No hay preámbulos. Es un asalto total mientras introduce su lengua en mi boca.

Y, de un modo asombroso, imita el ritmo de mis dedos, por lo que parece que me está follando la boca. Quiero pasar mi pierna por su cadera, desesperada por ser llenada con algo más que mis propios dedos.

Me muero por ser tocada, y me muero por tocarlo a él en todas partes. Pero, sobre todo, simplemente tengo ansia de él.

Él avanza, presionando todo lo que puede su cuerpo contra el mío mientras sigue sosteniendo la alcachofa. Mis dedos pierden el ritmo y apoyo la nuca contra el azulejo para mantener el contacto.

—Córrete en tus dedos, Cherry.

Esa es la única advertencia que recibo. Mis músculos se tensan cuando un placer tan delicioso atraviesa mi cuerpo. Todo se contrae ante su orden mientras un orgasmo alucinante me desgarras como un rayo: caliente, brillante y sobrecargado.

Matteo no retira su boca y, por un momento, simplemente compartimos el mismo aire mientras bajo de mi embriaguez. Mis pestañas parpadean al abrirse; ni siquiera me había dado cuenta de que las había cerrado.

La expresión del rostro de Matteo es algo que no olvidaré en la vida.

Es un anhelo tan desesperado que apela a mi alma.

No retira la alcachofa, incluso cuando me retuerzo ante la sensación contra mi clítoris hipersensible. Intento retroceder, pero ya estoy contra la pared.

—¿Has tenido suficiente?— susurra contra mi boca.

Parece una pregunta trampa, y la única respuesta es un eco de lo que Dante me acaba de decir.

—Nunca.

En un movimiento rápido, retira la alcachofa y la deja caer al suelo, donde el agua rocía la pared junto a nosotros. Pasa su mano por debajo de mi rodilla y la levanta hacia el banco que tengo al lado. Desliza su mano por la parte posterior de mi muslo y se deja caer de rodillas.

Se me corta el aliento mientras lo miro.

Mi caballero oscuro de rodillas, jurándome lealtad.

Su pecho sube y baja con respiraciones pesadas mientras envuelve mi mano con la suya. Se lleva mis dedos a la boca, rodeando con su lengua los mismos que estaban dentro de mi sexo hace unos instantes.

—Jodidamente deliciosa— dice con un gruñido.

Prácticamente estoy jadeando, boqueando, tratando de meter más aire en mis pulmones. La estampa que tengo ante mí es capaz de darme un infarto.

Usa el agarre en mi muslo para separarme más las piernas, abriéndome a él. Su cara está a cinco centímetros de mi coño, y si no acabara de tener uno de los mejores orgasmos de mi vida, me sentiría un poco avergonzada. Pero no me da tiempo a sentir mucho pues baja la cabeza y me lame sin decir una palabra más.

—Oh, Dios, Matteo.

Cierro los ojos con fuerza mientras él ataca mi sexo con la misma contención calculada que muestra en la vida. No deja ni un centímetro de mí sin tocar, moviendo la lengua entre mis pliegues y rodeando mi clítoris.

Estoy sensible por mi orgasmo anterior y, con cada rotación alrededor de mi clítoris, me tiemblan las piernas. Pequeñas réplicas de la explosión que ya he sentido. Apoyo la mano en su cabeza, enredando mis dedos en su pelo, y los mantengo ahí mientras me froto descaradamente contra su cara.

Se retira lo justo para que pueda ver mi placer reluciendo en su rostro. Se lame los labios y me mira directamente a los ojos.—Eres lo mejor que he probado nunca. Y quiero más, así que vas a correrte otra vez.

—No, Matteo, yo... no creo que pueda— tartamudeo mientras él empieza de nuevo.— Es demasiado.

—No lo es— rebate.— Demuéstrame que puedes ser una buena chica.

Esas dos palabras otra vez, como magia, desbloquean algo profundo en mi interior. Mi cuerpo se ablanda por instinto, mis caderas se inclinan para abrirme un poco más para él.

Se inclina para continuar su exquisita tortura en mi zona más sensible. Es despiadado en su búsqueda de mi placer. No cesa en su empeño, animándome a frotarme contra su cara y, cuando estoy tan cerca de correrme que casi puedo saborearlo, introduce dos dedos dentro de mí y envuelve mi clítoris con sus labios.

Mi cabeza golpea el azulejo a mi espalda y estallo.

VEINTIUNO

MADDIE

CUANDO FINALMENTE REGRESO A LA REALIDAD, entreabro los ojos para ver a Matteo ponerse en pie, lamiéndose los dedos para limpiárselos. La visión de él disfrutándome tan a fondo mantiene viva esa brasa de lujuria en mi interior. Se pasa el pulgar por debajo de los labios y me dedica una sonrisa de suficiencia. Es una sonrisita sucia, cargada de oscuras intenciones. Yo soy un montón de satisfacción sin huesos, apoyada contra la pared con un pie todavía sobre el banco.

—Eso ha sido... —Mi voz se apaga, incapaz de encontrar las palabras adecuadas para transmitir todo lo que ha sido.

—Perfecto —murmura él.

Tuerzo los labios hacia un lado con un asentimiento. —Ha sido perfecto.

Inclinándose fuera de la ducha, coge una de las mullidas toallas blancas del gancho de la pared y camina hacia mí.

CIERRO LOS DEDOS alrededor de la toalla y tiro de ella hacia mí.
—Gracias.

Sin embargo, no deja que se la quite; al contrario, vuelve a acercarla a su pecho. —Yo cuido de lo que es mío.

Me seca con movimientos lentos y precisos, agachándose para pasar el suave tejido por mis muslos y por la parte posterior de mis piernas. Se detiene, y su mirada de ojos color avellana oscurecidos me atraviesa de una forma que no había experimentado antes.

Algo en mi pecho me duele, apretando y enviando cálidas grietas desde mi corazón. Es una mirada que dice muchísimo, una que trasciende los «te quiero» que intercambiamos en su casa franca. Lo propulsa hacia algo más, algo a nivel celular.

—Matteo. —Mi voz es un susurro, una oración, en realidad.

—Para siempre, Cherry. —Se toma su tiempo para incorporarse, trayendo la toalla consigo, arrastrándola por mi piel para atrapar cualquier gota de agua perdida. Es uno de los momentos más íntimos de mi vida.

Asiento, con nuestros rostros alineándose mientras él se levanta, y su vehemencia me roba las palabras.

Me envuelve con la toalla, sujetándola bajo mis brazos, y todo el tiempo me limito a observarlo. Ha pasado tiempo desde que tuve acceso total a él. Desde que me permitió verlo así.

Estoy flotando, cabalgando esa ola de felicidad que ha roto sobre cada terminación nerviosa, y lo observo a través de mis párpados pesados. Se lleva las manos detrás de la cabeza para quitarse la sudadera mojada. Es un movimiento que no debería resultar tan atractivo como lo es. Con su brazo levantado, aprovecho la oportunidad para cambiar un poco las tornas.

—Aquí, deja que lo haga yo.

Agarrando el dobladillo de su sudadera, la subo lentamente, revelando sus marcados abdominales con cada centímetro. Con movimientos cuidadosos, conseguimos quitarle la sudadera y la camiseta. Deja que caigan al suelo con un chasquido húmedo. Si me mira fijamente, no me doy cuenta. Mi atención se centra únicamente en el contorno de su polla dura bajo el tejido mojado.

La lujuria y el vapor se arremolinan en el espacio alicatado que nos rodea, y una brasa de deseo arde en mi interior. Por derecho propio, este fuego debería haberse extinguido. Matteo seguramente me ha dado más que suficiente. Pero parece que una sola mirada a él basta para reavivar la llama.

Envío un agradecimiento silencioso a Dios o a quien sea que me escuche por inventar los pantalones de chándal grises, porque si antes pensaba que los pantalones de chándal grises eran un regalo, no es nada comparado con cómo le quedan a Matteo ahora.

Acorto la distancia entre nosotros, presionando mi cuerpo envuelto en la toalla contra los duros planos de su pecho justo cuando algo rojo por el rabillo del ojo me roba la atención. La culpa pincha el globo lujurioso en el que flotaba y me devuelve a la tierra.

—Matteo, estás herido.

—No es nada —murmura, y desliza lentamente las yemas de sus dedos por la parte posterior de mis brazos.

Me aparto y miro el rojo que se filtra a través de la gasa de su hombro. No es suficiente para justificar un viaje al hospital, pero definitivamente necesita atención. —No, estás sangrando de verdad. No debería haber dejado que siguieras.

Sus dedos se hunden en el pelo de mi nuca y da un pequeño tirón de mis mechones. Mi cabeza se inclina hacia arriba, con nuestros labios a un suspiro de distancia. —Nada podría haberme detenido. Nada. ¿Esto? —Levanta su hombro herido—. Esto no es nada.

Sería tan fácil volver a perderme en Matteo, pero nunca me perdonaría si mis deseos egoístas le causaran más dolor o daños permanentes. Echo un cubo de agua helada sobre mi furiosa libido, la misma que definitivamente quedó satisfecha no hace ni cinco minutos y que, sin embargo, se anima y exige más ahora mismo. Apoyo una palma en el centro de su pecho y lo empujo suavemente hacia fuera de la cabina de ducha hasta que choca con la encimera.

—Deja que te cure primero, ¿vale?

Él suspira e inclina la cabeza. —Cherry, de verdad, es...

Subo las yemas de mis dedos y las rozo por sus labios de puchero. —Insisto. Déjame cuidar de ti. —Es una repetición de las palabras que me dijo hace apenas cinco minutos. El reconocimiento brilla en su rostro y asiente, accediendo.

Con mi palma plana contra su pecho, arquea una ceja y le lanzo una mirada fingida de regaño. —Quédate aquí mientras busco algo de material.

Él suelta una risita, con las comisuras de los labios curvándose hacia arriba, y levanta las manos con las palmas hacia mí en una falsa rendición. Me aseguro de que mi toalla esté bien sujeta bajo mis brazos y me pongo a buscar en los armarios algún tipo de botiquín de primeros auxilios. No sangra a raudales, pero necesita un vendaje nuevo sin duda. Primero abro los cajones y armarios de debajo del lavabo, pero no lo encuentro.

—Prueba en el armario de la izquierda.

Abro el armario alto de la izquierda, que tiene otro igual a la derecha. En el segundo estante hay una bolsa azul de gran tamaño con una cruz roja. —Pensé que nunca habías estado aquí.

—No he estado. Ni siquiera sabía que Dante tenía este sitio, pero siempre prepara su botiquín de la misma forma.

Lo coloco sobre la encimera a su lado con un golpe seco. —Esto parece excesivo.

—No es el típico botiquín estándar. Está más... adaptado a nuestro estilo de vida. —Matteo se limita a encogerse de hombros con el hombro sano—. A Dante le gusta estar preparado.

—¿Así que de verdad no sabías que tenía este sitio? —pregunto mientras abro la cremallera de la bolsa y rebusco entre el contenido buscando lo que necesito. Sinceramente, no estoy del todo segura de qué necesito. No tengo mucha experiencia curando heridas de bala.

—No, de verdad que no lo sabía, pero no debería sorprenderme. A Dante le gusta tener planes de contingencia para sus planes de contingencia. La mayoría de la gente tiene un plan A, quizá un plan B. Dante tiene activamente diez planes en marcha en todo momento.

—Me suena a alguien más que conozco. —Le lanzo una sonrisa pícaro por encima del hombro.

—Ah, ya veo que Cherry está de humor para bromas —se burla de mí.

—¿Acaso me equivoco? —reflexiono, mirando dentro de uno de los muchos bolsillos de la bolsa.

—Dante es mi segundo. Es inevitable que tengamos hábitos similares.

—Sí. ¿Y qué significa eso exactamente? ¿Tu segundo? —pregunto mientras me planto delante de él, olvidándome de los suministros por un momento.

Apoya su mano en mi cadera, anclándome a él. —Significa que me cubre las espaldas. Siempre. Somos una sociedad. Una que se ha construido sobre la lealtad y se ha forjado en la violencia.

Un escalofrío de premonición me recorre la espalda ante sus palabras.

Me muerdo el labio inferior. —Nunca he hecho esto antes. No quiero estropear nada.

—Te guiaré, Cherry. Y no vas a hacerme daño. Empieza por quitar el vendaje.

—¿Todo bien por aquí? —La voz de Dante me sobresalta. Matteo y yo lo miramos al mismo tiempo. Entre la última vez que lo vi y ahora, se ha puesto unos pantalones cortos deportivos negros de talle bajo y una camiseta negra de manga corta. El orgullo florece en mi pecho al notar su pelo revuelto. Mis dedos causaron ese aspecto perfectamente despeinado.

—Estamos bien —dice Matteo con los dientes apretados.

—En realidad, nunca he hecho esto antes y quiero asegurarme de que lo estoy haciendo bien —interrumpo.

Se produce entonces una pausa colectiva. Siento que estamos en un tiovivo, dando vueltas y vueltas y vueltas. Intento mantener el equilibrio en el centro, de pie e intentando dividir mi tiempo. Pero algunas rotaciones son demasiado rápidas, lanzándome hacia un solo hombre.

Y aquí estoy, pidiéndoles que bajen el ritmo y se aventuren hacia el centro *por mí*.

Dependiendo de hacia dónde camine Dante, se determinará todo. O entrará en el baño o se retirará al dormitorio. Ambas opciones envían un mensaje contundente, y ambas están bien. Este tipo de... *relación* no tiene precedentes, así que es inevitable que haya dificultades iniciales. No es que haya artículos de revista sobre cómo invitar a dos de tus cuatro novios a colmarte de orgasmos y atención.

En realidad, alguien debería escribir ese artículo. Sería muy útil para situaciones como esta. Contengo la risita; definitivamente este no es el momento para ello.

Dante desliza las palmas por el marco de la puerta, con los bíceps flexionándose mientras se apoya en él. Ladea la mirada de mí a Matteo, pero yo no aparto la mía de la suya, ni siquiera para intentar analizar la expresión de Matteo.

Da un paso hacia mí, elígeme, ruego con la mirada.

Sé que tomó su decisión antes. Quería esperar a que tomara su propia decisión, y lo hizo. Dejó esa elección muy clara en las escaleras, pero esto es algo diferente. No estoy del todo segura de qué estoy pidiendo ahora mismo, pero sé que es algo nuevo, algo con lo que llevo tiempo fantaseando.

Diablos, ni siquiera estoy segura de si estoy lista para todo el asunto de dos a la vez, pero sé que estoy ansiosa por explorar un poco. Recorro el cuerpo de Dante con mi mirada y mis dedos se contraen involuntariamente contra los hombros de Matteo. Juro que sus cuerpos fueron esculpidos por la tentación y diseñados para hacer que las chicas inteligentes hagan estupideces.

Como invitar a un novio a jugar con ella y con su otro novio, como si estuviéramos sentados para tomar el té o algo así.

Jesús, cálmate, reprendo a mi voz interior. Está preguntando si necesito ayuda para limpiar la herida de Matteo, no si quiero que participe en un trío. Suelto una risita.

A menos que tú lo inicies. Maldición, ¿por qué esa vocecita interior suena como Lainey?

Me muerdo el labio mientras miro a Dante de arriba abajo. Si eso no es una declaración abierta de mis intenciones, no sé qué lo es.

Sé que lo entiende cuando se inclina más, con los músculos de sus hombros tensándose por la fuerza ejercida. Hay un segundo de preocupación que me atraviesa como una aguja, pero luego se separa del marco de la puerta y entra en el baño, y mi mente se queda en blanco.

La emoción revolotea en mi vientre al ver cómo camina hacia mí y se coloca a mi espalda. El calor me envuelve por ambos lados, y el aliento se me entrecorta ante la fantasía que nubla mi visión.

La intensa mirada de Matteo quema mi piel, cargada de preguntas y lujuria. Lo miro por debajo de las pestañas, sin sorprenderme al encontrar sus ojos fijos en los míos.

Dante desliza sus palmas por mis brazos hasta llegar a mis manos. Con una ligera presión, hace que afloje mi agarre sobre los bíceps de Matteo. Dante mantiene sus manos sobre las mías mientras las guía, con su piel siempre en contacto conmigo mientras limpiamos la herida de Matteo, aplicamos una capa de crema antibiótica y colocamos un vendaje de gasa encima. Sello la gasa con cinta adhesiva por los bordes, protegiéndola de nuevo.

—Ya está. Como nuevo. —Mi voz suena mucho más agitada de lo que pretendía. Es solo entonces cuando me doy cuenta de que mi pulso se ha disparado y que mi pecho sube más rápido con respiraciones fatigosas. La anticipación sabe a fresas en mi lengua, ácida y dulce.

Dante desliza sus dedos por mi brazo, sobre mi bíceps, rodeando mi hombro, siguiendo la curva de mi cuello hasta que agarra un puñado de mi pelo y lo enrosca alrededor de su puño. Mi mirada se clava en la suya en el espejo, por encima del hombro de Matteo. Un jadeo escapa de mis labios entreabiertos cuando veo la expresión de hambre pura en su rostro.

Dejamos la escalera con ganas, ambos necesitados, anhelantes. Pensé que mi necesidad estaba saciada. Pero solo era un aperitivo.

¿Y Dante? Él está *hambriento*. Echa mi cabeza hacia atrás y mis párpados caen sin pensamiento consciente. Mantiene mi mirada mientras recorre con su nariz la curva expuesta de mi cuello.

—Hueles como yo. —Sus labios rozan mi piel sensible con cada sílaba.

Las manos de Matteo aprietan la toalla a mi costado mientras me atrae con más firmeza contra él. Su polla se tensa contra el tejido que nos separa. —Pero sabe como yo —gruñe—. ¿No es cierto, muñequita?

Me lamo los labios, de repente con la boca reseca.

—¿Es eso cierto, Maddie? ¿Sabe a él este coño? —Dante habla contra ese punto perfecto detrás de mi oreja. Está lleno de

terminaciones nerviosas, y pequeños relámpagos de placer se disparan directos a mi coño con cada palabra.

Y esa es la única excusa que tengo para lo siguiente que sale de mi boca. —No lo sé. Quizá deberías descubrirlo por ti mismo.

Los gruñidos resuenan a mi alrededor y eso envía una oleada de excitación a mi sistema. A este paso, siento que ya estoy cerca del límite, y nadie me ha tocado de verdad todavía.

—¿Oyes eso, jefe? Nuestra chica quiere que le coma el coño. Y como tú ya has tenido tu turno, puedes quedarte fuera en esta. — Dante desliza su mano sobre la generosa curva de mi culo y por el interior de mi muslo, bajo la toalla.

Cierro los ojos con fuerza cuando las yemas de sus dedos apenas rozan mi coño palpitante, y un sonido de protesta escapa de mis labios.

—Ojos abiertos, Cherry. Quiero ver la cara que pones cuando él haga que te corras.

Es una orden inesperada por su parte, pero no me tomo el tiempo para deleitarme con su capacidad de compartir; simplemente obedezco. Al abrir los ojos, me encuentro de nuevo con la mirada de Dante en el espejo.

Un timbre estridente llena el aire, y tardo un momento en darme cuenta de que no está dentro de mi cabeza. Tanto Dante como Matteo se quedan helados, como dos niños sorprendidos con las manos en la masa, antes de convertirse en torbellinos de acción.

—¿Qué pasa?

—Es la alarma —explica Dante.

Mi lujuria se estrella contra la baldosa fría mientras el miedo gélido se desliza en mi corazón. Cruzo los brazos sobre mi pecho. — ¿Qué clase de alarma?

—Fallo de seguridad —dice Dante mientras saca su teléfono y maldice—. En la cocina, en dos minutos. Será mejor que te vistas.

VEINTIDÓS

MADDIE

TODO en mi interior se congela y mis pensamientos se quedan en blanco. —¿Fallo de seguridad?

—Quédate conmigo, Cherry. Todo irá bien.

Parpadeo, sobresaltada al ver que está justo delante de mí. Su voz me tranquiliza y me descubro asintiendo mientras mi mente gira en un torbellino vertiginoso.

—Joder —maldice en voz baja—. Vamos a vestirme, ¿vale? Matteo alarga el brazo hacia atrás para coger la ropa doblada sobre la encimera.

Cojo la ropa con dedos temblorosos, ya sea por el placer que estaba disfrutando o por el miedo que me eriza la nuca. Probablemente por ambas cosas. Casi en piloto automático, me paso por la cabeza la sudadera prestada de talla grande y me llega una ráfaga de ese clásico aroma a colada limpia y menta. Me seco el pelo rápidamente con la toalla, estrujándolo para que absorba la mayor cantidad de agua posible antes de ponerme unos pantalones cortos deportivos negros. Me vienen bastante grandes, así que doblo la cinturilla varias veces.

Es entonces cuando recuerdo que Matteo necesitará ayuda, aunque no creo que la pida. Cuando me doy la vuelta, me encuentro cara a pecho con un Matteo muy, muy desnudo. Mi mirada se clava

en su polla dura, reclamando toda mi atención. Me lamo los labios, con la anticipación espesa en la lengua. Me siento aturdida, casi hipnotizada. Un pequeño hilo de miedo se enrosca en mi bruma lujuriosa. Es enorme; más grande de lo que recordaba. Siento que lo notaré durante días después de que por fin esté dentro de mí.

Cambio el peso de un pie a otro mientras imagino un final muy distinto para nuestra pequeña velada si no hubiera sonado la alarma. Él emite un ruido sordo en la garganta, reclamando mi atención.

—Mírame a los ojos, Cherry. Si sigues mirándome así, no me haré responsable de lo que pase después. —Sus palabras tienen ese tono grave y rasposo que me encanta, el tipo de tono que me hace obedecer cualquier orden al instante.

Recorro lentamente su cuerpo con la mirada, pasando por sus abdominales, su pecho cincelado y unos músculos que parecen tallados en piedra. No hay duda, Matteo es una obra de arte.

Sinceramente, los cuatro lo son, estoy segura de ello.

Y no puedo esperar a que llegue el día en que pueda explorarlos *a fondo*. Él alarga la mano hacia atrás y coge otros pantalones cortos deportivos negros de la encimera. No sé de dónde ha salido esta ropa ni de quién es, pero supongo que Matteo la trajo aquí antes de meterse conmigo en la ducha. Y probablemente sean de Dante, ya que esta es su casa, aunque apenas viva en ella. En algún momento voy a necesitar ropa de mi talla. Pero aparco esa preocupación y me centro en el ahora. Eso es un problema futuro; mi prioridad actual es simplemente conseguir que Matteo se vista y baje, para que podamos averiguar qué está pasando.

Ayudo a Matteo a ponerse otra sudadera, esta vez negra, con cuidado de no rozar su vendaje recién puesto. Agachándome, recojo la ropa sucia entre mis brazos.

—Déjala. Ya la cogeremos luego. —Abre el armario de la derecha, el opuesto a donde estaba el botiquín, y veo toallas y otra ropa blanca apilada en los estantes. Todo menos el estante de arriba del todo. Ese tiene un puñado de armas distintas. Dejo la colada sobre la encimera y me quedo mirando con los labios entreabiertos y los ojos muy abiertos.

Matteo coge una pistola, comprueba el cargador y se la mete en el bolsillo con toda la naturalidad de alguien que coge el periódico.

—¿Por qué hay armas en el cuarto de baño? —Frunzo el ceño, confundida. Siento que cada vez que obtengo una respuesta, surgen tres preguntas más al final del día. Qué diablos, a veces al final de la hora. Y de repente siento que no estoy ni un paso más cerca de las respuestas.

—Nunca se es demasiado precavido —dice Matteo mientras me coge la mano y entrelaza nuestros dedos—. Vamos, bajemos a ver qué han encontrado.

Bajamos las escaleras de la mano y mis ojos se desvían hacia la pared contra la que Dante me tuvo inmovilizada. No sé por qué, pero esperaba ver algo allí, algún tipo de prueba de nuestro encuentro, por breve que fuera. Me recibe una pintura perfecta de color crema.

Atravesamos la casa hasta el espacio abierto del salón. Dante y Leo ya están en la cocina.

—¿Dónde está mi hermano? —pregunta Matteo.

Leo juguetea con su teléfono en la palma de la mano, con la ansiedad reflejada en la forma en que frunce el ceño. Nos mira a Matteo y a mí alternativamente. —Ni idea. No le he visto desde que subisteis. No contesta a nuestras llamadas.

Suelto mi mano de la de Matteo y me detengo junto a la isla. Él va directo a las tabletas que hay sobre la encimera; las tres muestran imágenes de seguridad de lo que supongo que es la propiedad.

Matteo se pasa una mano por el pelo. —Joder. ¿No dijo Rafe que el lugar era seguro?

—Lo dijo —asiente Dante.

—¿Entonces qué cojones está pasando? —pregunta mientras se desplaza por varias pantallas, mirando diferentes ángulos. Aunque la visión nocturna esté activada, sigue estando casi todo oscuro, con algún árbol ocasional balanceándose con la brisa.

La ansiedad clava sus garras en mis músculos, tensándolos más por momentos. El agua fría me resbala por la espalda en lentos

hilos, provocándome escalofríos. Siento un tirón en el pelo y me doy la vuelta para ver que Leo se ha acercado a mí.

—No te preocupes, Madison. Nadie va a llevarte. —Las palabras de Leo pretenden ser tranquilizadoras, estoy segura, pero solo sirven para hundir más la ansiedad.

—Lo sé. Me preocupáis más vosotros. Y Aries. —Me muerdo el labio y miro alrededor de la cocina.

Vuelve a tirar suavemente, recuperando mi atención. —¿Vas a decirme alguna vez por qué llamas a mi hermano el dios de la guerra?

Le miro, con una sonrisa asomando en las comisuras de mis labios. Está intentando distraerme y está funcionando. Podría decírselo fácilmente, pero es más divertido hacérselo currar un poco. Me encojo de hombros y sonrío con picardía. —Quizá algún día.

—Mm. Algún día. Me gusta cómo suena eso. Significa que estás pensando en el futuro, uno conmigo en él. Me gusta.

Arrugo la nariz ante su encanto, con una amplia sonrisa en la cara. —O solo son palabras.

Me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja, sus dedos rozan las puntas. —Nada es *solo* nada contigo.

Sus palabras parecen bastante inocentes, pero me mira con intención. Mi corazón da un vuelco cuanto más tiempo nos miramos. Me acerco a él, cautivada por sus ojos de color verde oscuro y su pelo alborotado.

—Y tú eres incorregible, Leonardo Rossi. —Mis palabras apenas superan un susurro, pero estamos lo bastante cerca como para saber que me ha oído perfectamente.

—Pero soy tuyo.

Mi sonrisa desaparece cuando el sonido de la sangre latiendo en mis oídos anula mi audición por un momento. Aguanto la respiración mientras espero a que sonría con picardía y suelte algún chiste. Él me observa en silencio, sin flaquear en su atención y sin rectificar su promesa.

Porque eso es lo que me parece. Una promesa escrita con sangre y tatuada en mi corazón.

—¿De verdad?

Se acerca más, deslizando su muslo entre los míos y agachándose para poner su boca junto a mi oído. —Dime que eres mía.

—Soy tuya, Leonardo —susurro las palabras. Un escalofrío recorre su cuerpo cuando susurro su nombre, y mis labios tiemblan ante el poder que eso me infunde. Sé que me dijo que le gusta cuando uso su nombre completo así, pero no es nada comparado con cómo reacciona su cuerpo instintivamente cuando sus sílabas salen de mis labios.

Él gime, un ruido bajo y urgente. —Dilo otra vez.

Sonríó con picardía y arqueo la espalda, rozando mi pecho contra el suyo. —Soy tuya, Leonardo.

—Joder —maldice mientras desliza sus manos por mi espalda y sobre mi culo en un movimiento tan posesivo que me hace arquear más la espalda.

Unos aplausos lentos comienzan desde algún lugar a mis espaldas, sacándome de la pequeña burbuja que Leo y yo habíamos creado inconscientemente. Tras el segundo aplauso, Leo nos hace girar para que su espalda quede hacia la persona que aplaude, atrapándome entre él y la isla.

—Muertos, muertos, muertos y muertos. Eso es lo que estaríais todos si esto hubiera sido una amenaza de seguridad real.

—¿Rafe? —pregunta Leo, relajando los brazos.

—Hola, hermanos.

—¿Qué cojones está pasando? ¿Dónde has estado? —pregunta Matteo con una voz cargada de peligro.

—Oh, ¿he interrumpido vuestro tiempo con Raven? Mala mía.

Salgo de detrás de Leo justo a tiempo para captar la falsa inocencia de Aries mientras fulmina a Matteo con la mirada. —¿Qué está pasando? ¿No ha habido ningún allanamiento?

Aries me mira, metiéndose las manos en los bolsillos. —No, lo hubo. Pero por suerte para todos, solo era yo probando las medidas de seguridad.

—Vale —digo la palabra lentamente, alargándola mientras frunzo el ceño—. ¿Pero por qué no nos has dicho nada?

Arquea una ceja y me mira, pero parece que nos esté hablando a todos. —Estamos en medio de una utopía de pijos ricos sin saber quién es amigo o enemigo, o quién está ya en el bolsillo de quién. Y por si a alguien se le ha olvidado, alguien puso precio a mi cabeza y os pilló a vosotros en el fuego cruzado. Así que no, no todo son risas y juegos. Todavía no.

Me encojo ante el recordatorio, sintiendo cómo la vergüenza me recorre el pecho. —No lo he olvidado. Solo estoy... agotada, exhausta y emocionalmente vacía.

—No me refería a eso, Raven. —Aries suelta un suspiro y mira al techo—. Es solo cuestión de tiempo que se den cuenta de que tienen al tío equivocado.

—O que papá venga a llamar a la puerta. Otra vez —aporta Matteo.

—Exacto. Así que tenemos que poner en marcha nuestro plan, y el primer paso era probar la seguridad.

—¿Y cuál es nuestro plan? —le pregunto a Aries.

—Estoy en ello —dice asintiendo.

—¿Tú estás en ello? —pregunta Matteo, ladeando la cabeza ligeramente hacia la derecha—. ¿No crees que es algo que deberíamos hacer juntos?

Aries sonrío, un gesto cruel en su boca, y se encoge de hombros. —Claro que sí, hermano. Es que parecía que estabas un poco *ocupado* hace un rato.

Me pongo tensa ante su insinuación, pero es más curiosidad que indignación. Miro alternativamente las imágenes de seguridad en las tabletas detrás de mí y a Aries. ¿Nos *estaba mirando* a Matteo —y a Dante— y a mí? Una efervescente sensación de sensualidad me calienta el bajo vientre ante la idea. Una mirada a Matteo me indica que él no comparte mis sentimientos. Tiene los hombros tensos y las comisuras de la boca hacia abajo. Da un paso adelante, con los puños apretados a los costados. —¿Acaso tú...?

Dos pasos y me pongo entre ellos. —¿Hay algo que requiera nuestra atención?

—No —responde Dante.

Asiento varias veces. —Bien. Han sido unos días muy largos, así que vamos a dar la noche por terminada. Mañana podemos repasarlo todo. —Matteo abre la boca, pero antes de que pueda pronunciar una palabra, le pongo la mano en el brazo. Me presta atención de inmediato—. Estoy cansada, Matteo.

Sus hombros pierden parte de la tensión. —De acuerdo, Cherry. Te acompañaré arriba.

—No, ya la subo yo, jefe. Tú ocúpate de tu hermano —dice Dante, rodeando la isla.

Hay un momento de vacilación antes de que Matteo asienta y se incline para rozar su boca contra la mía. —Duerme bien, Cherry.

—Tú también —murmuro, dejando que Dante deslice su palma contra la mía.

Leo se planta ante mí y me deposita un beso ligero como una pluma en la comisura de la boca. —Dulces sueños, Madison.

Giro la cabeza para buscar sus labios, pero él ya se está alejando. Su afecto abierto me sorprende de la mejor manera. Me giro, buscando a Aries, pero se ha movido hacia la pared junto a la nevera. Apoya un hombro en ella y me mira con ojos reservados. Me muerdo el labio mientras lo observo. Quizá no le parezca bien esta *relación*. O quizá simplemente esté cansado.

—Buenas noches, Aries. —Mi voz es baja y suave, destinada solo a él a pesar de que todos estamos a tiro de oído.

Él inclina la cabeza hacia mí. —Buenas noches, Raven.

Siento el corazón pesado mientras dejo que Dante me guíe por la casa de vuelta a la habitación en la que estábamos hace un momento. Aparco todas mis preocupaciones para otro día. He pasado el punto de agotamiento y no creo que pueda asimilar nada más mentalmente.

Voy directa hacia la enorme cama con plataforma, subiéndome a ella por los pies. Una vez que estoy acurrucada bajo las mantas en el centro de la cama, me fijo en Dante, que sigue de pie en el umbral. Siento los ojos pesados, los párpados como si pesaran cinco kilos cada uno. Un bostezo me pilla por sorpresa, desencajándome la mandíbula.

—¿Qué? —le pregunto cuando noto su amplia sonrisa.

—Nada —dice encogiéndose de hombros.

Sonrío con picardía y me doy la vuelta. —Buenas noches, Dante.

—Buenas noches, Maddie. Sabía que estarías guapa en mi cama
—murmura mientras me quedo dormida.

VEINTITRÉS

MADDIE

LA SUAVE LUZ del sol me calienta la piel, rescatándome de uno de los mejores sueños de mi vida. Me estiro incluso antes de abrir los ojos, elevando los brazos y estirando las puntas de los pies. Las sábanas se desplazan y se deslizan hasta mis caderas. El aire fresco me roza la piel, una combinación perfecta para el calor del sol. Un leve gemido escapa de mis labios cuando noto la resistencia en algunos de mis músculos.

Una sonrisa ladeada curva las comisuras de mis labios al recordar por qué exactamente estoy tan deliciosamente dolorida. Nunca en mis sueños más salvajes habría esperado que pasara eso. O lo que estaba a punto de pasar si Aries no hubiera decidido realizar una prueba de seguridad.

Me incorporo hasta quedar sentada, parpadeando para alejar los últimos vestigios del sueño que estaba teniendo justo antes de despertarme. No recuerdo exactamente de qué trataba, solo que mis cuatro hombres estaban en él. Ahora que lo pienso, estaba a punto de experimentar unas *actividades* grupales muy divertidas, así que no estoy segura de por qué me he despertado.

Un rugido de mi estómago hace vibrar mi cuerpo. Lo miro con una ceja arqueada y gesto de desaprobación. Está bien. Supongo que por eso me he despertado. El hambre debería pasar a un

segundo plano ante el tipo de fantasía que estaba viviendo en ese sueño.

Me pregunto cuánto tiempo habré estado dormida. Los gruesos rayos de sol iluminan la habitación y la contemplo con ojos nuevos. Si impresiona por la noche, no es nada comparado con el día. Resalta el diseño y la destreza que se emplearon en una habitación tan lujosa. Tiene el punto justo de calidez y elegancia minimalista con un lujo discreto.

Inclinándome, agarro el teléfono de la mesita de noche a mi derecha. La pantalla de inicio se ilumina y me indica que son las tres de la tarde. —Dios, ¿las tres? —Mis cejas se pierden en el nacimiento del pelo. Me he pasado la mitad del día durmiendo. Supongo que necesitaba el descanso más de lo que creía.

Le doy vueltas al teléfono en la mano; el material está frío contra mi piel. *Es verdad*, pienso. Dante me dejó su teléfono para llamar a mi hermana anoche, pero me distraje con Matteo. Y luego con Dante. Y luego con todo el asunto de la seguridad. Para cuando volví a meterme en esta cama, caí rendida antes de que mi cabeza tocara la almohada.

Suelto un suspiro, debatiendo si debería comer algo o llamar a mi hermana primero. Siento que necesito sustento para fortalecerme de cara a cualquier tipo de llamada con ella. Pero, al mismo tiempo, la necesidad de llamar a Lainey me recorre la piel como una hormiguita, irritante y reclamando mi atención.

El simple hecho de pensar en la posibilidad de llamar a mi hermana descarrila un poco la ola de felicidad postorgásmica en la que navegaba al despertar. Exhalo un suspiro profundo y me apoyo contra el cabecero, abriendo la aplicación del teléfono.

Una persona por la que no tengo que preocuparme de llamar es mi madre. Resoplo con un sonido algo autodespreciativo. Probablemente esté tomando el sol en alguna playa, preocupada únicamente por su novio actual o por su próximo cóctel. Además, no me sé su número de memoria.

Menos mal que me aprendí de memoria los números de mi hermana y de mi prima hace ya muchos años. Siempre tuve la corazonada de que sería importante recordarlos, y me alegro mucho

de haberlo hecho. Tras marcar el número de Mary, me llevo el teléfono al oído y escucho cómo suena cuatro, cinco, seis veces antes de que salte el contestador.

—Soy Mary. Deja un mensaje. Puede que te conteste o puede que no.

Suena un pitido y noto la lengua trabada, incapaz de articular las palabras que tenía listas. No sé si es porque acabo de despertarme o porque tengo hambre, pero no estaba preparada para esto. En un giro sorprendente, oír la voz de mi hermana me provoca una oleada de anhelo tan feroz que me duele el corazón.

Echo de menos a mi hermana.

Y aunque nunca la involucraría en esto —ni a Lainey, para el caso—, deseo tenerlas cerca. Nunca pondría en peligro su seguridad por tener conmigo a mis mejores amigas y confidentes. Han sido mis consejeras desde antes de que supiera lo que eso significaba realmente. Es un papel tan importante en la vida de una adolescente, y yo he tenido la suerte de contar con más de una.

Suelto el aire, y el sonido es audible a través del auricular. —Hola. —Mi voz suena ronca y tengo que aclararme la garganta—. Hola, soy yo. Maddie. Solo quería avisar. Perdí mi teléfono, así que no sabía si estabas intentando localizarme, pero estoy... estoy bien. Y puedes devolverme la llamada a este número. Es... bueno, supongo que es el número de mi novio. —Me río un poco, con un sonido más autocrítico que alegre. Y es solo porque conozco a mi hermana lo suficiente como para saber que estará resoplando y poniendo los ojos en blanco al oírme usar la palabra *novio*—. Bueno, supongo que es una larga historia, mejor dejarla para la próxima vez que nos veamos. Espero que estés bien. Y te quiero. Llámame.

Pulso el botón rojo de finalizar llamada y aprieto el teléfono entre mis dedos, sosteniéndolo contra mi pecho. Suelto otro suspiro, inflando las mejillas por la fuerza del aire. Luego marco el número de Lainey. Salta directamente el buzón de voz.

—Hola, soy Alaina, ahora mismo no puedo ponerme. Sinceramente, es mejor que me mandes un mensaje. ¡Hablamos pronto! —Se ríe un poco antes de que termine el mensaje y comience la grabación.

Aunque noto un fuerte anhelo en el pecho, una sonrisa se dibuja en mi rostro con solo escuchar el sonido de su voz. Siempre bromea diciendo que yo soy la optimista, pero si lo soy, ella es mi guía.

—Hola, Lainey, soy yo. No te vas a creer lo que me está pasando. O lo que me ha pasado. —Me interrumpo con una risita—. Es una larga historia, pero he perdido el móvil. Estoy preocupada por ti y quiero asegurarme de que estés bien. Puedes devolverme la llamada a este número. Es... bueno, ¿recuerdas aquella vez que dije que iba a empezar mi propia colección de hombres igual que tú? —Me muerdo el labio con una amplia sonrisa—. Sí, creo que lo he hecho. Llámame cuando recibas esto. ¡Te quiero!

Termino la llamada y dejo el teléfono en mi regazo. Mi estómago elige ese momento para recordarme que está vacío. Así que aparto las sábanas y me bajo de la cama de plataforma. En algún momento de la noche debí de tener calor, porque solo llevo una camiseta extragrande. Los pantalones cortos de deporte con los que me acosté están en el suelo; me los pongo y doblo la cinturilla un par de veces para asegurarme de que no se me caigan de las caderas.

Mi nariz sigue el rastro del olor a beicon durante todo el camino hasta la primera planta y de vuelta a la cocina. Todas las puertas de los pasillos están cerradas, pero no oigo ningún ruido que sugiera que haya alguien dentro.

Me pregunto cómo se sentirá Matteo. Tomo nota mentalmente para volver a cambiarle el vendaje hoy mientras cruzo el umbral del pasillo hacia el espacio diáfano. La escena ante mí es muy diferente a la que dejé anoche. Mis cuatro hombres están alrededor de la isla.

Matteo y Dante están entre la isla y el fregadero, Aries se apoya en la encimera junto al frigorífico y Leo está sentado en un taburete en la isla. Todos visten de forma tan parecida que una alegría vertiginosa me envuelve. Camisetas en varios tonos de gris marengo y negro, pantalones cortos de deporte o de chándal; de nuevo en varios tonos de negro. Parecen una *boy band* relajada.

El pensamiento es lo suficientemente ridículo como para desear poder hacer una foto para tener una prueba digital innegable. Modero mi regocijo hasta algo mucho más contenido y cruzo la habitación.

Mi olfato es asaltado por una variedad de olores deliciosos: beicon, obviamente, pero también café caliente y rico, gofres dulces y azucarados, zumos recién exprimidos. Es un despliegue impresionante.

Dante me ve primero, y su rostro se ilumina y se suaviza de una forma que me envía una oleada de calidez. Me recojo un mechón de pelo rebelde tras la oreja y me acerco a ellos, deteniéndome tras el taburete junto a Leo.

—¿Qué tal has dormido? —pregunta Dante.

—Como un bebé. —Le dedico una sonrisa.

—Sabes, nunca he entendido por qué dicen eso —interviene Leo—. Los bebés no duermen bien. Se despiertan como cada dos horas. —Alarga el brazo y coge un trozo de beicon de un plato con una montaña de lo que huele a beicon ahumado con madera de manzano y arce.

Lo miro con los ojos entrecerrados, divertida.— ¿Y tú sabes tanto sobre bebés?

Termina de masticar la media tira que tiene en la boca y me mira con una sonrisita engreída. —Hay muchas cosas que sé.

Hago un sonido de asentimiento vago, pero antes de que pueda preguntarle más sobre cómo sabe tanto sobre bebés, Matteo me acerca un plato.

—Siéntate. Come. Debes de estar famélica.

Me pongo una mano en el estómago. —En realidad, estoy muerta de hambre. Esto tiene un aspecto increíble. Gracias.

Saco el taburete y me acomodo; mis piernas rozan los muslos de Leo mientras me instalo en el mullido cojín del asiento.

VEINTICUATRO

MADDIE

NO PIERDO el tiempo y ataco el gofre belga con arándanos frescos y trozos de beicon crujiente. El primer bocado es perfecto: crujiente por fuera y tierno por dentro.

—Té helado de mango de Ceilán. —Matteo desliza un vaso frente a mí.

Me llevo una mano a la clavícula, conmovida por el gesto—. —Te has acordado.

—Me acuerdo de todo lo relacionado contigo, Cherry. Pensé que ya lo sabías. —Matteo me guiña un ojo antes de coger su taza de expreso y dar un sorbo.

Un déjà vu nubla mis sentidos. La familiaridad de esta escena me golpea como una bola de bolos. No pasó mucho tiempo después de una escena como esta —aunque ambientada en el apartamento de Matteo— cuando todo se descontroló por completo.

Aries saca el taburete que tengo al otro lado y se sienta con una sonrisa de suficiencia, sacándome del recuerdo. Eso es lo que hace que esto sea diferente: Aries. Él es el comodín, la pieza que faltaba en el rompecabezas y que antes no se había tenido en cuenta. Él lo cambia todo para mejor, así que espero que no se repita nada de lo que pasó.

—Eso me recuerda algo —digo tras tragar un bocado de comida deliciosa—. ¿Cómo es que no sabía que tenías no solo un hermano, sino dos? —Miro a Matteo, ya que debería haber sido él quien me lo dijera hace todos esos años.

Bebe su expreso de la pequeña taza roja como si no tuviera ninguna preocupación en el mundo—. Ya sabes por qué, Cherry. Hablamos de ello en el apartamento, ¿te acuerdas?

Asiento y mordisqueo un trozo de beicon—. —Cierto, porque estás en la mafia. —Ladeo la cabeza, arqueando ambas cejas—. Al igual que tu padre. ¿Verdad? ¿Y qué pasa con los demás?

—Ya sabes que yo estoy metido, Maddie —interviene Dante.

—Cierto, eres su segundo. Sigo sin tener claro al cien por cien qué significa eso. —Se produce un momento de silencio en el que nadie dice nada. Todos se tensan a la vez, intercambiando miradas recelosas. Dejo el trozo de beicon en el plato—. ¿Qué? ¿He dicho algo malo?

—No solemos hablar de esto tan abiertamente —dice Matteo encogiéndose de hombros.

—Vale... —Alargo la palabra, intentando leer entre líneas—. Estamos solos, ¿no? —Los miro a todos, buscando inconscientemente la confirmación de que estamos a salvo—. Quiero decir, lo de la brecha de seguridad fue solo cosa de Aries anoche. Así que, teóricamente, ¿no deberíamos poder hablar con libertad aquí? —Miro a Dante, ya que esta es su casa.

Él asiente mientras da un sorbo a lo que parece café solo. No me sorprende en absoluto que a Dante le guste el café fuerte y con cuerpo. Le pega. —Hipotéticamente hablando, sí, podríamos hablar con libertad aquí. Sin embargo, donde hay tecnología, siempre hay una forma de entrar.

Ladeo la cabeza y me limpio distraídamente la grasa de las yemas de los dedos en la servilleta de papel que hay junto a mi plato, mientras mi mente intenta ponerse al día en un juego que hace un mes ni siquiera sabía que existía—. —¿A qué te refieres?

—Bueno. —Dante deja el café y se cruza de brazos sobre el pecho.

Mis ojos se desvían hacia la forma en que sus músculos se abultan y flexionan bajo su camiseta negra.

—Con la misma facilidad con la que Aries se infiltró anoche en nuestra red, nuestros enemigos también podrían hacerlo.

Se me eriza el vello de la nuca.

—Cielo santo, tío, no la asustes —dice Leo, soltando el tenedor con exasperación.

—No la estoy asustando, le estoy diciendo la verdad. Ella puede soportarlo, ¿verdad, Maddie? —rebate Dante.

Levanto la vista del plato y vuelvo a centrarme en él, en la forma en que sus ojos castaños me observan con cautelosa expectativa y comprensión. Algo en su mirada inquebrantable aplaca parte de mi ansiedad. Asiento.

—Es capaz de aguantar mucho más de lo que cualquiera de vosotros cree —murmura.

Siento que las mejillas me arden y no puedo evitar pensar que esto es un doble sentido.

—Pero eso significa que primero tienen que encontrarnos. Así que, aunque creo que técnicamente es posible que alguien piratee nuestro sistema porque no he tenido tiempo suficiente para asegurarlo, no creo que nadie lo haga. Tendrían que saber dónde estamos. Y nadie lo sabe. ¿Verdad? —Dante mira a Aries, a Leo y, por último, a Matteo. Los tres niegan con la cabeza.

—Bueno, pronto sabrán que estoy aquí —dice Aries.

Le clavo la mirada mientras la alarma me recorre—. —¿Qué significa eso? —Sus palabras suenan inquietantes y me provocan un escalofrío de presentimiento. Hay algo palpable en el aire, algo que aún no he sido capaz de identificar. Pero es la misma sensación que tengo cada vez que a Blaire se le ocurre una de sus famosas ideas, que siempre se parecen más a planes de venganza meticulosamente detallados, pero aun así.

—Mientras la bella durmiente de aquí presente ha estado fuera de combate todo el día... —Me sonrío con suficiencia antes de volver a centrarse en Dante—. He estado investigando un poco. Resulta que nuestro senador favorito pasa sus vacaciones de verano en los Hamptons.

—No me fastidies —murmura Leo a mi lado antes de pinchar otro gofre belga de la pila que tenemos delante y plantarlo en su plato. Lo embadurna de mantequilla con un chorrito de sirope. Observo fascinada cómo prácticamente engulle su tercer gofre de la comida.

—Se supone que estás muerto —dice Matteo.

—Exacto —interrumpe Aries—. Usemos eso a nuestro favor.

—¿Cómo? ¿Tendiéndole una emboscada donde sin duda estará rodeado de seguridad personal? —Matteo se mofa.

Aries aprieta la mandíbula y entrecierra los ojos. En un abrir y cerrar de ojos, el gesto desaparece y su máscara de neutralidad vuelve a estar en su sitio—. No. Yendo a la white party. Es una fiesta para los...

—Sé lo que es la white party —dice Matteo, agitando la mano en el aire como para descartar las palabras de Aries.

—Pero no todos lo sabemos —dice Leo.

Aries y Matteo se fulminan con la mirada durante un momento antes de que el primero desvíe su atención hacia su otro hermano—. Es una fiesta para algunos de los más ricos del país, de ese uno por ciento que veranea en los Hamptons o vuela hasta allí solo para el fin de semana de eventos. Empieza con la white party. Es elitista a más no poder, y ese fin de semana se cierra más de un trato bajo cuerda. Me han dicho que el senador ha conseguido una invitación este año, y sería perfecta para una pequeña venganza.

Espero, con las cejas subiendo hacia el nacimiento del pelo y los labios apretados para reprimir la sonrisa que amenaza con extenderse por mi rostro. La white party. Famosa, sin duda; es legendaria. Aunque no sé si diría que solo asiste ese uno por ciento privilegiado. Siento que he visto a montones de personas allí que no cumplen con ese parámetro concreto. Tengo la curiosidad suficiente como para escuchar el resto del plan de Aries antes de soltar mi propio comentario.

—Así que, ¿qué mejor manera de demostrarle al senador no solo que no estoy muerto, sino que sé que él es quien está detrás del golpe, que en un lugar muy público? —dice Aries con una sonrisa de suficiencia.

—¿Vas a extorsionar al senador en mitad de una fiesta de la alta sociedad en pleno Long Island? —Los ojos de Leo se agrandan con cada palabra.

—Extorsionar es un término muy vulgar. Prefiero la palabra *negociar*. —Su voz es tan melosa... No me extraña que se haya estado codeando con algunos de los conocidos de Blaire. Supongo que su forma particular de expresarse, con esa voz suave y su presencia imponente, es suficiente para encandilar a casi cualquiera.

—Vale —dice Dante—. Supongamos que aceptamos el plan. ¿No te reconocerá en cuanto te vea?

Aries asiente y tamborilea con el dedo contra el costado de su taza. Está casi vacía, pero si tuviera que adivinar, diría que parece de los que toman el café solo con azúcar.

—Cierto. Por eso los enviaremos a *ellos*. —Nos mira a Leo y a mí.

—Contad conmigo —dice Leo sin dudarlo.

Las protestas brotan de Matteo y Dante inmediatamente.

—¿Qué? —Aries levanta la voz para llamar la atención—. El hermanito quería tirarse a la piscina, ¿no? Pues ha llegado el momento.

Matteo levanta la barbilla—. —Sí, ¿y qué pasa con ella?

Aries me recorre con la mirada de arriba abajo—. —¿No acabas de oír lo que ha dicho Dante? No la subestimes.

—No creo que querer que esté a salvo sea *subestimarla* —espetea Matteo.

Antes de que aquello se convierta en otro combate verbal, decido intervenir—. De hecho, ya he estado antes en la white party. — Aunque hablo en voz baja, mis palabras cortan el ruido de inmediato.

Aries me mira con una ceja arqueada—. —Lo sé, Raven.

Mi mente se queda trabada buscando una respuesta—. —¿Cómo?

Aries se inclina hacia delante, apoyando el brazo en el respaldo del taburete y acercando la boca a mi oído—. —Hay muchas cosas que sé sobre ti, sobre los demás, sobre lo que te gusta hacer con los demás. —Sus labios rozan mi piel, provocándome un sensible cosquilleo de excitación.

Siento que me arden las mejillas, pero no estoy avergonzada. Bueno, quizá un poco por lo fácil que le resulta ponerme a cien.

Se retira y yo le sostengo la mirada. Hay un desafío escrito en todo su ser, desde su postura rígida hasta su ceja arqueada. Aunque nunca he sido precisamente intrépida, tampoco rehúyo jamás un buen reto.

—Puedo hacerlo. Estoy segura de que allí habrá gente a la que Leo también conoce. Puedo llamar a Blaire y conseguírnos una invitación oficial.

—Asegúrate de que sea para tres —interviene Aries.

—¿Tres? —pregunta Matteo con el ceño fruncido.

—La white party es en unos días, y sé que tú tienes que volver con tu querido padre mañana.

—¿Mañana? —Miro fijamente a Matteo.

—Mañana. —Exhala un suspiro asintiendo y apoya las palmas de las manos en la encimera—. Pero Dante y yo tenemos que irnos esta noche.

—¿Por qué? Acabas de decir que no teníais que estar allí hasta mañana —señalo.

—Nos espera mañana. Lo que significa que tenemos que llegar esta noche. No sabe que nos hemos ido de la ciudad. Así que, si tiene planeado joderme...

—¿Por qué iba a hacer eso? —le interrumpo, con el corazón dándome un vuelco.

—Sí, Matteo, ¿por qué iba a planear tu querido padre joderte, eh? ¿Saco la hoja de cálculo? ¿O quizá un diagrama de flujo? ¿Qué tal un diagrama de Venn de sus rasgos de mierda como padre y sus rasgos de mierda como jefe? Alerta de spoiler, Maddie: hay como un ochenta y cinco por ciento de coincidencia. —El desprecio y la burla en la voz de Leo me pillan por sorpresa.

No entiendo nada —murmuro, mirando de uno a otro.

—Esa es una conversación que es mejor dejar para otro momento —dice Matteo, lanzándole una mirada afilada a Leo—. Todo lo que necesitas saber por ahora es que tengo que volver, y Dante también. Mis hermanos estarán aquí contigo todo el tiempo. Volveré en unos pocos días.

—¿Y te quedarás entonces? —Miro a Matteo y a Dante, decidiéndome por Dante para que me diga la verdad.

Mueve la cabeza, un gesto sutil, pero me da la respuesta que buscaba. Cuando vuelva, no será para siempre. Me coloco un mechón de pelo tras la oreja y observo el desayuno servido ante mí—. Entonces, explicádmelo bien. ¿Qué voy a hacer? ¿Vivir aquí para siempre? ¿No volver nunca a mi vida en la ciudad, con mi prima o mi hermana? No lo entiendo.

—No es para siempre, Maddie, solo por ahora. Hasta que sepamos que estás a salvo.

Mi pierna rebota de arriba abajo, con la planta del pie presionando el travesaño metálico del taburete—. —Vale. Vosotros tenéis que volver a la ciudad. Leo y yo iremos a la white party. Y Aries. —Lo miro—. Tú harás lo tuyo, ¿no? —Arqueo las cejas hacia él, esperando a que explique qué es «lo suyo».

Me tomo nota mental de hacerle más preguntas, tanto generales como específicas. Por muy poderosa que sea nuestra conexión, ni siquiera sé cuál es su color favorito. Al examinarlo de arriba abajo, mi apuesta más segura sería el negro, pero no deja de sorprenderme. Así que no me extrañaría nada que dijera que es el rojo de un coche de bomberos o el verde de la hierba tras una tormenta eléctrica.

Aries se limita a sostenerme la mirada y asiente con solemnidad—. —Te mantendré a salvo, Raven. Tienes mi palabra.

—Lo sé —murmuro—. No me preocupa eso.

VEINTICINCO

MADDIE

SUELTO UN SUSPIRO, ruidoso y cargado del nerviosismo que me revuelve el estómago.

—¿Qué pasa? ¿Te encuentras bien? —pregunta Dante.

Hago un gesto con la mano en el aire. —Estoy bien, solo estoy asimilándolo. Pensé que tendríamos más tiempo aquí. Juntos, quiero decir.

—Yo también. —Matteo asiente.

Mordiéndome el labio, inclino la cabeza hacia un lado. —Espera un momento. ¿Pensaba que acababas de verlo en el hospital? No querías que nadie lo viera entonces, pero ¿ahora os vais a casa?

Matteo se recuesta en el fregadero que tiene detrás. —¿Qué sabes tú de la mafia?

La pregunta me pilla desprevenida, aunque no debería, dado nuestro tema actual de conversación. Jugueteo con el extremo del tenedor en mi plato. —Solo lo que he visto en las películas y en las series de televisión.

Matteo asiente y se pasa una mano por la mandíbula. —Vale, bueno, la mayoría de la mierda que ves es exagerada. O está anticuada. Algunas de esas películas son de la vieja escuela. No atamos bloques de cemento a los pies de los hombres que nos traicionan y los soltamos en medio del Atlántico. Tenemos una forma

mucho más sofisticada de tratar con los traidores, los soplones y los ladrones.

Trago saliva por el nudo repentino en mi garganta y tomo un sorbo de mi té helado. —Vale.

—Lo que digo es que hay una razón por la que no vamos contando nuestros asuntos por ahí. Una razón por la que dejamos que Hollywood exagere y nos retrate como impulsivos de gatillo fácil. Pero uno no llega a ser el jefe sin mancharse las manos.

Miro a Matteo. —Y tú eres el jefe.

—Sí y no —responde.

Solo me quedo mirándolo, esperando a que dé más detalles.

—Nuestro padre es el jefe. Es la cabeza de las cinco familias que gobiernan la organización de la costa este, y eso es todo lo que voy a decir al respecto. Porque por mucho que se equivoquen —en la forma en que la sociedad nos retrata—, mi padre es mil veces peor. Te torturaría y desmembraría sin parpadear, y ni siquiera se trataría de ti. Sería una lección para alguien más. Por eso nunca puede saber de tu existencia.

Hay mucho que procesar en su declaración, pero mi mente se queda trabada en su última frase. —¿Nunca? —logro decir, horrorizada. ¿Qué significa eso siquiera? Mi corazón me duele un poco por dentro, oprimido por el puño de finalidad que conlleva la palabra *nunca*.

—No debería haber dicho nunca —dice Dante, y Matteo le lanza una mirada sombría. —Joder, pues no deberías. ¿Es que planeas dejarla pronto?

—Ya sabes la respuesta a eso —gruñe Matteo.

Dante asiente. —Eso es lo que pensaba. Así que no la asustes de esa manera. —Mira a Matteo un momento más antes de desviar su mirada hacia mí—. Lo que quería decir es que vamos a mantener a Angelo Rossi al margen de tu existencia el mayor tiempo posible. Porque una vez que lo sepa, todo cambia. Él es la caja de Pandora, solo que sociópata y violento.

Las palabras de Dante envían una oleada ominosa por la habitación. Mis cejas se disparan hacia arriba y niego con la cabeza

varias veces. —No sé muy bien qué decir. No parece que tenga mucha elección, ¿verdad? —Rechino los dientes.

Entiendo que hay mucho de esto que desconozco. Este es un mundo entero del que nunca he estado al tanto. Pero aunque lo sepa intelectualmente, mis emociones no pasan a un segundo plano. Algo oscuro me atraviesa el corazón, no solo porque parece que Matteo no planeaba reconocermé de ninguna forma pública, sino porque no hay una fecha de finalización. Y porque tomaron esta decisión sin mí. La vergüenza me lame los talones, subiendo caliente y rápida. Inclino la cabeza hacia delante, dejando que parte de mi pelo me proteja la cara.

—Para —ordena Dante. Mi mirada se dirige hacia él. —Sea lo que sea lo que estés pensando ahora mismo, para. Hacemos esto para protegerte, y esa es la única razón.

—No lo haría si no pensara que es necesario —dice Matteo.

—Sin embargo, ni siquiera entiendo qué estáis haciendo. ¿Qué está pasando? ¿Por qué estamos aquí siquiera? —Levanto las manos con frustración, dejándolas caer sobre la encimera antes de tamborilear con los dedos contra el mármol. El suave golpeteo rítmico calma mis nervios alterados y aplaca parte de mi irritación.

—Hay muchas cosas que aún no podemos contarte, pero confía en nosotros —confía en *mí*— cuando te digo que hacemos esto para mantenerte a salvo. —La voz de Matteo está llena de convicción, casi rogándome que entienda lo que dice.

Asiento un par de veces, movimientos pequeños, en realidad. —¿Y quién os mantiene a vosotros dos a salvo, entonces? —pregunto, mirándolo a él y a Dante.

—Nos cuidamos unos a otros, Maddie. Estaremos bien. —Las seguridades de Dante calman parte de mi ansiedad. Están ocurriendo muchas cosas desconocidas en este momento, y hago todo lo posible por no dejar que me abrumen.

Suelto un suspiro. —Vale, ¿entonces tenemos esta noche?

Matteo asiente una vez. —Nos vamos en una hora.

—¿En una hora? ¿Por qué no me despertasteis antes? —La alarma zumba en mis venas como hormigas marchando en fila de un lado a otro.

Matteo levanta su hombro ileso. —Necesitabas descansar, así que les dije a todos que te dejaran dormir.

Lo miro con los ojos entrecerrados. —Si no me hubiera despertado ahora, ¿os habríais ido sin despediros? —Lanzo una mirada fulminante entre Matteo y Dante.

—Por supuesto que no —dice Matteo suavemente. Sus ojos se dulcifican y, maldita sea, eso me ablanda un poco a mí también.

Tiro de las riendas de mi enfado y las ato como si fueran globos. —Vale. No podéis tenerme al margen, ¿vale? Si esto —muevo la mano alrededor—, *sea lo que sea esto* va a funcionar, la comunicación es clave. Sé que no podéis contármelo todo, ¿pero estas cosas? Estas sí podéis, ¿vale? —Miro a los cuatro y espero a que cada uno me dé su conformidad—. Y de verdad quiero que esto funcione.

Doy una palmada. —Recojamos. Vamos a pasar la próxima hora juntos en el salón. Ese sofá gris tan grande parece increíblemente cómodo.

—¡Uy, juntos en el sofá, qué morboso! Me gusta. —Leo sonrío con picardía.

Le lanzo una mirada fingida de desaprobación, aunque agradezco su habilidad para romper la tensión más de lo que probablemente él se imagina. Se limita a sonreírme, con sus ojos verde oscuro brillando con regocijo. Maldito sea él y su sonrisita coqueta. No debería ser ni de lejos tan encantador como es. Pongo cara neutral.

—Qué gracioso —digo con tono plano.

—Muy bien, Madison. —Levanta las manos en señal de rendición fingida antes de bajarse del taburete y llevar su plato al fregadero. Ni siquiera intenta ocultar la sonrisa pícara de su rostro.

Alargo la mano para tocar el brazo de Aries, manteniendo mi palma contra su antebrazo. —Tú también, ¿vale?

Me mira de reojo antes de terminarse el café y dejar la taza. —¿Y qué haremos exactamente en el sofá del salón?

—Pasar tiempo juntos —digo antes de dedicarle mi mejor sonrisa. Esa que siempre suaviza el exterior de cualquiera que lo necesite. Y presiento que Aries podría necesitarla hoy.

Me sonrío con sorna y me dedica un asentimiento reacio. —Está bien.

—Perfecto. —Por impulso, me inclino hacia delante y rozo con mis labios la comisura de su boca. No me detengo, pero juro que oigo cómo contiene el aliento rápidamente.

Recogemos la cocina enseguida, envolviendo las sobras y metiéndolas en la nevera para después. Entramos juntos en el salón. El sofá tiene un respaldo bajo pero unos asientos amplios y mullidos.

Cuando me hundo en el cojín central, siento como si alguien me estuviera dando un abrazo cálido y aterciopelado.

Un gemido bajo escapa de mis labios. —Oh, esto es increíble.

Nadie responde, pero todos ríen por lo bajo mientras se quedan de pie mirándome.

—¿No vais a sentaros? —Doy palmaditas en el sofá a ambos lados de mí.

—¡Me lo pido! —dice Leo antes incluso de que termine de hablar.

—No puedes *pedírtela*, joder —dice Aries con un bufido.

Leo inclina la cabeza hacia un lado. —A Madison no le importa, ¿verdad?

Mis labios se curvan mientras me pregunto ociosamente si siempre tendremos este tipo de bromas. Me encojo de hombros y digo: —Si pudiera, me sentaría al lado de todos vosotros.

—¿Ves? Hay sitio para todos —dice Leo.

—¿Qué vamos a ver hoy, Maddie? —Dante agita un mando a distancia en el aire, reconduciendo la conversación.

—Bueno, estaba pensando en lo que dijisteis, sobre que no sé en qué ha acertado Hollywood, así que ¿por qué no vemos un poco la tele? Empecemos con *Jersey Shore*.

Me muerdo el interior de la mejilla para mantener el semblante serio. El labio de Aries se curva, haciéndome saber que entiende la broma. Pero, afortunadamente, nadie más la capta.

—No vamos a ver eso.

—¿Y por qué exactamente veríamos eso?

—No.

Todos hablan a la vez y ya no puedo contener la risa. —Deberíais ver las caras que habéis puesto. Vale, pero en serio, ¿qué tal *Los*

Soprano? Mi prima Lainey dijo que es sumamente informativa.

—Es uno de los mejores retratos en los medios, sin duda —dice Dante—. Podemos empezarla, pero no podremos ver mucho tiempo.

—No pasa nada, podemos darnos un atracón juntos más tarde. Me encantan *Los Soprano*.

Le dedico una amplia sonrisa. —Me parece perfecto.

Leo se acomoda junto a mí en el sofá, recostándose conmigo. Matteo está al otro lado, Aries elige el extremo del sofá que se curva en una chaise longue y Dante se posa junto a Leo. Empiezan los títulos de crédito, el sonido reconocible de la sintonía de *Los Soprano* llena la habitación, saliendo de altavoces que nos rodean. De algunos definitivamente no me había percatado hasta ahora. En realidad he visto algunas temporadas antes, pero no las estaba viendo con este contexto. Ahora buscaré pistas y trasfondos, mirando a cada uno de ellos para calibrar sus reacciones.

Me hundo aún más en el sofá y Leo despliega una manta suave de color crema sobre mis piernas. Es un movimiento hábil, porque hace que me acerque más a él. Nuestros muslos se presionan y me vuelvo intensamente consciente de su cuerpo. Cítricos azucarados y sol se infiltran en mis sentidos, el aroma que he asociado con Leo.

—Gracias —murmuro mientras la extiende sobre ambos.

Él pasa el brazo por encima de mis hombros y me lo tomo como una invitación para acurrucarme más cerca. Leo dibuja patrones circulares en mi hombro y cuello, aplicando una ligera presión en la base de la nuca y hacia el nacimiento del pelo, como un suave masaje.

Me muevo un poco hasta que estiro las piernas, dándole a Leo un mejor ángulo. Este sofá es tan grande que tiene dos cojines de profundidad y seis de ancho. Tiene que estar hecho a medida. Flexiono los pies y giro los tobillos, un hábito que adquirí durante mis años de baile. Hay algo tan satisfactorio en estirar y flexionar esos músculos.

La manta ondea sobre la pierna de Matteo y sonrío ante su ceja levantada. Pero eso me da una idea. Vuelvo a mover el tobillo y más parte de la manta aterriza en su regazo.

Es una rama de olivo; al menos, eso es lo que siento en este momento. Todos nosotros sentados juntos, aunque solo sea por la próxima hora. Es un comienzo.

Y sienta bien, realmente bien.

Matteo me presta atención, con las cejas apenas levantadas y una sonrisa bailando en su boca perfecta. Me sorprende con una mano cálida en mi tobillo por debajo de la manta, deteniendo mis movimientos. Ah, así que parece que acepta mi rama de olivo.

Reprimo un gemido cuando desliza el pulgar por el arco de mi pie con movimientos pausados y lentos. Sube mi otro pie a su muslo y alterna entre ambos. Siento como si me estuviera derritiendo en el sofá, hundiéndome más con cada pasada de su pulgar por mis arcos.

Leo se desplaza hacia la esquina donde el respaldo se une con el reposabrazos del sofá, entre los mullidos cojines de todos los lados, y me lleva con él. Me guía para que mi espalda quede contra su pecho, encajando mi cabeza en el lugar perfecto entre su cuello y su hombro. Sus dedos se deslizan por mi pelo y me masajean el cuero cabelludo. Mis ojos se cierran antes de que pueda evitarlo.

Me están cuidando. Es un pensamiento sencillo, un concepto fácil. Aunque es un sentimiento extraño, esto... esto se siente *bien*.

—Pensaba que querías ver esto.

Mis ojos se abren de golpe ante la voz grave de Aries.

—Déjala en paz —dice Dante, con una autoridad en su tono que hace que se despierte mi libido.

—Está bien. Estoy despierta. —Me incorporo un poco. Dejo atrás la sensación brumosa de satisfacción y miro a Tony Soprano en pantalla.

Diez minutos después, siento los párpados pesados. Parpadeo rápidamente, sacudo un poco la cabeza y cambio de posición para despejarme. No debería estar tan cansada, literalmente me acabo de despertar hace una hora. Pero a mi cuerpo no le importa. Exige una penitencia por todas las cosas por las que le he hecho pasar recientemente.

Y las manos de Leo y Matteo me arrullan en un estado de relajación que no experimentaba desde hacía mucho tiempo. Mis

párpados se sienten como pesas de cemento, y cada parpadeo tarda más en abrirse y cuesta más de dar. Hasta que finalmente me rindo y el sueño me lame los talones como el agua de un océano calentado por el sol. Dejo que me lleve, quedándome dormida hacia el mundo de los sueños.

UNAS MANOS SUAVES ME DESPIERTAN, sacudiéndome ligeramente el hombro.

—Tenemos que irnos ya, pequeña. —La niebla del sueño me mantiene entre sus garras y mis ojos tardan en abrirse—. Te has quedado dormida, Cherry. Dante y yo tenemos que marcharnos ya.

Es entonces cuando me doy cuenta de que estoy acurrucada junto a Leo. Apartando la manta de encima, estiro los brazos sobre la cabeza mientras un bostezo me pilla por sorpresa—. Oh, vaya. Vale. Siento haberme quedado dormida, chicos. No sé qué ha pasado.

—Ni lo menciones, Maddie. Has pasado por mucho. Tu cuerpo necesita descanso. —La voz de Leo está junto a mi oído. Es baja y suave, como mi café con leche caliente favorito en otoño.

Miro a mi alrededor y me paso las manos por el pelo—. ¿Os vais?

—Sí. Deberíamos haber estado en la carretera hace cuarenta minutos, pero queríamos dejarte descansar un poco más.

Algo dentro de mi pecho se quiebra un poco—. Podríais haberme despertado perfectamente. Venid, dejad que os acompañe a la salida. —Los labios de Dante se curvan, y estoy casi segura de que es porque se ha dado cuenta de lo absurda que ha sido mi oferta en cuanto la he pronunciado. Le estoy ofreciendo acompañarlo fuera...

de su propia casa. Como si fuera mía. Sacudo un poco la cabeza para despejar los últimos restos de sueño y me bajo del sofá.

—Claro —dice Dante, con la boca torcida en una sonrisa.

Sigo a Dante con Matteo detrás mientras recorremos la planta baja de la casa, amplia y a oscuras, hacia el pasillo trasero que lleva al garaje. Se detiene bruscamente y se gira para mirarme. Se me escapa un chillido de sorpresa antes de que pueda evitarlo.

Dante enreda los dedos en el pelo de mi nuca y se acerca a mí en un movimiento fluido. Un jadeo sale de mis labios ante el movimiento inesperado. Apoya su frente contra la mía y murmura: Ve con cuidado, ¿vale? Confía en que Rafe y Leo te mantendrán a salvo. Volveremos para la fiesta de blanco.

Sin siquiera recordar haber tomado la decisión, lo agarro de las muñecas y lo mantengo pegado a mí. Cierro los ojos y susurro—: Tú también ve con cuidado, ¿vale?, y cuidaos el uno al otro. No me gusta que os vayáis.

Usa su agarre para inclinar mi cabeza hacia atrás y hacia un lado, rozando sus labios contra los míos con un gesto tan tierno, tan suave, que mi corazón se fragmenta un poco—. Estaremos bien, Maddie. Somos más difíciles de matar de lo que parecemos.

Su tono es burlón, pero eso solo aumenta mi ansiedad. Quizás sea porque no estoy despierta del todo o quizá sea precisamente por eso por lo que puedo conectar con mi intuición. Abro los ojos y me adelanto, poniéndome de puntillas—. Pues estoy preocupada por vosotros. Así que prométeme que estaréis bien.

Él inclina el rostro y posa un suave beso en la comisura de mi boca, deslizando los labios hacia mi labio inferior, donde murmura: No puedo prometerte eso. No sé qué depara el futuro. Pero puedo prometerte que haré todo lo que esté en mi mano para volver contigo.

Mis ojos se agrandan mientras sus palabras se enroscan alrededor de mi corazón y se incrustan en mi alma. Mi corazón late con fuerza al darme cuenta de que estamos teniendo un momento. No, *el* momento. Ya sabéis, ese crucial en el que todo cambia, encajando mágicamente en su lugar. Con el corazón en la garganta y una lágrima rodando por mi mejilla, presiono mis labios contra los

suyos. Él se apresura a profundizar el beso, deslizando la lengua en mi boca mientras sella sus palabras de afirmación, amor y promesa con cada giro de su lengua. Sabe a chocolate negro, a expreso intenso y a algo más oscuro, más peligroso. Y letal.

Mi espalda se arquea involuntariamente mientras intento seguir el ritmo de la forma en que Dante me posee por completo en este momento. Le doy permiso de buena gana y de todo corazón, y si estuviera por encima de nosotros, juro que podría ver un trocito de nuestras almas conectándose, girando a nuestro alrededor de una manera que recuerda a la aurora boreal. Rompe el beso de repente, dejando apenas un par de centímetros entre nuestras bocas—. Tienes mi palabra.

Asiento, un movimiento leve dada la firmeza con la que me sujeta. No puedo evitar rozar mis labios contra los suyos una vez más, esta vez con un beso suave. Uno que sella el acuerdo. Se aparta lentamente, soltándome el pelo. Las yemas de sus dedos bajan por mi cuello y por encima de mis hombros, descendiendo por mis brazos hasta que un toque ligero como una pluma abandona las puntas de mis dedos. Dando un paso atrás, alejándose de mí, mira por encima de mi hombro y dice: Estaré en el coche. Con una última mirada hacia mí, se da la vuelta y se marcha.

Presiono mis dedos temblorosos contra mi labio inferior, palpando la prueba hinchada de la intensidad y el afecto de Dante. *¿Amor? ¿Podría ser amor también?* Otra lágrima baja lentamente por mi mejilla justo cuando Matteo se pone frente a mí.

Desliza su pulgar bajo mis ojos, acariciando suavemente el pómulos mucho después de haber atrapado la lágrima—. ¿Por qué estás disgustada, Cherry?

Llevo mi mirada vidriosa a la suya, recorriendo sus rasgos y memorizándolos—. No lo sé. Tengo este presentimiento horrible de que no deberíamos separarnos.

Se acerca a mí, subiendo la otra mano por debajo de mi otro ojo para limpiar cualquier rastro de miedo que se escape de mis ojos—. Estaremos bien. Dante y yo llevamos mucho tiempo haciendo esto. Es solo una reunión, un juego de poder. Mi padre quiere demostrar su dominio.

Asiento un par de veces. Lo sé, ya me lo ha dicho. Pero no puedo quitarme de encima el miedo a que estemos cometiendo un error al separarnos de esta manera.

—Mis hermanos están aquí y ellos te cuidarán. Te sentirás mejor cuando descanses un poco más. Os hemos dejado unos espaguetis en la nevera para cenar, es la receta de Dante, así que si no te gustan, dáselo a él. Y no dejes que Leo se los coma todos.

Sus bromas surten efecto y se me escapa una risa que me pilla desprevenida—. Vale, vale —digo entre risas.

—Vale —repite él con una sonrisa.

Mi sonrisa desaparece e inclino la barbilla hacia él—. Bésame, Matteo.

Sus manos se deslizan desde mis mejillas por mi rostro y se posan en mi cuello. El movimiento es posesivo, dominante, y me corta la respiración. Un hormigueo recorre las puntas de mis dedos mientras me invade la anticipación del beso de Matteo. Se acerca aún más a mí, con el cuerpo pegado al mío, y baja la cabeza para rozar sus labios con los míos en un beso tan dulce que me entran ganas de llorar un poco. Es lo opuesto a lo que esperaba, y creo que lo amo aún más por eso. Un suspiro silencioso escapa de mi alma ante su contacto.

Se toma su tiempo, primero deslizando sus labios por mi labio superior, luego recorriendo mi labio inferior con una lentitud exasperante. Es una tortura exquisita, y me doy cuenta con una claridad asombrosa de que pasaría felizmente el resto de mi vida alternando entre los besos de los cuatro hombres que hay dentro de estas paredes.

No sé quién se mueve primero, pero nuestro beso se intensifica como si estuviéramos comunicándonos con nuestros cuerpos ahora que nuestras palabras se han agotado. Demasiado pronto, rompe el beso. Mis ojos tardan en abrirse, mi corazón late a un ritmo solo para él.

—Tengo que irme.

Asiento—. Vuelve a mí, Matteo.

—Oh, Cherry, ¿no lo sabes? Nunca me he ido. —Con un rápido beso en la frente, sale de la casa y me deja atrás.

MATTEO

CIERRO LA PUERTA del coche con más fuerza de la necesaria. Mi mejor amigo se limita a lanzarme una mirada fulminante, pero se muerde la lengua. Bien. No sé qué coño haría si se pusiera a echarme la bronca por algo tan trivial como un coche. Es un objeto, algo reemplazable. No como la astuta pelirroja que acabo de dejar dentro de la casa. Cómo nos ha cautivado a todos, nunca lo sabré. Pero nos ha hechizado como una especie de criatura sobrenatural de esas series que solía ver cuando estábamos juntos.

Me abrocho el cinturón con movimientos rápidos y bruscos, sin estar dispuesto a tentar al destino con una muerte tan mundana. Dante sale marcha atrás del garaje vacío y nos conduce por el largo camino de entrada.

—¿Por qué nunca me hablaste de este sitio? —Señalo el patio a través de mi ventanilla.

—Iba a hacerlo cuando estuviera listo.

—Ya. Da la sensación de que no confías una mierda en mí si no te molestas en hablarme de un puto *piso franco* que compraste a unas horas al este de la ciudad. —Siento la mueca de desprecio curvando mis labios—. Y sinceramente, ¿en qué coño estabas pensando? Esto es como un cartel de neón que ilumina el camino hacia nosotros.

Me mira de reojo antes de volver a centrarse en la carretera—. Pensaba en que encontré esa casa en una subasta sin reserva, y fui muy persuasivo con cualquiera que pensara en pujar. Ofrecí un trato justo, teniendo en cuenta que las personas que eran dueñas anteriormente eran lo peor de cada casa.

Aprieto la mandíbula—. Si tú lo dices.

Suspira—. Estamos en un momento estresante, pero como tu mejor amigo y tu puto segundo, no descargues tu mierda conmigo. Estoy de tu puto lado. ¿Entendido?

Suelto un bufido. La culpa se me pega a las costillas como la miel—. Sí, lo sé. Perdona, tío. Todo cambió cuando metimos a Madison en esto.

—Y tanto. Pero ella es lista, y nosotros también. Solo tenemos que superar esta puta reunión con tu padre.

Apoyo el codo en la puerta y descanso la cabeza en la palma de la mano. Está demasiado oscuro para ver gran cosa, no es que pudiera yendo a esta velocidad. Dante tiene una suerte de cojones por ser uno de los mejores conductores; de lo contrario, nunca dejaría que Maddie se subiera a un coche con él. Conduce como si el mínimo fueran ciento cincuenta kilómetros por hora.

—¿Crees que hemos tomado la decisión correcta? Al dejarla aquí, quiero decir.

Es la pregunta que me lleva rondando por la cabeza desde que recibimos la citación de mi padre.

Dante no responde de inmediato. Lo conozco lo suficiente para saber que eso significa que está formulando la mejor respuesta—. Era la única opción. Jamás respirará el mismo aire que Angelo Rossi, acuérdate de lo que te digo, Matteo.

—No hace falta que me lo digas. En cuanto volvamos, vamos a redoblar nuestro plan original. Tenemos que adelantarle y rápido.

El coche se sumerge en el silencio, el único ruido es el bajo murmullo de la radio, demasiado bajo para distinguir nada. Repaso los acontecimientos de los últimos días en mi cabeza mientras me preparo mentalmente para ver a mi padre.

VEINTISIETE

MADDIE

ESTOY de pie en el pasillo trasero a oscuras, arrastrando la yema del dedo índice sobre el labio inferior con suma suavidad, una y otra y otra vez. No nos hemos molestado en encender las luces al venir hacia aquí y, ahora que ellos se han ido, de algún modo está aún más oscuro.

En este lado está todo en silencio, solo se oye el suave zumbido de la casa. Nada sorprendente, teniendo en cuenta que solo somos tres en esta casa enorme. Me concedo un momento más de aprensión antes de elevar una plegaria silenciosa, pidiendo a quienquiera que escuche que vele por nosotros.

—Eh.—La voz suave de Leo llega desde detrás de mí.

Me giro para encararlo, dejo caer la mano a la altura de la cintura y le ofrezco una media sonrisa.—Hola.

—He visto una piscina ahí atrás. ¿Te apetece un baño?

Mi media sonrisa se convierte en una completa. El pelo me cae por encima del hombro cuando ladeo la cabeza.—No tengo bañador.

—Ah, bueno, verás, yo venía preparado.—Saca de detrás de la espalda dos puñados de tela. Una bola de tela negra en la mano derecha y otra azul eléctrico en la izquierda. Doy un paso hacia él y froto el material entre el pulgar y el índice: sin duda es un bañador.

—¿Y esto a qué viene?—pregunto.

—Parece que Dante no solo ha hecho que trajeran comida hoy, también se ha agenciado otros *suministros necesarios* también.

Alzo una ceja, una sonrisa traviesa jugueteando en mis labios.—¿Desde cuándo son los bañadores una *necesidad*?

Retrocede unos pasos con las manos alzadas, los bañadores en cada una, una sonrisa enorme en la cara.—Desde que compras una casa como esta.

—¿Solo nosotros?—pregunto.

—Siento decepcionarte, pero ahora mismo solo hay un hermano Rossi.—Alza un hombro.—Ha dicho que tenía que hacer unas llamadas para la fiesta de blanco.

Tiene la cara inquietantemente inexpresiva, algo que no suelo ver en él. Inclino la cabeza.—Tú nunca eres una decepción, Leo.

Sonríe, un gesto al que estoy mucho más acostumbrada en su cara guapa. Su pelo parece más oscuro con esta luz, peinado hacia la frente de una manera descuidada.—Entonces, ¿te apuntas?

Le dedico una sonrisa radiante, una calidez instalándose en mi pecho.—Por supuesto.

—Lo sabía—dice—. Ahora, ¿negro o azul?

Me doy golpecitos en la barbilla con el índice, fingiendo que lo pienso.—Negro.

—Excelente elección. Y que conste que estarías increíble con los dos... o con ninguno.—Me lanza una sonrisilla descarada y mueve las cejas.

Le arrebató la bola de tela negra de la mano y le doy un golpecito juguetón en el pecho.—Sí, sí. ¿Deberíamos decirle al menos dónde estamos? No quiero que vuelva a pasar nada con la seguridad.—Me muerdo el labio inferior y juego con el material del bañador.

—Nah, ya se lo he dicho. Cuando termine con sus llamadas, seguro que se pone con otra cosa, tipo planear la caída de alguien o de algo.

—Entonces ya está todo.—Enlazo mi brazo con su bíceps y me apoyo en él—. Guía tú.—Nos lleva de vuelta por la casa hasta salir al patio.

—Ya he inspeccionado la zona de la piscina antes.—Señala hacia delante—. Por cierto, la casa de la piscina está totalmente equipada. Podemos cambiarnos y coger algo de beber o de picar allí.

—¿Una bebida en la piscina con mi novio buenorro? De cabeza—sonríe.

Él alza los hombros y las cejas de forma juguetona.—Oh, cariño, hay tantas cosas maravillosas en esa frase que no sé ni por dónde empezar.—Se da golpecitos en la barbilla con el índice.—Oh, ¿qué tal por que me llames tu novio?

—Mierda, y yo que pensaba que te engancharías antes con lo de “buenorro”.—me burlo, empujando su hombro con el mío.

—Ya sé que soy guapo, quiero decir...—Se encoge de hombros y mantiene la expresión neutra apenas un par de segundos antes de echarse a reír.

Me echo a reír con él.—¿No se supone que tú eres el encantador?

Me dedica una sonrisilla y se detiene delante de la puerta de la casa de la piscina.—Nah, yo soy el divertido.

Entramos en la casa de la piscina y, por primera vez, siento que hace honor a su nombre. Esto tiene que tener unos doscientos metros cuadrados. Yo me esperaba algo de veinte: un baño para enjuagarse y cambiarse y quizá una barra húmeda. Pero esto es una locura. En realidad debería habérmelo imaginado. Quiero decir, solo hay que mirar la monstruosidad de casa principal. Probablemente podrían vivir cinco familias ahí sin llegar apenas a cruzarse.

Giro sobre mí misma en el salón, soltando a Leo para poder absorberlo todo. Es un salón enorme, con suelo de mármol blanco y una gran alfombra circular de pelo largo azul marino bajo el sofá extralargo en forma de ele. Una barra húmeda recorre toda la pared opuesta, a modo de minicocina. Y un pasillo corto conduce a tres dormitorios—cada uno con su propio baño incorporado—un baño, una sala vacía y un cuarto de almacenaje para cosas de la piscina.

Hay una televisión de pantalla plana en la pared frente al sofá, y a mi espalda hay una mesa de billar. Exceptuando la alfombra azul marino, todo está decorado en tonos blancos y crema, como la casa principal. Aunque aquí dentro hay algunos detalles más en azul claro.

—Yo ya llevo el bañador puesto.—Pellizca la tela de sus shorts entre dos dedos y la separa unos centímetros del muslo—. Así que voy a coger toallas, música, bebidas y flotadores. Nos vemos en la piscina cuando estés lista.

—Me parece bien.—Me dirijo al último dormitorio. Cuando ya llevo puesto el bañador negro, miro mi reflejo en el espejo. Tengo sombras oscuras bajo las pestañas y el pelo revuelto y salvaje, con todas sus ondas.

De repente me siento un poco cohibida sin una gota de maquillaje y tan *poco* arreglada. Me atrapo el labio inferior entre los dientes. Pero si siguen aquí después de verme así, me gusta pensar que también seguirán incluso si no me maquillo. Además, ¿quién se pone todo el maquillaje del mundo para ir a nadar? Intento quitarme de encima la inseguridad, canalizando la seguridad en sí misma de mi prima.

Me pongo de perfil y observo mi silueta en el espejo. En realidad el bañador es monísimo. No tiene nada especial, la verdad, es todo negro con un poco de textura en la tela. Es de una pieza, pero lo bastante revelador como para que me sienta bien con él. Lleva un escote redondeado bastante bajo en la parte delantera; los tirantes pasan por encima de los hombros y bajan muchísimo por la espalda, deteniéndose justo encima del culo y dejándomela entera al descubierto. Este estilo enseña más lateral del pecho que los que suelo usar, pero no me disgusta. De hecho, igual me compro uno para dejarlo en la residencia. No es que me pase la vida nadando, pero a veces necesito un bañador para fiestas en la piscina.

Es sensual de forma discreta y, más importante aún, me hace sentir increíble. Me aliso el material sedoso sobre el estómago. Sí, esto sirve.

Me apunto mentalmente preguntarle a Dante de dónde lo ha sacado para poder comprarme otro. Es una coincidencia curiosa que haya dado con algo que encaja tan perfectamente con mis gustos. Aunque, con el tiempo, he aprendido que casi nada en la vida es una coincidencia. Puede que no entiendas el porqué de inmediato, pero algún día lo harás. Es como una nueva vuelta de tuerca a la

mentalidad de *todo pasa por algo*. No sé si todo pasa por algo, pero me gusta pensar que hay una razón para todo.

Doblo la ropa prestada y salgo descalza por la casa de la piscina. La dejo sobre la mesita al lado de la puerta, cierro la puerta a mi espalda y salgo a recibir el aire cálido con una sonrisa. Leo ya está en la piscina, sentado en un flotador gigante con forma de donut, flotando con los brazos extendidos. Tiene la cabeza inclinada hacia el cielo y los ojos cerrados mientras, poco a poco, el sol se hunde cada vez más en el horizonte. El crepúsculo está al caer, aunque da igual porque sigue haciendo calor y esta finca está llena de luces exteriores.

—¿Qué tal el agua?—le grito.

Abre los ojos de golpe y silba en un susurro.—Ni siquiera me sorprende, Madison. Estás para comerte.

—¿Tan para comerse como un donut?—me burlo con una sonrisa mientras camino hacia la piscina. Le pongo un poco de balanceo extra a las caderas, mi forma sutil de pavonearme bajo su cumplido.

Entro por la parte de entrada en rampa para ir metiéndome poco a poco en el agua. Está más templada de lo que esperaba, mientras me hundo despacio en sus profundidades. Leo se baja del flotador y nada hacia mí. Lo detengo con una mano apoyada en el otro lado del donut.

—Ya estamos.—dice.

—Ya estamos, Leo.—murmuro.

—¿Y ahora qué, Madison?—pregunta, avanzando por el agua hasta quedar lo bastante cerca como para tocarme—. ¿Qué quieres hacer?

Su pregunta tiene mucha carga.

Con una mano aún apoyada en el donut, respondo:—Lo que yo quiera.

Su sonrisa se ensancha poco a poco.—Suenas a que ha llegado la hora de esa copa.

—Me encantaría, gracias.—respondo.

Leo pasa a mi lado para salir de la piscina, deslizándose las yemas de los dedos por el hombro.—¿Algún deseo en particular?

—Sorpréndeme—le grito por encima del hombro, y apoyo la barbilla en el donut.

VEINTIOCHO

MADDIE

UNA MÚSICA suave suena por los altavoces integrados en la zona de la piscina y el patio exterior. Están tan bien escondidos que doy un respingo cuando la primera nota surge de algún lugar junto a las tumbonas. Leo entra en el agua con una bebida alta en cada mano. —Aquí tienes. Long Island iced teas.

Acepto mi vaso con una sonrisa. —Gracias.

Nos acomodamos en un silencio confortable mientras ambos nos colgamos de un flotador de donut, uno frente al otro. Muevo ligeramente las piernas para seguir en movimiento, sobre todo porque aquí no alcanzo bien el fondo. Doy un sorbo al dulce brebaje, tarareando con aprobación antes de colocarlo en uno de los dos portavasos situados en el lateral del juguete de piscina.

—¿Cuál es tu color favorito?

Me río y lo miro. —¿Qué es esto? ¿Veinte preguntas?

Él da un sorbo a su bebida. —Qué va, pero es una buena idea. Juguemos a eso. Y para hacerlo más interesante, por cada pregunta que no quieras responder, tienes que beber.

Arqueo las cejas, con la emoción palpitando en mis venas. —Hecho. Y el rosa.

—Sabes, al principio yo también pensaba eso, pero ahora creo que el negro podría ser más tu estilo.

—¿El negro, eh? Y eso no tiene nada que ver con el bañador que llevo puesto, ¿verdad? —Pongo los ojos en blanco con una sonrisa.

Me mira por encima del borde de su vaso. —Debe de ser una coincidencia. Tu turno.

Tuerzo los labios mientras pienso. ¿Quiero hacerle preguntas banales o ir a por todas? Lo miro fijamente mientras él me observa con un brillo en los ojos, y tomo una decisión. —¿Pizza o tacos?

Se presiona la palma de la mano contra el corazón. —Joder, nena, ¿vas a matar ya en la primera pregunta?

Me río y le salpico agua, aunque no llega ni de lejos. —¡Si ni siquiera es difícil!

—Vale, vale. Diré pizza, pero me reservo el derecho a cambiar de opinión en cualquier momento.

Le sonrío con picardía. No me sorprende en absoluto que llevemos cinco minutos y ya me lo esté pasando de maravilla.

—¿Mascota de la infancia?

Niego con la cabeza. —Nunca tuve ninguna. He estado en los dormitorios casi una década con mi hermana y mi prima, y allí no permiten mascotas.

Él silba bajito. —Vaya. ¿Una década fuera de casa? Eso es duro. Rafe también lleva fuera más o menos el mismo tiempo.

—¿Y tú qué? —le pregunto.

—Bueno, yo he estado en St. Bart's desde el instituto, pero teníamos una gata cuando era pequeño. No recuerdo demasiado, solo que era una gatita negra con las patas blancas. Le puse de nombre Oreo.

Suelto una risita, interrumpiéndolo. —¿Oreo?

Se encoge de hombros. —Tenía unos siete años y acababa de descubrir las Oreos hacía poco. Parecía el nombre perfecto. —Su sonrisa desaparece y su voz se apaga— pero luego mi padre decidió que no quería tener otra boca que alimentar, así que la dejó fuera de casa una noche después de que yo me fuera a la cama. Era mediados de enero. No aguantó mucho en el frío. —Casi antes de terminar la última palabra, levanta su bebida y da un trago generoso.

Me duele el corazón por él. No puedo imaginar que algo así sucediera, especialmente cuando era tan pequeño. —Cielo santo, Leo. Lo siento muchísimo.

Él hace un gesto con la mano en el aire. —Fue hace mucho tiempo. ¿Es mi turno ahora?

—Creo que sí.

La canción termina y hay un momento de silencio mientras empieza la siguiente: «Rain» de grandson. Me mira con semblante serio y el corazón me da un brinco en el pecho. —Vale. Esta es una pregunta seria.

—Vale —alargo la palabra, con los nervios enroscándoseme en el vientre.

Suelta un suspiro y me mira fijamente a los ojos. —¿Marvel o DC?

Siento que se me frunce el ceño mientras doy un par de vueltas a la pregunta antes de que mi cuerpo alcance a mi cerebro. —¡Oh, Dios mío, Leo! ¡Pensaba que me ibas a preguntar algo serio!

Él asiente con un gesto solemne. —Es una pregunta seria. Y solo hay una respuesta correcta, así que ¿cuál es, Maddie?

Hago una mueca entre sonrisas. —¿Eh, Marvel?

—Oh, menos mal. Pensé que lo nuestro se iba a acabar antes siquiera de tener la oportunidad de empezar. —Suspira, con una puesta en escena melodramática, como si estuviera muy aliviado.

—¿Y si te dijera que creo que Aquaman es muy superior al Capitán América?

Se queda compungido un instante antes de recuperarse y plantar su contagiosa sonrisa en su rostro. —Probablemente te habría programado un fin de semana de inmersión en Marvel para ayudarte a ver el error de tus actos.

Me río, sintiéndome despreocupada y feliz. Me inclino para agarrar la pajita entre los dientes y doy un sorbo sin sacar el vaso del portavasos. Los ojos de Leo pasan de mi cara a mi escote. Ni siquiera lo culpo: este bañador realza mis mejores atributos de la mejor manera posible. Además, me gusta cómo se sienten sus ojos sobre mí. Me dan ganas de sentir su piel contra la mía.

Me surge una idea; podría tomar la salida fácil y culpar al té helado, que engaña con lo fuerte que está, pero no sería toda la verdad. Quizás me ha dado un poco de valor líquido para soltar más inhibiciones, pero las ideas ya estaban en mi torrente sanguíneo mucho antes que el alcohol.

—¿Alguna vez has hecho nudismo? —le pregunto con la pajita contra los labios.

Él arquea una ceja mientras una lenta sonrisa se extiende por su rostro. —Qué va. Fui a un colegio católico masculino, ¿recuerdas?

—Seguro que ha habido montones de oportunidades en fiestas —añado, tanteando el terreno.

—No, nunca me interesó —responde, sosteniéndome la mirada.

Me inclino hacia delante, acortando la distancia. —¿Y ahora? ¿Te interesa ahora?

—Todo lo que haces me interesa.

Agarrándome a sus hombros, hago palanca sobre el flotador para acercarme más y me inclino para susurrarle: —Entonces quítate el bañador.

Él me sujeta con una mano mientras se pasa la palma de la otra por la cara, como si estuviera reprimiendo una sonrisa. —Bueno, este es el juego de las veinte preguntas más interesante al que he jugado nunca.

Es ese momento del día en que no es del todo de noche, pero tampoco hay sol. Hay la cantidad perfecta de luz para vernos, lo que hará que todo esto sea mucho más divertido. No sé qué va a pasar, solo lo que espero hacer.

Me retiro y me deslizo en el agua, manteniendo las manos en el flotador. Leo nos acerca más hacia el extremo menos profundo antes de que sus manos desaparezcan bajo el agua. El juguete de piscina de color rosa me bloquea la vista, aunque tampoco es que esté segura de si podría ver algo a través del agua, la verdad. Levanta el puño, con la tela negra apretada entre los dedos y el agua goteando por su brazo. Sin mirar, lo lanza a un lado, donde cae sobre el cemento con un chapoteo húmedo.

Leo arquea una ceja y sonríe con picardía, como si me estuviera retando. Como si no fuera yo la que sugirió esto en primer lugar.

Ahogarme porque estoy intentando desvestirme en la zona profunda suena como una forma terrible de morir, así que nado hasta la zona de poco más de un metro de profundidad y me quedo junto a la pared. Le sostengo la mirada mientras me bajo el tirante izquierdo del bañador. Él corta el agua como si él fuera Aquaman y, justo cuando las yemas de mis dedos agarran el material del hombro derecho, ya está frente a mí. Me aparta los dedos con un roce, sustituyéndolos por los suyos.

—Deja que te ayude. —El mareo me amenaza cuando se me corta la respiración. Me baja el tirante, tomándose su tiempo para deslizar la tela por mi brazo, y cuando mis pechos quedan expuestos, se detiene. Mirándome, pregunta: —¿Bien?

—Sí. —Poniendo mis manos sobre las suyas, las guío para que terminen de deslizar el bañador por mi cuerpo. Me apoyo contra la pared y levanto cada pie para que pueda terminar de quitármelo. Apoyando la cabeza contra el cemento, con los párpados pesados por el deseo, Leo se inclina y deja mi traje en algún lugar detrás de mí.

—¿Y ahora qué? Dime qué quieres, nena.

Su voz grave solo sirve para avivar las llamas del deseo. Una de las mejores cosas del agua es que te da una sensación de ingravidez. Con las yemas de sus dedos recorriendo mis costillas, levanto la pierna y la enrolló alrededor de su cadera. Le doy tiempo para que se retire, pero no lo hace. Se mantiene perfectamente dócil y deja que lo atraiga hacia mí.

Sacando las manos del agua, las deslizo por sus brazos tatuados, sobre sus hombros y trapecios musculosos, y las entrelazo en su nuca. Lee mis señales y se inclina hacia mí, deteniéndose justo antes de unir nuestros labios. Es el momento perfecto para que levante la otra pierna y la envuelva alrededor de su cintura.

—A ti. Te quiero a ti, Leo —le susurro contra los labios antes de usar mis piernas para atraerlo hacia mi interior. Mi sexo desnudo choca contra su vientre bajo. Nuestra diferencia de altura nos está fastidiando el momento ahora mismo, pero ni siquiera me importa porque Leo estampa su boca contra la mía con un gemido.

VEINTINUEVE

MADDIE

SUS MANOS se apoyan contra el borde de la piscina mientras envuelvo su cuerpo con el mío, entregándonos a nuestra lujuria compartida. La pasión emana de cada poro del cuerpo de Leo mientras me desarma con un solo beso. Siento la cabeza ligera, mareada, como si fuera a desprenderse y salir flotando en cualquier momento.

Sé que necesito tomar aire. Pero, sinceramente, no me parece que valga la pena. Prefiero quedarme sin aire si eso significa no interrumpir este beso. Retira una mano del borde y la desliza bajo mi culo, apretando mi nalga mientras me levanta y me acomoda contra él.

Oh. *Oh*. Gimo contra su boca por el ángulo perfecto que acaba de crear. Muevo las caderas, deleitándome con la deliciosa fricción. La punta de su polla dura choca contra mi clítoris con cada movimiento. Busco esa sensación, balanceando las caderas y adorando cómo envía pequeñas ondas de descargas de placer por todo mi sistema.

Mis terminaciones nerviosas chisporrotean de lujuria, iluminándose como bengalas. Mis manos abandonan su cuello y exploran cada centímetro desnudo de él, amoldándose a cada curva y relieve, a cada músculo esculpido en su cuerpo. Nos devoramos el

uno al otro contra el borde de la piscina, con el sol poniente y la luna naciente como únicos testigos.

Si no conservara ni un ápice de racionalidad, le suplicaría que me follara aquí mismo. Y por mucho que lo desee —por muy desesperada que esté por ello—, sé que las ramificaciones de tener sexo en una piscina superan con creces cualquier alegría o placer.

Ajusta su agarre sobre mí, colocando la otra mano también bajo mi trasero, separando mis nalgas y masajeándolas suavemente. Sus manos largas alcanzan mi coño desde su posición bajo mis muslos. Sus dedos, suaves, casi tentativos, me rozan, y arqueo la espalda para que tenga mejor acceso. Es mi comunicación silenciosa para pedirle más.

No necesita más ánimos. Cambiándome de posición, ajusta su agarre una vez más y hunde un dedo en mi interior. Jadeo contra su boca ante la sensación. Mis caderas continúan su roce contra él, y la desesperación aumenta mi ritmo. Un dedo se convierte en dos; el agua a nuestro alrededor se agita con nuestros movimientos apresurados.

Bajo una mano entre nosotros y cierro los dedos alrededor de su impresionante polla. Se me escapa un pequeño jadeo ante su puro tamaño en mi mano. No tengo mucho espacio, pero hago que funcione, deslizando la mano de arriba abajo, deteniéndome para rodear el glande.

—Más fuerte, nena —murmura contra mi boca.

Su instrucción enciende ese rincón oscuro de mi placer. Así que aprieto el puño sobre él y bombeo con más fuerza.

Gruñe, un ruido bajo y primario, y yo le muerdo suavemente el labio inferior en respuesta.

Estamos persiguiendo algo juntos, él y yo. Y quiero que ambos lleguemos.

Aparto la boca de la suya, jadeando y buscando aire. —Espera, espera.

Se detiene al instante, abre los ojos de golpe. Parece borracho de lujuria; borracho *de mí*. Una especie de júbilo perverso se desliza por mis venas, y no me da vergüenza admitir que me gusta.

No, *me encanta*.

—Quiero probarte —digo.

No dice nada, solo se da la vuelta y nos lleva hacia la salida de profundidad cero. Mis piernas rodean su cintura, mis brazos sus hombros. Me lleva hasta una tumbona cercana. Esta está parcialmente oculta tras un grupo de árboles. No es que haya nadie cerca para vernos.

¿Dónde está Aries? Un pequeño pensamiento se desliza por mi mente. Quizá más tarde tenga tiempo de analizar por qué esa idea me excita aún más, pero por ahora, me fundo en Leo. Nos sienta en la tumbona totalmente reclinada y desliza sus manos por mi espalda, jugueteando con las puntas de mi pelo.

—Vas a sentarte en mi cara y voy a comerte ese precioso coño rosado hasta que todo el puto vecindario sepa a quién perteneces, ¿eh?

Algo más oscuro y profundo me invade, como la niebla de una mañana temprana. El deseo me recorre la columna y mis pezones se endurecen aún más solo con sus palabras. Sin pensarlo, mis caderas empiezan a moverse, apenas un ligero vaivén lateral.

Se echa hacia atrás en la tumbona, con las palmas pesadas y calientes sobre mis muslos mientras sigo en su regazo. Con un suave apretón, me guía hacia arriba, sobre mis rodillas, hasta que quedo suspendida justo sobre su cara. Pequeñas fisuras de preocupación se abren paso entre toda mi lujuria y mi emoción.

Leo me acaricia los muslos, atrayendo mi atención hacia sus expresivos ojos. En este momento, son del verde más oscuro que he visto nunca, y la necesidad pura tensa sus facciones.

—Cabalga mi cara, nena. —Me anima a acercarme—. Ahí mismo, justo así —murmura mientras me bajo hacia él.

La inseguridad aflora por un solo instante, la preocupación por mi aspecto. Pero entonces siento que su lengua lame un rastro a lo largo de toda mi longitud, y entonces dejo de pensar en nada. Me lame, me succiona y recorre cada milímetro de mí. Desliza sus manos hacia mi trasero y me mueve contra su cara, balanceándose suavemente sobre él.

Cierro los ojos en algún momento, ni siquiera recuerdo cuándo. Mis manos suben por mi caja torácica para rodear mis pechos y

pellizcar y tirar suavemente de mis pezones. Ese pequeño toque de dolor me envía una descarga, aumentando aún más mi excitación.

—Leo —susurro. Mis caderas inician su propio ritmo contra su cara.

—Eso es, nena, justo así —murmura, con voz grave.

Desliza dos dedos dentro de mí y la sensación es increíble. Entonces hace un movimiento, rozando algo que me hace perder el sentido por un momento. Me tensó, mis músculos se contraen. Es una sensación extraña, pero no desagradable.

Leo gruñe, pero estoy demasiado concentrada en cómo me está haciendo sentir. Lo hace de nuevo, más rápido esta vez. Sincroniza su ritmo con su lengua girando alrededor de mi clítoris. Vuelve a hacer eso dentro de mí con los dedos y cierro los ojos con fuerza. Echo la cabeza hacia atrás y un gemido profundo surge de mis entrañas.

Es un placer de los que te encogen los pies, te hielan los músculos, de los que te dejan la mente en blanco. Hasta el aliento se me detiene en el pecho por un puro momento de gloria.

Bajar es difícil cuando él no cede. Pequeñas réplicas de placer asaltan mis terminaciones nerviosas. Estoy sobreestimulada, pero es la sensación adecuada.

—No más —le ruego, apartándome de su cara. Leo me da una última y larga lamida antes de aflojar y ayudarme a sentarme.

Me desplomo un poco hacia atrás, agotada, con un brazo sobre los ojos mientras lucho por recuperar el aliento. Mi pecho sube y baja mientras regreso a la Tierra, y miro a Leo de reojo bajo mi brazo.

Retiro todas las veces que he dicho que tiene una sonrisa calculadora. Esas expresiones no son nada comparadas con el aspecto que tiene ahora. No me sorprendería que empezara a caminar por ahí golpeándose el pecho, irradiando orgullo. Su expresión es de pura satisfacción, y su cara brilla por mi culpa. Y eso no hace más que excitarme más.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Estoy perfecta —le respondo con una amplia sonrisa extendiéndose por mi cara.

—Bien. Sabes de puta madre, Madison. —Su voz es profunda.

Me apoyo en los codos para incorporarme y echar un vistazo a su polla dura que descansa contra mi muslo. Parece casi dolorosamente rígida, y sé exactamente cómo quiero solucionarlo. Cambiando de posición para quedar de rodillas, me inclino y lo beso. Siento mi propio sabor en su lengua, y él gruñe contra mi boca.

Interrumpo el beso antes de que volvamos a dejarnos llevar y bajo por su cuerpo, depositando suaves besos por su pecho y sus abdominales. Rodeo su polla con los dedos, acariciándolo.

Solo he hecho esto unas pocas veces, y han pasado un par de años desde la última. Pero es como montar en bicicleta, ¿verdad?

Terminada mi pequeña charla de ánimo, bajo la cabeza y paso mi lengua por el glande de su miembro unas cuantas veces. Lo lamo en toda su longitud antes de metérmelo en la boca. Un siseo escapa de sus labios, y es el incentivo que necesitaba. Acaricio, lamo y succiono; la determinación me impulsa con fuerza.

—Joder, nena, se siente tan bien.

Muevo un poco las caderas; su elogio me llega de una forma que me hace sentir demasiado bien. Gimo alrededor de su gruesa polla, y ese es el empujón que hace que Leo caiga por el precipicio. Se precipita al vacío, con un gemido largo y bajo rasgando el aire mientras se corre en mi garganta.

Me incorporo sobre mis talones y me limpio la comisura de la boca. El calor sube a mis mejillas cuando Leo me mira con algo parecido al asombro en el rostro.

—Me cago en la puta, Madison. Eso ha sido increíble. —Se incorpora, tensando los abdominales, y sella su boca con la mía en un beso que parece diferente a todos los demás.

Rompe el beso y apoya su frente contra la mía. Y porque el destino ha decidido que necesitábamos un momento de alivio cómico, a mi estómago le da por rugir en ese segundo.

Leo se ríe, con un sonido despreocupado. —Vamos a buscarte algo de comer. Creo que nos han dejado la cena. —Me toma en sus brazos, a pesar de mis protestas, y nos lleva dentro de la caseta de la piscina para vestirnos.

TREINTA

MATTEO

MIRO FIJAMENTE las caras de los hombres de las cinco familias al otro lado de la vieja mesa de madera, en la trastienda de un club de striptease al que les encanta venir. Antes blanqueábamos todo el efectivo a través de este sitio, pero lo han allanado demasiadas veces, así que por fin convencí a mi padre de moverlo a un lugar más legítimo.

Resisto las ganas de suspirar o de mirar el móvil por quinta vez desde que hemos llegado hace diez minutos. Dante y yo volvimos a la ciudad anoche y hablamos con algunos de nuestros chicos, preguntando por ahí. Era un viaje de recopilación de información, además de que ayuda a reforzar la lealtad cuando veo a los chicos en persona y no solo les ladro órdenes por teléfono o usando intermediarios. Otra cosa que mi padre no entiende.

Nuestra visita improvisada tenía un segundo propósito. También necesitábamos información sobre cualquier ataque reciente y si alguien había oído hablar de mi viaje al hospital. Por suerte para mí, la noticia no se había extendido. Todavía. No me avergüenza, pero da igual, porque la gente pensará que soy débil. Y no podemos derrocar a Angelo Rossi si no tengo el respaldo de nuestros hombres.

Y hasta entonces, estoy atrapado en estas putas reuniones inútiles. No hay ningún motivo para convocar otra tan pronto, a no ser que Angelo tenga información sobre quien esté incitando estos ataques contra nosotros. La imponente presencia de Dante a mi espalda me tranquiliza de una forma que ninguna palabra podría. Y sigo jodidamente nervioso después de que me disparasen hace menos de una semana. Esa clase de mierda me lleva un mes acallarla, con mis instintos chillando que dispare primero y no haga preguntas nunca a cualquiera que se acerque demasiado.

Pero esa es la mentalidad de mi padre, y juro que no voy a convertirme en él.

El hombro me late al compás del corazón y una gota de sudor me resbala por la espalda. Hace un puto calor en este sótano mugriento y anticuado. El dolor es soportable, pero si ahora a Papá le da por uno de sus famosos discursos, Dante y yo estamos jodidos. No tenemos tiempo para salir a contenerlo. Empieza a dolerme la cabeza y, mentalmente, maldigo a los putos Vitale por llegar tarde. Otra vez.

Por fin, Ralph Vitale y sus tres hijos capullos entran y se sientan a la mesa.

—Ya era puta hora. —Papá los fulmina a todos con la mirada.

Ralph se encoge de hombros.—Fue algo de última hora. Teníamos mierda que hacer.

Papá se queda completamente inmóvil, como si el tiempo se congelara.—¿Cómo coño me has hablado?

Reprimo un gruñido. Esta pose es una mierda, y tengo un maldito horario ajustado si quiero llegar a la fiesta de blanco esta noche. Le he dado mi palabra a mi chica y pienso mantenerla. Ya fue bastante malo que Angelo decidiera aplazar la reunión de última hora un día. Nos dio tiempo extra para rematar algunos cabos sueltos, pero estoy listo para largarme de aquí de una puta vez.

—Nada, jefe —murmura Ralph, con los ojos entornados.

—Eso pensaba yo —dice Papá, recostándose en la silla. Observa a todo el mundo en la sala—. ¿En qué punto estamos con esos que se empeñan en jodernos la vida? Quiero respuestas y nombres.

—Han quemado otros cinco edificios y han dejado a tres soldados más en los jardines de nuestros capos —dice Victor Gallo.

Papá tamborilea los dedos sobre la mesa.—Nos están dejando en ridículo. Que tus hombres empiecen a apretar a la gente hasta que hablen. Me la suda cómo los consigas, quiero putas respuestas.

En realidad estoy de acuerdo con él, lo cual es jodidamente raro. Quienquiera que sea el responsable está jugando con nosotros. Si pueden sacar a nuestros hombres de la calle y tirarlos en los porches como si fueran paquetes sin que nadie se dé cuenta, entonces lo más probable es que tengan ayuda. Mi teoría de una rata dentro de las cinco familias parece cada minuto más plausible.

—La gente tiene miedo, Angelo. Necesitamos una demostración de fuerza, y pronto. Algo que calme los nervios. Mi mujer tiene miedo de ir a nuestro restaurante favorito —dice Anthony Romano.

Papá detiene la mano.—Los sentimientos de tu mujer difícilmente son dignos de traerlos a la mesa.

Anthony frunce el ceño, entornando los ojos hacia Papá. El corazón me late más fuerte en los oídos mientras lo veo desarrollarse delante de mí. Hay un momento, un solo latido en el que da la sensación de que el aire es absorbido fuera de la sala, engullido por la violencia y la rabia.

Anthony se echa hacia atrás en la silla e inclina la cabeza a un lado.—¿Estás faltando al respeto a mi mujer, Angelo?

Papá sonríe, una jodida mueca cruel que le cruza la cara. Es la que enseña antes de atacar. Suelta una risita y el sonido me pone la piel de gallina.—¿Faltar al respeto? No, solo señalo hechos. Esto es un club de *chicos*, Anthony, ¿o se te ha olvidado?

Se miran con odio un momento antes de que Anthony escupa entre dientes.—No se me ha olvidado.

—Yo ya tengo mi propia mujer pesada en casa, no me interesa oír hablar de la tuya. Ahora, ¿qué tenías en mente para nuestro pequeño problema?

Anthony se encoge de hombros, la mandíbula tensa.—Ojo por ojo.

Su tono deja claro que quizá se refiera a más de una cosa, y si pensara que mi madre merece redención, quizá me preocuparía por

ella. Tal como están las cosas, se pudrirá en el infierno junto a su querido marido y yo ni siquiera pestañearé.

—Me gusta cómo piensas, Anthony. —Papá sonrío y golpea la mesa con la palma, el ruido es fuerte y estridente—. Empecemos con el nuevo cártel y los rusos.

—¿Y si no son los responsables? Podría empezar otra guerra —dice Dominic Marino.

Papá se encoge de hombros.—Ya son nuestros enemigos. Quiero que esté hecho en cuarenta y ocho horas. —Hace una pausa, mirando uno por uno a todos los hombres de la sala—. Si nadie tiene nada más que aportar, tengo noticias. —Ni siquiera se detiene a ver si alguien interviene, simplemente los pasa por encima.

Se me revuelve el estómago, la ansiedad ácida salpicando por dentro. Es jodidamente incómodo y no sé por qué coño me está pasando.

—De hecho, puede que hasta convenza a esa mujer tuya de volver a vuestro restaurante favorito. Parece que tenemos motivos para celebrar. Mi hijo ha hecho un arreglo bastante provechoso.

Todo en mi interior se congela; las propias células de mi cuerpo se vuelven de piedra mientras intento procesar lo que dice. Noto el aire moverse a mi espalda y sé que Dante está reaccionando igual. Ese hombre es normalmente una estatua de roca, así que que se mueva siquiera un poco es alarmante. Es el equivalente a un grito en él.

Se alzan murmullos, el ambiente es tenso.

—Parece que alguna chica de la ciudad lo ha embrujado lo bastante como para atarlo. Estarán en Holy Trinity antes de que acabe el año. Incluso puede que llegue antes que su hermano, ¿eh, Matteo?

Papá me da una palmada en el hombro herido con una especie de sonrisa feroz. Un dolor punzante me recorre el brazo y aprieto los dientes para aguantarlo. Si necesitaba confirmación de que sabe que me dispararon, aquí la tengo. Por suerte para todos, mi mente está en caída libre por la noticia del supuesto compromiso de Rafe.

No hay manera de que esté hablando de Maddie. *¿Verdad?*

No consigo entender qué coño pensaba hacer al hablarle de ella a Papá, o por qué cojones pensó que un compromiso era la solución.

Mi parte más profunda y primitiva hierve de rabia ante su traición. Ella era *mi* puta chica primero, y si alguien va a casarse con ella, ese alguien soy *yo*.

Ignoro la parte racional de mí que dice que estaría mejor con Rafe: la misma protección pero sin nada del foco que tendría mi mujer. Nunca he pretendido ser perfecto, y ella saca mi lado jodidamente irracional.

Papá me mira con lascivia, burlándose de mí. Necesito largarme de aquí y volver a los Hamptons. Maddie tenía razón, nunca debería haberla dejado allí.

Mantengo la expresión neutra a pesar de la rabia que me grita por dentro y miro fijamente a mi padre.—Quizá deberíamos hacer una boda doble.

Dante carraspea a mi espalda, un ruido pequeño que se pierde entre el murmullo alrededor de la mesa. Comparto su sentimiento. No sé qué coño me ha poseído para soltar eso y ojalá pudiera retirarlo al instante. No porque no vaya a hacer de Madison Walsh mi mujer algún día, sino porque estoy bastante seguro de que Papá nos matará a todos si aparecemos y pretendemos casarnos con la misma chica.

—¿Dos hijas nuevas para mí? Suena perfecto, hijo.

La repulsión me golpea la piel, amenazando con desbordarse sobre mi padre, pero le ofrezco en su lugar una sonrisa falsa.

—¿Ves, Anthony? Buenas noticias que llevarle a tu señora. Muy bien, tengo mierda que hacer. Cuarenta y ocho horas, y quiero nuestro mensaje enviado —dice Papá con una sonrisa maníaca—. Que alguien me mande a Cupcake y a Cherry Pie.

Aprieto los dientes por la coincidencia del nombre artístico de una de las bailarinas del club. No tengo tiempo de procesar esa mierda ahora, de todos modos. Tenemos una puta fiesta a la que asistir y, al parecer, que recoger ropa. La fiesta de blanco hace honor a su nombre, y el blanco es la antítesis de estar en el negocio de la familia. Dante encargó ropa para nosotros que tenemos que coger de camino a salir de la ciudad.

Las sillas raspan contra el suelo de cemento mientras todos se levantan. Dante está a mi lado al instante, con los puños cerrados y la cara convertida en la misma máscara impenetrable de siempre.

—Ah, hijo.

Me detengo en la puerta, con Dante a mi espalda. Los dos miramos por encima del hombro al mismo tiempo.—Trae a tu chica esta semana. Quiero conocerla. —La sonrisa de Papá se estira hasta parecerse al Gato de Cheshire, ya sabéis, si fuera un psicópata asesino.

Obligo a mi cuello rígido a asentir y salgo por la puerta sin decir una palabra. No me fío de mí mismo ahora mismo, siento que me estoy deshilachando demasiado deprisa. Mis planes se están yendo a la mierda y no he tenido tiempo suficiente para reagruparme.

TREINTA Y UNO

MADDIE

HAN PASADO DOS DÍAS. Dos días desde que Matteo y Dante se marcharon. Dos días desde que Aries se convirtió en un fantasma. Dos días desde que Leo y yo tuvimos nuestro momento en la piscina.

Y durante los últimos dos días, Leo y yo hemos tenido algunos momentos más. Ha sido increíble. Me siento eufórica y ligera de una forma en la que nunca me había sentido.

Estar en esta casa tan grande, tener la libertad de hacer lo que quisiéramos cuando quisiéramos, hacía que pareciera que estábamos de vacaciones. Bueno, como imagino que deberían ser unas vacaciones de verdad.

Durante años, en cada viaje que hacíamos, estábamos mi hermana, mi madre y yo. A veces, Lainey se nos unía un rato, y esas eran siempre mis partes favoritas. Y, de vez en cuando, mi madre traía a su último novio, lo cual siempre resultaba forzado e incómodo.

Pero nunca parecía divertido. No había alegría en la experiencia. Ningún pequeño girasol que floreciera y creciera, moviéndose y guiándote hacia tu próxima aventura.

Las vacaciones pasaron a ser menos diversión y más trabajo; y no en el sentido tradicional. Es un trabajo irse de vacaciones con mi

madre. Y definitivamente es un trabajo irse de vacaciones con mi madre y mi hermana... *sin* mi prima.

Cerca de los quince años, quizá incluso antes, decidí que hacer de compinche para mi madre no nos dejaba en buen lugar a ninguna de las dos. Que trajera a casa —a nuestras habitaciones de hotel y villas compartidas por todo el mundo— a hombres que apenas eran mayores de edad se sentía como una violación del protocolo de las vacaciones familiares.

No es que esté muy familiarizada con ellas, para empezar. Aunque tengo el vago recuerdo de toda mi familia, antes de que mi padre muriera, conduciendo hasta Disney World cuando éramos pequeñas. Recuerdo sobre todo que el viaje en coche fue largo y caluroso. Mi hermana se mareó, así que no pudimos subir a muchas atracciones, pero desde entonces guardo una especie de cariño, incluso nostalgia, hacia Disney World.

Y en el extremo opuesto de ese espectro vacacional, está la arena movediza de pavor que amenaza con tragarme entera cada vez que alguien menciona irse de vacaciones.

Pero estos dos últimos días han sido maravillosos. No he sabido nada de Mary ni de Lainey, pero confío en que Dante y Matteo cumplan su palabra de cuidarlas y de avisarme si hay algo que deba saber. Por ahora, actúo bajo el supuesto de que están a salvo y bien, quizá simplemente ocupadas.

Leo y yo hemos compartido cada comida y casi cada minuto juntos durante los últimos dos días.

Ha sido extrañamente increíble. Extraño solo porque nunca he pasado tanto tiempo con alguien que no fuera de mi familia. E increíble porque siento que estamos aprendiendo cosas nuevas el uno del otro. Cada día, a veces cada hora. Había un acuerdo tácito entre nosotros de que haríamos que cada momento aquí contara, pero sin la presión de otras miradas.

Fiel a su palabra, me ha puesto algunas películas de Marvel. Mientras tanto, yo le convencí para ver uno de mis musicales favoritos. Se portó muy bien al respecto y, por mucho que intente negarlo, anoche le oí tararear una canción del musical.

Tras dos días de tiempo libre y desconexión, la realidad llega de golpe en forma de fiesta. Siento que probablemente haya algo de ironía en ello.

Así que, por ahora, este es nuestro siguiente paso. He estado antes en la famosa fiesta blanca de los Hamptons. Pese a todo el revuelo que genera, no es tan glamurosa como se podría pensar. Es solo otra fiesta para que los ricos y poderosos presuman sutilmente los unos ante los otros. Estoy segura de que en esta fiesta se cierran un montón de tratos cada año: financiación para organizaciones benéficas, contratos publicitarios, persuasiones oportunas.

Pero son estrictos con las normas. Si no vas vestido todo de blanco, no entras. La seguridad privada dentro de estas fiestas es demencial. Tienen que serlo con toda la gente que acude. Estoy bastante segura de que la mayoría trae al menos a un guardia personal y, por suerte para mí, yo tendré a cuatro.

Dante y Matteo están de camino, pero nos reuniremos con ellos en la fiesta. Se han quedado atrapados en un atasco y, al parecer, el plan de Aries depende de que nos vean a Leo y a mí juntos primero. Al menos podré lucir este vestido.

Es un precioso vestido largo de gasa blanca. Lo he encontrado en una caja sobre mi cama esta mañana. No había ninguna nota, pero teniendo en cuenta que Leo estaba a mi lado y parecía igual de sorprendido, no ha sido él. Así que solo queda Aries, a menos que Dante o Matteo se las arreglaran para que lo entregaran.

Acaricio las suaves y vaporosas mangas de gasa que se fruncen en la muñeca. Es un blanco suave, más bien un crema cálido que un blanco puro y gélido. El corpiño es del mismo color y se amolda a mi torso, con una capa de gasa por encima de todo el conjunto. El escote es más bien recatado, y solo deja ver un leve atisbo de mis pechos.

Varias capas de gasa forman la falda de estilo maxi, que llega hasta el suelo. Ondulan y se mueven cuando camino, y me hacen sentir como una especie de princesa.

Pero lo que más me gusta de este vestido es la doble abertura hasta el muslo; con cada paso, se asoma un poco de mi pierna.

Tiene ese aire de glamour del viejo Hollywood. Discreto desde lejos, pero seductor, y cuando te acercas, puedes apreciar su belleza. Quizá lo más importante es que me siento increíble con él.

Me queda como si lo hubieran hecho a medida para mí, lo cual no debería sorprenderme teniendo en cuenta quién lo ha conseguido. Me pongo los tacones blancos descubiertos que he encontrado en una caja junto a la del vestido.

Me aliso el pelo una última vez y me echo un vistazo en el espejo del baño. Mi cabello cae en ondas sueltas y con cuerpo. He pensado que le daría un toque agradable al vestido, que ya de por sí tiene mucho movimiento.

—¿Lista? —pregunta Leo apoyado en el marco de la puerta.

Algo se me aprieta en el pecho al mirarlo. Esperanza. El optimismo ha brotado y crecido dentro de mí, envolviendo mi corazón e impregnando mi alma. Hay una parte de mí que reconoce que ya se ha causado un daño irreparable. Pero estoy demasiado hundida en este pozo como para detenerme, aunque quisiera. Y no quiero.

Le dedico una sonrisa.—Estás muy guapo arreglado.

—¿Ah, esto? —pregunta mientras tira del hombro de su camisa de lino blanco.

Lleva unos pantalones de lino blanco a juego y zapatillas Nike blancas. Su pelo está peinado con ese estilo artísticamente despeinado en el que estoy segura de que no ha pasado tanto tiempo como la gente pensaría.

—¿Dónde está Aries? —pregunto, caminando hacia Leo.

—Aquí mismo. —Su voz proviene del dormitorio, detrás de Leo.

Aries. Mi hombre misterioso, a quien no he visto en dos días. Lo miro con los ojos entrecerrados, un poco irritada porque se ve tan bien mientras yo estoy tan molesta con él. No puedo explicar mi molestia más allá de que no sé por qué no ha estado presente.

—¿Dónde has estado? —pregunto, cruzándome de brazos.

Él enarca una ceja.—Te dije que tenía llamadas que hacer.

—Eso fue hace dos días, Aries. ¿Pero qué demonios? —Suelto un bufido.

Desliza las manos en los bolsillos de su traje blanco. No es exactamente lino, sino algún otro material ligero. Levanta la barbilla y me mira desde arriba.

—Parecías bastante ocupada. ¿Seguro que te has dado cuenta de que no estaba?

Mi intuición se pone alerta ante el cambio en su tono. ¿Está... celoso? Aries es tan misterioso para mí ahora como lo era cuando lo conocí.

Suspiro, descruzo los brazos y doy un paso hacia él. Él se mantiene firme y continúa mirándome con una expresión neutra en el rostro.

—Quería pasar tiempo contigo —susurro.

—Vaya. Qué extraño. ¿Eso ha sido antes o después de que te cabalgaras la cara de mi hermano en el patio trasero?

—Vete a la mierda —masca Leo.

Un calor me invade las mejillas y la parte superior del pecho mientras la vergüenza y la ira luchan en mi interior.

Gana la ira.

Fijo la vista en un punto a su lado, justo junto al televisor colgado en la pared, para darme un momento para recomponer mis pensamientos. Dirigiendo mi mirada furiosa a su rostro, digo: Eso no es justo, y así no es como funciona esto. No tienes derecho a decirme ese tipo de cosas.

—¿Ah, sí? ¿Qué tipo de cosas puedo decir entonces?

Le lanzo una mirada sombría, con el dolor atravesándome el pecho.—¿Por qué haces esto?

—¿Hacer qué?

Mis cejas llegan casi al nacimiento del pelo mientras lo miro fijamente.—Portarte... como... como un auténtico capullo.

Él sonríe, pero no hay ni gota de alegría en su gesto.—¿No te has enterado, nena? Soy un capullo.

Me enseña los dientes en una especie de sonrisa feroz.

—Vamos, tío. ¿Has estado bebiendo esta noche o te ha sentado mal alguna droga? ¿Qué te pasa? —le pregunta Leo desde su posición contra la pared.

Aries se encoge de hombros.—Nada, solo intento descubrir cuál es mi lugar aquí.

Ah, ahí está. El más mínimo jirón de vulnerabilidad se ha colado a través de su exterior duro.

Miro por encima del hombro a Leo.—¿Puedes darnos un minuto, por favor?

—No lo sé. No me gusta cómo te está hablando. Quizá debería...

—Está bien, Leo —digo.

—Que te jodan —suelta Aries al mismo tiempo.

Pongo una palma en el pecho de Aries; su corazón late acelerado bajo mi tacto.—Estoy bien, Leo. Nos vemos abajo.

Él mira fijamente a su hermano un momento, con la mandíbula apretada y los ojos entrecerrados. Vuelve a mirarme a mí y su rostro se suaviza al instante.—Estaré justo fuera.

Asiento conforme y luego deslizo mi otra palma por el pecho de Aries, apoyándolas sobre su corazón.—¿Por qué no me dices qué es lo que pasa de verdad?

Saca las manos de los bolsillos y las pone sobre mis caderas, marcándome con su tacto.—Ya te lo he dicho.

Echo la cabeza hacia atrás y lo miro con dureza.—¿Cuánto tiempo vamos a seguir así? Este no eres tú.

—Ni siquiera sabes quién soy. Joder, ni siquiera mis hermanos saben quién soy. Yo mismo no sé quién soy. He pasado la mayor parte de mi vida moldeándome para encajar con cualquiera que fuera mi siguiente objetivo, para ser lo que ellos necesitaban y así poder conseguir lo que *yo* necesitaba. —Quita las manos de mis caderas y extiende los brazos—. Así que, ¿quizá esto es lo que soy?

Me acerco más a él, dándole golpecitos con los dedos en el pecho—. Pues yo *sí* sé quién eres. Aquí dentro.

Él resopla, pero se detiene cuando deslizo mis manos por su pecho y rodeo su cuello. Lo atraigo hacia mí y me pongo de puntillas.

—Es verdad —murmuro, con nuestras bocas a un centímetro de distancia.—Mi alma reconoce la tuya de una forma que nunca antes había experimentado. Jamás. Y esperaba que pudiéramos dejar que nuestros cuerpos se pusieran al día estos dos últimos días.

Él abre la boca, pero su rostro sigue tenso, así que sé que no me va a gustar lo que sea que vaya a decir. En su lugar, rozo mi boca contra su labio inferior. Sus manos se aprietan contra mi cintura con una exhalación brusca. Sus palmas suben por mi caja torácica, deteniéndose justo debajo de mis pechos.

—¿Deseaste que fueran mis manos las que te tocaran en lugar de las de mi hermano? —Hay acidez en su tono, y aquí tengo una elección. Puedo responder con algo para neutralizarlo, o puedo prenderle fuego a todo.

Le muerdo el labio inferior un momento—. No, deseaba tus manos *junto a* las de tu hermano.

Un gruñido bajo es el único aviso que recibo antes de que estampe su boca contra la mía. Su lengua exige paso y yo le complazco encantada. Su mano baja para colarse por la abertura de mi falda y agarrar mi muslo, atrayéndome contra él. Jadeo contra su boca, con el corazón acelerado mientras mi cuerpo reclama aire.

Interrumpo el beso, echando la cabeza hacia atrás y tragando aire para mis pulmones hambrientos de besos. Él arrastra su boca por la línea de mi cuello, dándome pequeños mordiscos en la piel.

Alguien se aclara la garganta deteniendo nuestros movimientos, aunque seguimos entrelazados.—Me alegro de que hayáis solucionado vuestra mierda, pero si queremos cumplir con el horario, tenemos que irnos ya —dice Leo.

—Bajamos ahora mismo —jadeo.

Aries se toma su tiempo para soltar mi pierna, deslizando sus labios por mi piel y dejando que las yemas de sus dedos se demoren en mi muslo. Da medio paso atrás, lo justo para que el sentido común empiece a filtrarse. No me ofrece ninguna frase de consuelo, solo me observa con una mirada contemplativa.

Me recoloco el vestido y me ahueco el pelo, con la piel ardiendo bajo su mirada vigilante.—Lista.

Él toma mi mano entre las suyas entrelazando nuestros dedos y, juntos, bajamos las escaleras.

TREINTA Y DOS

MADDIE

LEO y yo entramos de la mano, recibidos por mujeres vestidas con cortos vestidos de cóctel blancos estratégicamente situadas por la entrada. Sostienen bandejas blancas con delicadas copas de champán y lucen sonrisas falsas pintadas en el rostro. Leo coge dos de la chica más cercana a nosotros y me entrega una. —Gracias.— La mujer inclina la cabeza, sin establecer contacto visual con ninguno de los dos en ningún momento.

La entrada está decorada en tonos crema, y no sé si es irónico después de su famoso evento veraniego o simple coincidencia. Desde el suelo de piedra hasta la lámpara de araña blanca y la pintura de color crema de las paredes. Apliques tipo farol cuelgan entre cuatro arcos abiertos, iluminando el espacio con un suave resplandor pálido. Atravesamos el arco central, el que conduce al jardín trasero y al espacio principal de la fiesta. Siempre es en el mismo lugar todos los años, o eso me han dicho. Pero este es definitivamente el mismo lugar que la vez que estuve aquí.

El aire húmedo de la noche y el júbilo general nos reciben en cuanto cruzamos el arco y entramos en el jardín. Grandes árboles verdes enmarcan cada lado, dándole al jardín trasero una sensación de jardín mágico. Asentimos y sonreímos cortésmente a todo aquel

con quien nos cruzamos, sin detenernos realmente en nuestro camino hacia la carpa, siguiendo las instrucciones de Aries.

Llegad a vuestra mesa, dijo. Esa es una tarea bastante sencilla, ¿verdad? Él ha conducido por separado, aunque nos ha seguido de cerca todo el camino hasta aquí. Algo sobre no querer mostrar nuestras cartas. Sorbo el champán, dejando que las burbujas chisporroteen en mi lengua y me distraigan de los nervios que me arañan las venas.

Es una monstruosidad blanca, lo bastante grande como para parecer más un edificio que una carpa. Es una especie de cruce entre un invernadero y un atrio, con paredes de gasa ligera y un techo transparente.

Hombres con trajes blancos a ambos lados de la entrada nos saludan con la cabeza al entrar. Las paredes, de una suave tela de gasa blanca tanto por fuera como por dentro, permiten que una suave brisa se abra paso. Guirnaldas de luces blancas parpadeantes están colgadas a lo largo de las vigas estructurales del techo transparente.

Parece una explosión de estrellas contra el oscuro cielo nocturno. Es un fuerte contraste con todo el blanco puro que nos rodea. Suelo de mármol blanco, mesas redondas blancas con manteles blancos, flores blancas y jarrones blancos para los arreglos florales. Pequeñas mesas de bar y taburetes blancos a lo largo del borde de la pared, una barra blanca con cuatro camareros; todos vestidos, lo habéis adivinado, de blanco.

Hay un escenario en el extremo opuesto de la barra, donde estoy segura de que alguien estará pinchando discos antes de que acabe la noche.

Es una sobrecarga del color blanco, un choque para el sistema que me ciega. Irónicamente, solo hace que la colorida comida que circula en bandejas resulte más vibrante.

Me rujen las tripas, recordándome que hace tiempo que no como. Estaba demasiado nerviosa para comer antes de salir y, ahora, me arrepiento de esa decisión.

—Busquemos nuestra mesa y acabemos con esta mierda — murmura Leo.

Asiento y le aprieto la mano. —No podría estar más de acuerdo.

Nos abrimos paso entre las mesas, zigzagueando entre las sillas y la gente que ríe y charla. Reconozco más de una cara. A algunos los he conocido y a otros solo los he visto de lejos. Me mantengo atenta buscando a Blaire, medio esperando que aparezca frente a mí en cualquier momento.

Cuando llegamos y dimos nuestros nombres, nos dieron el nombre de nuestra mesa. Black Pearl Louis XIII. No fue hasta que oí a un grupo de personas decir que estaban sentadas en Diamond Jubilee y Sapphire Revelation cuando me di cuenta de que las mesas llevan nombres de licores raros y caros.

Nuestra mesa es bastante fácil de encontrar, más o menos a medio camino entre la barra y el escenario. Somos los primeros en llegar, y eso me parece perfecto. Tengo los nervios a flor de piel, saltando chispas con demasiada frecuencia. Leo me retira la silla, irradiando una tensión que parece una vibración baja. Parece que no soy la única que está nerviosa esta noche.

Me siento con cuidado, asegurándome de no arrugar demasiado la gasa. Las sillas son suaves, casi como un cojín acolchado de terciopelo, y más cómodas de lo que pensaba.

El suave y sutil aroma floral me envuelve. Nuestro centro de mesa es un ramo de rosas de color crema. Deslizo las yemas de los dedos sobre un pétalo, dejando que la suavidad me ancle a este momento. Resisto el impulso de seguir buscando a gente cada poco tiempo. Dijeron que estarían aquí, así que tengo que confiar en que así será. Y los chicos llamarán a Leo si algo va mal.

Pasan diez minutos y, entonces, alguien sube al escenario y coge el micrófono. —Muy bien a todos, estoy aquí para daros oficialmente la bienvenida a la fiesta blanca. Ya sabéis que aquí nos gustan nuestras reglas —el código de vestimenta, ¿alguien? — hace una pausa y ríe con torpeza —. Bueno, es hora de comer. Una vez servida la cena, sois libres de disfrutar el resto de la noche. Tenemos a un invitado especial pinchando para nosotros hoy. Hasta entonces, disfrutad de la comida. El catering corre a cargo de varios chefs de renombre mundial que se han unido hoy para crear un menú de colaboración totalmente personalizado. Démosles un fuerte aplauso.

Un aplauso cortés llena el aire y el orador sonríe radiante. No me resulta familiar, pero eso no significa nada. —Muy bien. Disfrutad de vuestra comida.

Doy otro sorbo de champán y me recuesto en la silla, contenta con observar casualmente a la gente. No sé exactamente cuándo empieza el plan de Aries, pero sé que Leo y yo tenemos que ser vistos durante un rato primero. Nuestra mesa empieza a llenarse; Leo saluda a todo el mundo con un cortés gesto de cabeza. Su rodilla rebota bajo la mesa, dejando ver su ansiedad.

Pongo una palma sobre la rodilla que rebota, subiéndola y bajándola lentamente. Solo un pequeño movimiento de las yemas de mis dedos, con la esperanza de calmarlo un poco.

Leo se inclina hacia mí, acercando la boca a mi oído. —¿Dijo cuánto tiempo?

Niego con la cabeza. —No, pero espero que pronto.

Me deposita un beso suave y casto en la parte inferior de la mandíbula, justo debajo de la oreja. —Yo también —susurra—. Hay formas mucho mejores en las que me gustaría pasar la noche contigo.

Una sonrisa curva la comisura de mis labios. Un Leo cariñoso y encantador es algo a lo que le he cogido bastante cariño en los últimos días. Aprieto la mano que aún tengo sobre su rodilla y alcanzo mi copa de champán con la otra mano.

Mis dedos rozan el cristal frío y se detienen mientras miro con horror el rostro sentado frente a mí.

—Senador Hardin. —Su nombre es un susurro, calcáreo y podrido en mi lengua. El color se drena de mi rostro y siento la cabeza ligera y mareada.

—Maddie, ¿estás bien? —pregunta Leo.

Mi corazón late tan rápido que parece que va a salirse de mi pecho.

—¿Qué pasa? —pregunta él.

Me giro y lo miro; solo ese pequeño movimiento hace que sienta que la cabeza me pesa mil kilos. —Es él. —Mis palabras son apenas audibles, un susurro de sonido que sale de mis labios. Pero es todo lo que Leo necesita. Acerca su silla, de modo que ahora nuestros

asientos se tocan, y coloca su brazo sobre mi regazo. Es un movimiento claramente protector. Echa la barbilla hacia atrás y yo observo, hipnotizada, la transformación ante mí.

Mi Leo cariñoso y encantador ha sido guardado temporalmente, y Leonardo Rossi, hermano del underboss, hijo del jefe de la mafia, mira fijamente al hombre que provocó inadvertidamente que me secuestraran y me drogaran.

Apoyo la cabeza en su hombro, girando la cara y dejando que mi pelo caiga sobre ella para que nadie vea que muevo los labios. —Contente, Leo. No podemos hacer nada, todavía no.

Él asiente, pero no dice nada más. Es suficiente.

—Ah, señorita Walsh, ¿verdad? Creo recordar que nos hemos visto una o dos veces.

Asiento, casi frenética. —Es un placer volver a verle —consigo pronunciar las palabras con dificultad.

—Igualmente, querida —dice él, con una sonrisa forzada antes de volverse para entablar una charla trivial con sus acompañantes.

Mientras tanto, yo estoy entrando en pánico por dentro. ¿Qué cojones está pasando? —¿Es esto parte del plan? —le digo mientras le susurro-grito a Leo al oído.

Su mandíbula se tensa mientras dice: —No tengo ni idea.

Nos sentamos en un silencio incómodo durante unos minutos más antes de que lo sienta. Hay un cambio en el aire, como si mi alma estuviera llamando a uno de sus compañeros.

—¿Está ocupado este asiento? —La voz suave de Aries suena a mi derecha.

Me giro para mirarlo, ansiosa por recibir consuelo. Me mira un segundo, dedicándome una sonrisa privada, antes de clavar su mirada en el senador que tenemos enfrente. Aries se toma su tiempo para sacar la silla y acomodar su largo cuerpo en ella.

Me arriesgo a mirar al senador, gratamente sorprendida al ver cómo su palidez se vuelve cenicienta. Si está mal obtener satisfacción de esto, lo acepto. Merece la pena las repercusiones morales verle sudar, literalmente.

—¿Rafe Rhodes? ¿Es usted? —La voz del senador Hardin flaquea al final mientras el sudor le resbala por la frente.

Él le dedica al senador una sonrisa demasiado amplia, burlona. — En carne y hueso. ¿Ha conocido ya a mi mujer? —Aries coloca un brazo en el respaldo de mi silla y yo me atraganto con absolutamente nada. Alcanzo mi copa de champán, doy un sorbo y resto importancia a la preocupación de Leo con un gesto. Mis cejas alcanzan la línea del pelo mientras miro a Aries.

Él se ríe y juguetea con las puntas de mi pelo, con las yemas de los dedos trazando círculos en mis hombros. —Oh, perdóneme. Técnicamente todavía no estamos casados, pero estoy tan jodidamente emocionado por unir al amor de mi vida a mí que a veces me dejo llevar. Soy capaz de perder los estribos si alguien se limita a estornudar a su lado, ¿sabe?

El senador Hardin gruñe algo demasiado bajo para que yo lo oiga mientras se limpia la cara con una servilleta.

Aries lo mira. —¿Ha amado alguna vez a alguien tanto que tenga el potencial de llevarle al *asesinato*, senador Hardin?

Mi corazón late con fuerza y mi adrenalina se dispara. No sé si todo esto es una actuación o qué demonios está pasando, pero en cierto modo me odio a mí misma por emocionarme con sus palabras. El asesinato no debería ser una declaración de amor y, sin embargo, viniendo de Aries, de esta manera, se siente muchísimo como si lo fuera.

El senador Hardin echa su silla hacia atrás bruscamente y se levanta. —Discúlpeme. He olvidado que tengo un asunto urgente que atender.

Aries inclina la barbilla hacia arriba. —Nos vemos, Hardin.

No creía que fuera posible, pero su cara palidece aún más. Cuando no vuelve en cinco minutos, me permito relajarme. Después de diez, finalmente me inclino hacia Aries.

—¿Y ahora qué?

—Ahora, disfrutamos de nuestra velada —dice Aries antes de sorber su propio champán.

—¿Eso es todo? —Mis cejas se arquean al máximo y se me abre la boca—. ¿A qué venía todo eso de la boda?

Acerca su cara a la mía, rozando su nariz con la mía y susurrando contra mis labios: —¿Tan malo sería que nos casáramos?

Se me entrecorta la respiración y, por primera vez en mucho tiempo, me quedo sin palabras.

—Por cierto, estás absolutamente preciosa esta noche. No he tenido oportunidad de decírtelo. De hecho, puede que el asesinato esté fuera de la mesa por esta noche, pero no prometo nada sobre desfigurarle la cara a unos cuantos si estos hombres que hay por aquí no empiezan a guardarse sus miraditas.

—Eso es... mucho que asimilar en esa frase —murmuro con una sonrisa.

Los camareros traen ensaladas, interrumpiendo nuestro breve momento, aunque mi estómago lo agradece. El parloteo se mezcla con el sonido de los tenedores y cuchillos sobre la porcelana mientras todo el mundo se concentra en sus platos. Termino mi ensalada, una deliciosa mezcla de fresas e higos sobre una cama de rúcula, y me recuesto en la silla con la copa de vino en la mano. He optado por vino blanco para acompañar mi comida esta noche. Me encanta el champán, pero a poco que tome más de una copa, me duele la cabeza.

—¿Cómo está la comida? —pregunta Leo, poniendo una mano en mi muslo. Sus dedos se deslizan por la alta abertura y aterrizan en mi muslo desnudo.

Se me entrecorta el aliento al sentir sus yemas ásperas sobre mi piel sensible. Recorre mi piel lentamente, con pequeñas caricias de arriba abajo, y yo me concentro totalmente en ello.

—¿Estás bien, Raven? —pregunta Aries desde mi otro lado.

Le echo una mirada, cambiando el peso y abriendo inadvertidamente las piernas una pulgada más. Quiero decir, creo que lo he hecho sin querer, pero ahora que lo estoy pensando —y lo *estoy* pensando—, no estoy segura de no haberlo hecho a propósito.

—¿Mmh? Oh, estoy bien. —Si mi voz suena entrecortada, no dicen nada al respecto.

Los camareros pasan a retirar nuestros platos de ensalada, sustituyéndolos por un pequeño cuenco de sopa. Parece crema de calabaza asada y, normalmente, me encantaría probarla. Pero siento una palma cálida en mi muslo derecho, con los dedos estirándose para colarse bajo la abertura de mi vestido.

Me mantengo muy quieta, intentando calmar mi respiración lo mejor posible para que nadie note que algo va mal. Tanto Leo como Aries se ponen a comer la sopa y, casi como si estuviera coreografiado, presencio el desafío lanzado sobre mi cuenco de sopa.

Ambos hermanos se lanzan una mirada llena de determinación. Y ese es todo el aviso que recibo antes de que ambas manos comiencen su exploración.

Es una tortura exquisita.

Se siente amplificado por cien; cada ligero roce y cada suave caricia me traen más calor a la cara y al pecho. Sorbo mi vino y ajusto mi postura, dejándome resbalar un poco y abriendo más los muslos. Si van a competir en un concurso en el que yo voy a llegar al clímax, entonces estoy dentro al cien por cien.

En un giro perfecto del destino, el hecho de que estemos completamente rodeados de gente y que nadie pueda ver nada debajo de los manteles que llegan hasta el suelo aumenta mi deseo.

Estoy mojada antes incluso de que me toquen, con la lujuria inundando mi torrente sanguíneo como un tsunami. Como si fuera un ataque coordinado, deslizan sus dedos por debajo de mi tanga, a ambos lados de mi clítoris, de arriba abajo, de arriba abajo. Me provocan con una mano mientras comen su sopa con la otra.

—Oh, vaya. ¿Se encuentra bien? Parece acalorada —dice una mujer a la izquierda de Aries.

—Ha tomado demasiado champán antes. ¿Verdad, Raven? —Sus ojos brillan con diversión.

Él está disfrutando viéndome retorcerme demasiado, así que decido subir la apuesta. Con una sonrisa y un asentimiento, pongo mi mano izquierda sobre la de Leo bajo la mesa y cojo la cuchara de sopa con la mano derecha. Guío los dedos de Leo hacia mi interior y él accede muy complaciente. Presiono y tiro de su mano, incitándole a follarme con dos dedos.

Se me entrecorta la respiración y flexiono los dedos de los pies mientras empiezo a lanzarme hacia el éxtasis. Los músculos de mis muslos se tensan, sacudidos por pequeños temblores. Es suficiente para llamar la atención de Aries. Entorna los ojos hacia mí mientras

introduzco la cuchara en la sopa y me la llevo a los labios, con la mano temblorosa y todo. Aries muerde el anzuelo y me pellizca el clítoris con la cantidad perfecta de presión para provocar un orgasmo instantáneo. Aprieto la cuchara en mi mano, cierro los ojos con fuerza y me muerdo el labio para ahogar el gemido de éxtasis que brota de mis labios.

—¿Seguro que estás bien? —pregunta la misma mujer, con el ceño fruncido.

Me aclaro la garganta y vuelvo a meter la cuchara en la sopa. — Sí, es que la sopa está realmente buena.

TREINTA Y TRES

MADDIE

ECHO LA SILLA hacia atrás con una excusa genérica en los labios y me dirijo al baño.

—Te acompaño —se ofrece Leo, dejando la servilleta sobre la mesa.

—Estoy bien. De verdad. Vuelvo enseguida —murmuro. Vacilo un momento; el instinto de rozar su frente con mis labios me tienta con fuerza. La única razón por la que no lo hago es porque siento el mismo impulso hacia Aries. Teniendo en cuenta que ambos acaban de hacerme correr en una sala llena de gente, intento no alimentar los rumores si podemos evitarlo. No me avergüenzo, pero también quiero asegurarme de que tomemos este tipo de decisiones en grupo.

Paso por delante de un par de baños y camino hacia el que está más cerca de la entrada. Es más grande y está más alejado de la fiesta, un lugar perfecto para recomponerme.

Aprieto los muslos al entrar en el baño, con miedo de que mis bragas empapadas manchen la delicada falda de gasa. Una mujer se retoca el carmín frente al espejo y le dedico una sonrisa educada mientras entro en una cabina. Tras echar el cerrojo, me quedo allí de pie un segundo y suelto un suspiro.

Madre mía.

Hostia puta.

No puedo creer que acabe de hacer eso.

En realidad, sí que puedo, pienso con una amplia sonrisa. Ha sido estimulante y excitante, y me he sentido de maravilla. Me tomo unos momentos para asearme lo mejor posible. La ropa interior mojada no es lo ideal, pero es mejor que ir sin nada en un evento como este. Especialmente con este vestido.

Salgo de la cabina y me lavo las manos. No oigo a nadie por encima del sonido del agua, así que, cuando siento unas manos sobre mis hombros, doy un respingo. Mi mirada vuela hacia el espejo y hacia la persona que tengo detrás. Un terror gélido se hunde en mi cuerpo como barro espeso.

—Charles.

Charles Pinkerton, gilipollas integral, está detrás de mí; tiene los ojos vidriosos y muy abiertos, y el pelo revuelto de una forma que no creo que sea intencionada. Sus manos se cierran alrededor de mis bíceps con un agarre doloroso mientras me mira con desprecio.

—Pero si es la pequeña señorita mojigata. ¿Qué suerte tengo de haberme cruzado contigo de nuevo tan pronto después del baile de máscaras? —Sus ojos se agrandan, con las pupilas dilatadas. Parece maníaco, y apostaría a que va colocado de demasiadas cosas distintas en este momento.

Muevo los hombros e intento zafarme de su agarre— Suéltame. ¿Qué haces aquí siquiera? Este es el baño de mujeres.

—Sé perfectamente dónde estoy. Te he llamado dos veces por tu nombre y has seguido caminando. No me ignores, joder —espeta, empujándome.

El borde de la encimera se clava dolorosamente en mis caderas y en la parte baja del vientre. Y tengo un momento de lucidez. Es una sensación que la mayoría de las mujeres hemos desarrollado y perfeccionado, algo instintivo e integrado en nuestra propia piel, huesos y músculos.

—Estás fatal, Charles. Vete de aquí y nos olvidaremos de esto.

—Tú no me dices lo que tengo que hacer, zorra frígida. Yo te lo digo a *tí*.

Freno la marea creciente de pánico y obligo a mi cuerpo a quedarse quieto, aunque vaya en contra de mi instinto de lucha o huida. Tal como sabía que haría, Charles se inclina más hacia mí, mirándome con una lascivia que no olvidaré mientras viva.

Obligo a mi mirada a encontrarse con la suya en el espejo— ¿Qué quieres, Charles?

Cambia la forma de sujetarme, rodeándome la garganta con un brazo y tirándome del pelo con el otro— Mira, el caso es que ya no me gusta jugar a este juego contigo.

—No estoy jugando a nada, Charles. —Le agarro el antebrazo, negándome a dejar que me asfixie.

—Basta —grita, apretando más—. Deja de decir mi nombre así. —Su voz baja a un tono más suave, y eso es infinitamente más aterrador.

—No sé de qué estás hablando, pero no quiero estar aquí contigo. ¿Vale? Así que vas a soltarme. Mi novio me está esperando.

Se ríe, un sonido cáustico que resuena por encima del agua que he dejado corriendo. El eco nos rodea y me provoca otro escalofrío de miedo. Agarro el borde de la encimera, haciendo la fuerza justa contra él para que no pueda dominarme y doblarme. Sé que si consigue ponerme en esa situación, será infinitamente más difícil salir de ella.

—¿Ah, sí? Bueno, he cobrado un favor y Dale lo tiene entretenido en la mesa por mí. ¿A que es un detalle por su parte? —Se inclina y huele mi pelo, una inspiración audible que desencadena una reacción en cadena en mi cuerpo. El temblor comienza en mis dedos y se extiende al resto de mi anatomía.

El agua me lame las yemas de los dedos y un rápido vistazo hacia abajo lo confirma. El lavabo está desbordado; el agua sale del grifo demasiado rápido para que el desagüe pueda tragarla. Se sale del lavabo hacia la encimera, gotea al suelo y empapa mi vestido en un segundo.

Supongo que es la señal que estaba esperando.

Obligo a mis tensos músculos a relajarse más, soltando el borde de la encimera y rogando para que no me salga el tiro por la culata.

—Ah, ves, así no está tan mal, ¿verdad? —Hunde la nariz en mi pelo y gime, pegando la parte delantera de su cuerpo a mi espalda.

Me trago la bilis que me sube por la garganta y, con una rápida plegaria en los labios, giro la cabeza hacia él. El triunfo brilla en su mirada, su rostro está radiante y su sonrisa es amplia. Me da un poco de espacio, haciéndome girar, y justo cuando se inclina hacia mí, levanto la rodilla y golpeo con todas mis fuerzas su polla.

—Putas zorras —se lamenta.

Antes de que me dé tiempo siquiera a procesar sus palabras, me suelta un revés. La fuerza de su golpe me lanza contra la encimera; mi cabeza golpea el borde del lavabo con tanta dureza que las estrellas bailan ante mis ojos. Con una mano en la entrepierna, se lanza hacia mí con instinto asesino en la mirada. Tienen que ser las drogas; lo que sea que ha tomado está haciendo que ignore el dolor normal que sentiría por un rodillazo en los huevos.

Le empujo con fuerza, apartando sus manos de mí de un manotazo mientras me apresuro para salir de su alcance. La desesperación por huir aumenta y me roba el aliento— Quítame las putas manos de encima.

—iTú me perteneces, Madison! —ruge, lanzándose hacia mí de nuevo.

Doy un paso atrás, esquivando sus manos extendidas, y tropiezo con mi vestido. Caigo de culo con un golpe doloroso y observo fascinada cómo Charles tropieza con su propio pie, resbala en el agua y cae. Su cabeza golpea la encimera con un ruido seco y nauseabundo, y cae al suelo inmóvil.

Me abrazo las rodillas contra el pecho, rodeándolas con un brazo, sin pestañear ni un segundo mientras clavo la mirada en el cuerpo inerte de Charles Pinkerton.

TREINTA Y CUATRO

MADDIE

—¡MADDIE! ¡Maddie! ¡Abre la puta puerta ahora mismo o la echo abajo!

Reconozco la voz de Leo y corro hacia la puerta del baño, con cuidado de no perder de vista el cuerpo de Charles. Abro la cerradura y ahí está. Uno de mis caballeros oscuros. Un sollozo me sube por la garganta, como si el simple hecho de verlo abriera la compuerta que retenía mis emociones.

Me estrecha entre sus brazos en un instante. —Joder, Maddie. ¿Estás bien? ¿Estás herida? —me recorre los brazos y la espalda con las manos.

Hundo el rostro en su cuello y dejo que el terror abandone mi cuerpo. —Está muerto.

Me aparta. Tengo el pelo alborotado y pegado a él. Me escruta el rostro con el ceño fruncido. —¿Quién lo está?

—Charles Pinkerton me ha acorralado y... y estaba...

—Shhh. Vale. No pasa nada. Rafe llegará pronto y sabrá qué hacer, ¿vale?

Su mirada es dulce y amable, y tan jodidamente comprensiva que otra oleada de lágrimas se me desliza por las mejillas.

—Shhh, tranquila. Estoy aquí, ¿vale? ¿Seguro que está muerto?

Niego con la cabeza. —Se resbaló, se dio un golpe en la cabeza contra el lavabo y ahora no se mueve. Yo estaba intentando escapar.

Me aparta el pelo detrás de la oreja con un gesto tan tierno que me duele el corazón. —Bueno, vamos a comprobarlo, ¿de acuerdo? —Me coge de la mano y me lleva de vuelta a la zona de los lavabos —. Quédate aquí —dice al detenerse junto a la pared más alejada de Charles.

Leo cierra el grifo y rodea a Charles hasta que está cerca de su cabeza. Charles tiene los ojos cerrados, pero no veo que su pecho se mueva.

Me había acostumbrado tanto al sonido del agua corriendo que tardo un momento en darme cuenta de que unas voces se oyen cada vez más alto. —Viene alguien —siseo.

Leo se levanta, y el pánico le crispa la mirada. Extiende la mano y dice: —Vámonos.

—No vais a ninguna parte hasta que me digáis qué coño le ha pasado a mi sobrino —dice una voz que no reconozco.

Nos giramos bruscamente y nos enfrentamos a los cuatro hombres que abarrotan la única salida. La desesperanza me llena las entrañas como un agujero negro. Tres de ellos están cachas como jugadores de fútbol americano, con las manos entrelazadas y de pie, hombro con hombro. Es imposible que salgamos de aquí sin pasar por esa puerta. Nunca he necesitado tanto una salida de emergencia como ahora. Trago saliva para deshacer el nudo que tengo en la garganta.

Leo se pone delante de mí para ocultarme de su vista. —Pues mira, tu sobrino es un violador de mierda. Por lo que a mí respecta, ha recibido su merecido. —Su voz es como el hielo, una punta afilada que usa contra esos desconocidos.

Me apoyo en su espalda, con la frente pegada a ella. Charles no me ha violado, pero no puedo negar que me ha asustado, que me ha hecho pensar que iba a hacerlo. ¡Por el amor de Dios, me ha acorralado y me ha reducido en el puto baño de mujeres!

—Me suena a confesión, muchachos. Ahorrémosle un viaje al sheriff y llevémoslo nosotros mismos —dice el tío de Charles,

mirando a los tres hombres que tiene detrás mientras extiende la mano con la palma hacia arriba.

—Que te jodan —les escupe Leo.

Los tres hombres, guardaespaldas si tuviera que adivinar, guardan silencio mientras nos observan con expresión impasible.

—Vaya, vaya, muchacho. No querrás que me lleve también a la chica, ¿verdad? Estaré tan ocupado manteniéndote a raya, que mis colegas aquí presentes tendrán que vigilarla —dice el tío de Charles.

Habla con tanta naturalidad, como si estuviera preguntando si quieres nata y azúcar en el café y no algo mucho más siniestro. Casi como un movimiento premeditado, los guardaespaldas se abren un lado de la chaqueta del traje y nos muestran las armas que llevan ocultas. La amenaza es más que clara.

Los dedos de Leo tiemblan por un momento; tiene los músculos increíblemente tensos. —Jo... der. Tendrás que matarme antes de que te deje tocarla.

—Eso se puede arreglar. Vámonos. Tengo cosas más importantes que hacer.

—¡No, no lo hagas! —grito, intentando salir de detrás de él—. Leo no ha hecho nada. —La cabeza me da vueltas y las náuseas amenazan con hacerme devolver la sopa que apenas recuerdo haber probado. El miedo me aprisiona en sus oscuras garras, arrastrándome bajo su maremoto de desesperación tinta.

—Shhh, nena —dice Leo, manteniéndome detrás de él, protegida—. Todo irá bien. Espera a Aries, ¿sí? Él lo arreglará todo.

Le agarro la camisa con fuerza mientras el corazón me martillea las costillas en señal de protesta. —No, ha sido un accidente. Charles se ha resbalado y tú ni siquiera estabas en...

Leo se gira y me ahueca la cara entre las manos. —Escúchame, Maddie. Busca a *Aries* y cuéntale lo que ha pasado. A nadie más, ¿vale?

Pone énfasis en el apodo que le tengo a su hermano y lo pillo. Miro por encima de su hombro a los hombres que me observan con rostros crueles y el miedo me deja clavada en el sitio. —Vale, Leo. Solo... solo aguanta, ¿vale?

Los ojos de Leo recorren mi rostro, deslizándose por él con rapidez y suavidad, como si se lo estuviera grabando en la memoria.

—De acuerdo, nena. Ve a buscar a Aries. ¿Y, Maddie?

—¿Sí? —susurro, agarrándome a sus muñecas.

—Te quiero —susurra contra mi boca antes de sellar su declaración de amor con un beso. Se acaba antes de que empiece de verdad, y le ruego a Dios, o a quienquiera que me escuche, que no sea un reflejo de nuestra relación.

—Yo también te quiero —murmuro—. Iré a por ti y lo solucionaremos. Te lo prometo.

—Lo sé, nena. Lo sé. —Me dedica una sonrisa arrebatadora que me hace doler el corazón.

—Basta ya, Romeo. —Alguien lo agarra por el hombro y lo arranca de mi lado.

Doy un paso hacia él y me lanza una mirada. Asiento, haciéndole saber que iré a buscar a Aries en cuanto se pierdan de vista.

—Vamos, chicos —dice el tío de Charles mientras lo que parece un guardaespaldas saca a Leo de la habitación—. Dejaremos que otro se ocupe de Charles.

En un segundo, se han ido, y como si hubieran accionado un interruptor, salgo por la puerta en un instante. Resbalo y tropiezo con mi vestido mojado; el chifón está roto y se me pega a las piernas. Doblo la esquina y choco con Aries.

—Cuervo.

—Oh, Dios mío. Tenemos que irnos. Tenemos que irnos ya —lloriqueo, tirando de su chaqueta y llevándolo en la dirección por la que creo que se han ido. Mi respiración es agitada; el terror se me aloja en la garganta, dificultando que me llegue suficiente oxígeno.

—Eh, eh, eh, frena. ¿Qué pasa? —Deja de andar.

—No tenemos tiempo para explicaciones. Leo está en apuros. Y es culpa mía... bueno, es culpa del puto Charles Pinkerton. Pero está muerto, y se han llevado a Leo, y tenemos que encontrarlo antes de que lo metan en la cárcel. —Mis palabras son entrecortadas y rápidas, un testimonio de cómo mi mente sigue girando sin control. Le cojo de la mano y avanzo por el pasillo—. Vamos.

—Vale. ¿Adónde lo llevan?

—El tío de Charles ha dicho que lo llevan al sheriff.

—Eso no tiene sentido. Aquí no hay sheriff.

Mis pasos se detienen. —¿Cómo que no? Todos los pueblos tienen sheriff.

—No si vuestro patrimonio neto colectivo supera cualquier tipo de jurisdicción legal. —Se frota la mandíbula un momento antes de sacar el teléfono del bolsillo, sin apartar los ojos de mí.

—Me da igual a la velocidad a la que tenga que ir Dante, ven aquí ahora mismo, joder. La vida de nuestro hermano depende de ello. —Cuelga antes de que Matteo pueda decir una palabra y se vuelve a guardar el teléfono—. Vale. Respira hondo. ¿Estás bien?

Trago para reprimir el sollozo que llevo un rato atascado en la garganta y me limito a asentir. —Estaré bien. Me preocupa más Leo.

Aries me mira un momento más. —De acuerdo. ¿Quién se lo ha llevado?

—No sé su nombre. Solo ha dicho que era el tío de Charles Pinkerton.

Aries se pasa una mano por la cara y maldice en voz baja.

—¿Qué pasa? ¿Qué ocurre?

Entonces me mira. —Charles Pinkerton lleva el apellido de su madre, de familia rica o alguna mierda así. Pero la familia de su padre pertenece a una familia conectada de la costa oeste.

—¿Qué significa eso? —Me siento mareada, la negrura invade mi visión por los lados.

—Los Santorini dirigen la mafia de Las Vegas. Y Vito Santorini odia a Angelo Rossi lo suficiente como para matar a su hijo menor solo por diversión.

—¿Qué? —jadeo, y el terror se me aloja tan dentro del alma que temo no poder erradicarlo jamás.

—Significa que tenemos veinticuatro horas para encontrar a Leo, o está muerto.

CONTINUARÁ...

¿LISTO PARA MÁS?

Dante:
Cinco Familias libro 3
Disponible ya en Kindle Unlimited

DANTE

Los celos se me revuelven en las entrañas, gruñendo y chisporroteando como lo hizo el ácido cuando deposité a Jimmy Smitts en el barril el mes pasado.

De alguna manera, Matteo y Rafe han puesto el matrimonio sobre la mesa de Angelo. Y no un matrimonio cualquiera: con Maddie. Quiero decir, ¿en qué coño estaban pensando? Creía que habíamos acordado mantenerla lo más lejos posible de él, de esta vida.

Bajo mi incredulidad subyace la envidia. Si alguien va a casarse con ella, debería ser yo. No tener el apellido Rossi siempre me ha hecho sentir diferente, un extraño, pero por una vez, eso jugaría a mi favor.

Pongo los ojos en blanco ante mi propia ocurrencia. Estoy pensando en el matrimonio como si no llevara meses viéndola. Bueno, eso no es del todo cierto. He estado vigilándola durante mucho más tiempo, mucho más.

Pero esa es una conversación que todavía tengo pendiente con ella.

—Las llaves —Matteo suelta la palabra entre dientes apretados, interrumpiendo mi espiral de pensamientos.

Se me tensan los hombros mientras cierro los dedos alrededor de las llaves para evitar que tintineen. Lo último que necesitamos es

darle a alguien una excusa para actuar.

Para un ojo no entrenado, podría parecer que Angelo Rossi busca venganza. Que está en una misión para vengar a nuestros hombres caídos.

Pero serían unos necios.

Angelo Rossi mira exactamente por una persona: él mismo.

Claro, es el jefe de toda la organización de la costa este, así que tiene cierto interés en la supervivencia de todos los que están por debajo de él. Pero esa cortesía se extiende solo hasta donde le resulta rentable. Sus intereses empiezan y terminan en su propio beneficio personal. Eres útil hasta que dejas de serlo. Y en cuanto te vuelves inútil, acabas muerto.

¡Continúa leyendo Dante aquí!

NOTA PARA LOS LECTORES

¿Seguís ahí? Sé que ese final en suspenso es un poco duro, ¡pero os prometo que no os dejaré colgados durante mucho tiempo! ¡Y mis mensajes directos están siempre abiertos por si necesitáis pasaros por allí y lanzarme vuestro Kindle de forma proverbial! ;)

¡La historia de Maddie continúa en Dante! ¡Resérvalo aquí!

¡Sería un honor para mí que tuvierais tiempo para dejar una breve reseña de este libro! Las reseñas son el alma de un libro y os lo agradecería muchísimo.

besos y abrazos,
—pen

¡Manteneos al tanto!

Uníos a mi [grupo de Facebook, Penelope's Black Hearts](#)
Seguidme en Instagram [@authorpenelopeblack](#)